

Hen  
395-N

# Sacrosfera



CAMARON

# Año

# 1916







189-C-5

# La Esfera



Año III \* Núm. 105

Precio: Una peseta





# ARTRITISMO · REUMA · GOTA PIPERAZINA D.<sup>R</sup> GRAU

## Indice de "LA ESFERA"

Con el número próximo de esta ilustración se repartirá, gratuitamente, el índice para encuadernar la colección de 1915

## ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas toda clase de objetos en plata de ley, al peso.

### PÉREZ HERMANOS

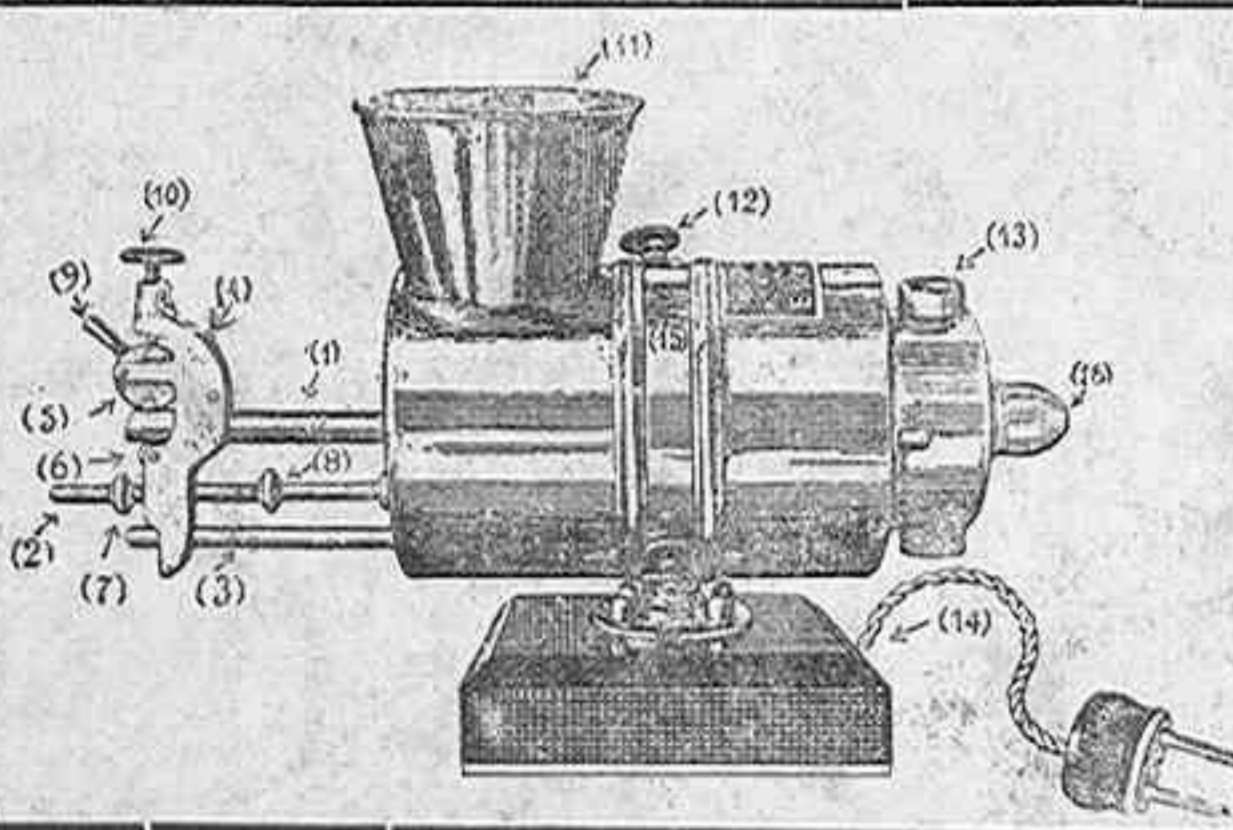
Zaragoza, 9 y Fresa, 2. - Teléfono núm. 2.449

## PELETERIA



ESPOZ  
Y IRIARZ

MADRID



### MÁQUINA ELÉCTRICA para hacer cigarrillos

Patente núm. 60.929  
Adaptable á cualquier instalación  
de alumbrado eléctrico

**EDUARDO SCHILLING**  
(Sociedad en Comandita)

MADRID: Alcalá, 14.-BARCELONA:  
Fernando, 23.-VALENCIA: Paz, 1.

## TAPAS

para la encuadernación de

## "La Esfera"

confeccionadas con gran  
lujo



PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre



SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57 - MADRID -

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

COMPRE USTED  
LOS MIÉRCOLES

## MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR

ILUSTRADA

20 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

## LA HULLERA INGLESA

ESPECIALIDADES DE LA CASA:

Kok para calefacciones y cocinas  
Antracitas, primera de primera  
para salamandras

VILLANUEVA, 20  
TELÉFONO 2.832

## COMPAÑY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29



# AMENOS COMENTARIOS



... es un ax'oma que el progreso ha favrecido á todos los ramos de las Artes, de las Ci ncias y, sobre tod, de la Mecân'ca, lo cual queda p'enamente demostrado desp.és de oído el P.ano **MANUALO BALDWIN**, de ejecución humana y sin necesidad de conocer una nota de música. Fácil manejo, admirab e sonoridad.

**The Baldwin Piano Company**

Agente general exclusivo para España y Portugal:  
**RICARDO CAMPOS • Calle de Nicolás María Rivero, 11 • MADRID**



AMENOS

CAMARA-FE





Con cualquier agua, el Jabón  
de **HENO** de **PRAVIA**  
refresca la piel  
la limpia y la perfuma.



# La Esfera

Año III.—Núm. 105

1 de Enero de 1916

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. A. R. LA INFANTA DOÑA BEATRIZ

DIBUJO DE GAMONAL

Hija de los Reyes de España





# SIN TREGUA

CUENTO DE NAVIDAD



**A**l terminar el día, las estrellas encienden los diamantes de su estuche, que fulguran de un modo intenso y extraño, como miradas en que destella el amor.

Hace frío; pero no nieva. Una pureza profunda clarifica el aire. El silencio es absoluto. Grave y solemne el momento.

Dos formas, dos bultos, una mujer y un varón, avanzan por la llanura, á paso leve, cual si no sentasen en el suelo la planta.

Ella se envuelve en las amplias telas azules

que hoy usan las mujeres egipcias. El, á pesar del glacial soplo nocturno, sólo viste una túnica blanca, que descubre sus descalzos pies.

De tiempo en tiempo, los dos se inclinan, y parecen reconocer los lugares que cruzan. Un cuchicheo de ternura se establece entre ambos.

—¿Te acuerdas, María?—pregunta él.—Ya no estamos lejos. Fué hace muchos siglos, y en un establo.

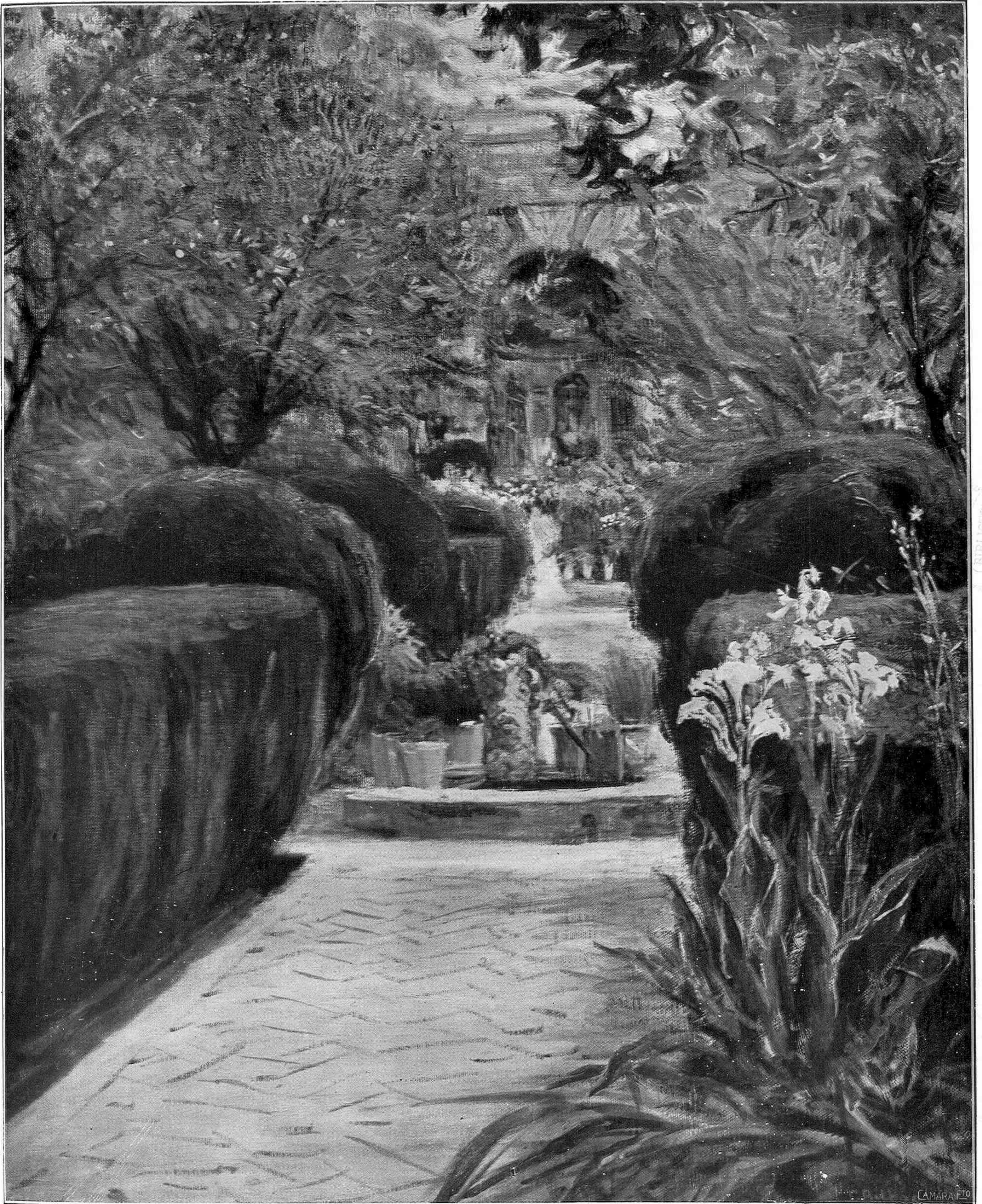
—Me acuerdo, hijo mío, me acuerdo de cómo tiritábamos José y yo, rendidos de la caminata.

El viento entraba libremente por las juntas de las piedras y por las aberturas del tejado. El suelo estaba húmedo y pegajoso. Fuera, helaba, helaba, helaba. Luego empezó á caer la nieve en anchos copos. Su blancura alumbraba como una aurora. Y entonces viniste al mundo. Te agasajé en mis ropas, y el amigo buey te echó su aliento gordo, tibio, y te lamió mansamente. ¡Cuánto se lo agradecí! Porque los piecitos se te habían puesto como dos granizos, y temblabas... ¡Ah, si yo pudiera librar del yugo y del

CAMARA-FID



LA ESFERA  
PAISAJES ESPAÑOLES



JARDÍN SEVILLANO, cuadro del ilustre pintor Gonzalo Bilbao



# Por qué Maruja no cree en los Reyes Magos

**M**ARUJA comprendió que había llegado el momento propicio.

Miss Ada se había dormido tranquilamente sobre el *christmas number* de «The Teller». Papá debía estar en el Congreso ó en el sitio donde, según los criados, llamaba él, honestamente, el Congreso. Mamá había ido al té de la vizcondesa. Un profundo silencio envolvía

ra y siguió avanzando á tientas por el pasillo obscuro.

En el fondo rojeaba el resplandor de la chimenea del despacho.

Maruja, conforme iba acercándose al despacho, repetía mentalmente el número del teléfono: 12.687... 12.687... 12.687...

Lo sorprendió por casualidad, noches antes en

muñeca, con sus ojos rasgados, parecía sonreír burlonamente...

Dió dos pasos más y se encontró dentro del despacho, medio en penumbra. Agigantadas y revestidas de misterio las cosas en los rambrascos contrastes de luz y de sombra que enviaban contra ellas la lumbre de los leños. Frontero á la puerta se destacaba el ventanal con sus



la casa, interrumpido solamente por el sordo bramido de fierecilla que lanzaba la salamandra.

Maruja se levantó del suelo. Inquieta, reprimiendo el aliento, con una manita sobre el corazón, que brincaba de ansiedad y de miedo, se acercó á Miss Ada. Miss Ada empezaba á roncar suavemente, á ritmo con el bramido de la salamandra.

Maruja abrazó á su muñeca japonesa. No convenía ir sola en aquella aventura. Luego, de puntillas, aunque la espesa alfombra apagaba el rumor de sus pasos, avanzó por el pasillo adelante.

Más que nunca latía su corazoncito. Sentía un fuego extraño en las mejillas. Recordaba escenas de princesitas de cuento brujo, perdidas en la noche. Incluso sintió deseos de retroceder al dulce abrigo de su cuarto y despertar á Miss Ada y pedirle alguna de aquellas historias de su Escocia romántica.

Pero fué más poderoso el deseo de su aventura

un periódico. Los Reyes Magos recibían encargos de juguetes por teléfono.

Papá sonrió cuando Maruja le preguntó si era verdad aquello.

—Sí, muñeca. Los Reyes Magos se aprovechan de todos los adelantos. Incluso ya no vienen montados en camellos, sino en automóvil...

Mamá se reía; Miss Ada se reía... Sólo Maruja estaba seria, pensativa, procurando retener en la memoria el número del teléfono. Así podría comunicarse directamente con los Reyes Magos, sin necesidad de que le sirvieran como intermediarios sus padres ó que le cambiaran los juguetes que había pedido por carta, como sucedió el año anterior. Además, de este modo, papá y mamá quedarían sorprendidos. Ningún año serían tan espléndidos los Reyes. Estaba segura de conseguir todo lo que les pidiera.

Al llegar al despacho se detuvo otra vez temerosa. Oprimió contra el pecho á la muñeca japonesa y la miró como pidiéndole ánimos. La

cuadritos de cristales y maderas blancas, y detrás de él la noche donde volteaban los copos de nieve.

Maruja se subió á una silla para alcanzar la llave de la luz eléctrica. Bruscamente cambió de aspecto el despacho. Perdió su misterioso encanto; pero en cambio adquirió para la niña más sensación de normalidad. Bajo la luz eléctrica se acobardó el resplandor de la chimenea y se oscureció más aun el ventanal...

Maruja fué sin vacilar hasta la mesita donde estaba el teléfono. Pero no alcanzaba. Hubo de coger en la librería un tomo del diccionario. Después otro, y otro, y otro... ¡Qué fastidio! ¿Por qué serían tan altas las mesas?

Al fin alcanzó el aparato. Oprimió el botón, tal y como lo había visto hacer varias veces á papá, y también á mamá en las noches en que papá no venía á cenar y avisaba por teléfono y mamá lloraba...

Bruscamente sonó el timbre. Maruja se asus-



tó. ¡A ver si despertaba miss Ada ó acudía Pedro, el ayuda de cámara! Por poco si se cae para bajar de los libros é ir á cerrar la puerta y correr los pesados cortinones rojos... ¡Y el timbre no callaba!

Volvió á subir á los libros, cogió el audifono.

—¡Chist! Más bajito, Central... ¡Que nos van á oír!...

—Sí... Que se va á despertar miss Ada... ¿Eh? Sí. Quería comunicación con el número 12.687. ¿Qué?... Sí... Sí, eso es, 12.687.

Esperó temblando. En una silla próxima yacía la muñeca japonesa. Maruja se creyó en el deber de tranquilizarla.

Bueno, tome usted. ¡Ay, perdone! A los Reyes, ¿cómo se les dice?

—...  
—Muy bien. Pues entonces, mire usted, majestad. Yo quería un teatro que he visto que es casi del tamaño natural y en que los cómicos están vestidos de verdad; quiero también un automovil de esos que andan, una muñeca vestida de napolitana, un soldado alemán de esos que se caen al suelo y no se rompen...

—...  
—No; espérese usted, majestad D. Gaspar, que no he terminado. Una camita dorada con una muñeca dentro; un costurero que tenga agujas y carretes, y un tigre.

—...

ció. Vibraba terco, persistente. Maruja corrió otra vez al despacho. De nuevo le acometía el temor de que se despertara miss Ada ó acudiera Pedro...

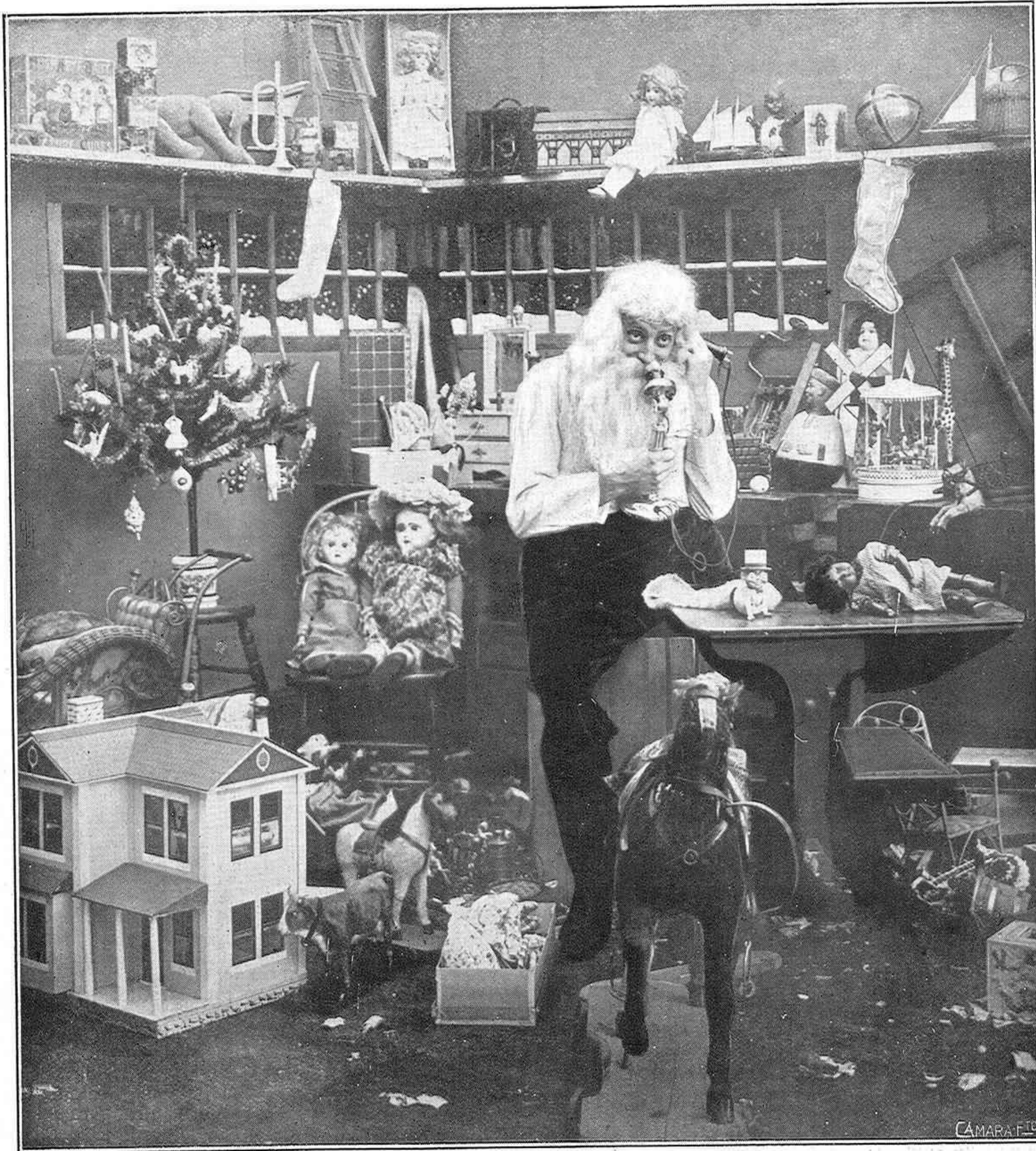
—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Cállese usted, señor Rey! Lo decía mientras daba vueltas á la llave de la luz, mientras cerraba la puerta y cogía los cuatro tomos del diccionario y subía sobre ellos.

—¿Quién es?  
—¿Es en casa del Sr. Moncada?

Le pareció la voz del Rey Gaspar.

—Sí, señor. ¿Y usted, quién es?

—El gerente del *Bazar Mundial*. Mire. Aquí ha llamado hace un momento la hija del señor Moncada, encargándonos varios juguetes para



—No tengas miedo, nena. Verás cómo no nos pasa nada...

Y lo decía mirando recelosa á todos lados, con la boquita seca de angustia y con el corazón latándole más medroso que nunca.

De pronto volvió á sonar el timbre.

Escuchó.  
—¿Quién?

—Sí. ¿Es el número 12.687? Quería hablar con los Reyes Magos.

—¿Eh? Sí. Soy Maruja Moncada. ¿Eh? Sí... Velázquez, 66. ¿No están los señores Reyes?

—¿...?  
—Lo mismo me da. No siendo el negro, porque me asusto, que se acerque el que quiera.

—...  
—Buenas noches, D. Gaspar. Soy yo, Maruja Moncada, una niña muy buena, muy buena, y quería muchos juguetes para el día seis. ¿Eh?

—Sí, majestad. Un tigre como el que tiene Lolita Revuelta y que se le da cuerda y mueve la cabeza así. ¿Ve usted cómo la muevo yo? ¡Pues así!

—...  
—Nada más. ¡Ah! Y que se abrigue usted mucho, señor Rey, cuando me traiga los juguetes. Esta calle de Velázquez es muy fría... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Ah! Dele usted un beso al otro señor Rey...

—...  
—No. Al negro no, que me asusta... Bajó satisfecha de los cuatro tomos del diccionario, volvió á colocarlos en su sitio, apagó la luz y salió al pasillo. Iba gozosa, satisfecha, ilusionada con el feliz éxito de la entrevista. Estrechando contra su corazón á la muñeca japonesa, le decía:

—Tú, cállate... No digas nada de esto... Es un secreto, ¿sabes?... Y de pronto el timbre del teléfono la estreme-

que los llevemos á ustedes y figuren que los dejan los Reyes Magos... ¿Me oye?

—... Sí... siga usted...

—Bien. Pues como quiera que todos esos juguetes son de los más caros, y que el importe total asciende á mil cuatrocientas setenta y cinco pesetas, hemos querido consultar antes con el Sr. Moncada si estaba conforme con ello. Luego irá uno de nuestros dependientes á visitar al señor para... ¡Oiga!... ¡Central!... ¡Central!... ¿Me oye?

No. Maruja no escuchaba. Maruja había dejado el teléfono y de bruceos sobre los diccionarios, lloraba amargamente...

El timbre seguía sonando imperioso, terco. Ya no importaba que se despertara miss Ada, que acudiera Pedro. ¡Mejor! Así podría decirles á todos que la habían engañado miserablemente, que los Reyes Magos no existían...



LA ESFERA  
**GRACIAS MODERNAS**  
**LAS CURIOSAS DE AMOR**



**S**E cree, generalmente, que la curiosidad es una esencia del espíritu femenino. Si ello fuera así, habríamos proclamado la superioridad de la mujer; porque curiosidad y espíritu diligente vienen a ser la misma cosa.

Pero en la curiosidad, como en todo, hay jerarquías. No es lo mismo sentir curiosidad por lo grosero que por lo delicado, por la música que por una riña de comadres. Y en estas jerarquías de curiosidad, es donde precisamente vemos la distinción espiritual de la mujer. Las mujeres son más curiosas que los hombres; pero nuestra curiosidad es abstracta, democrática, plebeya; mientras que la suya es concreta, finísima, aristocrática. Los hombres generalizamos la curiosidad; ellas la especializan. A nosotros suelen interesarnos la política, la sociología, la ciencia, las artes, todas las actividades humanas. A ellas no suele interesarles más que una sola actividad humana: el amor.

Desde que el mundo es mundo, esta «curiosidad de amor» ha sido, sigue y seguirá siendo la más sutil definidora de la mujer. ¿Qué fué, en el Paraíso, nuestra madre Eva, sino eso: «la primera curiosa de amor»? ¿Qué es Circe, en «La Odisea» sino curiosa impertinente del amor de Ulises?

Ciertos filósofos esquinados, como el viejo Eurípides en sus comedias y el moderno Strindberg, su avinagrado imitador, en comedias, cuentos y artículos, pretenden castigar con la mordacidad y el insulto esta curiosidad amorosa de las mujeres, en quienes no ven más que «chismosas comadres» ó «sensualismos desenfrenados».

En cambio, los filósofos esencialmente femeninos—un Luciano, un Stendhal, un Mantegazza—se sirven de la ironía ó de la fisiología, como los ciegos de sus lazarillos, de sus perros ó de sus garrotes; porque aun cuando persiguen á la mujer, saben demasiado que van á tientas...

No hay misterio humano tan atrayente como el misterio del Amor. La misma Muerte nos preocupa menos. Y con ser el misterio de la Muerte tan impenetrable, el del Amor aun le aventaja en

sus desesperantes taumaturgias. Teniéndolo, como quien dice, en nuestras manos, se nos va; llevándolo en nosotros mismos, lo desconocemos, como si lo llevasen los habitantes de Saturno.

¿Cómo no ha de estar justificadísima la curiosidad de amor? ¿Qué otra curiosidad humana es tan noble, tan delicada, tan excelsa? Las mujeres, al ser curiosas de amor, velan por el prestigio de la grandeza humana, son las vestales del divino fuego cordial.

Pero esta misma cualidad esencial y unigénita del amor—el Misterio—, las detiene en sus investigaciones, como un conjuro. No es posible estudiarlo en la vida social, porque en la vida social el Amor se ausenta, dejando en lugar suyo una «contrafigura»: la Discreción. Esa enamorada que, por discreción social sonríe, deja á su Amor abandonado. Ese galán que, por discreto, calla, está oyendo las voces íntimas de su amor, amordazado y sofocado... ¿Qué han de hacer las «curiosas de amor», si esto no se deja observar en la vida? Observarlo, estudiarlo, analizarlo en los libros. Los libros son como los «campos de experiencias», clínicas y laboratorios del Amor. Millares de generaciones de poetas, de filósofos, de novelistas, de cuentistas, de ensayistas, crearon estas «escuelas prácticas». A costa de naufragios íntimos, de ruinas inconfesables, cada libro es como un rosal florecido: la pompa de las rosas cubre, poéticamente, las espinas.

El afán de lectura en las mujeres no es más que eso; viva curiosidad de amor, divina curiosidad de amor, humana curiosidad de amor. Desconfiad de la mujer que no busque en los libros esos nobles estímulos de revelación ó adoctrinamiento. Las «curiosas de amor» son espíritus preocupados y diligentes, que buscan en los libros su orientación, como los Reyes Magos la estrella deslumbrante del villancico...

CRISTÓBAL DE CASTRO

| <i>La galera sombría</i> |  |  |
|--------------------------|--|--|
|                          | <p>Si deseas que pronto de tus mares se aje la galera sombría que te trae las penas, ten paciencia y aguarda: la paciencia es el eje moral y el gran secreto de las almas serenas.</p> <p>La paciencia hizo el mundo; lo rige la paciencia; el arte es una larga paciencia (¿y el amor?) La santidad más alta, la más profunda ciencia, de una maravillosa paciencia son la flor...</p> <p>Sé paciente y aguarda que fulgure tu día. ¿Sabes tú si las perlas de la santa alegría con que sueñas, anidan en las heces del vino? Bebe todo tu cáliz... No hay bonanza tardía ni existencia que acabe sin cumplir su destino!</p> <p style="text-align: right;">Amado NERVO</p> |  |

DIBUJO DE CAMILLO INNOCENTI





## VOCES DEL MISTERIO

*A mi querido amigo Mariano Zavala*

Amarrado á la arcilla mi espíritu precito,  
cuando ve una ventana abierta al infinito,  
deja su cárcel corporal,  
y mis ojos extáticos, aún á la vida abiertos,  
han visto en las tinieblas del reino de los muertos  
á una luz extraterrenal.

ooo

Yo sé que hay un concierto de voces en la sombra  
y escucho, en la alta noche, una voz que me nombra  
y siento un ansia de llorar...  
Nada se oye en mi estancia y digo: —Será el viento  
que gime, pero el alma sabe que es un acento,  
un dulce acento familiar.

ooo

Cuando en hondas nostalgias mi vida se consume  
oigo una voz que es vuelo, es música y perfume  
cual otra voz jamás oi,  
y veo un fulgor, como un penacho de incienso  
que se esfuma en el seno de las sombras, y pienso:  
—¿Quién habrá estado junto á mí?

En las horas funestas en que maldigo y lloro  
veo dos compasivas dulces pupilas de oro  
que mi dolor lloran también.  
—¡Será que se reflejan las estrellas tranquilas  
en mi ventana!—pero sé que son dos pupilas  
que en el azul siempre me ven.

ooo

Como sombra de sombras, como un vago reflejo,  
sonríe desde el fondo borroso de mi espejo  
un rostro triste y espectral.  
Hay un mundo de formas translúcidas é inquietas  
y los perros que aullan, es que ven sus siluetas  
bajo la luna fantasmal.

ooo

Yo sé que hay junto á mí una sombra divina  
de cabellos dorados, que encanta mi retina  
con las visiones del astral;  
es su voz sin palabras, esa voz que me nombra,  
y son sus ojos áureos los que llenan mi sombra  
de un claror ultramundanal.

Ella es la adivinada, ella es la inaccesible,  
la suprema belleza, la mujer imposible,  
la que nunca en mis brazos de amor suspirará;  
la que le ha dicho á mi alma esclava y dolorida  
que cuando nuestros ojos se cierran á la vida,  
existe un mundo más allá...

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE ECHEA



# POR CURIOSIDAD...

**P**UES, señor... D. Juan Díez Pelgarejo era un acreditadísimo industrial del gremio de coloniales, con tienda en la calle del Ave-María, bien surtida siempre, y con una parroquia constante. Buen padre de familias, apreciable convecino, síndico gremial y, por añadidura, caballero de la real y distinguida orden de Isabel la Católica. Distinción merecidísima que le dieron por influencias de un Diputado á Cortes en memoria de una cuenta olvidada...

A pesar de tan bellas cualidades, y como si fuera un mercachifle vulgar, se le aposentó en los pulmones un airecillo traidor que en menos de cuatro días se lo llevó para el otro mundo, malográndose tan excelente ciudadano y tan útil patricio á la temprana edad de sesenta y siete años no cumplidos y vigorosamente soportados.

Cierto que le hicieron un magnífico entierro, que el barrio en masa fué tras de la carroza, re-

vigilante y atento, la sujetó del otro lado. Y uno tira de aquí para el infierno y otro tira de allí para el cielo, sin que ninguno consiguiera sacar ventaja á su adversario, y el alma estábase inmóvil aguardando á que más alto mediador resolviera su rumbo y su destino.

Pronto llegó el Arcángel encargado de dirimir estas contiendas que incesantemente vienen repitiéndose desde el principio de los siglos y no terminarán hasta que los siglos concluyan y ya no haya hombres por el mundo.

Cesaron entonces los combatientes en su estéril porfía material, y en cambio apercibiéronse ambos á dar las razones por las que juzgaban que suya debía ser el alma en litigio.

Diablo y Angel. De llevar toga y vuelillos, abogado y fiscal... Y los dos afilando las uñas de su dialéctica para exponer mejor y más claramente los motivos de salvación y de condena-

bló el alma, doliéndose amargamente de que los diablos, á quienes tenía por embusteros, dijese tantas verdades.

El Arcángel pronunció la terrible palabra, dirigiéndose al diablillo:

—Tuyo.

El Angel, apurando la última esperanza, le preguntó:

—Alma, di, ¿has mentido en algo?

El alma, forzada á la verdad, contestó humildemente:

—En nada...

—¿Quieres decir alguna buena obra en tu defensa?

—Ninguna hice... Sólo quisiera manifestar que no engañé á nadie jamás, y que en mi casa jamás, ni una vez, ni una sola, siendo tenderos, se dió el peso mermado.

—¿Diste siempre el peso exacto?



cubierta de coronas, en imponente manifestación de pésame y que los funerales fueron solemnísimos...; pero con eso y con todo había sido una mala jugarreta la de aquel airecillo sutil.

Y en cuanto á la observación de haberse malogrado en la temprana edad de los sesenta y siete años no cumplidos, debe advertirse que se trata de un criterio puramente personal de quien relata este suceso, estimando—como dicen los chulos—que es muy breve tránsito por este valle de lágrimas el de sesenta y siete años nada más, cuando hoy cualquiera tiene cincuenta...

Y consignada esta digresión, protesta, desahogo, envidia... ó como quiera calificarlo el pío lector, volvamos prestamente al hilo del cuento.

Murióse, como bien aclarado queda, el prestigioso industrial D. Juan Díez Pelgarejo de una leve pulmonía, y apenas desligada de su terrenal envoltura lanzose el alma que fuera del síndico gremial de coloniales por los espacios aéreos con vertiginosa celeridad; pero aún no había traspasado el primer círculo cuando ya le sujetó fuertemente un diablillo de los que emplea Satanás para el especial servicio, busca y captura de las almas de los comerciantes.

Pero al mismo tiempo, el Angel de su Guarda,

Y el Arcángel, silencioso, pues sólo le es dado pronunciar una palabra, aunque ella será la definitiva hasta que llegue el momento supremo del juicio final, dispúsose á escuchar.

Y así hablaron:

EL ANGEL.—Fué bueno.

EL DIABLO.—¡Fué malo!

EL ANG.—Rezó mucho...

EL DIA.—De miedo y de viejo.

EL ANG.—Iba á misa todos los domingos.

EL DIA.—Pensando en sus asuntos y no en la salvación.

EL ANG.—No trató mal á nadie.

EL DIA.—A sus dependientes les tasaba la comida y no les tasaba los insultos, y cuando eran pequeños tampoco les tasaba los tirones de orejas.

EL ANG.—Fué buen marido...

EL DIA.—¿Te digo el nombre de todos sus cortejos...?

EL ANG.—Fué caritativo.

EL DIA.—Ya podía; con los treinta mil duros que robó á un sobrino, con los veinte que le robó á un ocioso y con todo lo que ponía de más en los precios.

EL ANG.—Eso lo hacen todos.

EL DIA.—¡Es que todos vendrán conmigo!

Enmudeció el Angel, rióse el diablillo y tem-

—¡Siempre!

—¡Qué raro!

Y, dirigiéndose al Arcángel, continuo:

—Yo creo que por su buena acción debía perdonársele todas las malas.

El Arcángel por lo no previsto del caso, interrumpió su silencio:

—Esa acción no está en la lista de las que yo tengo señaladas como absolutamente meritorias.

—Nadie podía sospecharla... Y, siendo caso nuevo, quizás fuera oportuno consultarlo...

—Lo consultaré...

Voló. Apagose el resplandor de sus alas en lo infinito un instante y de nuevo tornaron las nubes á incendiarse cuando regresó.

El Angel, tan ansioso como el alma misma, preguntó:

—¿Consultaste?

—Sí.

—¿Qué disponen?

—Que suba.

—¿Que suba?—rugió el diablillo— ¿Va á ir por santo?

—No, no. Lo quieren ver por curiosidad... ¡Es el primer caso!

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJO DE BARTOLOZZI



# LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Marinus Claeszoon



# LA PIEDRA DEL SABIO

El arco del círculo basta para deducir el centro, y deducido el centro, el círculo está cerrado. Tal es el fundamento de la Astrología, como la enseñaba el viejo Albertus Theotrius. Y es gran verdad que los ayeres guardan el secreto de los mañanas. Si volvemos los ojos a lo que pasó, sabremos de lo venidero, pero no será sin evocar toda nuestra vida y desandar los caminos llorando sobre ellos, porque sólo en este dolor y en este arrepentimiento se despierta la conciencia y alumbra la luz del más allá. El dolor del pecado agranda el ámbito de nuestra ciudad interior y la llena de resonancias infinitas. Desde que nacemos hasta que perecemos, en toda la largura del camino, la voz del misterio y el terror de la muerte hablan en nosotros. El terror de la muerte es el nudo de horca con que el pecado nos sujeta en este tránsito. Tememos el misterio porque el misterio no es de nuestra naturaleza mortal, y las almas en la cár-

caremos en su responsabilidad eterna, con dolor desconsolado.

Los momentos de nuestra vida mortal son menguadas intuiciones de los círculos nigrománticos donde el ánima en pena se hace centro para recoger en un acto sumo de conciencia, el fruto acedo de sus horas. En esta comprensión astrológica, los pensamientos y los deseos más fugaces, son larvas eternas de amor ó de dolor. Al pasar bajo el arco de la muerte todas las almas aromarán como rosas, todas sentirán el mismo anhelo celeste, pero en unas el tránsito será gozoso, y en otras atribulado, porque cautivas en los círculos creados por ellas mismas, verán con distintos velos la Divina Faz. Solamente nuestras obras pueden abrirnos la puerta hermética del huerto embalsamado, donde mora la sombra blanca que santificó el mundo con su palabra de vida, de verdad y de luz. Divino Maestro, tu resplandor está en nosotros, y en cada

llas. Todas son nacidas del influjo solar, y por la luz aprendidas. El limo se hace sagrado en la clara entraña del día, al encarnar las celestes normas, y en el barro del hombre se redime la tierra de su obscuro pecado. La humanidad es el fruto elegido en el connuvio de tierra y sol. Cristo Jesús hace divina la negra carne del mundo, y su divinidad trasciende a la eterna substancia de las cosas, en el pan y en el vino de la Cena.

Aquellos que buscan la iniciación gnóstica se consumen en un anhelo por ser centros encendidos de amor y caminan sobre la blanca estela del Ungido. Son las almas que reciben la luz de la gracia, pero hay otras menos felices y fortalecidas donde esta luz se quiebra, almas para quienes la intuición mística viene a ser como una estrella de infinitos caminos. Por el de la belleza peregrinan las vidas estéticas. Cada atributo teológico es un sendero con diferente resplandor, y todos conducen al regazo del Padre.



“Metempsychosis”, dibujo de Miguel Hevia

cel de los sentidos, tiemblan bajo la mirada de los fantasmas, como el agua de las albercas, bajo las estrellas lejanas...

Todo nuestro saber temporal es una yuxtaposición de instantes, una línea recta, un rayo de sol. Sin embargo, este momento tan efímero volveremos a vivirlo en la remota eternidad, y lo que ahora es como un punto que vuela, será un círculo inmutable. Por la eternidad del pecado somos creadores de un mundo que la conciencia mortal no puede abarcar, pero que la muerte nos revelará, pues ninguna cosa existe sin ojo que la vea, y pensamiento que la juzgue. En un día sin término, con sed de aniquilamiento mayor que fué la sed de vida en el ciclo de barro, contemplaremos este mundo soturno creado en las horas carnales, y todas nuestras acciones las veremos inmóviles en sus últimas consecuencias. El conocer contemplativo, fundamento de toda la doctrina mística, es una vislumbre de este conocer. El alma, cuando se hace estática, queda del todo privada, en una fatalidad indiferente para el bien como para el mal, escribe el iluminado de las Instituciones Místicas: Taulero.

A través de los espacios siderales reconoceremos nuestras acciones mundanas y las abar-

una de nuestras acciones podríamos ver tu semblante santo si las conformásemos a tu Ley. Amor que damos es amor que alcanzamos, amor engendra amor, pero aquellos que fuimos sembradores de odios sóloamente tendremos cosecha de hieles al romperse los lazos de la carne, cuando se haga en lo arcano del alma la conciencia máxima de todas nuestras horas mortales. Y esta intuición hizo decir a los antiguos astrólogos, que la muerte oculta el enigma de lo que ya fué. En la infinita comprensión de nuestra vida mortal, está el premio y está el castigo.

Peregrino del mundo, edifica tu ciudad espiritual sobre la Piedra del Sabio. Hermano, pálido adolescente lleno de inquietud y de dudas, haz alto en el camino, aprende a ser centro y alma solitaria sobre el monte. Como los antiguos alquimistas buscaban el oro simbólico, sello de toda sabiduría, en el imán solar, busca tú la gracia de amor que no tienes, y acaso un día podrás ver sobre el camino de la tarde, la blanca sombra, encarnación humana del Verbo de Luz. Infunde en tu alma el goce de lo bello, crea belleza, vive en belleza, y al contemplar tu pasado desde la ribera remota, contemplarás amor. No olvides que la última y suprema razón que todas las cosas atesoran para ser amadas, es ser be-

En la gran noche del pecado, cuando los malos espíritus volaban sin tregua en torno de los hombres, el sendero de la belleza ya partía como un zodiaco divino, la bóveda oscura y sin luceros. Es el primer camino que se abrió en las conciencias, es anterior a toda razón ética, porque desde el nacer los ojos de las criaturas fueron divinizados en la luz, y el logos generador, fué el Numen. Las almas estéticas hacen su camino de perfección por el amor de todo lo creado, limpias de egoísmo alcanzan un reflejo de la mística luz, y como fuerzas elementales, imbuidas de una oscura conciencia cósmica, presienten en su ritmo el ritmo del mundo. Adustas, acaso, para el amor humano, se redimen por el amor universal, y cada una es un pantáculo que sella la maravillosa diversidad del Todo. Aún se acuerdan del día genesiaco cuando salieron del limo, y sienten el impulso fraterno que enlaza las formas y las vidas en los números del sol. La luz es el verbo de toda belleza y toda redención. Luz es Amor.

*Peregrino sin destino, ama todas las cosas en la luz del día, y convertirás la negra carne del mundo, en el aureo símbolo de la Piedra del Sabio.*

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN



## El patio



El cronista ocupaba últimamente una modesta «chambre meublée» de la calle Moscou, cerca del boulevard Batignolles. Para llegar á su habitación necesitaba atravesar un anchuroso zaguán, y dejando á un lado la alfombrada escalera de los cuartos exteriores, cruzar un patio y subir por una segunda escalera llena siempre de silencio y de obscuridad.

Mi gabinete de trabajo tenía dos ventanas abiertas sobre la nostalgia conventual de una «petite cour». Casas altas de seis y siete pisos, daban sombra y humedad al patín sórdido como un agujero. Todo allí era umbrío y glacial: el suelo de asfalto; las paredes que ennegrecieron lentamente la pátina fríasísima de la intemperie y el humo de las cocinas; la expresión de una fuente que, semejante á un reloj, latía isócrona en la paz de las tardes y en el profundo borrón de la noche.

El vecindario, aunque de condición humilde, vivía callada y recogidamente. En el piso bajo había un taller de modistas; en el entresuelo, un librero de viejo; en el principal, un peletero; más arriba, un individuo calvo y ya cincuenteno, que todas las mañanas, á la misma hora, antes de marcharse á la oficina despedía de su mujer abrazándola delante del balcón. Los habitantes de los demás cuartos carecían de verdadera personalidad, porque se mostraban raras veces. De cuando en cuando, una sirvienta que se asomaba á sacudir una alfombra; un viejo que sacaba sus canarios al aire; una jamona que, después de almorzar, salía á su ventana á fumarse un cigarrillo.

Canciones ó diálogos de balcón á balcón, ni por casualidad. La guerra, que detuvo la vida en los campos y en las fábricas, ha impregnado de reserva y de frío las conciencias. Nadie tiene ganas de echar fuera del pecho sus pensamientos, demasiado graves, ni sus penas, demasiado hondas. El alma francesa solo medita en los que murieron y en cuantos habrán de caer aún, y así esos patios de París, antes tan alegres, tienen ahora una melancolía hostil, porque

son como los bastidores del rojo escenario donde la tragedia va devanándose.

En este patinillo montmartrés se trabaja, se suspira, se recuerda, y al pliegue austero que ensombrece la frente de las mismas mujeres, la diligencia afanosa de las manos que van y vienen sobre la labor parece responder. La guerra se llevó á los padres, á los hijos, á los esposos, á los amantes, á los hermanos; todas y todos tienen algún ser querido en la línea de fuego, y la imagen del ausente pesa ineluctable sobre las almas.

El peletero jamás levanta los ojos de su faena; tampoco las modistas. Únicamente miran al cielo si, muy alto, por el espacio azul que enmarcan los aleros de los tejados, pasa crepitante y dorado por el sol un aeroplano. Entonces el presuroso aleteo del «pájaro de guerra» llena de ruido y emoción los ángulos sonantes del patio; su estrépito es de peligro, de lucha, y aviva el enternecimiento hacia los que, lejos de sus hogares, pelean por la integridad del territorio y el honor militar. Oyéndolo á la vez sobre todos los labios florece, envuelta en un suspiro, la misma pregunta.

—¿Qué habrá sido de «él»?...

Y conforme el aeroplano se aleja y el fragoroso latir de su hélice va apagándose, diríase que el destino enigmático dibuja en el aire un signo de interrogación.

Una tarde el reposo del patio era más hondo que otras veces, y á su mudez aparentaban contribuir los nubarrones que obscurecían el sol. El peletero trabajaba delante de su mesa, las modistas cosían encorvadas sobre su labor, los pájaros seesteaban en sus jaulas, el gotear de la fuente apenas se oía...

De súbito, estridente, desgarrador, vibró un grito, y enseguida otro... y otro... y muchos más.

—¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío de mi alma! ¡Ay, Dios mío de mi alma!...—repetía una voz femenina.

Aquella voz crispaba los nervios y era cortan-

te como un bisturí. Dejamos de escribir. ¿Qué sucede?...

Debajo de nosotros la voz, que ya nada esperaba de los hombres, seguía impetrando con destemplados y obstinados gritos la piedad del Supremo.

—¡Dios mío... Dios mío!... ¡Ay, Dios mío!...

Coreando estos gritos prodújose un murmullo, un barbotar ininteligible de frases que debían de ser de confortación y consuelo. Casi simultáneamente todas las ventanas fueron abriéndose y coronándose de vecinos; aquel rumor de drama había interrumpido el laborioso tragín de todos.

—¿Qué ocurre?—preguntó una mujer.

—No sabemos—repuso otra.

—¿Es ahí, verdad?

—Sí, ahí; en el entresuelo...

Todas se miraban, interrogantes y enternecidas; y luego miraban al cuarto de donde venía el dolor; y en el fondo de aquella emoción había un egoísmo, porque todos pensaban que podía sucederles algo igual.

Poco á poco la voz plañidera iba enronqueciéndose, debilitándose, apagándose. Luego, de pronto, calló, y sentimos el golpe de un cuerpo que cae al suelo. Después silencio. Unas tras otras, las ventanas á las que más que la caridad habíase asomado la curiosidad de la multitud, fueron cerrándose y el patio recobró su silencio. Volvió á oírse la fuente.

Al día siguiente la portera me explicó lo acaecido.

—Es que á la vecina del entresuelo—dijo—le han matado su esposo en Champaña.

—¿Cómo lo supo?

—Por un telegrama.

Aquella misma semana, la viuda murió. ¡Pobre mujer! La bala que tumbó al marido la recibió ella también, en el corazón, envuelta en un papel.

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJO DE F. RIBAS



LA ESFERA  
TIPOS ESPAÑOLES



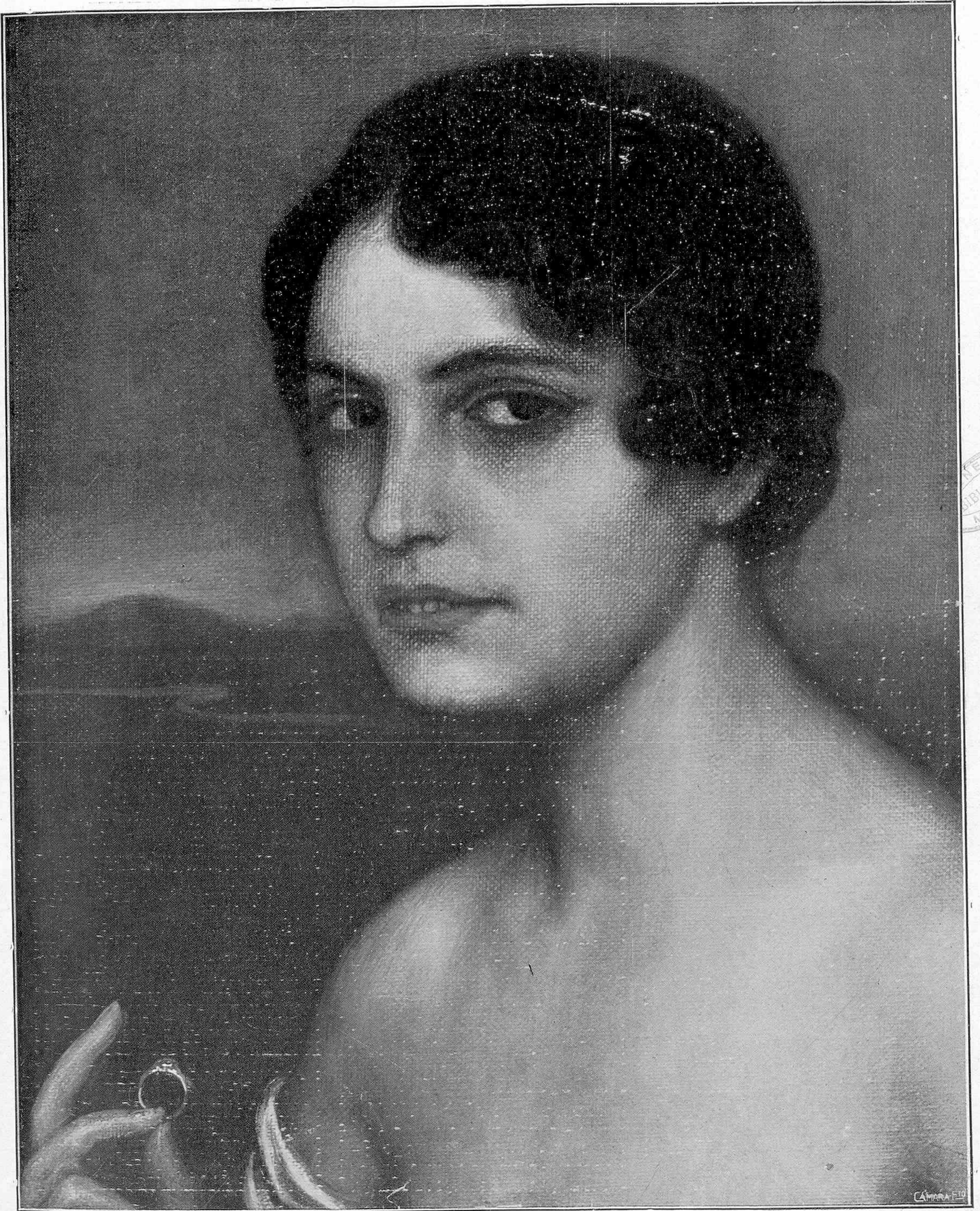
UN VASCO, cuadro del ilustre pintor Elías Salaverría





LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



RETRATO, por el ilustre pintor Julio Romero de Torres



## BALADAS DE LA GRAN GUERRA



## LOS HIJOS

FUÉ como una larga ola arrolladora, furiosa, preñada de tempestad, erizada de armas agudas, terrible, coronada de humo en vez de espuma. La llevaba, no un huracán, el esfuerzo poderoso de millones de pechos humanos; tronaba, no con el ruido sordo del agua, con el estampido horrísono de la pólvora. Lo destruyó a su paso todo; todo lo inundó y también se detuvo—como las olas del mar ante la muralla de rocas—aquella frenética ola humana, iluminada en sus entrañas por lívidos relámpagos de fuego. No quedó nada de un confín al otro confín. (El suelo se tiñó de sangre, el cielo de púrpura.)

Mas sí quedaron, con el terror en los ojos medio saltados y las gargantas secas y el cuerpo estremecido, unas mujeres. Como se estremece el plumón del pájaro al batirle el viento, así temblaban.

Pasaron junto a ellas largas manadas de soldados espectrales, apariciones de una visión trágica, huyendo. Se rompió el cielo entre estampidos, se deshicieron las viviendas como derribadas por una mano gigantesca y entre el polvo, que era como la columna de una hoguera hacia la altura, surgieron los vencedores.

(El suelo tembló como un terremoto. Dios huyó más allá de la bóveda azul para no ver su obra destruida.)

Los vencedores, ébrios, surgieron de entre las ruinas. En nombre de otras ciudades habían destruido aquellas ciudades.

(Todo era horror en la Naturaleza. Y vino sobre las cosas la paz de la muerte.)

Al principio aquellas mujeres se escondieron en agujeros para no ver a los monstruos. Luego el hambre las llevó a la sumisión. Se hablaron y se comprendieron. Los monstruos tenían la forma de humanos. Eran sencillos, sobrios y sonrientes. Se habituaron ellas a su compañía. Sobre las ruinas comenzaron a edificarse otra vez las ciudades. Un sol, irónico sol, presencia-

ba, como la pupila de una deidad de luz, los campos que revivían. Nació la paz.

(La Naturaleza fué como otro Paraíso Terrenal donde el Hombre y la Mujer volvieron a encontrarse.)

Aquellos guerreros y aquellas mujeres, los verdugos y las víctimas, obedecían a un mandato del Destino; se amaron. A la reciente unión la dieron seres nuevos. De la Muerte, brotó enérgica la Vida. Conquistadores y oprimidas cesaron en el odio. Millares de hijos nacieron con las garras de ellos y los ojos de ellas.

(Esta es la lección profunda que nos dió un hecho tan sencillo.)

¿No oísteis gritar que esas mujeres debían ahogar a sus hijos, porque lo eran también de los enemigos de su patria?

¿No oísteis proponer que se les privase del derecho de ciudadanía?

¡Sarcasmo lleno de crueldad! ¿Qué patria tienen ellos? ¿Qué enemigos tienen ellos?

(Los hijos borraron las rayas que dividen los Estados. Son la Humanidad. ¡Oh, la divina lección profunda de un hecho tan sencillo!)

ooo

## UNA MUJER RUSA

Soy un cantor humilde y he recogido esta historia de boca de un soldado del Zar.

Ella fué fiel a un hombre que la tenía en su campamento en el Don. Cuando por la mañana él se iba con su sotnia a galopar sobre el hielo, ella le esperaba cerca de la lumbre que calentaba sus alimentos. Y al regresar le cantaba unas canciones lánguidas y lentas—tristes—al son del violín, mientras descansaba. Por la tarde se colgaba de su cuello y llenaba sus oídos de palabras de miel. Luego tenía sobre su pecho y entre sus brazos la ruda cabeza áspera del amado, que dormía sobre su corazón.

¡La guerra! El cosaco partió con su sotnia y no volvió nunca por el camino nevado, que tantas veces le había visto volver repitiendo las tris-

tes y lentas canciones que ella le cantaba al son del violín.

Un día se cortó los cabellos y se atavió como él, con el gorro de pieles y el capote pesado y las altas botas. Y montando un caballo llegó a la ciudad.

Parecía un cosaco con sus ojos oblicuos y dulces, su cara redonda y curtida y su baja estatura. Todos la llamaban compañero. Estaba en un regimiento como voluntario.

Dieron la orden de marcha para cuando rayase el día. Fué a un *restaurant* elegante y subiendo al tablado de los músicos le arrancó a uno su violín. Acompañándose de él cantó unas canciones lánguidas y lentas—tristes—que llenaron a todos los ojos de lágrimas.

Era un *restaurant* lleno de poderosos. De políticos, de proveedores del ejército, de damas ociosas y parasitarias, de jóvenes que vendían en feria su hermosura ajada, de diplomáticos, de banqueros, de nobles...

Había oro en abundancia y vinos que tenían fuego, como espíritus de la embriaguez y de la alegría.

Llenaron de oro al cosaco que cantaba canciones del desierto al son del violín. Cantó toda la noche, conmoviéndoles.

Al amanecer sonaron los agudos gritos metálicos de las trompetas, que llaman al deber. Apebreó con su oro a todos. —¡Sois mis enemigos! Les escupió con rabia. Luego se incorporó a filas y en el primer encuentro se hizo matar por el Emperador.

ooo

## EL NAVÍO Y LA NOCHE

Navegar es antes que vivir. Por ello el Mar, ancha soledad rumorosa, estaba lleno de navíos que cortaban su piel verdusca con la proa fajante. Había hombres de la Tierra y hombres del Mar. El Mar, como Dios, era Eterno, Padre y Desconocido.

Los hombres del Mar le amaban y le temían como a los niños, porque su sonrisa y su cóle-



ra eran caprichosas y terribles. El mar era maravilloso: un misterio radiante que atraía y fascinaba.

Los hombres del Mar, nunca le hubiesen profanado porque eran hermanos en la gran religión cordial del Mar y la misma suerte les unía y el crimen era castigado con el remordimiento de por vida, porque el Mar mantenía viva ante el fratricida la imagen alucinadora del asesinado. La Tierra hacía a los hombres fieros y caínes. El Mar nobles y leales.

Los hombres de la Tierra, se buscaron, de orilla a orilla y escondieron en las aguas glaucas los rayos que destruyen la vida. Los hombres de la Tierra son los culpables de que en el Mar se refugien las sangrientas bestias de la guerra. Los hombres del Mar nunca las hubiesen acogido.

Mas la venganza del Mar ha llegado. Ningún navío cruzará más sus rutas, el vasto pecho movido por la brisa, que riza y desriza en blancos

Su idioma, sus costumbres, sus amores, sus recuerdos estaban en aquel país donde no había nacido.

El se preguntaba:

—¿Acaso el sitio para nacer se clige? Esta es mi patria.

Amaba aquella patria elegida porque su espíritu era semejante al de ella y se había formado en el carácter y en el ideal de la gran comunidad que le había adoptado.

Le eran familiares hasta los más recónditos secretos de su pensamiento, hasta los oscuros rincones de su territorio. Sus amigos, su casa estaban allí.

El, se repetía:

—Esta es mi patria.

Una orden inapelable le sacó de la tierra elegida, le puso en una fila con otros; recibió un arma y para no pasar por cobarde, marchó a combatir.

—Tienes que defender tu patria—le dijeron.

## LA DANZA DE LAS PARCAS

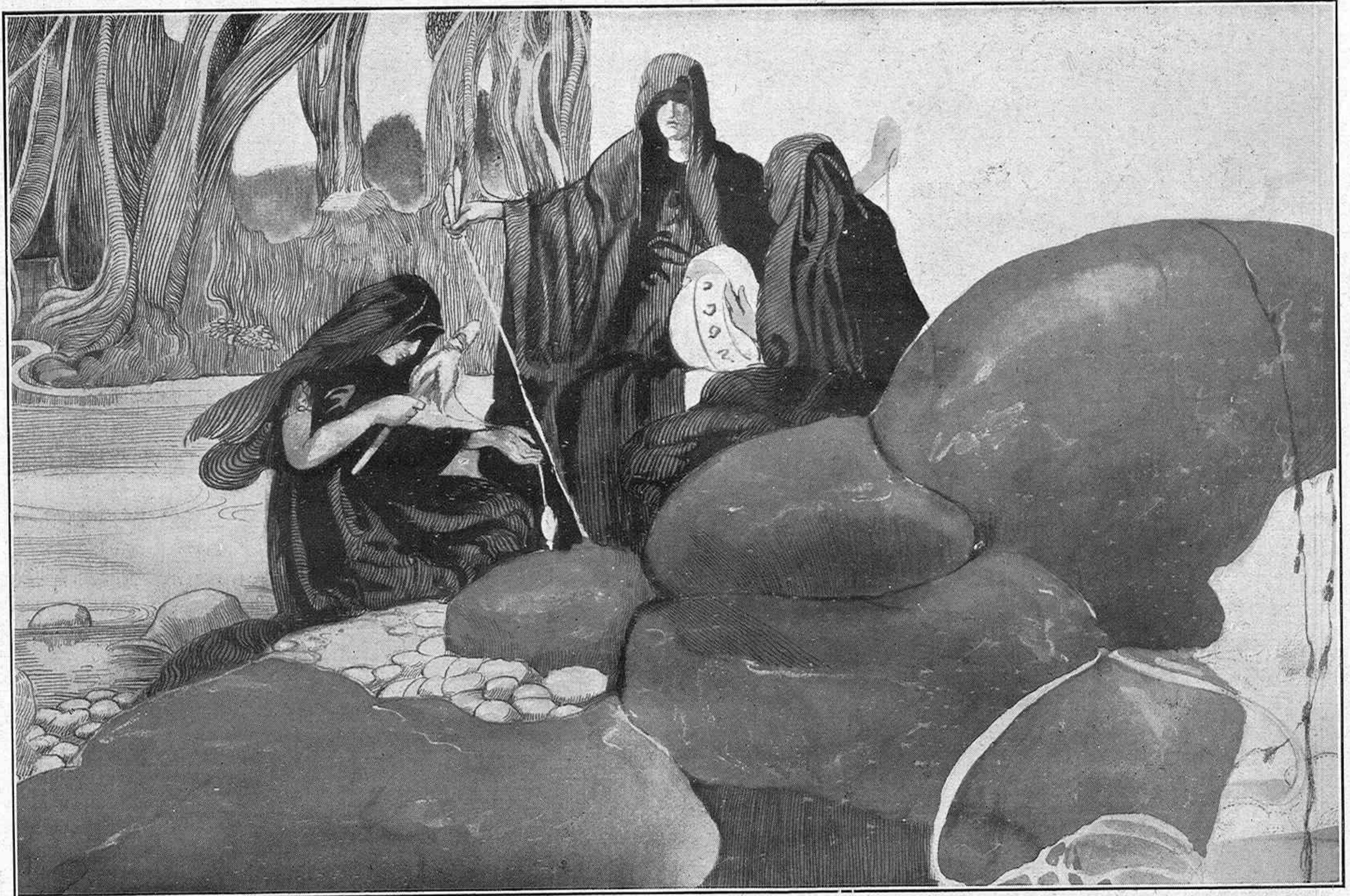
Danzan las Parcas un ritmo sin fin, mientras giran los husos iguales.

Tejen sus manos las vidas prendidas en hilos sutiles. Suenan el rodar de los husos, en el hondo silencio del espacio infinito y eterno del Tiempo.

¡Hay gran faena! Los días monotonos, fueron. Ahora los husos veloces, con rápidos giros, parecen movidos por un huracán de locura.

Atropos trabaja los días risueños. Los astros alumbran con luz impasible el vértigo rauda. Atropos se afana. Su rueca está ahita y ella acaricia la madeja sin fin de las vidas... Se enredan los hilos y Atropos los corta mordiendo las hebras. Y ríe...

(Laquesis y Cloto se entregan al ritmo sin fin mientras giran los husos iguales. Danzan, se embriagan de danza. Resplandecen sus ojos extraños.)



vellones su piel. De lo profundo salen los rayos enterrados y aniquilan los navíos.

Cada buque que parte y destruye con sus dedos líquidos es una prueba más de su ira implacable.

El símbolo es este: un navío perdido en la noche, sin rumbo, porque los rumbos usuales están sembrados por la muerte. Un navío silencioso, sin luces, procurando llegar a la Tierra sin que el Mar despierte, para que no fulmine bajo su débil casco una llamarada de fuego. El navío pasa velozmente, huye. El Mar es implacable.

Los hombres de la Tierra llevaron sus odios al Mar y el Mar quiere aniquilarlos. Y ellos se embarcan y siguen temblorosos confiando sus navíos y sus vidas a las aguas, porque no es necesario vivir; es necesario navegar.

ooo

### UN COBARDE

Nació libre y porque era libre, de muchacho cambió de sitio para vivir y se fué a otra nación. Pasó el tiempo y ya no era un extranjero en ella.

El se repetía:

—Tengo que defender mi patria.

El se repetía todos los días:

—Tengo que defender mi patria.

Combatió bravamente. Todo antes que quedar como un cobarde. Ante él cayeron los enemigos, fueron destruídos los pueblos, arrasados los campos, ahogada toda la vida fecunda de aquel país que él amaba tanto.

Y él se repetía para justificarse:

—Estoy defendiendo mi patria.

Terminó la guerra, y cuando otra vez libre pudo volver a su hogar elegido, sintió tristeza en el corazón porque todo había sido arruinado. Como él muchos otros hombres miraban con estupor los desiertos desolados y humeantes; su obra.

Tenía este hombre una cruz—la cruz de los héroes.

Y lloró la muerte de los suyos, el fin de la nación inmolada, lloró sobre las piras ardiendo y la tierra estéril, víctima del sacrificio.

Lloró con dolor y con remordimiento. Lloró por su valor y por su cobardía.

Devana Laquesis de noche los hilos de vidas que Atropos arranca a la rueca. La mágica rueda da un silbo de sierpe. ¡De prisa, más rápida! Golpea Laquesis sus bordes y la hace rodar ululando.

A veces detiene su marcha y parte los largos y finos hilillos. Y ríe...

(Atropos y Cloto se entregan al ritmo sin fin, mientras giran los husos iguales. Febriles se agitan y ya es un temblor convulsivo de espasmo su danza.)

Las lívidas manos de Cloto apuran de día y de noche la obra sombría. Los husos trenzando las hebras hiladas, no cesan un punto. Enreda sensual su figura en los hilos, igual que una araña se enreda en los hilos de luz de su tela. Los quiebra de pronto. Retuércense y saltan. Y ríe...

(Laquesis y Atropos se entregan al ritmo sin fin, mientras giran los husos iguales. Jamás hubo tanta faena. Cada hilo, una vida. Y son infinitos. Y todos los cortán... Al cortarlos es un corazón que se para y un grito que suena abajo en la Tierra...)

TOMÁS BORRÁS

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



LA ESFERA

# LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



RETRATO DE HOMBRE, cuadro de Alberto Durero





La Puerta del Sol, de Madrid, en el año 1857

ANTAÑO Y HOGAÑO

# LA PUERTA DEL SOL

La Puerta del Sol es símbolo de la centralización española. En ella tienen puesta la mira para disparar censuras, cuantos aborrecen el influjo oficial y maldicen de trabajos oficinescos y de agitaciones covachuelistas. No hay modo de convencer a quienes tozuda e injustamente, suponen que la Corte hállese entregada por completo a la holganza; en vano será repetirles que en Madrid como en todas las ciudades de España y del mundo hay gente afanosa de satisfacer sus obligaciones y gente despreocupada y amiga del ocio. Los que se aferran al error repiten todavía que en la capital de nuestra nación todo es bullanga y divertimento sin que nadie procure cumplir con el mandato divino de ganarse el pan a costa del esfuerzo cotidiano.

Y por si no fuera bastante la mala fama que en nuestra patria tiene la Puerta del Sol, incurre tal paraje en el pecado de dar albergue en cada día 31 de Diciembre a los muchos que saludan al Año Nuevo y despiden al viejo entre clamores desaforados y estupenda algarabía. Es precisamente en la Puerta del Sol donde los madrileños que tienen humor para conmemorar fechas notables celebran la del principio de cada año entregándose a expansiones que tienen su mayor trascendencia en el ruido que producen.

Como si fuera registro compendiado de la historia de la patria, en la Puerta del Sol de Madrid hay páginas de combates por la independencia; luchas políticas en favor de la libertad; de manifestaciones de ira, de aplauso y de regocijo.

En ella pelearon los españoles contra los franceses y los revolucionarios contra los defensores del orden. Por ella pasó Prim entre frenéticas aclamaciones de la muchedumbre. En ella arengaron al pueblo los que en un tiempo eran adorados por él. En la Puerta del Sol sintieron siempre admiración los forasteros y cierto empaque orgullosos los vecinos de la Corte.

Fué siempre lugar animadísimo, donde la concurrencia abigarrada y numerosa anda de un lado para otro, se revuelve, se estruja en alborotada confusión que contribuyen a formar los mil carruajes que la cruzan y los mil transeuntes que la recorren.

Allá, por mil ochocientos cincuenta y tantos, se procuró dar mayor amplitud a sitio tan principal de la Villa coronada, y en efecto, se derribaron casuchas modestas para que se formase una gran plaza. Hace cincuenta y ocho años que el actual Ministerio de la Gobernación aparecía rodeado de ruinas. Entre las calles del Arenal y Mayor alzábase un edificio destartado y feo de solo tres pisos. La entrada de la calle de Preciados avanzaba hasta el sitio donde hoy está una de las farolas centrales. En la esquina de la calle de Carretas contraria a la del Ministerio no había más que escombros. Se preparaba la gran reforma urbana que fué asombro de nuestros abuelos y padres. La Puerta del Sol era por 1870 un soberbio espacio en medio del cual una fuente inmensa lanzaba al aire arrogante surtidor. Pues las magnificencias de antaño, son ahora estrechez y ahogo. Se quitó porque estorbaba la

fuelle del surtidor, que por cierto está ahora en los Cuatro Caminos y Dios dé mucha vida y mucha suerte a quien lo dispuso. Los tranvías invadieron el ancho espacio y a la postre resulta que la gran plaza de otros días parece en los actuales un callejón porque por ella no cabe andar deprisa ni moverse con holgura ni caminar sin peligro.

Tal es la acción del tiempo que convierte en mezquino lo que al nacer parecía espléndido. Las plazas como los hombres empiezan con humos de grandeza para concluir casi siempre en notorias penurias. De ello es prueba bien clara la Puerta del Sol, que está pidiendo a gritos reformas urbanas que la descongestionen.

La imprescindible operación empezará a practicarla el Correo. Cuando se traslade la Central desde el sitio que ahora ocupa a la plaza de Castelar con el cambio de oficina habrá también traslado de una buena parte de la multitud que ahora se revuelve en el espacio que era grande a mediados del siglo xix y se trocó en raquítico al comenzar el siglo xx.

Y quien sabe si allá en 1990 la plaza de Castelar, después de que hayan quitado de su anchuroso espacio la Cibeles parecerá pequeña a la muchedumbre que recorra el hoy amplio lugar que limitan el Banco, el Ministerio de la Guerra, el Palacio de Linares y la magnífica fachada del edificio que llaman donosamente los madrileños Nuestra Señora de las Comunicaciones.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



## ABANICOS

*Tus bellos ojos, de mirar ardiente,  
hablan de luz del sol tras de tu frente*

*El lunar de tu mejilla  
en el cielo de tu cara  
es como una estrella clara  
en el cielo de Sevilla.*

*Fuego en los ojos, nieve en la cabeza,  
rosas en el semblante...  
Sólo vuestra belleza  
pudo lograr milagro semejante.*

*En Abril, mes de amores,  
te conocimos,  
y en Mayo, mes de flores,  
te lo escribimos...  
De entrambos tiene  
tu cara... ¡Y aun el fuego  
del mes que viene!*

*Si un rostro modela Dios  
y le parece bonito,  
lo firma con un hoyito.  
Y si le encanta, con dos.*



*Tiene fama la risa  
de mariposa  
que va siempre volando  
de rosa en rosa.  
Dió en tu semblante,  
y dejarlo no quiere  
ni un solo instante.*

*Merecía un lugar en los altares  
el pintor que pintara tus lunares.*

*Lo moreno y lo rubio  
trabaron riña:  
¿cuál de los dos se queda  
con esta niña?  
Por no dejarte,  
en tu belleza entrambos  
tomaron parte.*

*Pareces un sueño de blanca y de leve...  
Tu cuerpo es de pluma,  
tu rostro de rosa y de nieve,  
tu pie es una flor...  
Tus ojos son fuego, tu mano es espuma...  
Pareces un sueño de amor.*

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

## VITA NUOVA

Según daban las doce últimas campanadas del año se fué engullendo doce uvas de Esmirna, sonrosadas y transparentes como redondos botones de ámbar.

Las gustaba con visible placer, con aparatosa satisfacción. Antes de engullir las uvas había ingurgitado abundosa cantidad de champaña y otros gustosos, fascinantes y perturbadores trasuntos de Baco desiludido. Con la última campanada tra regó de un tope otra copa de champaña, y, en habiéndola vaciado, la llenó otra vez y la levantó en alto, poniéndose en pie. —Señores— dió.

Los que asentaban en torno de la mesa, hasta una docena de señores bien porados, batieron palmas. Las mejillas acusábanse con flamígera rubicundez. Los párpados habían bravamente por imponerse á la ley de la gravitación y palitaban, como membranosas alas de murciélago, espantando al sueño y apeteciendo para aquella noche el imperio de la vigilia mediabunda. Hubo un silencio, y entreverados en él unos ruidos de oquedad; parecía que el año pasado, con su balumba y pesadumbre, se despeñaba en la sima fatal, dando botes y golpetazos.

—Señores. Ha comenzado un nuevo año. ¿Ha comenzado un nuevo año? No es una pregunta retórica. Os pregunto: ¿ha comenzado un nuevo año?

Algunos asintieron. Pero á ciencia cierta no se sabía si asenían ó dormitaban.

—Decís que sí. Pero, ¿cómo sabéis que ha comenzado un nuevo año? Responderéis que por el almanaque, y luego por el reloj. Mas, ¿quienes son el almanaque y el reloj para decirnos cuándo concluye un año y comienza otro? ¿Creeis que el tiempo y la suma de los tiempos, que llamamos eternidad, son como ese salchichón, que se puede cortar en rajadas, ó si queréis años? En verdad os digo que cuantos han hecho y hacen calendarios, desde César Augusto hasta el Zaragozano, han sido, son y serán sutiles imos farsantes.

Hemos convenido en que un año es el lapso de tiempo que la Tierra emplea en dar la vuelta al Sol. Sea. Pero, ¿quién nos puede asegurar que —miró su reloj— hace tres minutos precisamente nuestro planeta terminó su acostumbrado viaje de circunvalación y se hallaba en el mismo punto que hace un año? Sin duda ello no es así, como lo prueban los años bisiestos. Pero aun cuando así fuera, ¿por qué ese punto de los espacios infinitos ha de ser arranque y término, principio y fin del año? Yo no acierto á comprender por qué.

Yo creo, señores, que el someternos á estos convencionalismos cósmicos, que traen consigo aparejados otros convencionalismos sociales, es palmaria estulticia, flagrante sandez.

Comprendo que se coman castañas en los Difuntos y no en la Ascensión, porque en Corpus y la Ascensión no hay castañas como

no sean pilongas, ni nabos, como no sea á precios abusivos. Pero ¿por qué se han de comer buñuelos de viento en Difuntos? ¿Por qué el pavo por Navidad? ¿Por qué torrijas en Carnestolendas? ¿Qué se ve, si bien se mira, en estas rutinas deglutivas y digestivas? Veris, amigos y señores, la servidumbre irracional y ciega del presente bajo el pasado, de lo vivo por lo muerto. Los pingües y copiosos ágapes navideños, ¿son por ventura festividad que Jesucristo, sus apóstoles ó los santos padres de la Iglesia hayan instituido? ¿Son los huevos pintados de Pascua rito cristiano? El banquete de Navidad, existió siglos antes de que nuestro Salvador tomara carne mortal. Es la orgía con que los caníbales primitivos celebraban el sosiego de invierno. Y nosotros perpetuamos esta fiesta de caníbales. Los huevos de Pascua son residuo de un mito más antiguo que las pirámides. Y si parais atentas mentes hallareis que, una por una, todas las fiestas son holocausto á la muerte, son á la manera de un sacrificio en que mutilásemos algo de nosotros mismos y lo arrojásemos al bátraco de lo irremediable. Cada fiesta tiene por estrambote ó epítafio esta frase terrible: «un año menos». Sólo una fiesta hay de exaltación, de ímpetu y voluntad del-mañana, fiesta sonora como alas del Pegaso, fiesta como puerta de oro que tiene cinceladas en dintel y umbral estas divinas palabras: «¡Salve! Un año más. Año nuevo, vida nueva». Pero yo añado que no sé por qué año nuevo ha de comenzar el primero de Enero, conforme á los calendarios oficiales. Eso de las fechas está bien para los que cobran sueldos á principios de mes.

Pero la vida, la vida del alma, que es la verdadera vida, no admite plegarse á la rotación del almanaque. Para la vida del alma la Navidad no cae siempre en Diciembre, ni la Pascua de Resurrección en primavera, ni la semana de Pasión obliga á la pasión de ánimo, ni el domingo por ser domingo es día sosegado y dulce. Y sobre todo, ¿qué tiene que ver el año nuevo del calendario con el año nuevo y la visión de la nueva vida para el alma? ¿Por qué ha de concluir el año cuando la Tierra vuelve á pasar por un punto de su órbita, elegido al antojo? Algo más sensatos eran los filósofos antiguos, cuíen se no curaban tanto del fin del año cuanto del fin del mundo, el cual, según principio inconcuso de aquellos sabios, será destruído y acabado así que las esferas y los astros lleguen en su carrera al punto mismo en que estaban á raíz de ser creados. Pues he aquí ya lo que son año nuevo y vida nueva. En cada instante de nuestra vida hagámonos cuenta que ha concluído una edad, comienza un año y debe comenzar una vida de alma. «Todo el año es Carnaval», dijo un hombre triste. No. «Todo el año es año nuevo». En cada instante el viejo mundo, todo lo que no sea nosotros mismos ó nuestra obra, sino obra del pasado, pensemos

que se ha destruído, que se ha abismado, que ha dejado de existir, y veamos de crear en su vez un nuevo mundo, una vida nueva, ó cuando menos un nuevo sentido del mundo viejo y de la vida antigua, que esta novedad es también una manera de creación. «Todo el año es año nuevo»; tal es el catholicon ó elixir de vida que os brindo. Nueve años tenía el Dante cuando conoció á Beatriz, que también era niña y de su edad, é iba, como Dante refiere en la *Vita Nuova*, «vestida con el más noble color»—carmesí desvaído y rico—. Y Dante sintió que una rara y fuerte potencia se le infundía y le había de gobernar toda la vida. Y el amor fué la agencia de la vida nueva, de una vida que en cada instante había de ser nueva vida. No es el amor físico amor de hombre á mujer, sino amor de peregrino y milagroso linaje. Beatriz, hija de Folco Portinari, casó con Simón del Bardi, y murió de veinticuatro años. Mas para Dante vivió siempre, y como si propiamente se le apareciese en presencia mortal, le iba guiando los pasos.

E par che sia una cosa venuta  
Di cielo in terra á miracol mostrare.

«Parece como que es algo que desde el cielo ha llegado á la tierra para mostrar el milagro. Hace entrar por los ojos hasta el corazón una dulcedumbre que no podrá entenderla quien no la haya probado. Y de sus labios nace un aliento suave y lleno de amor que le dice al alma: suspira.»

En esto, el orador suspiró. Uno de los comensales roncaba de bruces sobre la mesa. El orador continuó:

—¿Quién era, señores, Beatriz para el Dante? Beatriz era el espíritu que reflejado en las cosas viejas y caducas las torna nuevas; el espíritu que condujo al poeta hasta la región serena de los círculos paradisíacos en donde la vida nueva se renueva incesantemente y todo goza de novedad eterna é inmarcesible. Busquemos cada uno nuestra Beatriz. Todo el año es año nuevo. Suspiremos. Suspiremos. Destruyamos el mundo viejo. Ya que no á los círculos paradisíacos, como Dante, retrotraigámonos al estado paradisíado y á la novedad edénica. Despojémonos de rutinas, ritos, mitos, tradiciones, convencionalismos, libreas y atavíos, como Abrahán dejó servidumbre é impedimenta antes de encaminarse al lugar en donde iba á sacrificar á su hijo. ¡Fuera grilletes, sambenitos infamantes con que la tradición y la muerte nos aherrujan! Seamos hombres nuevos y adánicos. ¡Vida nueva! *Vita nuova*.

Y diciendo así comenzó á desvestirse. En un periquete se quedó en camisa. No llegó al estado adánico y edénico porque los demás le sujetaron, reconviniéndole:

—Pero ¿estás borracho?

RAMÓN PÉREZ DE AYALA



LA ESFERA

# CUADROS EXTRANJEROS



EN LA COSTA, cuadro de Ch. Wathoin

ATENEOS  
BIBLIOTECA  
M. N.





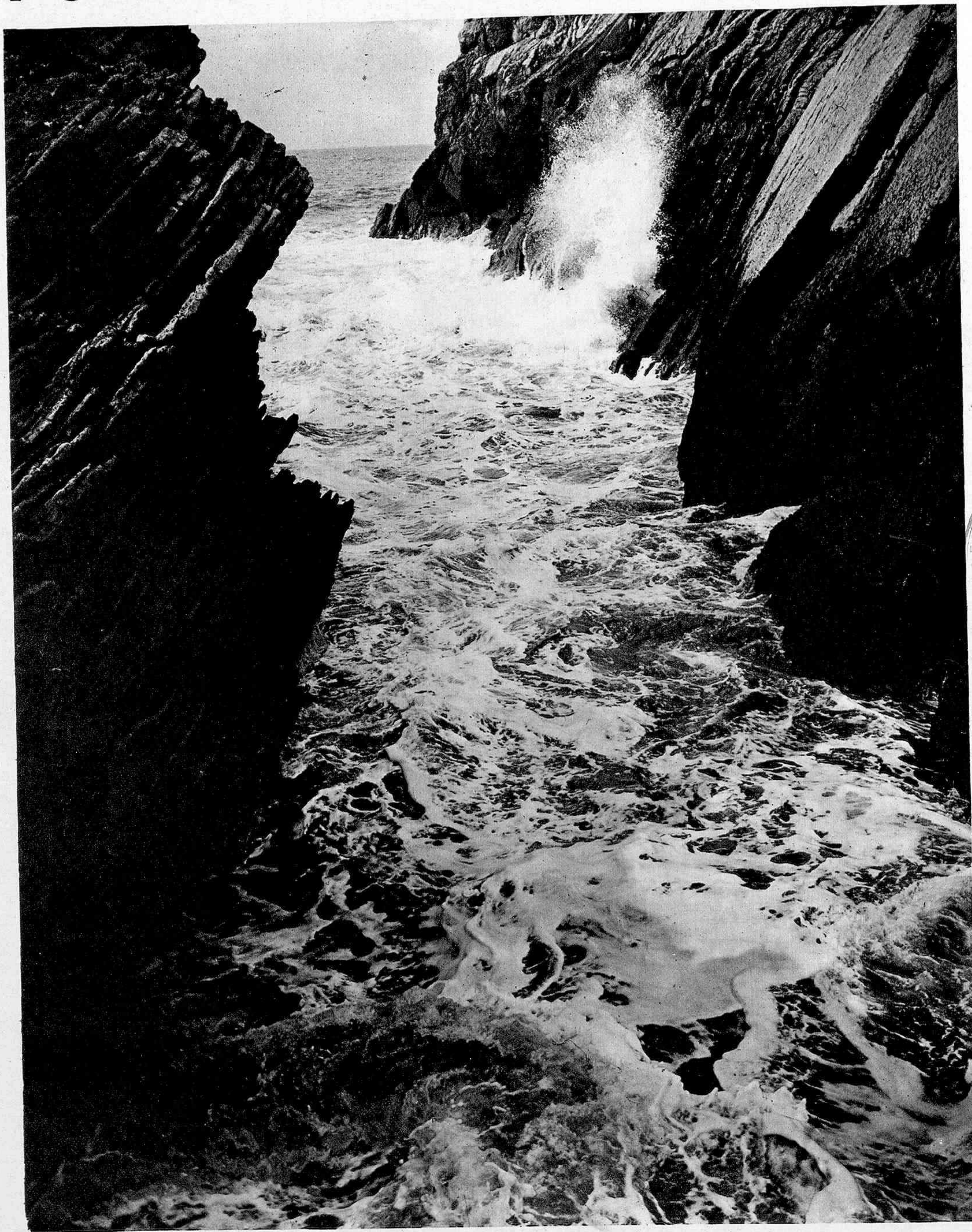
BIEN ECODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

LA CORTE EN EL ESTUDIO DE WATTEAU, cuadro de V. de Paredes



LA ESFERA

# FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS



EL ACANTILADO

Fotografía de Hielscher



## LA VIDA NUEVA

ANTE las palabras un poco atrevidas de Sergio, Leonor se echó a reír. Sentía todas las miradas fijas en ella; las de las mujeres envidiosas; la de los hombres cargadas de deseo. Pero, lo que era mejor, sentíase ella misma (a pesar de los funestos cuarenta años que iba a cumplir) llena de vida, de juventud, de energía inédita. Aquella noche de Año Nuevo el Ritz había sido campo donde cosechara satisfacciones sin cuento para su vanidad.

Ahora mismo, en pie en medio del *hall*, triunfaba con el prestigio de su *chic*, de su hermosura y de su posición. En el blanco decorado, siglo XVIII, sobre el que los arbolillos tallados en esferas destacaban sus oscuras masas redondas, en la encantada sombra de conseja del Arbol de Navidad, mujeres de bellezas convencionales, cargadas de pieles fastuosas, de joyas exóticas y de encajes hilados por las Hadas, esperaban sus coches en un perpetuo concertante de risas nerviosas, esas breves risas inmotivadas de los finales de fiesta. Pero entre todas, obscureciéndolas y relegándolas al término de comparsas, destacábase Leonor Milano. Alta, arrogante, el rostro correcto, un poco duro de perfil, la piel blanquísima, los labios rojos, los ojos como dos portentosas esmeraldas talladas en almendra, y el pelo negro trenzado en un raro artificio que después de descubrir la frente y de dejar dos leves guadañas de azabache sobre la paidez de la mejilla, alzábase en enorme moño sostenido por una gran peineta; arrebujábase en fastuoso albornoz de Chinchilla que no dejaba ver sino el escote conielado de fabulosas perlas y el borde de la falda de gasa rosa muy pálido orlado de las mismas pieles del abrigo.

Y sin embargo, en plena apoteosis, sentía una vaga tristeza, la misteriosa tristeza que es como un malestar indefinido que nos acompaña en los grandes júbilos. Las palabras que Julito Calabrés, su vecino de mesa durante la cena, pronunciara con la buena intención que le caracterizaba, habíanle impresionado desagradablemente. Julito, llevado de sus ínfulas de literato sentíase (tal vez también una copa de «champagne» de más) de un desengañado escepticismo y había-se entretenido en musitar a su oído palabras dignas de un viejo místico español. ¿De qué sirve ser bella, joven, fuerte, rica, festejada si la vida es tan atrocemente corta que los gozos apenas han llegado se han perdido ya en el olvido? ¡Ya ves, a los cuarenta años somos viejos ya!

Después había ella, en el barullo de la fiesta, olvidado las fatídicas palabras y ahora sin saber por qué volvían a su imágen como un inoportuno mosconeó. Otras palabras crueles, oídas ahora, agravaron su melancolía. Marchábase la Rialto y alguien comentó sin piedad. ¡Qué vieja está! Otro no menos cruel echose a reír. ¡No, que iba a ser eternamente joven! A esa edad se da el bajón de golpe, como ella en un par de meses. La primera pena, la primera enfermedad... ¡y se acabó!

Carlota tuvo frío y alzóse con movimiento maquinal la peliza sobre los hombros. Pero el *chasseur* avisaba ya su coche y entre las hamarradas de incienso de amigos y admiradores salió.

Fue una divina sorpresa. Una capa de nieve había envuelto la ciudad que ahora, bajo la luna tenía fantástica apariencia de urbe encantada. La plaza de la Independencia con su monumento cubierto de albos copos y sus árboles colgados de brillantes estalactitas era toda blanca como labrada en cristal de roca y el Prado tenía lejanías misteriosas de palacio de gnomos. Leonor sintió deseos de andar, de en vez de refugiarse en el auto trepidante, caminar a pie sobre la nieve, pero la liviandad del zapato de raso y un misterioso reuma que a nadie confesaba decidieronla a renunciar a la loca aventura. Despidió a Sergio que insistía en acompañarla.

—¡Gracias, pero estoy rendida!

—Te acompañaré hasta tu casa y me vuelvo a pie.

—¡No, no!...

Arrancó el automóvil. Reclinada en un ángulo pensaba. Era feliz. Toda su vida había sido una cosa deliciosa, banal, pero de una tal armonía que daba la sensación de algo perfecto. Desde que se casó a los veintitrés años con Joaquín Milano hasta ahora que iba a cumplir cuarenta ni un gesto plebeyo, ni una extridencia. Su marido viajaba, se ocupaba de negocios, de política; ella vivía una vida brillante de mundana frivola, se vestía, daba fiestas, tenía amantes... A los treinta y tres años, tuvo un sobresalto ¡estaba embarazada! y nació Linda. Desde entonces en su alma lucharon dos sentimientos opuestos: su vanidad de mujer guapa que quería vivir de sí y para sí, que necesitaba, en un egoísmo bárbaro, toda la vida para ella, y su amor de madre que pugnaba por dar la existencia toda a aquel ser nacido de sus entrañas. Y Linda creció; era un angelito de Murillo, una muñeca morena y deliciosa con grandes ojos castaños, tez dorada florecida de rosa en las mejillas, y cabellos oscuros, largos y sedosos. Junto a ella Leonor se olvidaba de sí misma y era casi feliz. El fantasma de la vejez se esfumaba, se dulcificaba, convertíase en algo tierno y sosegado. Ahora mismo en su irrazonada desolación anhelaba verse junto a su hija como si temiera algo, como si su corazón de madre le avisara de un secreto peligro.

El coche paró de golpe y la Milano miró por la ventanilla. Una zanja cortaba la calle y el *chauffeur* evolucionaba para retroceder. Estaban en una calle del viejo Madrid y ante el palacio de los Alcaráz. Súbitamente la atención de la trasnochadora quedó prisionera. En el quicio de la puerta de la señorial mansión dormía un golillo, un angelote medio desnudo, moreno y sucio. ¡Pobrecito! Leonor, acometida de una gran ternura compasiva, iba a bajarse, a recogerle

hasta el día siguiente, a salvar al mísero niño, pero el coche arrancó y no tuvo tiempo de cristalizar en hechos la compasión que se desbordaba en su alma.

Llegaba. Al entrar en su calle le dió un vuelco el corazón. ¡Un coche parado a la puerta de su casa! Precipitóse en el portal.

—¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

El portero parecía aterrado. Por fin balbuceó:

—El médico...

—¿Quién está malo?—interrogó ansiosa, temiendo adivinar.

El viejo servidor no se atrevía. Al fin.

—¡La niña, que le ha dado una cosa a la garganta!... ¡Se ahogaba!... ¡Dicen si será el golillo!...

Leonor tembló toda; después, loca de espanto, corrió escaleras arriba.

ooo

En la camita, toda blanca y rosa, Linda se moría. Los ojitos cerrados, la carita lívida en la aureola de cabellos castaños, y en la boca una mueca de angustia suprema, la Muerte parecía haberla marcado con su huella. De vez en cuando con un gesto de ansiedad llevábase las manos a la garganta y gemía quedamente:

—¡Mamá, mamá, pupa, teno pupa!

El viejo doctor había hablado a Leonor lleno de paternal afecto, pero con energía serena y clara. Si antes de una hora no había venido la reacción se hacía precisa la intervención quirúrgica; de lo contrario Linda moriría sin remedio. Sólo un brusco cambio de la Naturaleza, un sudor copioso y continuado podría salvar a la nena. Y habíase ido a preparar por sí mismo los instrumentos.

Anonadada, deshecha, yerta de horror, la Milano, ambulaba por el cuarto. Ya no pensaba en la juventud, ni en la belleza, ni en los mundanos triunfos; no pensaba más que en su hija. ¿Qué le importaba todo lo demás? Quería que Linda viviera, oír sus risas, sus gorjeos, escuchar la vocecita deliciosa que le llamaba *mamá*.

En el desordenado ambular llegó ante el altarcito donde la nena había instalado un Niño Jesús acostado sobre un lecho de paja. Era un Niño Dios moquetado y rubio que tendía las manitas sonrosadas. Leonor calló de rodillas y sin saber qué hacía imploró.

Había sido un rezar absurdo incoherente, desordenado, un rezar en que el alma rompía las capas de hielo y hablaba con Dios en una imploración suprema. Después acercóse a la cama de Linda y sentada junto a ella adormilóse.

Entonces soñó. Fue un sueño extraño en que realidad y quimera se fundían en extraña amalgama. Vió el portón de los Alcázar con sus relieves churriguerescos de piedra y en el suelo el golillo dormido. Pero, ¡cosa extraña! el chiquillo tenía la cara de Linda y mientras tiritaba, una sonrisa dulce temblaba en sus labios de flor. Entonces sucedió algo sobrenatural. Un Niño Jesús vestido con el rojo abrigo riñeteado de armiño del viejo Noel, la frente aureolada de estrellas y a la espalda el cesto con los dones, se acercaba al dormido y con la varita le tocaba en un hombro. Entonces el golillo se despertaba y, los ojos muy abiertos, recibía los regalos del Divino Niño.

Incorporóse sobresaltada y tendiendo la mano pasaba por la frente de su hija. ¡Sudaba! ¡Tibia humedad perlaba la frente de la enfermita y la respiración hacíase más igual y serena. Leonor, loca de contento, llamó:

—¡Doctor, doctor!

Después fué al balcón y abrió las maderas. La nieve caía lentamente. ¡Qué le importaba envejecer! Sentíase feliz, muy feliz. No envejecería ya; reviviría en su hija, como ésta reviviría a su vez en sus hijos y en los hijos de sus hijos. Y sobre la Muerte triunfaría una vida nueva.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA



soy zamora



## DEL AÑO QUE PASA LA ILUSIÓN DEL TIEMPO

La caducidad del año nos invita al recogimiento y á la reflexión. Involuntariamente hacemos el balance de lo que nos ha arrebatado el tiempo. ¿Cuál es la disposición de nuestro cuerpo? ¿Estamos sanos ó enfermos? ¿Somos más felices ó más desgraciados que antes? Esas preguntas capitales no son de fácil respuesta. En primer lugar nadie se da cuenta cabal de sus estragos fisiológicos, porque si los advirtiera, se apresuraría á corregirlos con la colaboración del médico. ¿Quién se preocupa de sus arterias, de la red de canales que pone en circulación su sangre? ¿Quién se inquieta por el estado de sus bronquios? ¿Quién pierde el tiempo en cubicar su sobreproducción de ácido úrico? En general, casi todo el mundo, menos los aprensivos, suele mostrarse optimista por lo que toca á su salud.

El hombre desconfía á menudo de que le devuelvan un duro que prestó, pero, difícilmente admite el que una víscera le pase la cuenta de lo que ha trabajado con exceso. La enfermedad, viene á ser, pues, en cierto modo, el acreedor que nos cita á juicio, dispuesto á hacernos pasar por la afrenta de un fallo adverso. Nadie sabe, á punto fijo, cómo anda de salud, porque nadie tiene la previsión de consultar al médico cuando no le duele nada. No hay, pues, modo de hacer á fin de año, el balance de las pérdidas y ganancias orgánicas, porque carecemos de datos sobre qué fundar esa delicada contabilidad. ¿Y en lo moral? Situándonos en el territorio de la conciencia, ya podemos movernos menos á tientas, con más libertad. El campo de exploración es más claro y el balance de lo positivo y de lo negativo de nuestra experiencia más fácil. Todo el que se pregunte hoy qué número de desilusiones le ha deparado el año, puede, sin grandes obstáculos salir de dudas. Con recordar las mujeres que han pasado por su vida, las manos amigas que ha estrechado y las ambiciones á que ha dado pábulo, puede hacer, en números redondos, el balance de sus engaños.

Hará mal el lector en ver al través de las anteriores reflexiones, el fantasma de la misantropía ó la silueta del pesimismo. A medida que se vive se reconcilia uno con la humanidad, después de haberla eximido de culpas. El mundo no es, como le reputan ciertos dispepticos y ciertos hipocondriacos un escenario de dolores. El mundo es admirable, porque nos revela todos los días algún aspecto inédito de la depravación y la estupidez de los hombres. Lo que sabemos hoy de la humanidad no es más que un mezquino anticipo de lo que aprenderemos mañana. La Providencia es en ese punto, inagotable y desconcertante.

Cada día nos reporta una decepción y pone un escollo en nuestro camino, sin que por eso le sea imputable la menor arbitrariedad. Dios no puede ser más que todo justicia. Si nos persigue, si nos acosa es para darnos una prueba de su predilección paternal. Es porque le interesamos con preferencia á los demás mortales. Quienes pudieran tener derecho á la queja y á la protesta son los otros hombres, los que viven en la opulencia y en el contento, los que han conocido precozmente las embriagueces del éxito y las voluptuosidades de la gloria terrenal, satisfacciones deleznales y fugitivas que nunca estuvieron á nuestro alcance.

Por eso el infortunio es un manantial de fe. Como el boyerizo hostiga á las bestias pinchándolas en la ijada para infundirlas el sentido de la orientación, Dios nos hiere en lo más vivo del alma para traernos al buen camino. Sus golpes, no pueden ser, pues, más saludables, ya que á ellos debemos nuestra salvación eterna. ¿Hay nada mejor ordenado en el Universo? Por eso cuando yo recuerdo el sinnúmero de desdenes sentimentales que he recogido y la suma de porquerías de que he sido testigo en la sociedad que frecuento, cuando recapitulo las amarguras soportadas y los desencantos devorados en silencio, en el año que acaba de transcurrir, no puedo menos de llegar á la tónica conclusión de que soy uno de los hijos predilectos de Dios. Quiera yo, ó me oponga á ello, El vela por mí desde la altura inaccesible. El regula mis contradicciones, dosifica mis penas, da coherencia y ordena mis fracasos. Su tacto previsor no consiente que el infortunio me aplaste totalmente.

Se contenta con disponer que toda mi alma sangre un poco todos los días. Esa disciplina providencial contra la que se rebelan los espíritus groseros, sin duda porque les parece un tejido de incongruencias, es la que si en ocasiones nos precipita en la blasfemia, en definitiva nos salva. Dios es tan sabio que ha hecho nacer el jardín sobre el estercolero y el amor á la vida de la desgracia misma.

Esa flor divina que llamamos ilusión no surge nunca en las almas ahitas, en los poderosos, en los opulentos y en los felices. Los hombres que más aman á las mujeres son precisamente aquellos á quienes Eva ha engañado. Los que más aman el dinero son cabalmente aquellos que no lo han tenido nunca. No hay nadie que goce tan plenamente del éxito intelectual, político ó artístico, como un imbecil. Dios ha dispuesto que todo manantial de placer mane de la roca del dolor.

Por eso, cuando contemplamos á la humanidad friamente, sin que se interpongan nuestros prejuicios entre ella y nosotros, no podemos menos de bendecir al Supremo Hacedor, que por caminos tan ingeniosos y defraudando la lógica vulgar asegura nuestra felicidad perdurable. Si hubiese á nuestro alcance medios de establecer el alta y baja de las virtudes y de los vicios no tardaríamos mucho en comprobar la sabiduría divina al enterarnos de que en el año que acaba de transcurrir la humanidad no ha sido ni menos malvada ni más perversa que el año anterior.

No ha habido progreso en el mal. Igual número de mentiras y de hipocresías en circulación; el mismo contingente de mujeres perjuras y de maridos engañados, la misma estadística de ladrones y de farsantes; la misma proporción de asesinos y de imbeciles. Ni aun la guerra, con todos sus horrores altera ese conjunto. La guerra, es, al contrario, otra demostración del orden universal, puesto que descongiona los pueblos, dispersa sus riquezas, como un castigo á la avaricia social y mueve á las gente á trabajar de nuevo por el rescate de los bienes perdidos. Ha habido este año—y consignamos el hecho con alguna extrañeza—una disonancia en el concierto que dirige la divinidad y ha sido la escasez de las epidemias. Todos esperábamos fundadamente una franca explosión de cólera morbo y un discreto desate de la peste bubónica que diesen un poco de color dramático á la muelle existencia de los pueblos neutrales y la Providencia ha burlado esa esperanza. En España por lo menos no ha habido más fenómenos morbosos que algunos casos de tifus y unos cuantos discursos políticos que no han debilitado grandemente la economía nacional.

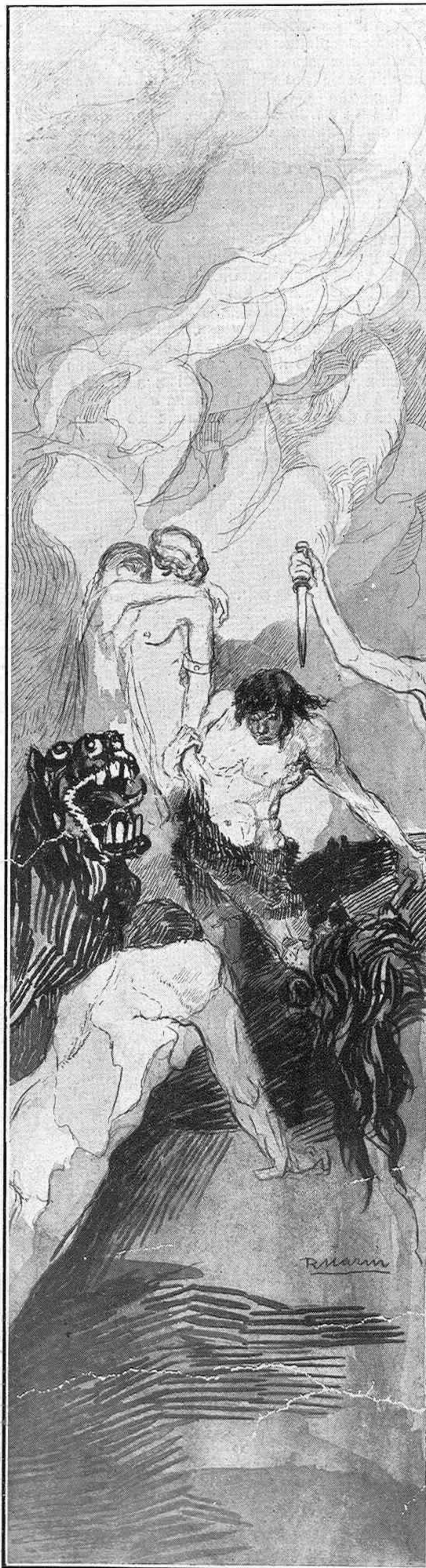
La demografía no ha tenido incremento, ni aun en el personal de exministros, el más numeroso después de las clases pasivas. El partido liberal ha subido al Poder con la misma desnudez de programa del partido conservador y este invierno han muerto de hambre á la intemperie las mismas personas, numéricamente, que el año pasado.

En la prensa tampoco ha habido muy sensibles alteraciones. Los mismos aditivos de ponderación aplicados á personas distintas, con iguales méritos que las otras, la misma benevolencia en el juicio, el mismo despego de los problemas substanciales de la nación. ¿Y en el teatro? En el teatro igual irrupción de retórica, á la antigua usanza, el mismo vendaval de chistes, la misma vacuidad de fondo... y los mismos adjetivos para autores é intérpretes.

No queremos finalizar esta crónica, que es un desahogo de nuestra natural ingenuidad sin entonar una plegaria. —Señor, haz que no caduque el año presente sin promover una modesta alteración en el orden sideral capaz de hacer que la Tierra choque con otro planeta de mayor ó menor magnitud que el nuestro y si eso no pudiera ser porque no entre en tus divinos designios depáranos, por lo menos, á nosotros, individualmente una embolia, un *angor pectoris* ó un simple derrame seroso que nos ahorre el año futuro la tarea de seguir contemplando este espectáculo tan monótono que llamamos vida...

MANUEL BUENO

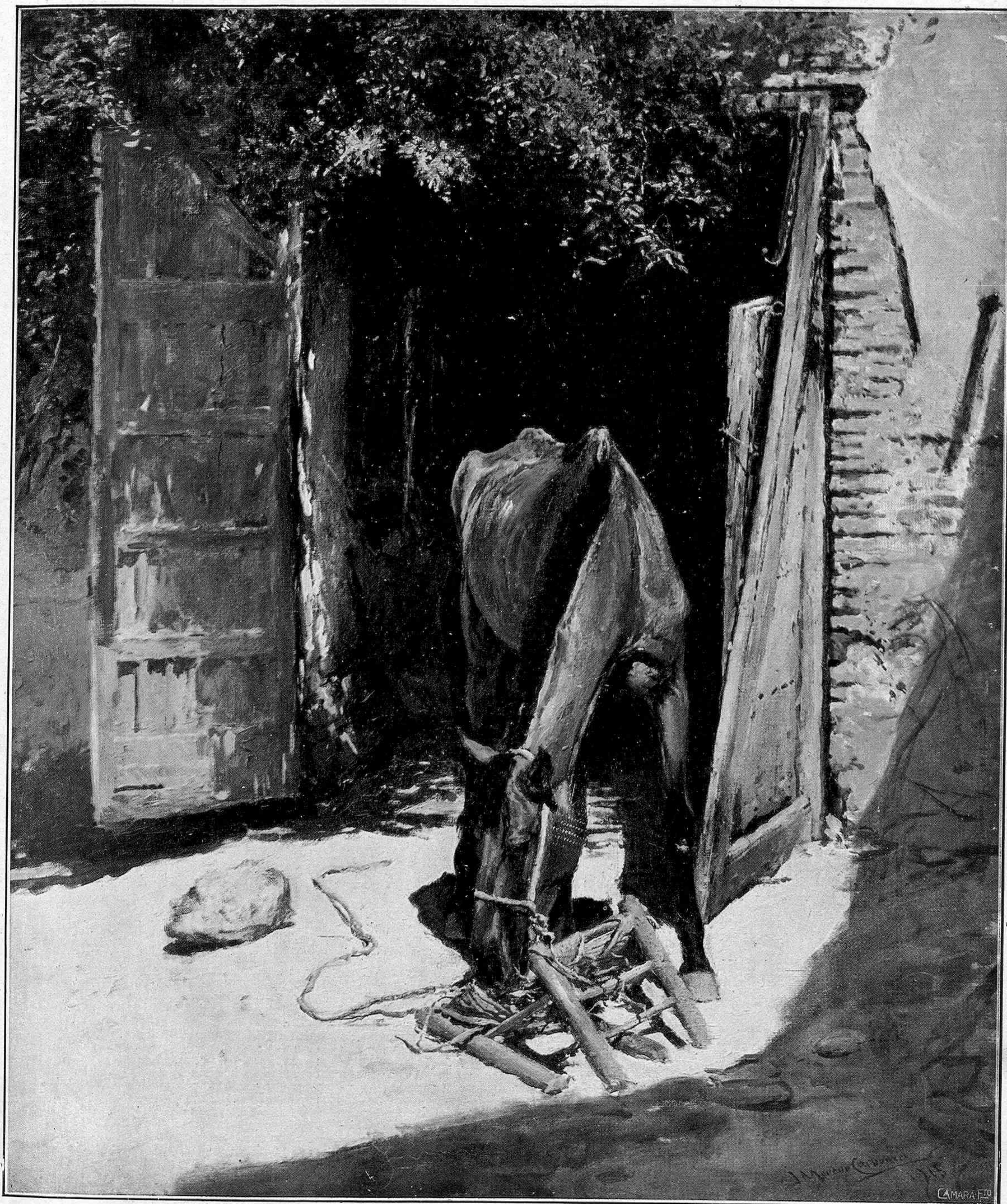
DIBUJO DE MARÍN





LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



**“METAFÍSICO ESTÁS...”**

(De la poesía que “Babioca”, el caballo del Cid, dedicó a “Rocinante”)  
Cuadro del ilustre artista José Moreno Carbonero

ATENEOS  
BIBLIOTECA  
M. A.

CAMARA FIO




**MARTE CONTEMPORÁNEO**


La figura de Marte, tal como la ideara el paganismo, no podía espantarnos ya; era un viejo guerrero incapaz de sostener la propia armadura de su defensa. Ningún otro símbolo del misterioso Oriente ha quedado tan inútil como este dios guerrero, incluso para el ajetreado ir y llevar palabras con que los poetas componen sus rimas. En vano los artistas intentaban crear un dios nuevo para la guerra. El símbolo parecía siempre poco cruel; la realidad, sucediéndose y renovándose de guerra en guerra, superaba siempre en barbarie, en ira, en inconsciencia, la figura soñada por el artista.

podido darle algo más seguro que el globo esférico entregado á los azares del viento, el mapa de Europa hubiese sido diferente al llegar el siglo xx, y la sojuzgada Prusia de la sin par María Luisa no hiciera ahora estremecer al mundo. Se llega á creer que hay un evidente providencialismo que determina los elementos con que ha de contar cada hombre de estos que encauzan por nuevos senderos la marcha de la Humanidad. En la gran tragedia con que comienza sus revoluciones el siglo xix, queda Inglaterra aislada sobre las aguas, como el Arca de Noé en la postrera hora del Diluvio. Y ahora, ni eso;

cubierta de cuerpos maltratados, heridos, exánimes, desgarrados, manchados de sangre, de barro y de blasfemia como en el Infierno que viera Dante.

¡Qué tremenda mudanza, cuando la Humanidad creía que marchaba hacia progresos de redención y de amor! Porque no hay en toda la Historia humana, desde el primer símbolo de la guerra, que está en Caín, nada más cruel ni más bárbaro que estas horas de sangre que vivimos ahora y que preparan un renacimiento de fe en la fuerza, en la violencia y en la muerte...

Si os fijais en los labios del dios pintado por



“La guerra”, cuadro de Franz Stuck

Esta misma contienda actual transformaba la visión de Marte. Del mismo modo que Lópe, que previó la rapidez del telégrafo y Calderón, que imaginó que el hombre llegaría á volar como las aves, se espantarían de ver confirmadas sus nebulosas predicciones, quedaría asombrado Napoleón de que hubiera bastado un siglo para trastocar la guerra, de tal modo que todo su arte de destrozar ejércitos, que parecía inmutable, no tenga hoy aplicación más que para las grandes maniobras de los países atrasados y para encanto y recreo de los chicuelos que hacen paradas y simulan combates con sus soldaditos de plomo.

El único principio que perdura del período napoleónico es la fe en la artillería. Si Napoleón hubiese contado con los formidables morteros austriacos, y si Fulton hubiese podido poner á su disposición una escuadrilla de submarinos en lugar del primer ensayo de buque de vapor, con su enorme chimenea y sus ruidosas ruedas de aletas laterales, y si los Montgolfier hubiesen

también el símbolo de la paloma de paz que vuelve con un ramo de oliva se nos ha envejecido de tal modo que ya no nos sirve para nada; ni para éxtasis de poeta ni para juego de niños.

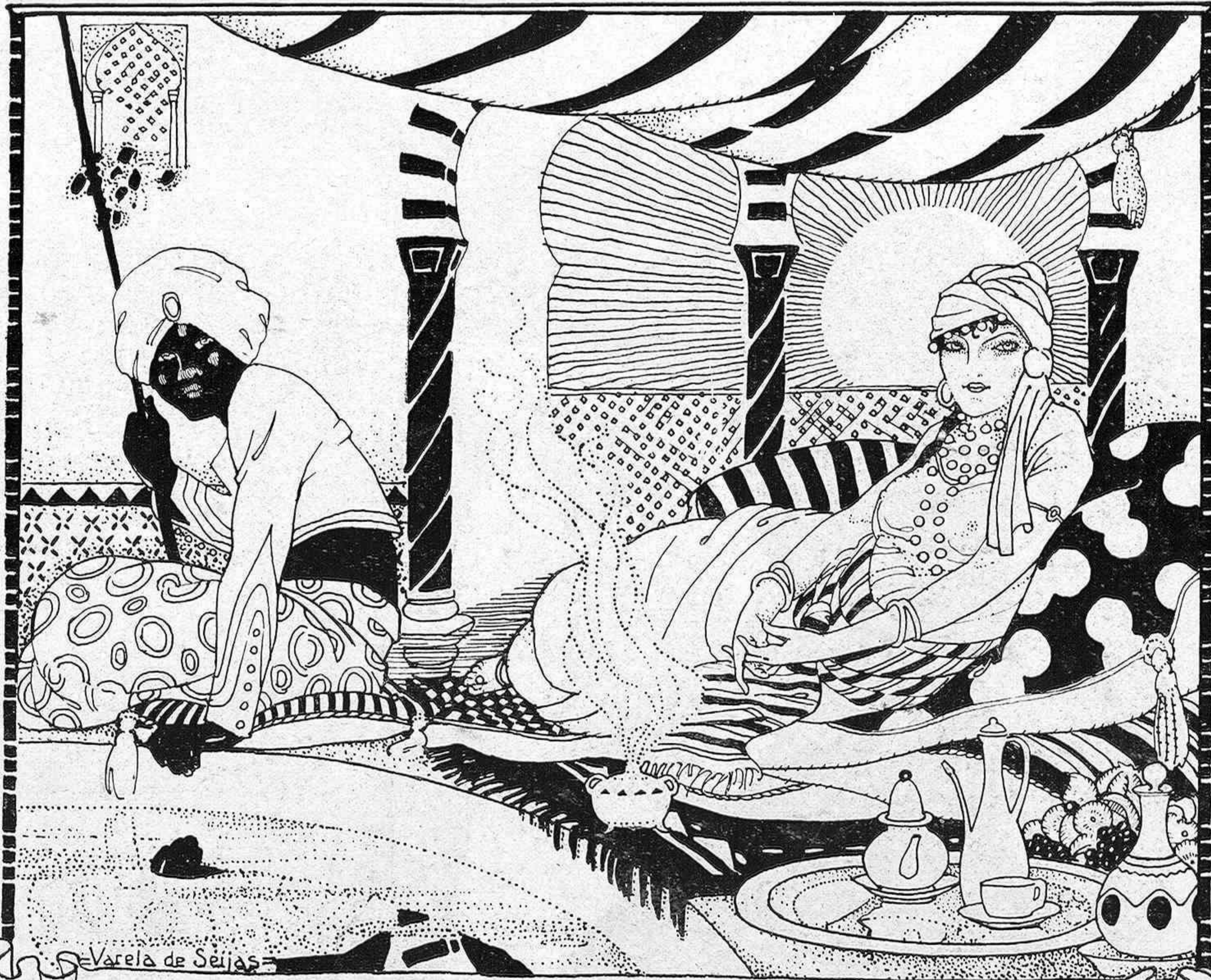
Así cuando un pintor, Franz Stuck, entrega al horror de las muchedumbres su tremendo cuadro *La guerra*, lo acoge un grito unánime: «¡Es Marte!» Es el símbolo nuevo, el dios de las iras modernas, el que ha dispuesto de elementos de muerte y devastación con que no llegarán á soñar siquiera los vencedores de antaño, los invasores sin corazón, los conquistadores sin conciencia. La pesada espada, acero que parece templado por todas las fuerzas, va cansina sobre su hombro; el jamelgo también, un duro caballo de recios músculos, marcha fatigado, y él mismo, el dios insaciable de victorias, con la mirada dura, el gesto hosco, el entrecejo fruncido como un nidal de iras, parece abrumado... No es la gloria la que le impulsa, sino la crueldad, una crueldad terca que está en el cielo brumoso, en el horizonte enrojecido, en la tierra

Franz Stuck, vereis que estalla en ellos una palabra de maldición. Parecería profanación repetirla. Es una sílaba, es la afirmación de su triunfo, de su dominio, de su posesión del mundo. Y oyendo su blasfemia, pensais que en verdad fué estéril la destrucción del paganismo y el arrasamiento de Roma; estéril la paz espiritual que Constantino quiso unir á los ceiros del poder terreno, estéril la revolución que proclama los derechos del hombre sobre las almenas de los vencidos castillos feudales; estéril, al fin, la sistematización liberadora de Carlos Marx... Sobre todo eso, con su espada invencible al hombro, derrendado sobre su fuerte caballo, sin corazón y sin conciencia, sediento de sangre, camina el nuevo Caballero de la Muerte, el nuevo dios de la Guerra, hablando de honor y de patria á los pueblos que se retuercen á sus plantas, maltratados, heridos, exánimes, desgarrados, manchados de sangre, de barro y de blasfemia!...

DIONISIO PÉREZ



PÁGINAS POÉTICAS



LO QUE PIENSAN LAS ZORAIDAS

Corrosivo rayo del sol en su cénit  
del cielo se escapa y el toldo atraviesa,  
para ungir el cristal de las aguas  
que duermen un sueño de amor en la alberca.

Al sentir la caricia de fuego,  
livianas burbujas del fondo se elevan  
y matizan la azul superficie  
con radiantes hervores de perlas,  
atisbando el beso que sobrecogido  
con destellos de oro sobre el agua tiembla,  
mientras se sonríen en los azulejos  
dulces claridades, que el recinto alegran.  
Brillan los mosaicos en que se destacan  
en trazos bermejos divinas leyendas,  
y entre los adornos de las celosías  
de los bellos arcos, combatiendo, juegan  
rayos de oro, sombras regaladas, vivos  
reflejos de flores, mágicas esencias  
y ráfagas de aire, que luchan, se roban,  
deslumbran, se encienden y huyendo se mezclan.

¡Ay, bella Zoraida, la de frente pura  
y ojos azulinos como las turquesas!  
¿Qué guarda el enigma de tu risa? ¿Cuándo  
se sabrá el secreto que tu pecho encierra?

ooo

Recio el día, finge al lejos  
bulliciosas caravanas  
de ginetes, recias notas  
de colores que cabalgan.

Intensísimos matices  
de blancura y escarlata  
en bonetes y en caftanes,  
falabartes y gualdrapas,  
del azul del horizonte  
regocijos son y gala.

Son las huestes de un rey moro  
que guerra por su dama  
abrasando con su sangre  
las llanuras castellanas.

No importa que hombre tras hombre  
los que le defienden caigan.  
Túnez le dará sus hijos,  
Damasco sus cimitarras,  
Dios la fe que necesita,  
noble aliento su sultana,  
brío el aire, el sol ardores  
y sus sueños esperanzas.

«—¡Nazareno! —grita airado  
Jarife, y lleno de rabia  
alza el puño y torvo mide  
con los ojos la distancia.

No provocan mis desvelos  
tus constantes alharacas,  
ni el c' amor de tus soldados  
ni el redoble de tus cajas,  
ni han de darme sombra al rostro,  
miedo al puño y susto al alma,  
ni el sonido de tus trompas  
ni el reflejo de tus lanzas.

Si eres adalid cristiano  
y el impuro amor te arrastra,  
frontera á tus apetitos  
serán mi odio y mi venganza.  
¡Ven luciendo tu apostura,  
que aquí mis bríos te aguardan,  
y ella quiere por trofeo  
tu corazón en mi espada!»

ooo

Dijo, y en los alminares  
fijó su ardiente mirada,  
pareciendo que veía  
el contorno de Zoraida.

Zoraida, que absorta pone  
en los temblores del agua  
los ojos en donde duermen  
los recuerdos de un fantasma:  
del caballero cristiano  
que á Jarife turba y mata  
y por quien ella daría,  
si para ella le ganara,  
mil Jarifes, cien ciudades,  
su religión y su patria,  
pues nada hay que ponga coto  
á las mujeres cuando aman  
si aman como saben, sean  
sarracenas ó cristianas.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ  
DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



LA MONJA MAESTRA, cuadro del ilustre pintor José María López Mezquita





LA ESFERA  
TIPOS ESPAÑOLES



CAMPESINAS GALLEGAS, cuadro del ilustre artista Fernando Álvarez de Sotomayor





Explosión de una granada alemana de 20 centímetros en una trinchera francesa, durante la batalla de Neuve Chapelle. DIBUJO DE MATANIA

DE 1914 A 1916

## BALANCE MARCIAL

Lo que se juzgó en sus comienzos de rapidez concisa, efecto de lo crecido de los contingentes en lucha y de la perfección de las máquinas de guerra, no lleva trazas de poner colofón á sus sangrientas lides.

Las mismas causas que motivaron la creencia de la brevedad han marginado el largo proceso de la duración. Por lo crecido de los contingentes cesó, en parte, la acción estratégica, y por el perfeccionamiento del material se hicieron menos viables las batallas en campo abierto.

El caso, y caso amargo, es que el conflicto está en el orto de su desarrollo y no parece presto á traer á los quebrantados espíritus auras de paz.

No le bastan á los beligerantes los extensos teatros de operaciones de la vieja Europa y buscan, en ruta destructora, las amplias llanuras africanas y las estribaciones feraces de las cordilleras asiáticas.

Resumen de las operaciones marciales tras diecisiete meses de incesante y sangrienta pelea: dos pueblos que lloran su pérdida independencia, naciones débiles que fueron las primeras en sucumbir en esta liza feroz; un valladar insuperable que es doble dique para tirtos y troyanos, desde el mar á los Vosgos, en el occidente europeo, pues ni los unos pueden socorrer á la dominada Bélgica, ni los otros pueden bordear el Iser y asomar al Atlántico por la rada de Calais; un cerco de hierro que contiene á los moscovitas tras sus helados ríos, después de haber logrado victorias sin cuento en los umbrales de Hungría, precisando retroceder valerosa y ordenadamente ante el ímpetu avasallador del audaz rival; una aventura funesta en el pretendido forzamiento de los Dardanelos, válvula de seguridad, un día, para evitar la intentada estrangulación del canal de Suez; otro fracaso en Oriente,

en tierras balcánicas, donde el esfuerzo de los aliados fué tardío y débil y donde á más de las armas sufrió grave derrota la diplomacia franco-inglesa, y una lenta, lentísima acción de avance en la abrupta frontera austro-italiana.

Tales son los hechos escuetos y sinceros. Aventurar el triunfo definitivo es harto prematuro; una cosa es apuntar hechos clarividentes y otra preconizar sucesos del porvenir.

No cabe duda que la previsión estuvo de parte de Germania, hasta el extremo de que los pueblos que con ella se aliaron, á su dirección bélica se sometieron, porque en ella pusieron fe y amparo; en cambio, en los aliados, se notó en todo momento falta de unidad, autonomía direcciva altamente perniciosa y, como consecuencia, inutilidad de esfuerzos las más de las veces. Cuando Rusia sufría la presión enorme de los ejércitos de von Hindenburg, von Lissingen y von Mackensen, Francia limitaba su acción á una guerra pasiva de trinchera á trinchera, sin intentar, por falta de enlace técnico con el Imperio del Zar Nicolás, una ofensiva tenaz, suficiente para descongestionar el frente moscovita.

La excelencia de la red ferroviaria fué medio estratégico de sostener victoriosamente una intensa lucha en dos frentes.

Los combatientes son poderosos y la lucha proseguirá hasta agotamiento por cansancio ó por falta de hombres, que es lo primero que se hará sentir en esta dura pelea.

Tal vez por ello buscan las diplomacias rivales el medio de sumarse á su bando nuevos elementos que lleguen de refresco á esta contienda vigorosa.

De nuevo el invierno abre un ligero paréntesis en la lucha, que en la estación primaveral del año que comienza volverá á adquirir su intensidad vibrante y ruda.

Muchas enseñanzas se derivarán de esta campaña cuando se finalice; unas serán exclusivamente de orden estratégico, otras serán de orden moral; entre aquéllas figurarán los progresos de la fortificación de campaña, los de la zapa volante, minas y contra minas, los de la exploración aérea, los del empleo de la artillería gruesa en campo abierto, los de los nuevos y potentes explosivos, los del nuevo material técnico y científico en sus variadas aplicaciones al arte de la guerra; y las del orden moral serán, así mismo, variadísimas, y algunas, sobre todo las que afecten á la previsión y al método, nos interesarán en tal forma que hemos de precisar radical metamorfosis que nos arranque de la rutina suicida, que todo lo confía á la improvisación, al coraje legendario y al heroísmo heredado.

Las guerras fueron en todo tiempo manantial de enseñanzas, pues si bien han sido y serán plagas irredimibles de la humanidad, á ellas se debe el raudo caminar del progreso y el justo respeto á los derechos del hombre.

La actual contienda es desdichada escuela práctica en la que las futuras generaciones aprenderán á descrismarse con arte, en hombros de la civilización y en aras de la felicidad de la especie humana.

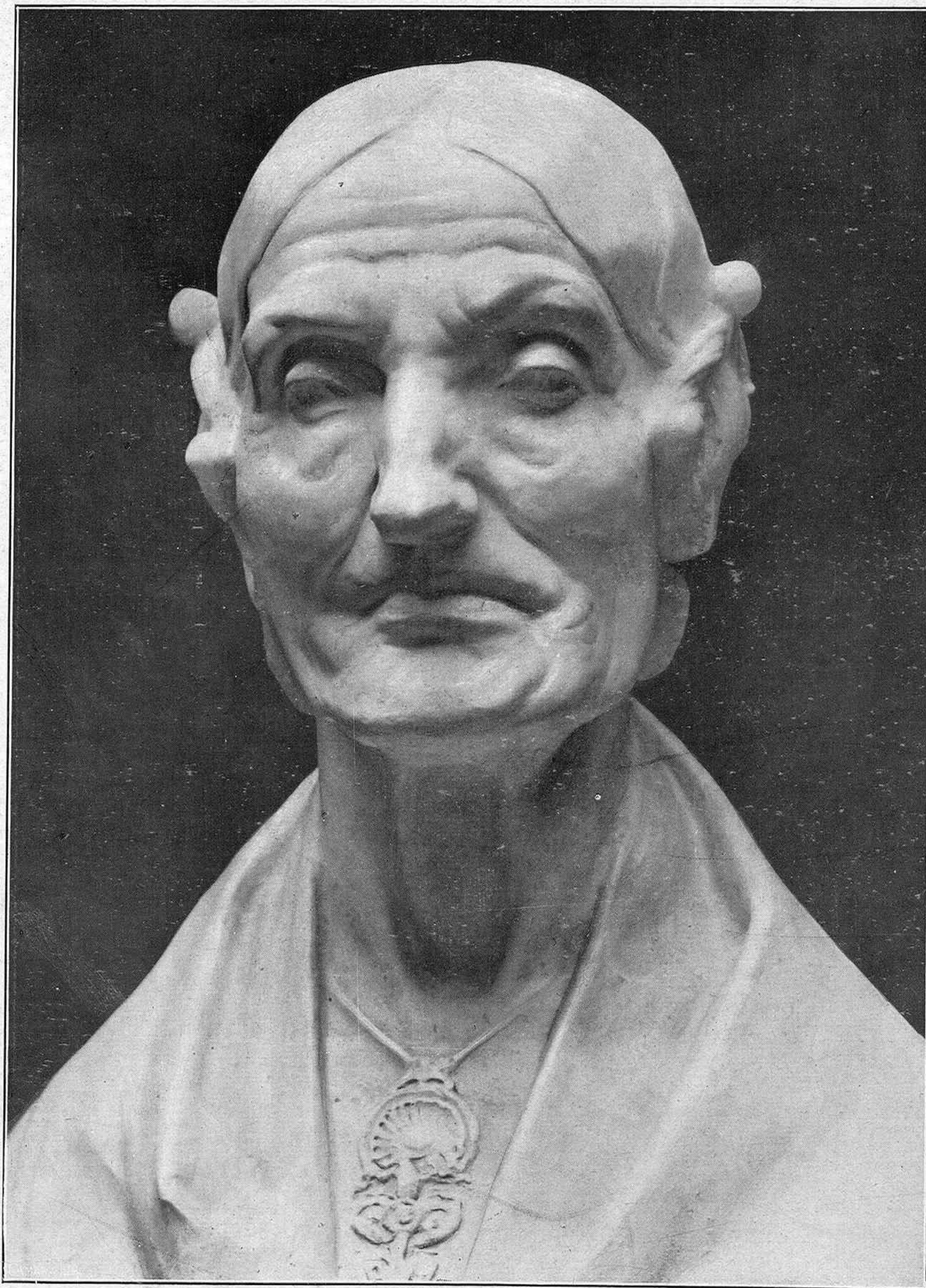
La paz universal será por muchos siglos una utopía, que el anhelo de revanchas y la ambición de los pueblos alejarán de la realidad. Se juzgó que la perfección de las máquinas dificultaría las luchas y muy lejos de ser así lo que hace es modificar la táctica é introducir mejoras en la ejecución dogmática de los principios estratégicos.

La fuerza de la razón, por la razón de la fuerza.

CAPITÁN FONTIBRE



# ESCULTURAS ESPAÑOLAS



ATENEODE  
BIBLIOTECA  
MADRID

**LA ABUELITA**

Escultura del insigne artista Mateo Inurria



LA ESPERA  
PÁGINAS HUMORÍSTICAS



**CAMINO DE EUROPA**  
EL AÑO 1915 (al año 1916): ¡Mal haces, niño, en aventurarte sin armas por estos senderos!...

CARICATURA DE ANTEQUERRA AZPIRI

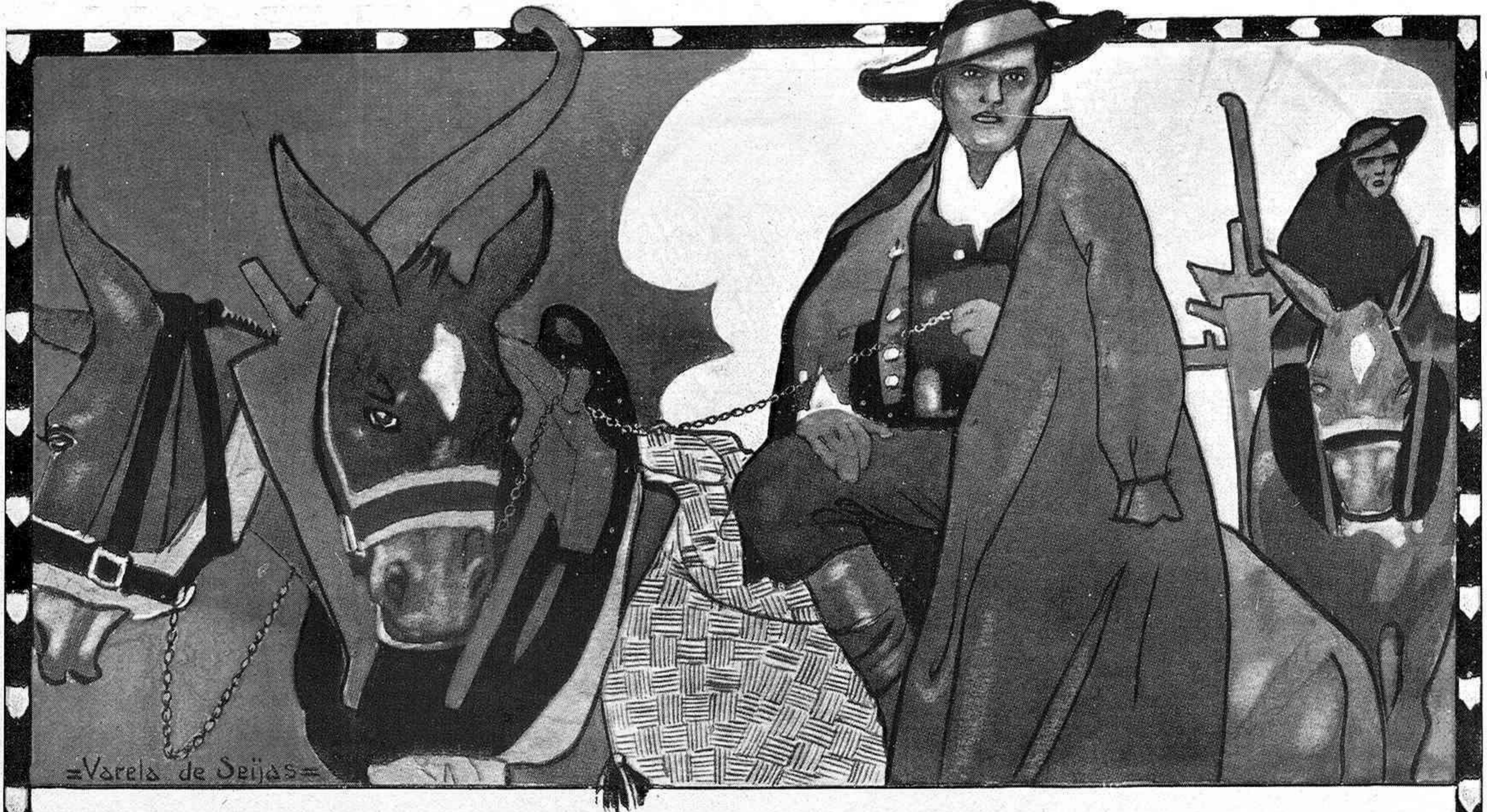


LA ESFERA  
**DIBUJOS AL CARBÓN**



**TIPO ESPAÑOL**  
Dibujo del ilustre artista Ramón Casas





## Aún es Castilla

*Réplica al poema A LOS VILLANOS DE CASTILLA, escrito por el muy ilustre señor  
Luis Fernández Ardavín*

.....  
¡Oh, qué do'or!... ¡El castellano viejo  
ya no tienz, viril, una protesta!  
¡Sólo es un hombre para el vino añejo,  
que es el gran vino para aguar la fiesta!...  
.....  
¡La vieja vara del alcalde, rota,  
ya no será la justiciera vara!...  
¡Percha será para colgar la bota  
de moscatei que el seductor pagara!...  
.....

Luis FERNÁNDEZ ARDAVÍN

Estos secos lugareños de Castilla,  
de hosca frente y duras manos,  
aún conservan en su pecho la semilla  
de los fuertes comuneros castellanos.

Aún de Crespo resucita en sus miradas  
aquel rayo de justicias vengadoras,  
y aún gobiernan con más fuego las espadas  
que las hoces labradoras.

Es muy fuerte esta Castilla,  
y muy dados al honor estos villanos,  
para hincar, sin alegatos, la rodilla,  
y humillarse, sin rubor, á los tiranos.

Si esta raza, con la bota de lo añejo se remoja,  
no es por vicio de la raza,  
es por dar con sangre roja  
nuevo temple al débil pecho que ha de hundirse en la coraza.

Ya vereis cómo indomables, y en un son de brava guerra,  
volverán estos varones á dar cuenta de su paso,  
y otra vez, como en antaño, por la anchura de la tierra  
forjarán nuevos dominios y otros soles sin ocaso.

Dice un vate predilecto, que en Castilla ya no hay flores  
de hidalguía en los escudos, ni hay lirismo en los afanes,  
que en Castilla nos gobiernan unos cuantos regidores  
que por vino dan sus hijas á los locos capitanes.

Sepa el vate que tal dice, que en Castilla no hay traidores  
que alardeen de fementidos,  
ni hay alcaldes que se avengan á tratar con seductores  
como tratan por las ferias los villanos mal nacidos.

Es Castilla muy sobrada  
de hidalguías y razones  
para hacer un escarmiento, con el rayo de su espada,  
sobre aquellos que quisieran hacer sombra en sus pendones.

Si, cual secos eremitas, sobre surcos y entre breñas,  
van vencidos, la hosca frente casi al roce del arado,  
no es que lloran, es que labran bajo el palio de sus greñas  
una idea que ha de darles el retorno á lo pasado.

Una idea vengadora, que es rugido en la garganta,  
que es un crispo de iracundias en la lira de las manos,  
y que anuncia, como alondra que en el aire se levanta,  
una aurora de grandezas por los yermos castellanos.

Que, ciñendo la armadura, dejarán la dulce bota  
que rezuma rojo vino,  
y, acatando su conciencia, una picota  
plantarán en cada cruce del camino.

Y ya libres de caciques, y aliviados de usureros,  
y algo locos por la sangre que les dió el añejo vino,  
volverán á sus andanzas, como altivos caballeros  
que ni temen á la muerte ni á lo adverso del destino.

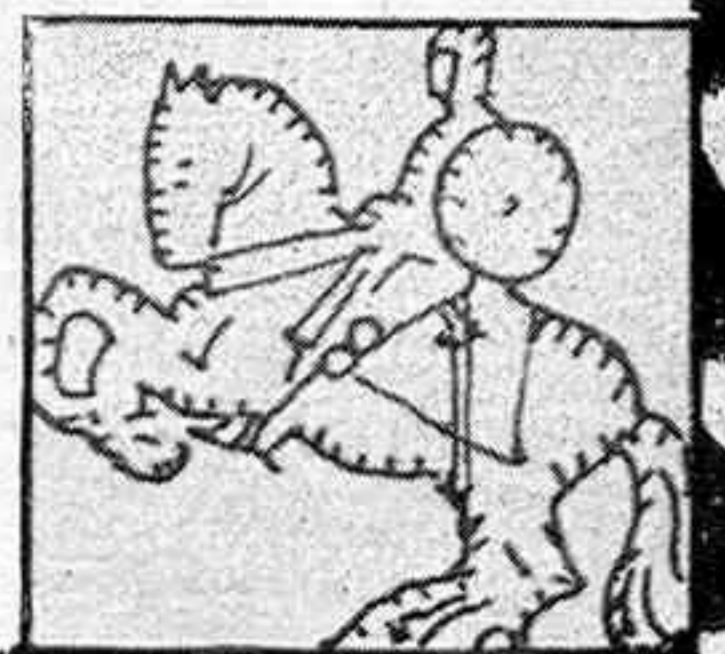
Si estos ínclitos varones  
son hoy sombras entre yermos, no es que el miedo les obliga,  
es que fueron dadivosos en gastar sus corazones  
y hoy les duerme la fatiga.

Esta tierra de Castilla, tan poblada de leales,  
tan cubierta de agrias sierras, de robledos y de encinas,  
al dolor pone sus almas como duros peñascales,  
y al ultraje sus broqueles de relumbres diamantinas.

Estos secos lugareños de Castilla,  
de hosca frente y duras manos,  
aún conservan en su pecho la semilla  
de los fuertes comuneros castellanos.

Aún de Crespo resucita en sus miradas  
aquel rayo de justicias vengadoras,  
y aún gobiernan con más brío las espadas  
que las hoces labradoras.

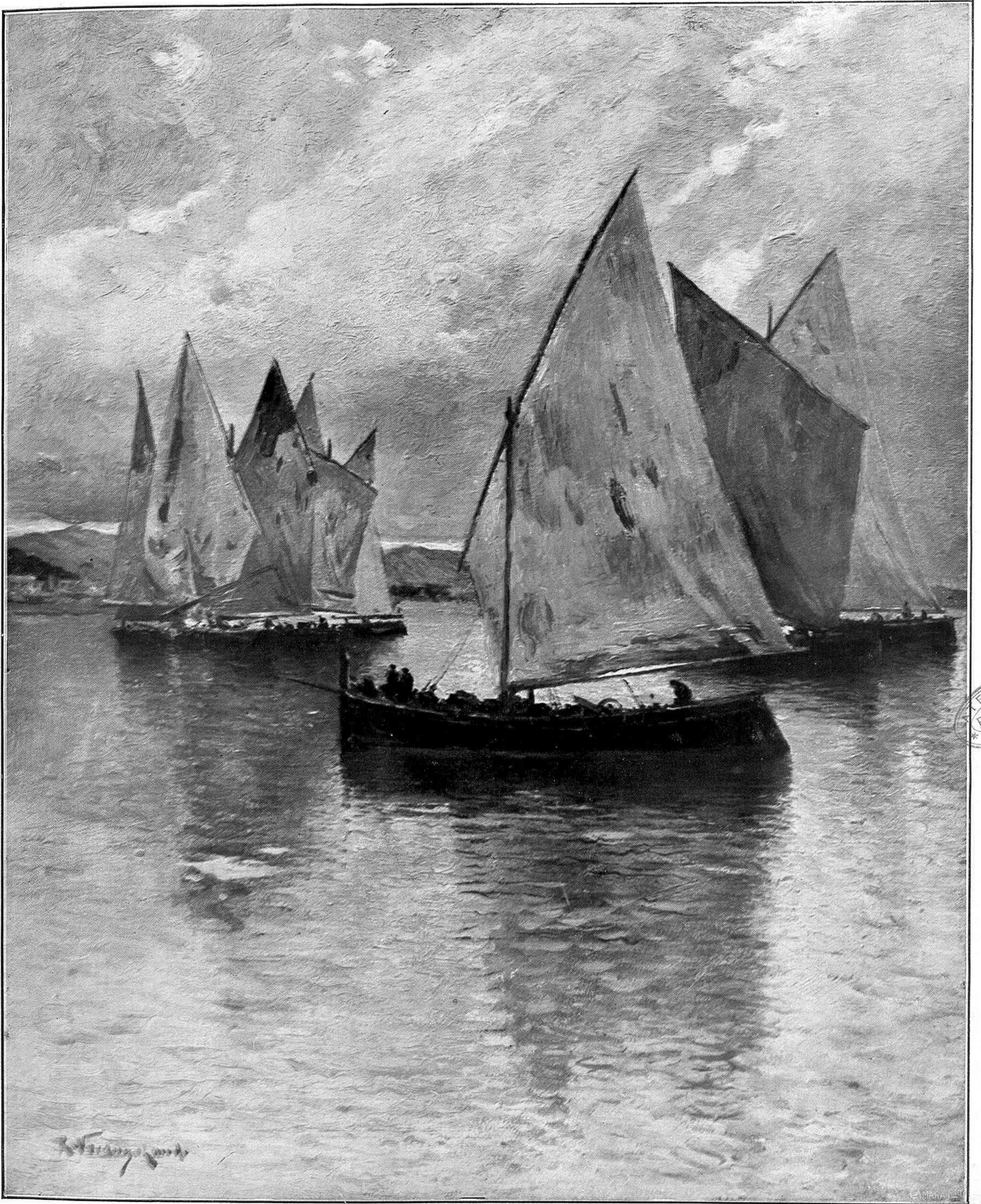
FERNANDO LÓPEZ MARTÍN  
DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS





LA ESFERA

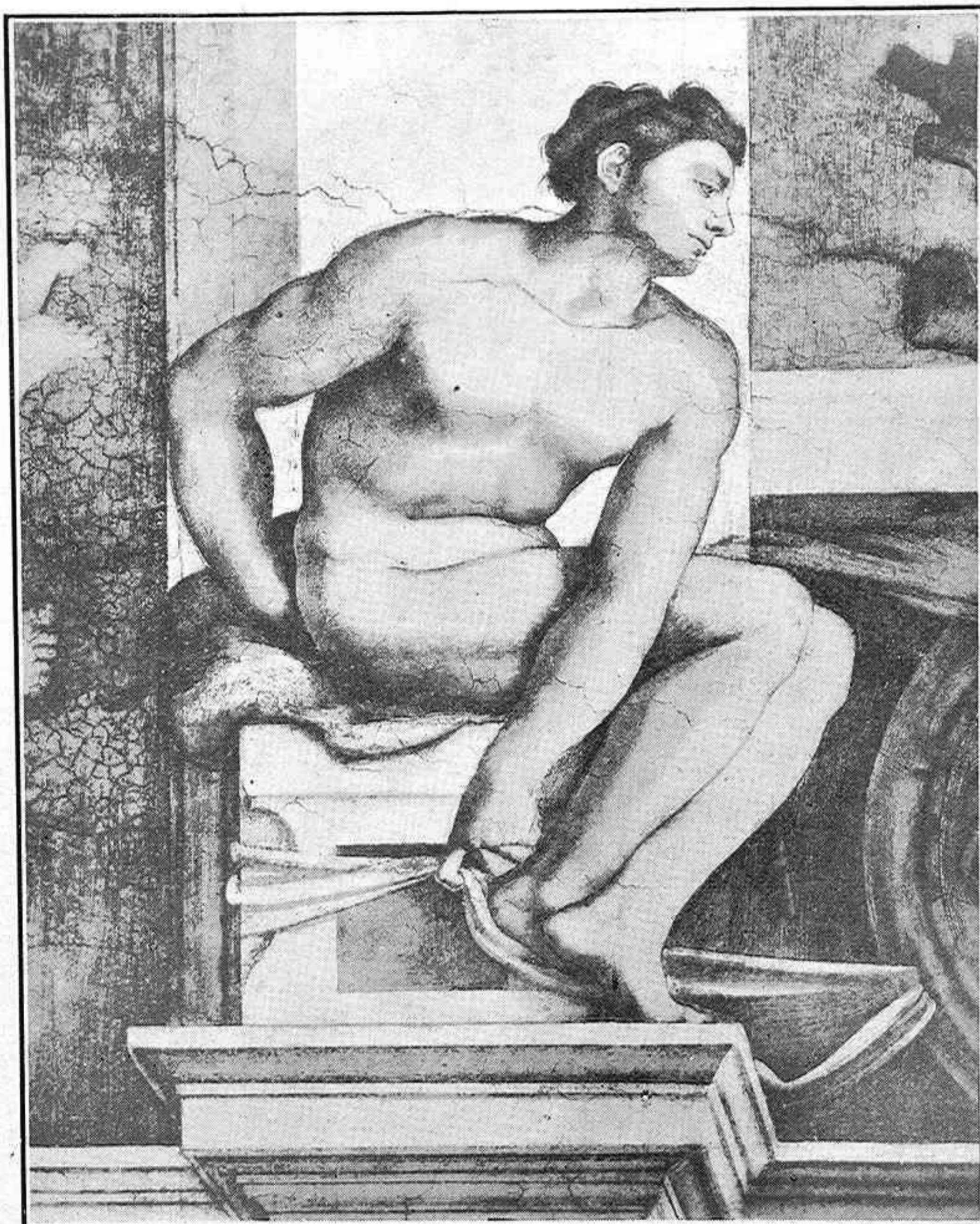
# PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL RETORNO, cuadro del ilustre marinista R. Verdugo Landi

BIENEO D  
BIBLIOTE  
\* MADR





Figuras monumentales de los frescos de Miguel Angel, que se conservan en la capilla Sixtina

HISTORIAS PARA NIÑOS

MIGUEL ANGEL

UN día recorría el Papa Pío IV las ruinas de las termas de Diocleciano. A su lado iba un hombre hercúleo y mal fachado que contestaba de un modo displicente á las preguntas del Pontífice. Aquel hombre era Miguel Angel.

—¿Te parece, hijo mío, que aprovechando estos mármoles y este sitio construyamos una iglesia magnífica?

—Sí. Es acertada la idea.

Miguel Angel escogió un anfiteatro rodeado de columnas y dibujó una iglesia de cruz griega trazada de manera que pudiera aprovecharse la enorme columnata.

Concluído el templo fué adornado con pinturas del Dominiquino, los Procaccini, Carlos Maratta...

En medio de la iglesia se alza un sarcófago con un epitafio medio destruído donde se lee el nombre evocador del gran pintor y bandolero Salvador Rosa.

Esta iglesia se llama Santa María de los Angeles, de Roma.

En lo que antiguamente se llamó las termas del Diocleciano, existen hoy, además de la iglesia de los Angeles, la de San Bernardo, casas, almacenes y dos plazas públicas. Las Termas de Caracalla eran mucho más pequeñas que las de Diocleciano. En la soledad de las ruinas de Caracalla no se eleva hoy ningún edificio. Cierta vez que empezaron á excavar estas ruinas se encontró el Hércules Farnesio y la estatua de Flora, que hoy se conservan en el Museo de Nápoles. De los baños de Tito procede el grupo famoso de Laoconte.

Se descubrieron salas pavimentadas de nácaros y mosaicos, adornadas de pinturas magníficas, que se deshacían en polvo dorado apenas les daba la luz.

En la biblioteca de estos baños de Tito se descubrieron unas pinturas de maravilla cubriendo el techo y los cuatro lienzos de pared. Rafael Sanzio, que asistía á las excavaciones, bajó á la biblioteca, se encerró en ella y trasladó al lienzo lo que se veía en la pared.

Destruyó luego el original é hizo pasar por originales las copias.

Esta fábula inventaron en Roma los enemigos del gran pintor para mortificarlo.

Para buscar las termas de Trajano podemos seguir el mismo acueducto de Tito. Cruzamos la pequeña iglesia de *San Pedro in Vincoli*. Julio II quiso ser enterrado aquí y le encargó á Miguel Angel el diseño de su tumba.

Miguel Angel tuvo una concepción genial.

Pero se cansó en seguida y de las cinco figuras que había pensado hacer, sólo concluyó una: el Moisés.

El Moisés de Miguel Angel es la más grande maravilla del genio humano.

El escultor, al terminarla, dándole con el puño en la frente, le gritó al Legislador del pueblo hebreo: *Adesso, parla*. (Ahora, habla).

El Pensador y el Moisés son las dos obras más grandes del Buonarroti.

ooo

Mirad el dormitorio del Papa.

Un lecho monástico. Cinco sillones venecianos, una cómoda y ese reclinatorio de columna con la dulce imagen de María, la madre de Jesús.

Mirad desde esas ventanas. Aquellas son las montañas de Albano, y aquella cúpula que abre su gloria al sol es el gran pino de Frascati, que parece un relicario.

Antes de entrar en las habitaciones del Papa hay que pasar por las Logias de Rafael.

Entre todas estas pinturas, la que más asombra á la gente es la Creación.

En la Capilla Sixtina, Miguel Angel hizo la Creación también.

Comparad y vereis como Sanzio es un niño al lado de Buonarroti.

Cuenta la tradición que un día se encontraron, al pie de la gran escalera del Vaticano, Miguel Angel y Rafael. El primero, solo. El segundo, rodeado de su corte de admiradores. Los dos venían de trabajar.

—¿Bajas de tus Logias?

—¿Y tú, sales de tu Sixtina?

—Vas siempre rodeado de la gente como una cortesana.

—Y tú siempre solo, como el verdugo.

Se apartaron resentidos los dos.

Miguel Angel trabajaba en la soledad.

A Rafael le gustaba que la gente estuviese viéndole pintar.

La capilla Sixtina podría llamarse el Museo Buonarroti. Esta capilla, más grande que mu-



Retrato de Miguel Angel



chas iglesias, contiene el genio de Miguel Angel como pintor.

Cuando el Papa Julio II encargó de esta obra á Miguel Angel, éste, en un escrúpulo de su dignidad, contestó:

—Yo soy escultor y no pintor. Encargad de ésto á Rafael.

Insistió el Pontífice y aceptó el escultor.

El resultado fué una de las más grandes maravillas del arte, que se llama la Capilla Sixtina.

¿La descripción de la Capilla Sixtina?

No. Castelar y otros grandes artistas la dejaron hecha ya y nos consideramos relevados del compromiso.

Miguel Angel había nacido en Florencia, pero su espíritu era eminentemente romano. Arquitecto, ingeniero, escultor y pintor, tenía, como Leonardo de Vinci, aptitudes para todo lo grande. Todos los soberanos del mundo, desde el Papa al último Solimán, quisieron tenerlo en su corte.

Pero sólo Roma era el escenario que mejor luz y ambiente ofrecía á su genio.

Era huracán y hercúleo. Armaba una cuestión en el pico de un cincel. Tenía la nariz remachada por un martillazo que le dió un amigo. Su vida fué casta y sobria; su salud de hierro.

—La escultura es mi mujer y la pintura mi amante: de una y otra he tenido hermosos hijos—decía.

Su poeta era el Dante, y sin duda entre estos dos genios hay un sentimiento fraternal.

Roma le llamaba á Miguel Angel el Dante de la pintura. Cuando se lo dijeron al Buonarroti, contestó:

—Gracias; ningún otro nombre podría agrardarme más.

El Papa León X no quería á nadie tanto como á Rafael.

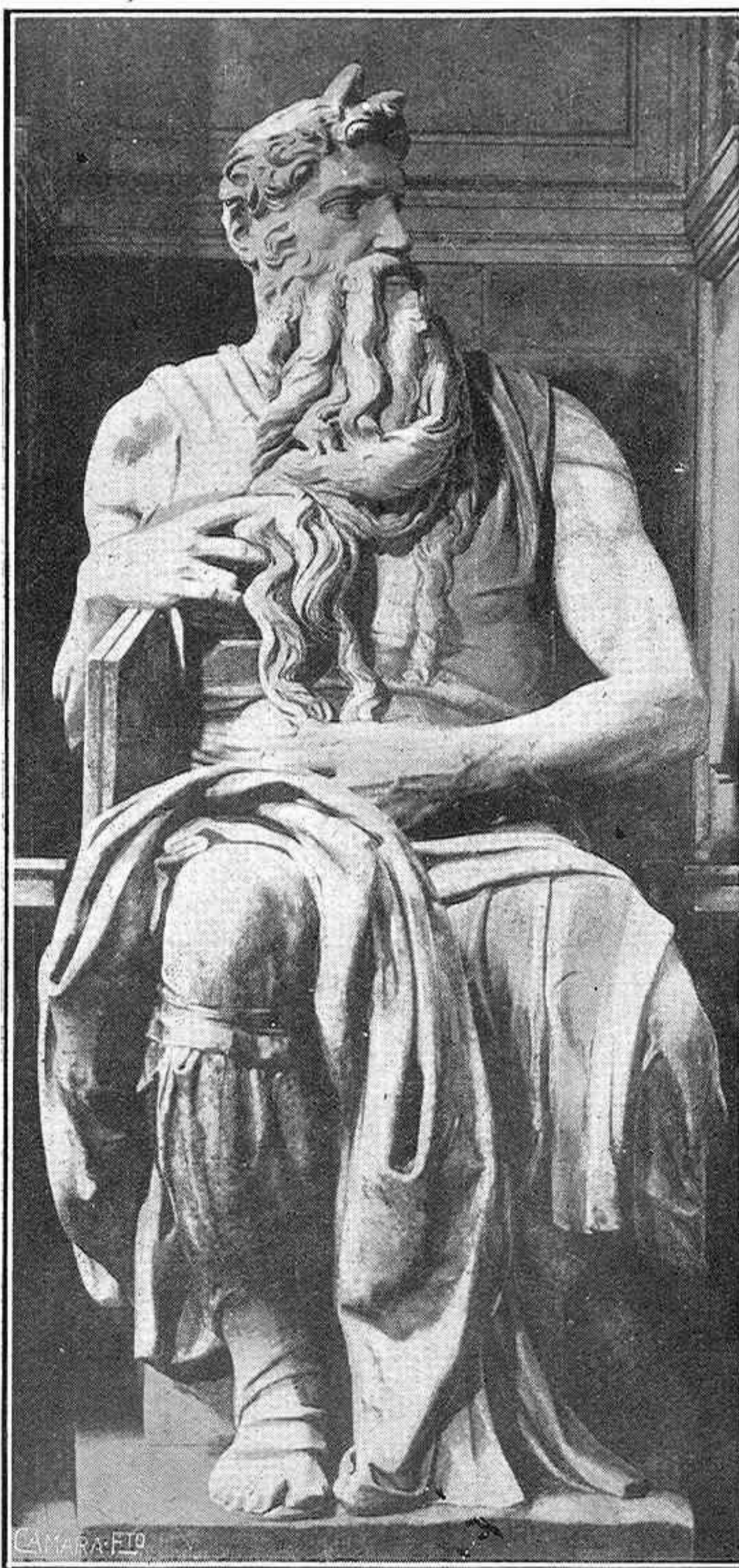
Miguel Angel se retiró de la corte pontificia. Estaba ya medio ciego por su enorme esfuerzo de la Sixtina.

Se fué á pasar una corta temporada á Florencia.

A los pocos días, muy mejorado de la vista, se dirigió al convento de los hermanos servitas de la Anunziata.

Llegó al pórtico á la sazón en que otro viejo alto, señoril, con la barba blanca, estaba contemplando las pinturas murales.

Buonarroti pasó ante él sin mirarlo. El viejo



“Moisés”, escultura de Miguel Angel

alto detuvo por un brazo al que pasaba, diciéndole:

—¿Cómo estás, Miguel Angel?

Este, contemplando al que le hablaba, contestó:

—Estoy más débil y más viejo que tú, Tiziano. Luego, los dos cargados de años y de laureles, hablaron de la decadencia de las artes.

—Yo no conocía las pinturas de este pórtico. ¿Son todas de Andrés del Sarto?

—Todas—contestó el Tiziano—. ¿Y tú sabes lo que estos frailes le dieron á Andrés como salario?

—No lo sé.

—Un saco de trigo. El Sarto, queriendo inmortalizar esta admirable manera de abusar de su pobreza, pintó esta Virgen, poniendo á sus pies un saco.

—Pues para que los frailes hubieran medio pagado esta Virgen hubiera sido preciso que llenaran de oro ese saco.

ooo

Después del sitio de Roma, Miguel Angel volvió al trabajo. Viejo ya, las artes estaban en decadencia.

Cogió á Sebastián del Piombo y á Andrés Volterra y les hizo emprender grandes trabajos.

La muerte le sorprendió en este renacimiento de su energía y su genio.

ooo

En la vida de Miguel Angel hay un punto muy interesante. Su amistad con Victoria Colonna, marquesa de Pescara.

La marquesa enviudó joven y no volvió á casarse.

La gente atribuía ésto á la exaltada amistad que profesaba á Miguel Angel.

De la pureza de esa amistad nadie dudó jamás en Roma.

La marquesa de Pescara murió el año 1547 y Miguel Angel asistió á su agonía.

Después, ciego ya por completo, se hacía conducir al Belvedere del Vaticano para tocar con sus manos temblorosas el torso de Hércules.

Su esposa, la escultura, recibió las últimas caricias de aquel Titán del arte.

Murió octogenario.

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA



La Sibila de Cumea y la Sibila pérsica, figuras de los frescos de Miguel Angel en la capilla Sixtina





## ESTERILIDAD

ANTE UNA PINTURA DE ETTORE TITO

EN las mañanas de cielo alto y muy azul, de sol bermejo, cristalina el agua del río, las rocas bruñidas, los árboles en flor, un vuelo de palomas en el aire transparente, acaso la humareda de un hogar de égloga, quizás la música de unas risas femeniles entre el recortado boj y las madrevelas que forman la tapia de un huerto; en la hora virginal, creeríamos, creemos que el mundo acaba de nacer. La tarde esta, en cambio, el mundo se muere. Bajo la rastrera bruma del cielo, se dilata el herbazal, con su verde oxidado, y fangosa la tierra, y aquí y allá las azuladas charcas, como pedazos de un espejo roto.

Perfilanse unos solitarios palitroques y cuelgan de las más finas varicas las últimas hojas, que parecen murciélagos suspendidos de un ala, según suelen. Flota remansado un aroma de fuego sin llamarada, de putrefacción. Así nos imaginamos la agonía de uno de aquellos enormes penitentes de la Tebaida, y hasta el polvo de los senderos se ha amoratado, igual que la carne que ya se corrompe...

Las nodrizas platican sentadas en un banco de madera, dos se abandonaron a la indiferencia para todo, una muere un fruto y la otra sueña con ojos vagamente enloquecidos. Aprovechan que los bebés duermen. Falta en un regazo el infantito, pero ya la mujer adquirió el ritmo de la hembra que camina encorvada por la pesadumbre de los senos henchidos y del hijo en los brazos con que la reconocemos por nodriza también. Uno de los bebés contempla las mujeres y el paisaje, que no comprende, y que permanecen despegados de la criaturita. Inspira el corro una melancolía dolorosa. En el prematuro, interminable crepúsculo, la escena de fecundidad pierde su significado, diríase la perpetuación del ritual de un culto ya sin dioses y sin creyentes, emigrado de la religión.

*Nutrice, da cui bevvi la mia vita  
prima, ne le cui braccia ebbi il sopore  
primo!...*

He ahí unas palabras de Gabriel d'Annunzio que confirman de nuevo la antigüedad del alma de este á quien Eleonora Duse llamaba el *Imagínifico*. No invoca el poeta la vieja campesina que desabrochaba su corpiño, al amparo de los parrales ó junto á la rueda tradicional, cada vez que el entonces futuro bebedor de los vinos clásicos y los ultramodernos gimoteaba en demanda del pecho de la madre. Porque la humanidad ya no acierta á transmitir la vida á sus hijos, que la vida era energía y candor y son muchas las generaciones que chupan con glotonería en la cuna la decadencia, gérmenes morbosos, los heredados vicios, la fatiga y el tedio incurable de los agotados. Gabriel d'Annunzio habla á los desaparecidos fantasmas de un ayer remoto, y no podía menos el superviviente de las edades fundamentales, el maravilloso discípulo que busca sus maestros á través del tiempo y de las edades, aquel que ha respondido al preguntarle los títulos de sus tres modelos favoritos: «*La Illiada*, que es el libro de mi raza; *La Divina Comedia*, que es el libro de mi disciplina, y las memorias de Benvenuto Cellini, donde aprendí mi libertad».

*Nutrice, de cui bevvi la mia vita  
prima, ne le cui braccia ebbi il sopore  
primo!...*

Para nosotros, *il sopore primo* no se interrumpe nunca, perdurará hasta que despertemos en el reino de las sombras. Obsérvese la exactitud del universal pintor italiano Ettore Tito, que logró fijar en el lienzo reproducido en nuestras páginas la terrible tragedia vulgar. Esas nodrizas ignoran su misión, comparable á la de una lámpara sagrada. En medio de la planicie blanducha y opaca sumérgese un hombre joven.

El anciano inútil vagabundea y no le queda otro consuelo que prepararse á morir. La alucinada visionaria de la llamarada en la testa leonina y matronil, borrosa huella de Roma, intenta recordar algo muy grande... El crepúsculo que se arrastra y la aridez de la llanura, dicen la horrenda monotonía de la existencia...

Y hay otra amargura en la mansanada desolada visión del pensador con paleta. Nos referimos á la animalidad de la vida, con los instintos apagados, sin avidez espiritual, una soñarrera profunda. De seguro las semillas escondidas en la gleba, así que les llegue el momento de metamorfosearse en la planta, ganarán en codicia de existir á los reyes de la creación, y con el ímpetu de naturales barrenos romperán el terruño. Unas vacas en la rumia ofrecerán la misma apacible cachaza que el grupo de gentes del cuadro. ¿Por qué permitirán los dioses que repetamos nosotros los actos preñados de un bello simbolismo con la más odiosa de las profanaciones, la maquinal y distraída? Un fruto, esa naranja que mordisquea con desgana esa mujer, no es una naranja más, sino el globo milagroso en que se funden el sol, el aire, el agua y la tierra. Comerse la naranja esa, y todas, y cuantos frutos enriquecen el otoño, equivale á comulgar en la Naturaleza. Yo comprendo la casi supersticiosa solicitud con que un poeta griego, mi camarada en un viaje, devoraba las frutas sin mondarlas. Mi amigo ha sido fauno en otra encarnación y reverenciaba la pátina de la luz, del viento y de la lluvia...

Quando se celebra el nacimiento del año, nosotros hemos querido recoger un instante en la meditación del fracaso de la fecundidad, y el insigne artista Ettore Tito ha venido en nuestra ayuda y nos insinúa cómo ya el hombre se amamanta en el pecho emponzoñado de *La Intrusa*.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ





## LAS SENSACIONES DE LA NIEVE

Es poético, es sugestivo el suave descenso de los blancos vellones que van posándose en los tejados, en las cornisas, en los barandales de los balcones, en las desnudas ramas de los árboles, en las techumbres de los vehículos, en los paraguas de los transeuntes, en cuanto viene á interrumpir su lento y copioso caer y que si al tocar el suelo se deshacen, acaban por cubrirlo con su albura, como todo aquello en que insistentemente se van posando.

Es hermoso, al cabo de unas horas, el panorama que se ofrece á la vista, si este espectáculo se contempla desde un elevado mirador, detrás de los cristales que nos resguardan del cierzo sutil que pincha el rostro y entumece los miembros, sintiendo en las espaldas el calor confortable de los leños que chisporrotean al arder en el hogar próximo, y si después de una larga contemplación podemos acomodarnos en una muelle butaca al amor de la lumbre, á esperar que la nieve desaparezca, distrayendo las horas en gratas lecturas.

Lo es igualmente contemplarlo en el parque, en los paseos públicos, en las afueras de la población, cuando la nieve, cubriendo totalmente las vías, amontonándose en los andenes, formando espesa capa sobre la corteza de los árboles, extendiéndose inmaculada sobre la campiña, pone en todo el paisaje la nota indefinible de su blancura, la nitidez luminosa de su pureza.

Dentro del carruaje que nos traslada de un sitio á otro para que podamos gozar todas las variedades del espectáculo, envueltos en el gabán de pieles y sin otra misión que cumplir, que la de satisfacer nuestro gusto, acaso no se encuentre más encantador recreo para los ojos que al fin se hastían de la contemplación de la belleza, si

constantemente es igual la belleza de que disfrutan.

Y aun para aquellos que llevados de su afición á los sanos deportes al aire libre, trepan por las montañas hundiéndose en la nieve para contemplar el cuadro admirable con que la Naturaleza les brinda, desde el pico más alto de la arriescada cordillera, difícilmente existirá en el mundo deleite semejante á este que proporciona el alpinismo en Jungfran ó en Mont-Blanc, en Sierra Nevada, ó en Siete Picos, con sus emocionantes incidentes, sus accidentadas ascensiones, sus rápidos y peligrosos descensos.

ooo

Ya es menos sugestivo y admirable el espectáculo de la nieve para los que al disfrutar de su belleza han de sufrir sus rigores inclementes. El mismo conductor del vehículo que nos lleva á que gocemos del espectáculo, tendrá sin duda una opinión distinta de la nuestra; el guardia ó el sereno que á pie firme han de permanecer en la calle, en cumplimiento de su deber; el centinela que no tiene más refugio que su garita, el que ha de caminar por obligación de día ó de noche, á pie ó á caballo; el mayoral ó el chauffeur, el carretero ó el auriga; el guardia civil que vigila las carreteras, ó el revisor del tren que ha de marchar por los estribos y recorrer los departamentos, subiendo y bajando á toda marcha seguramente que habiendo tenido ocasión de contemplar los más hermosos cuadros de esta índole, no sentirán por ellos tan grande admiración.

ooo

Siempre que los blancos vellones cayendo lentamente hora tras hora preparan estos her-

mosos espectáculos, leyendo las inspiradas glosas de los poetas ó los cronistas, he pensado en los infelices que aquí y en todas partes pasan la noche al aire libre, unos por exigencias de su deber penoso, otros porque á ello les obliga su desventura y su miseria, el desamparo infame en que la sociedad los deja y en estos días negros de la tragedia abominable, va mi pensamiento también al campo de la lucha, á los pobres soldados que á más de las penalidades de la guerra, de esa guerra de topes en que pierden la vida á centenares sin lucha y sin gloria, han de sufrir todas las escaseces, todas las privaciones, el hambre y el frío, la amargura de verse separados brutalmente de los seres queridos para siempre tal vez, y el temor de que la muerte que los acecha los deje yertos. ¡Qué nueva angustia no será para esos infelices ver que la nieve invade sus guaridas y cae sobre sus cuerpos y amenaza sepultarlos...

Solamente en la llanura inmensa en la campiña que asoló el incendio, allí donde unos montones de tierra señalan las tumbas de los que perecieron, está bien que la nieve caiga copiosa é incesante, un día y otro día. Para tanta juventud arrancada á la vida ¿qué mejor sudario que la nieve extendiendo su albura sobre la inmensa superficie trocada en Campo Santo?

¡Qué tristeza más infinita no sentirán en ese lento correr de las horas, cuando el huso del Viejo va dejando caer, uno á uno, los blancos vellones de su lino! ¡La melancolía de la nieve será para estos hombres, víctimas de la fatalidad de su destino, una hora más de amargura en el interminable horario de sus dolores!

E. CONTRERAS Y CAMARGO



LA ESFERA  
UN IDILIO Y UNA TRAGEDIA



Se vieron en un corral una mañana de Abril; él era un pavo gentil y ella una pava ideal.

Y desde aquel fausto día, según pudo averiguarse, comenzaron a mirarse con profunda simpatía;

circunstancia al fin y al cabo que las gentes no extrañaban, teniendo en cuenta que estaban los dos en la *edad del pavo*.

El, enamorado y tierno, la quería con pasión, llevando en su corazón todo el fuego del infierno,

y cada vez más amante, de su amor haciendo gala, comenzó a arrastrar el ala cual cumple a un pavo galante.

Ella entre seria y burlona aumentaba su tormento, que la pava de este cuento era un tanto coquetona.

Le trataba a veces bien y le premiaba con creces, y en cambio otras muchas veces le hería con su desdén;

pues es cosa demostrada, según dijo un gran autor, «que no hay tirano mayor como la mujer amada».

Y con sus coqueterías, ¿qué había de suceder? Todo el mundo pudo ver que en menos de cuatro días

se quedó ¡ay! el pobrecillo triste, mustio, enteco, escuálido: se le puso el moco pálido y su pluma perdió el brillo.

Mas como él era constante y de corazón la amaba, de la desdenosa pava consiguió salir triunfante;

y un día a la luz del sol la pava con voz suave le otorgó un sí, no se sabe si natural ó bemol.

Que en las cosas del querer, igualmente aquí que en Francia, siempre ha sido la constancia el gran medio de vencer.

.....  
Todos en aquel corral envidiaban su fortuna, pues los dos formaban una parejita sin igual.

Pasaban su vida toda amándose muy a gusto, y es claro, como era justo comenzó a hablarse de boda;

Allí lo compró una vieja tras un rato de palparle y después de acariciarle desde el pico a la molleja;

y según cuenta la historia, una vez que lo compró, entusiasmada exclamó: «¡Ay qué rico en pepitoria!»

.....  
Misiva tierna y sencilla que en el más crítico instante dirige a su pava amante un pavo que está en capilla:

«Pava, mi dulce ilusión, mi amor, mi luz, mi alegría, y aquello que fuiste un día, pava de mi corazón:

Te mando por este chico este mi postrer lamento, porque ha llegado el momento, ¡oh pava! de *hincar el pico*.

¡Cuán grande es mi pesadumbre ante la adversa fortuna que me condena a hacer una víctima de la costumbre!

Ya todo está preparado: se aproxima el Año Nuevo, ¡y por consecuencia debo ser, oh Dios, decapitado!

Porque ya veo brillar, ¡y cuán siniestro es su brillo!, el afilado cuchillo con que me han de degollar.

¡Ya escucho la algarabía de cien voces infantiles ante mis ricos perniles y ante la pechuga mía!

Y tú misma habrás de ver que hasta el triste el llanto enjuga ante la rica pechuga que yo le voy a ofrecer.

¿Quién entre tantos hambrones que me palpan diariamente será aquel que le hincó el diente a mis sabrosos alones?

¿Quién será el que con furor se cebe en la carne mía? ¡Si fuera Dato, sería al menos un grande honor!

¡Ay, pava, llora conmigo hoy que nuestro amor invoco, porque mira que no es *moco de pavo* lo que te digo!

¡Adiós, mi cielo, mi gloria! ¡Cuán to tu ausencia me duele! ¡Llora, sí, que ya me huele la cabeza a pepitoria!

.....  
Llega el momento angustioso: dejó la pluma y acabo... y... ¡no olvides de tu pavo el porvenir pavo... roso!

MANUEL SORIANO

DIBUJO DE GALVÁN



LA ESFERA

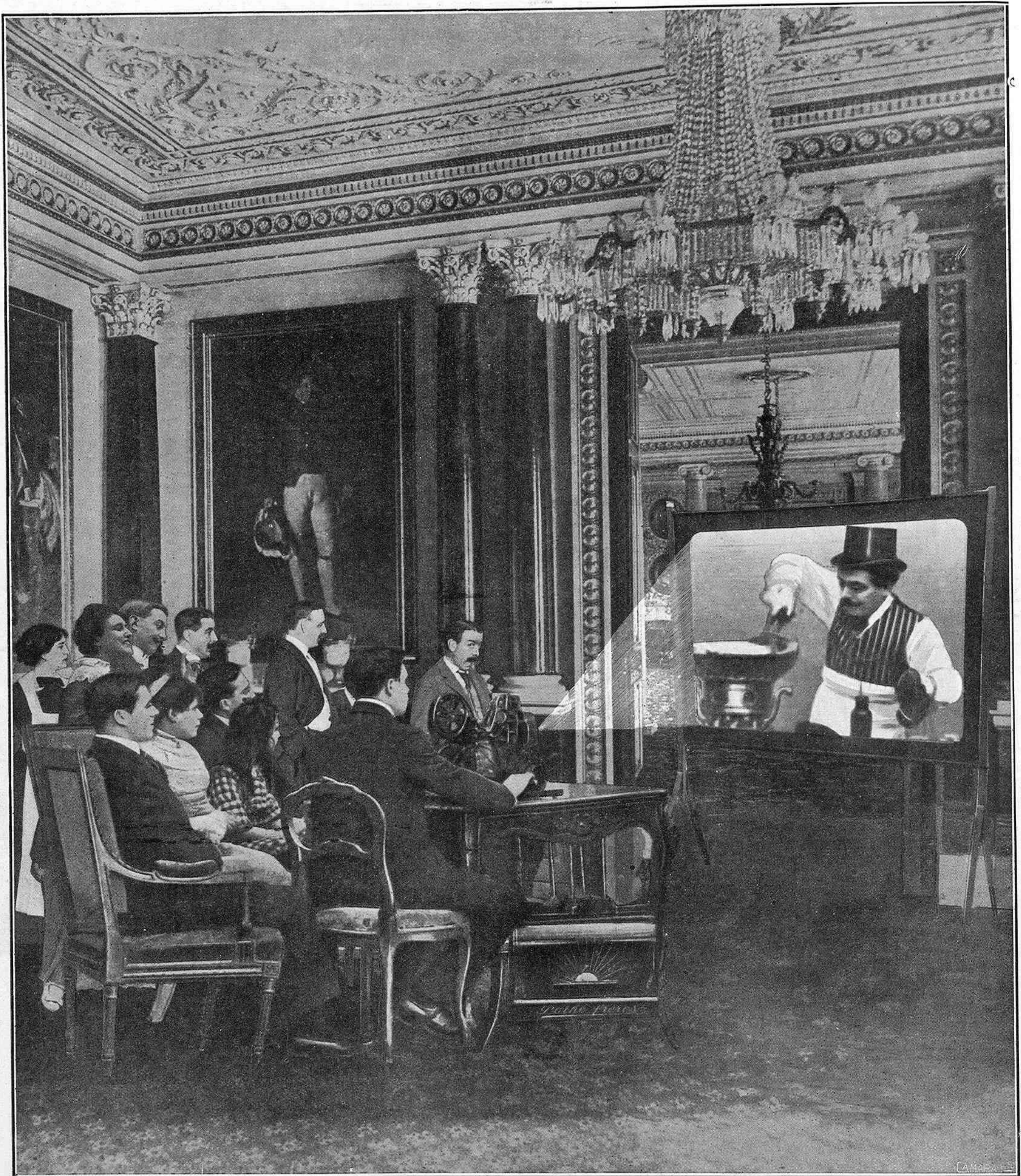
# LA LÁMPARA NITRA ILUMINANDO AL MUNDO



DE VENTA EN TODOS LOS BUENOS ESTABLECIMIENTOS



# LAS VENTAJAS DE LA NEUTRALIDAD



El cataclismo europeo destruye en la Sociedad sus fundamentales cimientos. La guerra disuelve la familia impidiendo totalmente uno de los placeres más grandes y bellos del ser humano. Reunir a las personas queridas en íntima diversión y esparcimiento, constituye el más puro deleite de las almas sencillas y nobles.

Un cinematógrafo de familia, un Kok, os reserva la alegría, la emoción y la cultura en sus ininflamables películas, hallándose en todo instante dispuesto a satisfacer las necesidades de vuestro espíritu.

Desde el más encopetado aristócrata, hasta el más humilde campesino, sienten la necesidad del cinematógrafo, aquel compañero que le divierte é instruye, éste como

amigo que le ayuda á vivir por medio de la pequeña explotación en el teatrillo del lugar. La cátedra, la escuela, el asilo, toda institución de cultura ó beneficencia, necesita un Kok, pues por poco coste resuelve problemas hasta el presente imposibles de solucionar.

Un vastísimo repertorio de cintas para todas las necesidades y todos los gustos y cuyos depósitos están situados en los puntos más importantes de España, completan las inimitables ventajas de este cinematógrafo. Como demostración de todo esto, invitamos á todos nuestros lectores á una sesión en el momento y día que deseen, en las Oficinas de la Representación General, calle Mayor, 18, entresuelo, Madrid.

CAMARONES



# RENAUD GERMAIN PERFUMISTAS BARCELONA

JABON  
VIRGEN DE LA PALOMA



JABON  
HEÑO FLORIDO

Extractos exquisitos: **MAGICO-LABERINTO**

*En los archivos de la historia de la moda en España se registrará como un acontecimiento la inauguración de la sucursal que acaba de establecer en Barcelona Plaza de Cataluña 12 la Maison Odette de Paris; En sus esplendidos salones se hallan expuestos magníficos modelos de trajes de baile, de soirée, y sastrerías, sombreros alla novedad, pelotería, abrigos y salidas de teatro, lencería, corsés y todas las demás artículos para Señora Personal exclusivamente parisien. La casa de modas mas importante de España*



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

# LA PAPELERA ESPAÑOLA

## Calzados LA IMPERIAL

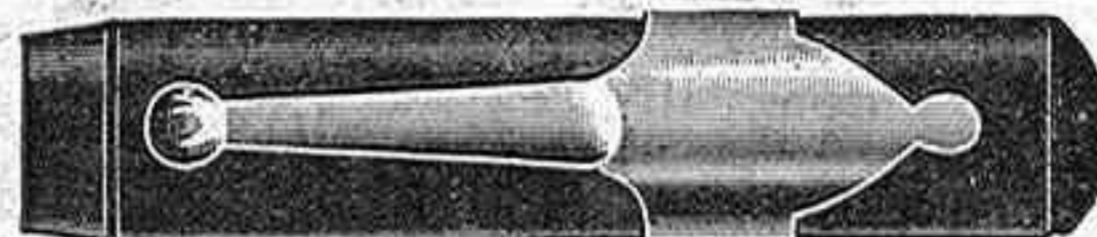
Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en box-calf, negro y charol, á 16 y 18 pesetas. Pedid catálogo. Aparatado 559. Madrid.

## NO ABUSE DE SU MEMORIA

UTILICE SIEMPRE NUESTRA PLUMA-FUENTE Y "LAPICERO CERVANTES, NÚM. 2"



**ESTA PLUMA ES EL IDEAL REALIZADO.** Su doble aplicación y constante utilidad se aprecia con sólo considerar la importancia de su empleo. Nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NÚMERO 2» es la ÚNICA en su clase. Ninguna más sencilla, ninguna más resistente; no hay otra más perfecta y económica. Nuestro estuche se compone de pluma-fuente, con pluma de oro de 14 quilates, lapicero con seis minas de recambio y anillo de sujeción (metal inalterable), que imposibilita la pérdida del portapluma. Todo ello acompañado de un cuentagotas para llenar cómodamente el depósito de tinta.

**Precio único en toda España, 8 pesetas**

Pida y examine nuestra pluma-fuente «CERVANTES, NÚMERO 2», que se vende en todas las librerías, papelerías y objetos de escritorio, ó, directamente, á nuestros agentes.

**EN MADRID:** Librería editorial de San Martín, Puerta del Sol, 6. (Sucursal Palace Hotel). Perlado Páez y C.<sup>ª</sup>, Arenal, 11. Librería.

**EN BARCELONA:** D. Ramón Castellón, Pasaje Comercio, 2. (Exclusivo para Cataluña, Baleares y Canarias.)

### DEPOSITO GENERAL

**HABANA:** Ricardo Veloso, Librería Cervantes, Gaiman, 62. Precio en la Habana, Pesos 1,50 moneda nacional, y pesos 1,60 en las demás poblaciones de la isla y extranjero, franco de portes y certificado.

**NOTA.**—Nuestros agentes atenderán todo pedido franco de portes y certificado, contra envío del importe correspondiente.

## EN TODO EL MUNDO ES PREFERIDO EL "TÉ RATANPÚRO"

Por ser el TE más exquisito, el más aromático, ¡delicioso CEYLAN! Lo venden todos los buenos establecimientos y se sirve en los principales Cafés, Círculos y Hoteles. Exijase la marca "RATANPÚRO", depositada en todos los países. Proveedor de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.—Agente en España: Domingo Fernández Carballo, Málaga.—Advertencia importante: Todo paquete ó lata, desde el más pequeño hasta el mayor, en que se vende el "TE RATANPÚRO" viene directo de su procedencia, no empaquetándose nada en España, como hacen muchas marcas.

## SAN ANDRÉS GRAN FÁBRICA Á MOTOR ELÉCTRICO DE CAJAS Y ESTUCHES

Cerrojo, 32, Fuentecilla, 17 y Llano de Doña Trinidad.—Teléfono 170

Casa fundada en 1875.—Superficie: más de 1.000 metros cuadrados

ENVASES DE LUJO Y CORRIENTES CON PASAS, HIGOS Y ALMENDRAS  
EXPEDICION DE PAQUETES POSTALES A TODAS PARTES DEL MUNDO

Central: Marqués de Larios, 7  
Teléfono núm. 6.—MALAGA

VIUDA DE FEDERICO L. VILCHES



## IODASA BELLLOT

para curar el reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Artritis, Escrófula, Obesidad, Bronquitis crónica, Asma; como depurativo eficaz y para prevenir congestiones.

4,50 pbs. frasco en todas las Farmacias.  
Por mayor: F. BELLOT, MARTIN DE LOS HEROS, 63; Hijos C. Lizarrun; Pérez, Martín; etc.

## NO TENER HIJOS

deshace matrimonios, causa disgustos y muchas veces pérdida de intereses. El tratamiento **ROHEGEL** cura fácilmente la Esterilidad de la mujer. Pedid prospectos, gratis, Clínica Mateos, Arenal, 1.

## Chocolates Agustinos

¡PRUÉBENSE!

## LA CASA HIDALGO, DE MADRID



Vista exterior de la Gran Confeitería de Hidalgo, en la calle del Barquillo



Gran Salón de Exposiciones, de la Confeitería de Hidalgo

Esta importante Casa, tan conocida de la aristocracia y del público en general, se dedica con preferencia á la venta de elegantísimas cajas para bodas, bautizos y cruza-mientos, habiendo conseguido constituir una especialidad.

Sus riquísimos bombones, que gozan de la predilección de toda persona de buen gusto, se diferencian completamente de todos los demás, por sus excelentes cualidades y finísimo paladar, por cuanto se recomiendan y prefieren.



# FABRICA DE PLATERIA

CUBIERTOS en 34 MODELOS DIFERENTES  
**DAJILLAS COMPLETAS**  
 BANDEJAS SERVICIOS de CAFE  
 JUEGOS de TOCADOR  
 COPAS Y OBJETOS PARA REGALOS  
 Medallas y Esmaltes

# L. ANDUZZA

JOYERIA  
**BILBAO MADRID**  
 ESMALTES ARTISTICOS  
 PROVERBIA FINA  
 MODELOS ORIGINALES  
**ZARAGOZA BARCELONA**

# FABRICA METALURGICA

METAL BLANCO PLATEADO Y ALPACA  
 24 MODELOS de CUBIERTOS  
 SERVICIOS PARA HOTELES  
 BUQUES de GUERRA-MERCANTES  
 Y GRANDES TRASATLANTICOS  
 Pidanse Tarifas

## INTERESANTISIMO

Los Sres. Ortigosa y C.<sup>a</sup>, Rivadavia, 698, Buenos Aires, ponen en conocimiento de los muchísimos lectores de LA ESFERA, que no responden de las suscripciones que no sean hechas directamente por esta Casa.

**ORTIGOSA Y C.<sup>a</sup>**  
 AGENTES EXCLUSIVOS DE  
 LA ESFERA y MUNDO GRÁFICO

## LAS GALLETAS

# OLIBET

### SON LAS MEJORES

EXIGID SIEMPRE ESTA MARCA

## EL MEJOR POSTRE

# Mermeladas

# :: Trevijano ::

# ALFONSO

## FOTÓGRAFO

### Fuencarral, 6

# FRANCISCA TURRILLAS

CASA ESPECIAL PARA CONFEC-  
 CIONES DE NIÑOS Y NIÑAS ::  
 SURTIDO COMPLETO EN GÉNE-  
 ROS PARA LOS MISMOS ::

### GARIBAY, 24.-SAN SEBASTIÁN

# BIEDMA

## FOTÓGRAFO

### 23, Alcalá, 23

Casa de primer orden ☉ Hay ascensor

## REMEDIO ANTISEPTICO

de incomparable eficacia

SON LAS

# PASTILLAS VALDA

QUE

### EVITAN Y CURAN

la Tos, los Resfriados  
 Afecciones de la Garganta recientes ó inveteradas  
 Bronquitis agudas ó crónicas, Catarros,  
 Gripe, Trancazo, Asma, etc.

PERO HAY QUE TENER ESPECIAL CUIDADO  
 de no EMPLEAR más que  
**LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA**

**PEDIRLAS, EXIGIRLAS**

en todas las Farmacias  
 en CAJAS de Ptas. 1.50

CON EL NOMBRE

**VALDA** en la tapa

AGENTES G. NERALES; Vicente FERRER y C.<sup>a</sup>  
 BARCELONA

Fórmula:  
 Menthol ... 0.002  
 Eucalyptol ... 0.0015  
 Anisaldehído ... 0.0015

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la  
**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**  
**PUERTA DEL SOL, 6 MADRID**



# FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exíjase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es **inimitable**.

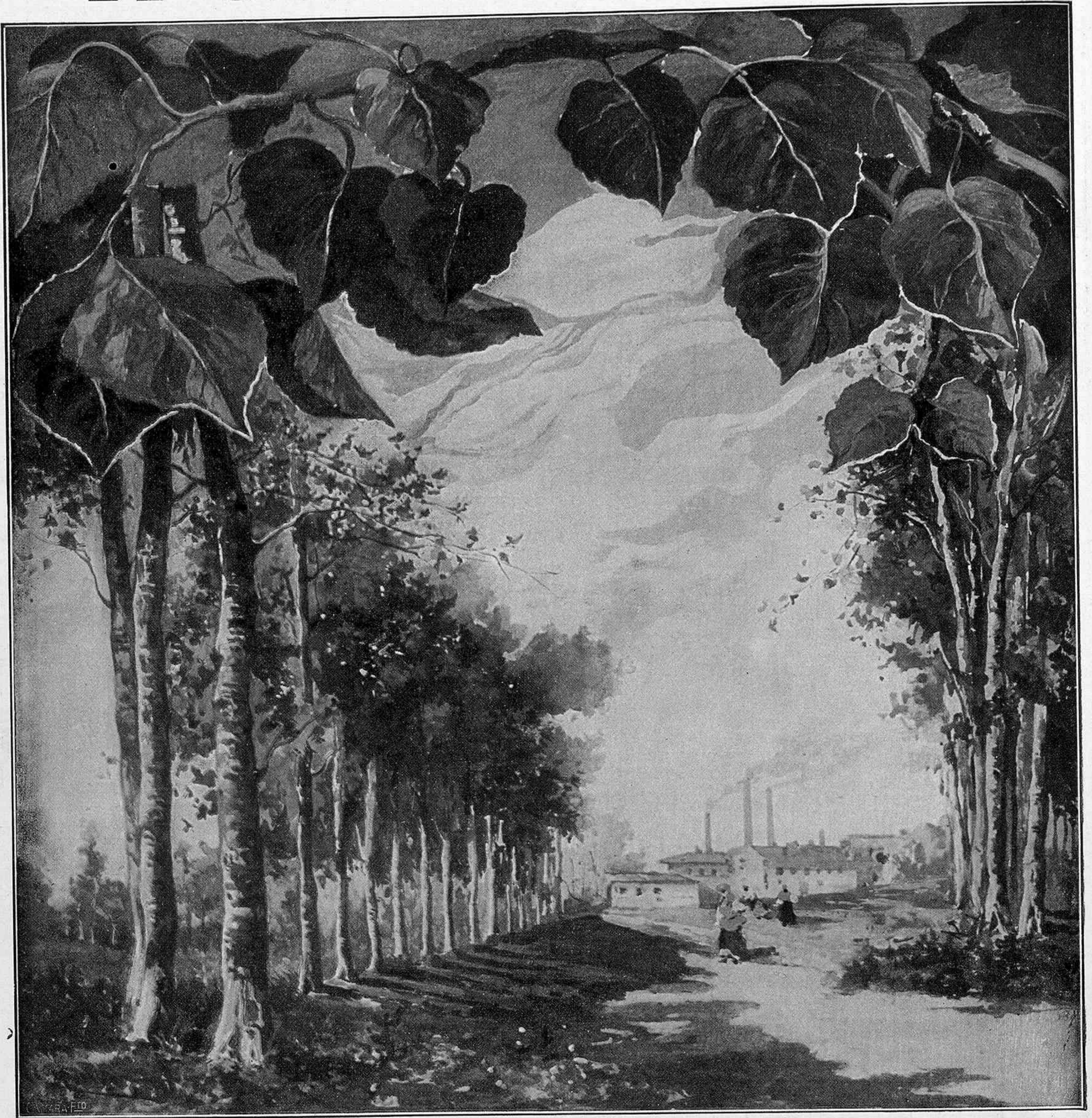
DE VENTA EN TODAS PARTES.

## "AL TODO DE OCASIÓN" -- Fuencarral, 45

La Casa más surtida y más conocida  
 de Madrid, en toda clase de objetos



# EL CHOPO CANADIENSE



Podéis colocar 1.600 plantas de chopo en una hectárea. Si el terreno es fresco y suelto, obtendréis, á los diez años, más de 400 toneladas de madera verde, que las fábricas de papel pagan lo menos á 25 pesetas la tonelada en sus depósitos.

Leed los números 95, 97, 99, 101, 103 y 105 de LA ESFERA y pedid informes á  
**D. ANTONIO GANUZA, Echaide, 7, San Sebastián**







TODOS LOS ESPAÑOLES  
SERÁN SUGESTIONADOS MUY PRONTO  
POR PATHÉ FRERES

CONCESIONARIO  
EXCLUSIVO  
PARA  
ESPAÑA  
Y  
PORTUGAL

LOUIS  
GARNIER

PASEO  
DE  
GRACIA  
43



AGENCIAS  
Y  
SUCURSALES

MADRID

VALENCIA

BILBAO

SEVILLA

ZARAGOZA

PALMA DE  
MALLORCA

ISLAS  
CANARIAS

# LOS MISTERIOS DE NEW-YORK

HARÁN LA REVOLUCION CINEMATOGRAFICA EN EL AÑO 1916  
115 MILLONES DE AMERICANOS INUNDARON LOS  
TEATROS Y CINES, ATRAIDOS POR ESTA MISTERIOSA  
NOVELA CINEMATOGRAFICA

Louis Garnier.—Barcelona





CARLOS IV

# EL PALACIO DE GODOY



GODOY

**P**RONTO la piqueta demolidora caerá sobre los viejos muros del Ministerio de Marina, antiguo palacio de D. Manuel de Godoy, un tiempo regidor de los destinos de nuestra España. Y al des-

aparecer de allí aquel espléndido caserón habrá desaparecido también una página de nuestra historia alegre y triste á la par.

En aquel reinado de Carlos IV, del rey cazador, como se le llamaba, ocurrieron desdichas sin cuento para nuestra patria. Quien sabe si estas desdichas fueron motivadas por tener entregadas las riendas de la nación á aquel Príncipe de la Paz tan odiado del pueblo como querido un tiempo, mientras que el monarca olvidado de su nación entretenía sus ocios en placeres cinegéticos.

Por aquella escalinata del palacio de Godoy, severa y elegante, subieron muchas veces los soberanos á festejar al hombre de confianza de la Corona. Por ella subieron muchos desdichados con ansia de perdón y encontraron su muerte ó su destierro.

Hoy por ella suben empleados, marinos, lectores que acuden á su biblioteca á beber en las fuentes de aquellas bien nutridas estanterías. Poco queda del esplendor pasado. Poco de la decoración primitiva. Se ha democratizado la escalinata y con ella toda la casa. Donde antes resonara el clave dulce y suave hoy se escuchan las voces de mando, la de jefes y oficiales de nuestro heroico cuerpo de marinos que resuelven asuntos de importancia para la nación.

No hemos de rememorar aquí la historia del favorito de la reina María Luisa y de su esposo Carlos IV, porque está latente todavía su recuerdo; pero sí hemos de condolerarnos de que poco á poco vayan perdiéndose los recuerdos de nuestras legítimas glorias nacionales.

De aquel palacio han desaparecido cuadros, objetos artísticos, muebles de valor inapreciable, etc., sin que sepamos con certeza dónde fueron á parar, y esto es lo que queremos evitar con estas líneas dando la voz de alarma referente á unas pinturas existentes en la biblioteca del hoy Ministerio de Marina.

En 10 de Marzo de 1913 el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes ofició á la Real Academia de San Fernando solicitando informe acerca de la conveniencia de trasladar al Museo Nacional de Pintura y Escultura, cuatro pinturas al temple del inmortal D. Francisco de Goya, existentes en la susodicha biblioteca.

La Comisión compuesta si mal no recuerdo de los Sres. Villegas, Garnelo y Ferrant, manifestó á la superioridad su conformidad en el traslado. Decían estos señores académicos en un brillante informe: «Se trata de cuatro lienzos circulares pintados al temple, tres en buen

vacación y uno completamente desnaturalizado por un gran repinte al óleo.» No dice la Comisión quién fué la mano alevé que cometió tamaña herejía, pero por informes fidedignos he venido á saber que el tal pintor, fué el Sr. Monleón, restaurador del Ministerio, cuya empresa destructora la realizó en el último tercio del pasado siglo.

Estos lienzos no están pegados al muro, sino fijados por el borde circular y cubierto éste á la vez por una tabla á modo de marco en la que, pintada al temple, se simula una moldura.

Representan los lienzos *El comercio*, *La industria*, *La agricultura* y *La ciencia*, todos los sobriamente interpretados. El representativo de *La ciencia* es el repintado. Del primitivo cuadro sólo se conserva una venerable cabeza de anciano con lengua barba en la que se ve el estilo brillante de Goya; el resto del cuadro está horriblemente desnaturalizado como decimos.

A los lados de estos círculos en espacios triangulares, se desarrolla una bella é interesante decoración por intervenir en parte en ella el rasgo genial del gran artista aragonés, formando un lindo conjunto.

Los peritos en la materia creen, que si por completo no están hechos por Goya estos triángulos decorativos existen indicios suficientes para creer que el gran pintor dió en ellos algunas pinceladas y que sobre todo, bajo su absoluta dirección y por persona muy compenetrada con él, en cuanto á su estilo, fué ejecutada la obra. Por este motivo la Comisión informadora propone la conveniencia de no separar el paño central sino á condición de completarlo á su instalación en el Museo, con la parte decorativa que le rodea, bien sea copiado fielmente, ó bien procurando separarla del muro, el día que se acuerde la demolición del edificio.

La Academia no ve peligro alguno en el traslado de dichas telas, levantando primero la moldura que tapa sus bordes y después poco á poco ir desprendiendo y fijando á un bastidor, preparado á este efecto, por la parte del frente, de tal modo que al terminar, la tela quede libre del muro y fijada sobre dicho bastidor, pasándose

después á otro definitivo.

Ya un artista español, orgullo de nuestra patria y modesto por ende, se encargó de hacer una obra parecida con una de las pinturas murales de San Francisco el Grande y el éxito ha coronado sus esfuerzos. Puede en esta ocasión repetirse el procedimiento y seguramente se obtendrán los mismos resultados. También en el informe y para evitar temores, propone la Comisión el comienzo de la obra por el paño estropeado—por el repintado al óleo—y de su resultado volver á inspeccionar si se debe continuar el trabajo de la manera indicada ó desistir de ello para emplear otro cualquier procedimiento que garantizase el éxito del traslado.

El informe fué solicitado el 10 de Marzo de 1913; la Comisión contestó en Abril del mismo año, sin que hasta ahora se sepa nada de las resoluciones adoptadas por la superioridad.

Ahora se habla ya, como de cosa cierta, del traslado del Ministerio de Marina; se nos dice el sitio dónde ha de enclavarse el nuevo edificio; se asegura que pronto comenzarán las obras, pero no sabemos nada referente á estos hermosos lienzos de Goya, que requieren tiempo para ejecutar su inteligente traslado.

No está tan sobrada España de glorias presentes para que descuidemos las pasadas. Goya es una de nuestras glorias más legítimas; sus cuadros retratan la vida de una época; en el extranjero se pagan muchos miles de pesetas por sus producciones y nosotros tenemos el deber de conservar las que aún poseemos.

El palacio de D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, podrá desaparecer por necesidad inevitable; los templos de Goya y la decoración mural deben conservarse por honor nacional. En el Museo tendrán sitio apropiado, allí podremos admirarlos propios y extraños. La gran Academia de San Fernando ha dado su informe claro y preciso; el Excelentísimo Señor Ministro del ramo debe dar las órdenes oportunas, para que, cuanto antes, se comiencen las obras de traslado de estos lienzos del pintor castizo, del más madrileño de nuestros pintores, de aquel D. Francisco de Goya y Lucientes, fiel retratista de una raza, de una época y de una nación viril y artista en toda clase de manifestaciones.

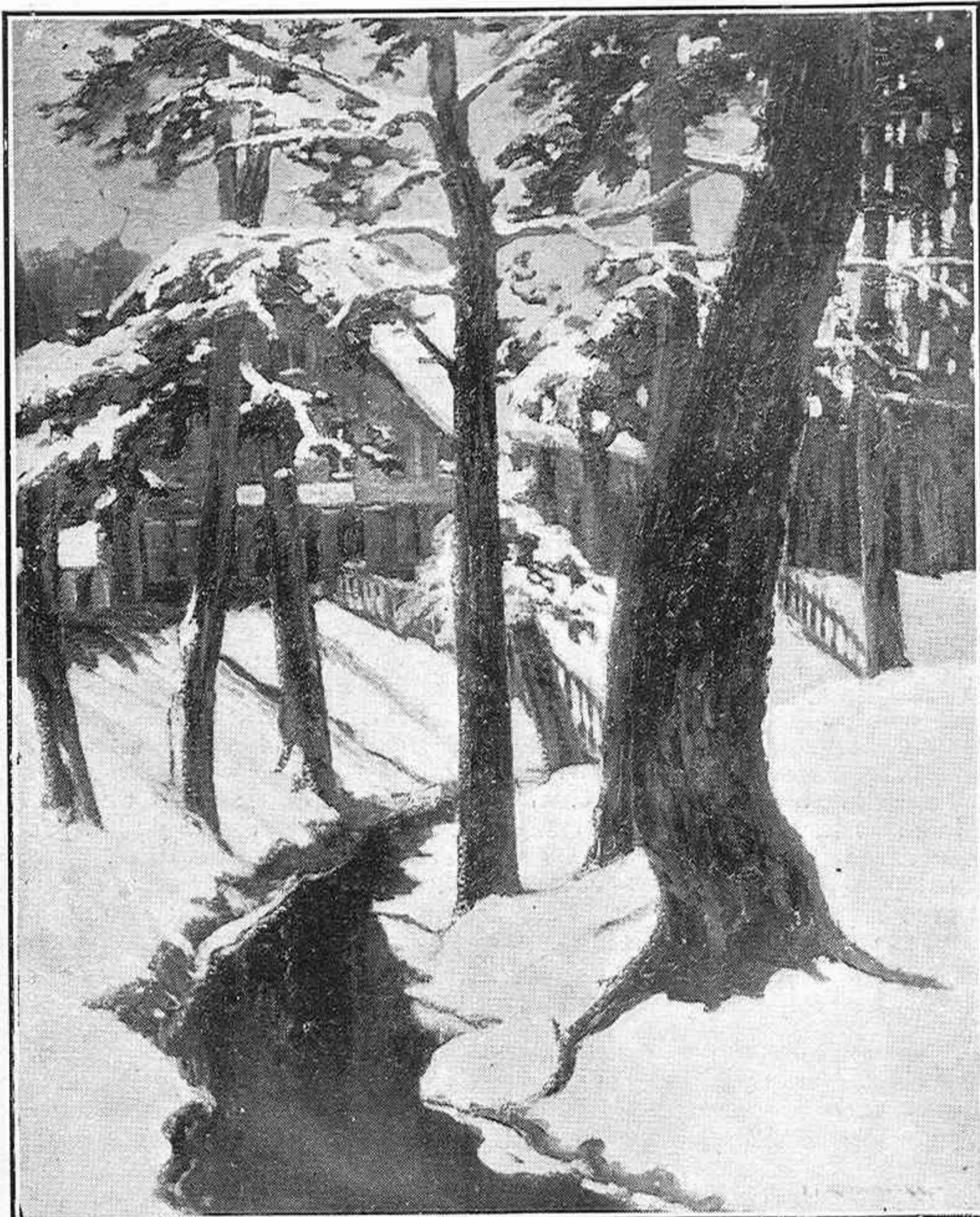
Creo con sinceridad que puede esperarse una eficaz y rápida determinación del señor Ministro de Marina; pero si acaso se mostrara rehacio ó indiferente á esta patriótica demanda, los amantes del arte, los adivinadores de Goya, que son todos aquellos que llevan á España en el corazón, deben insistir hasta hacer efectivo un deseo que se inspira, no en un capricho, sino en un ideal de españolismo y en un sentimiento de amor á la patria.

Juan GÓMEZ RENOVALES



Palacio que fué de D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y en el que actualmente está el Ministerio de Marina  
FOT. SALAZAR





"El Parador del bosque (Noruega)"



"Moulin de la Galette (Paris)"

Paisajes del pintor polaco Kowalski

## LA VIDA ARTÍSTICA

# PAISAJES Y PAISAJISTAS

NUNCA ha presenciado Madrid tal número de exposiciones simultáneas ó de tal modo consecutivas que apenas descuelga un artista sus cuadros ya se encarama el sucesor en la escalera para colgar los suyos.

Y—caso bien grato para nuestra neutralidad oficial—la mayoría de los artistas son extranjeros. La guerra les empujó hacia nuestras fronteras y cerca de año y medio han ido recorriendo las españolas regiones copiando sus características y naturales bellezas. Doblemente curioso es, por ende, para el profesional y para el aficionado de las bellas artes, ver cómo estos pintores extranjeros interpretan el paisaje español.

Actualmente exponen en distintos sitios de Madrid un austriaco, un polaco y un francés.

El austriaco es el Barón de Myrbach, y expone en el prestigioso salón *Arte Moderno*; el polaco I. Kowalski, y expone en el Hotel Ritz; el francés Fernando Laroche, y ha reunido en la casa Vilches uno de los conjuntos más espléndidos que hemos visto en el lindo salón de la calle del Príncipe.

En la sala de expositores extranjeros de nuestra última Exposición Nacional se destacaron desde el primer día los paisajes de Fernando Laroche. Eran unas notas cálidas, vibrantes, ebrias de luz y de color que transmitían la sensación de una Venecia de ensueño.

Al lado de estas notas de rico cromatismo, de jugosa exuberancia colorista había otras tenues, delicadas, sutilísimas, en que las gamas se desleían con suaves ondulaciones, temblorosas y adormecedoras como trémolos sinfónicos.

Sin embargo, todo esto, tan admirable, tan suficiente por sí mismo para afirmar sólidamente la reputación de un artista, no era sino débil promesa, insignificante prólogo de lo que ahora ofrece el ilustre pintor francés en su actual y

magnífica exposición de la casa Vilches. Es una verdadera fiesta de los ojos y una graíísima bifurcación de senderos para los esparcimientos de la sensibilidad.

Hay lienzos que refulgen como joyas, lienzos que causan la sensación de mayólicas ó esmaltes, lienzos que apenas tienen una niebla de color. Lienzos en que el artista falseó noblemente el natural con lógica y muy contemporánea obsesión decorativa y lienzos, en cambio, donde se piensa que tan hondo penetrara el encanto de la naturaleza en el artista, que su alma se arrodilló con primitiva ingenuidad ante la campesina paz.

Pero siempre, siempre, surgiendo de inconfundible manera sobre tan varia profusión de procedimientos y sensaciones, la personalidad de Fernando Laroche se impone fuerte ó romántica, inquieta por el dolor ó iluminada de gozo. Estamos en presencia de un gran sensitivo y de un poderoso maestro de su arte para quien la técnica pictórica rasgó todos sus velos, ofreciéndosele enamorada y desnuda...

Dos épocas perfectamente definidas, aunque separadas ambas por un lapso de tiempo muy breve, se observan en los cuadros de Fernando Laroche. Pertenece la primera á sus paisajes de Italia y á la serie especial de Venecia, donde hay desde las notas vagarosas, con árboles humosos y lejanías imprecisas á lo Corot, hasta los encendidos vigores de un Brangwyn.

La segunda son aspectos de Madrid y de las viejas ciudades de Avila y Segovia.

¡Qué maravillosa é inédita sensación sugieren estos lienzos últimos que ha pintado el maestro francés! Son exaltadores, optimistas, despojados de esa obsesión truculenta ó mortecina que dieron á Avila y á Segovia otros pintores extranjeros y aun nacionales. En cuanto á Madrid es también una visión nueva, suprasensible, que desmiente la zonga afirmación



"Costa vascongada", por Kowalski



de los que aseguran no existir el paisaje en la capital de España. Citar los acierios de Laroche equivaldría á copiar íntegro el catálogo. No hay, entre los noventa y siete presentados, un solo cuadro mediocre ó desprovisto de interés.

ooo

Antes de Fernando Laroche espuso en el mismo Salón Vilches el pintor español Matilla una colección de cincuenta lienzos, entre paisajes y retratos.

De estos últimos había algunos verdaderamente notables, como los de los Sres. Más, Bianqui, Marquina, y sobre todos, el autorretrato del artista.

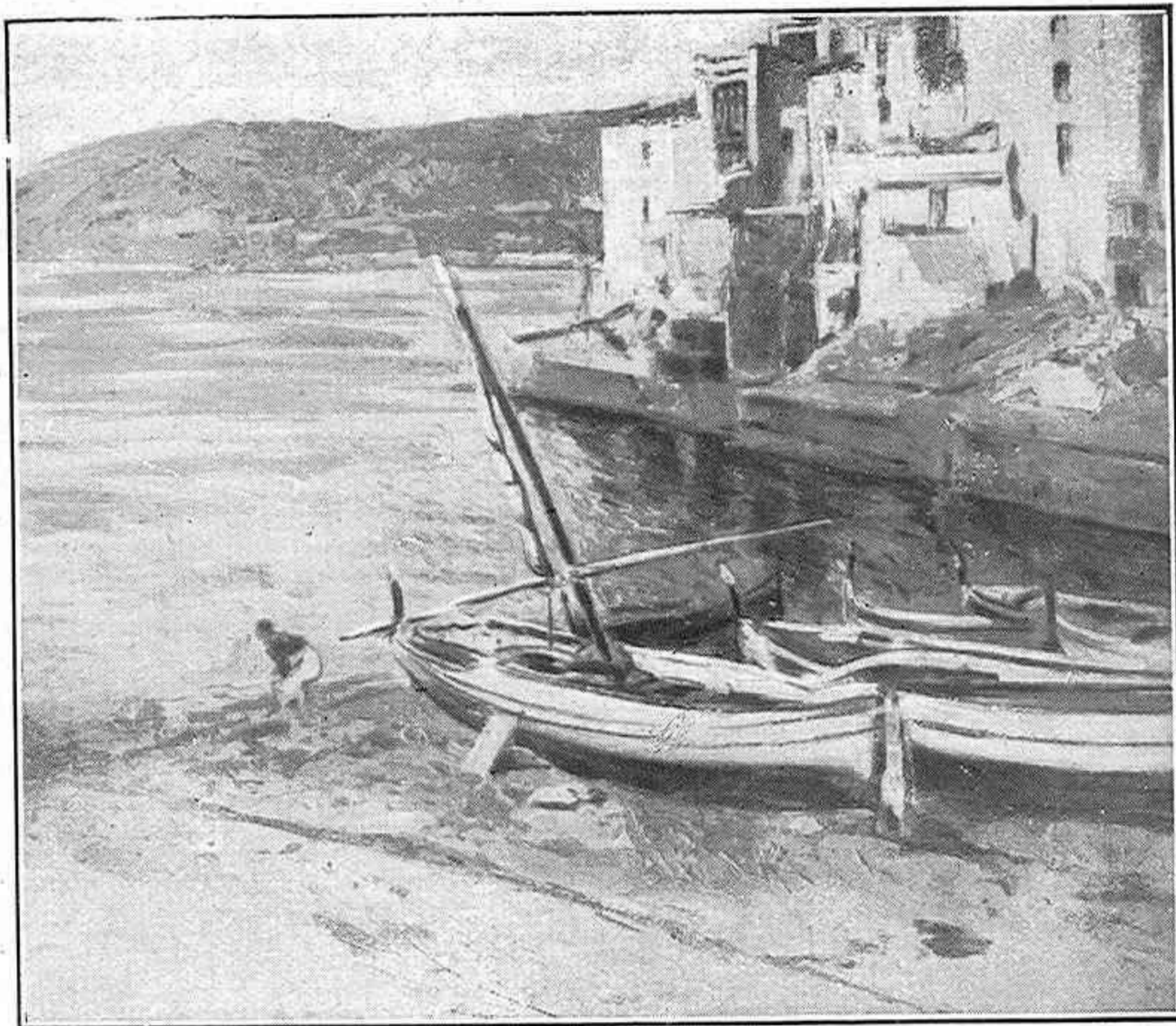
Pero la orientación favorita de Matilla es el paisaje, y dentro de este aspecto, el paisaje de la costa catalana. Casi todos los cuadros expuestos eran del pintoresco pueblecillo de Cadaqués, y la factura amplia, el colorido envuelto y un poco desvaído, nos recordaron la manera de un gran paisajista catalán: Eliseo Meifren.

ooo

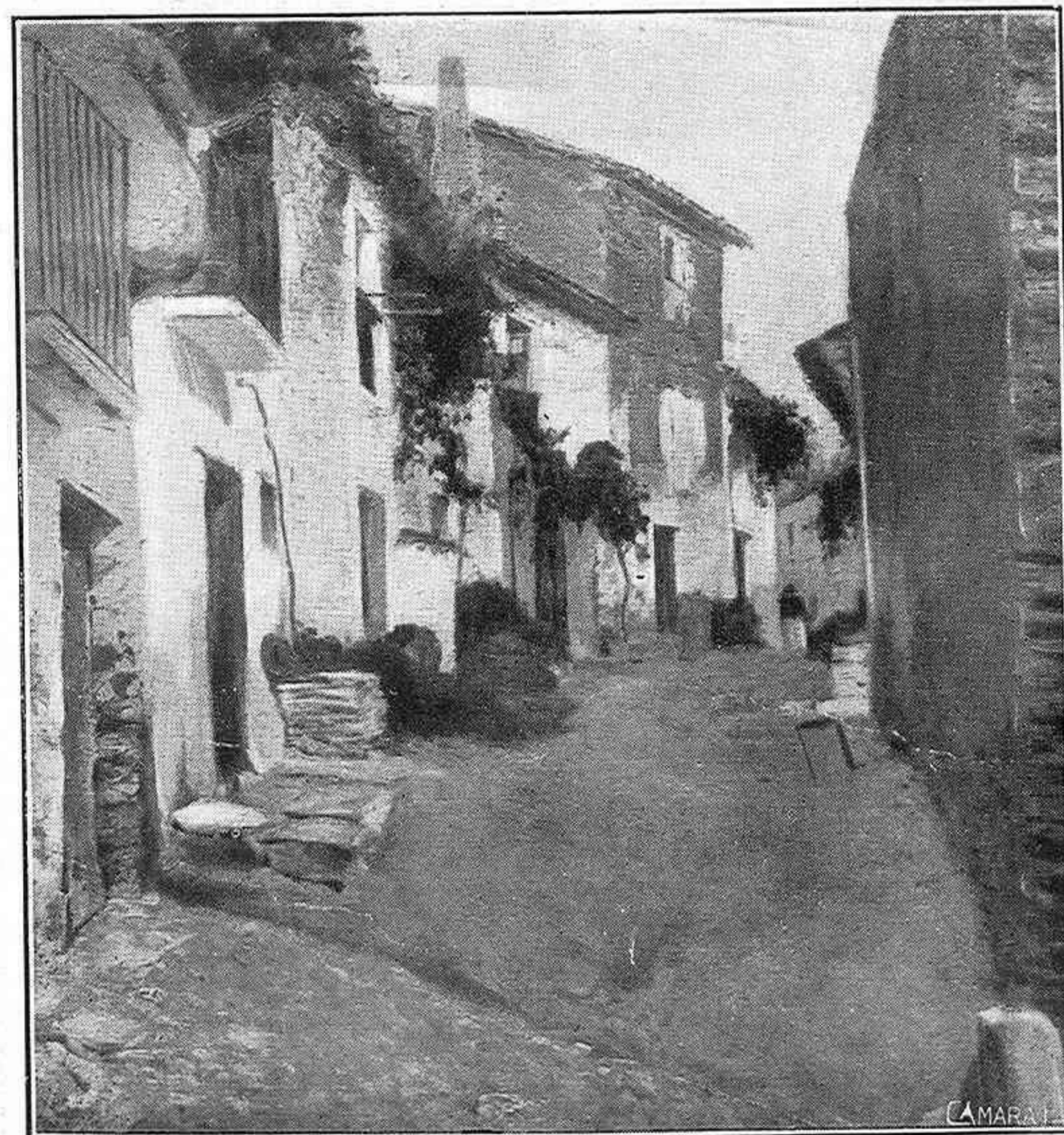
El Sr. Kowalski ha expuesto en el Hotel Ritz cuarenta y dos paisajes, algunos de ellos de gran tamaño y todos muy interesantes.

Figuraban notas de Noruega y de Francia, conseguidas con elegante traza y excelente buen gusto.

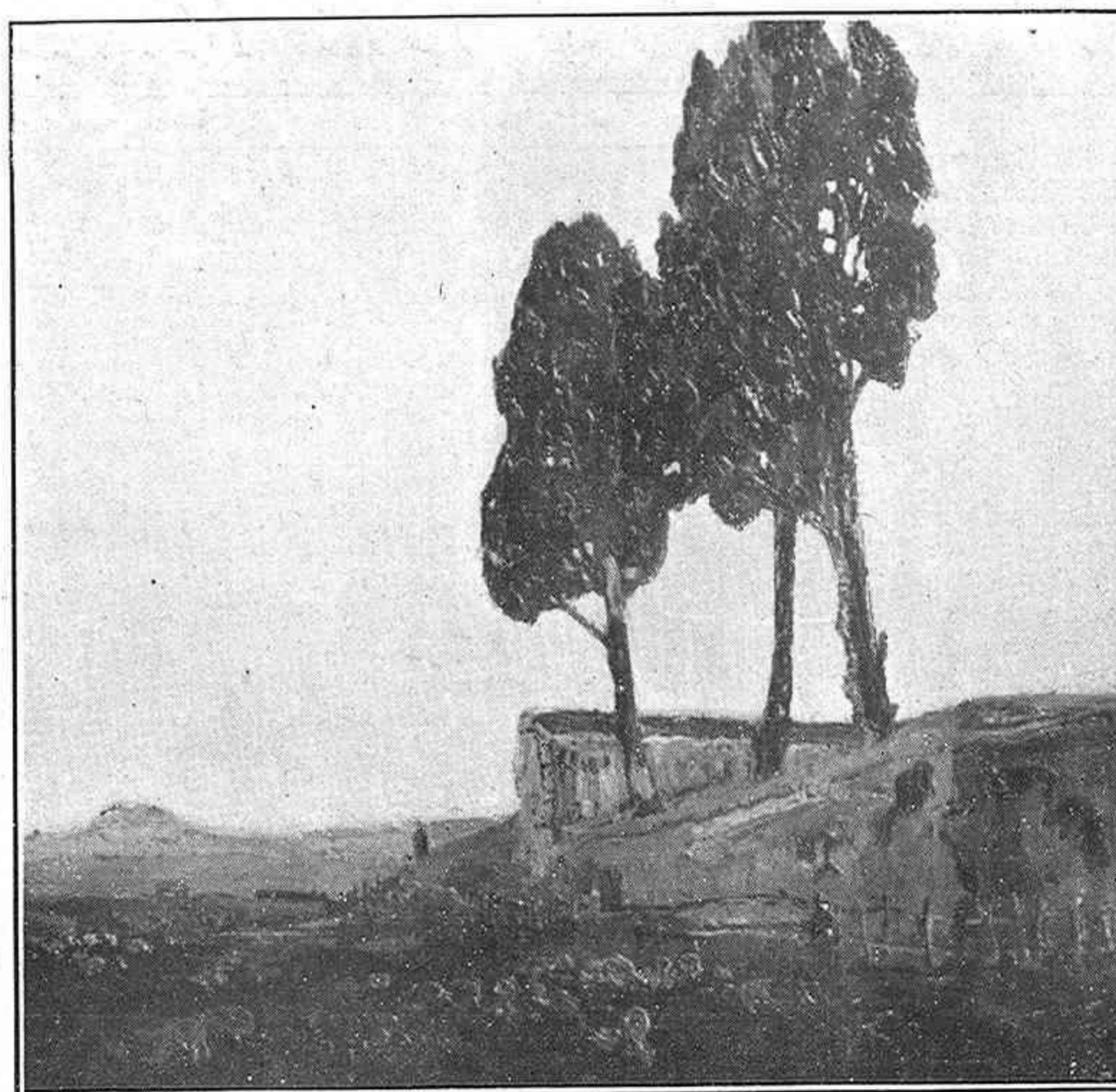
Pero lo que constituía la verdadera importancia de la exposición era la serie de paisajes del Norte de España, de Asturias, la mimosa y de Valencia, la brava.



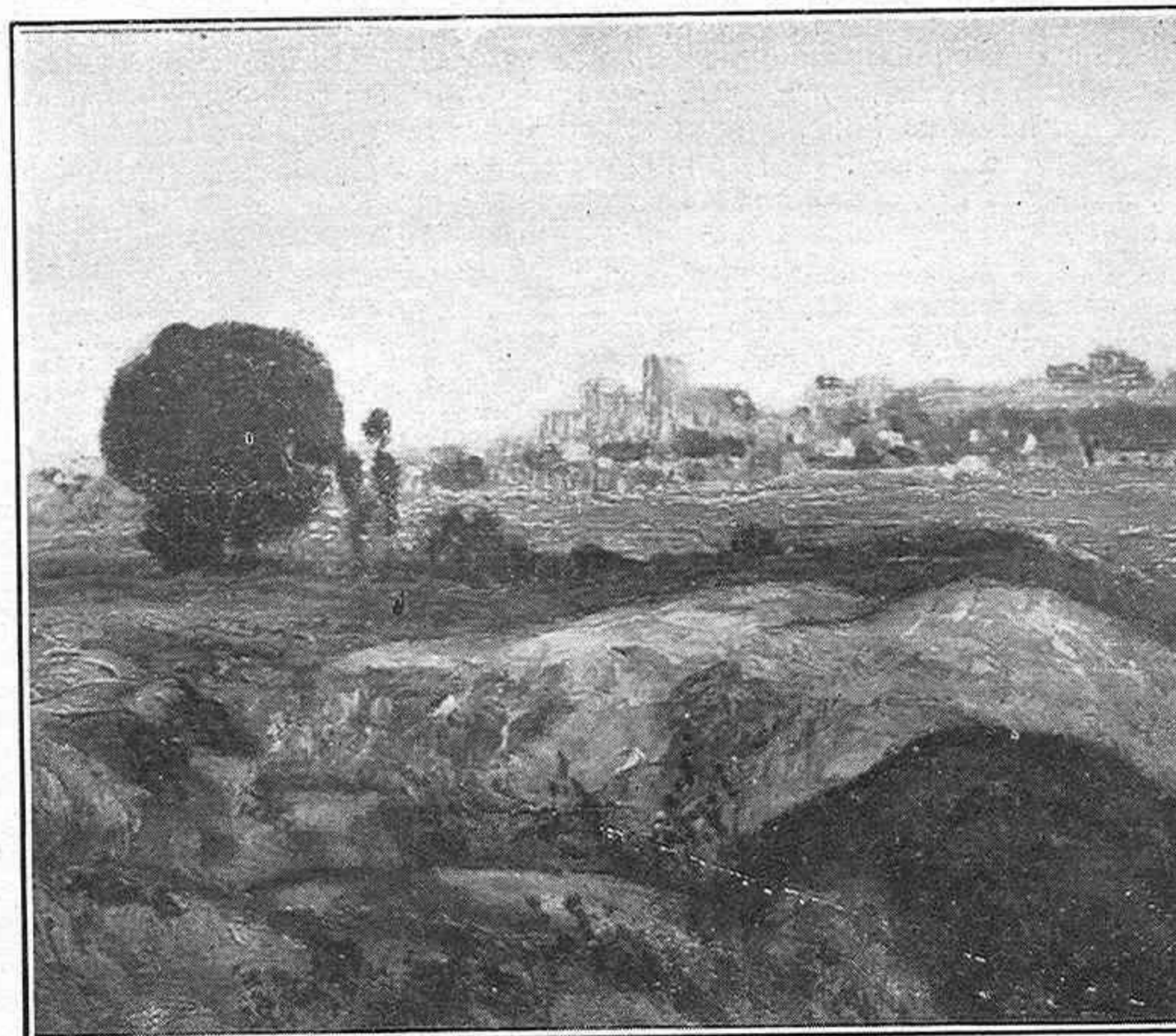
"Puerto de Cadaqués (Cataluña)", cuadro de S. Matilla



"Calle en Cadaqués (Cataluña)", cuadro de S. Matilla



"Cipreses en Albano". cuadro de Fernando Laroche



"Avila", cuadro de Fernando Laroche

El Sr. Kowalski es un partidario de las modernas tendencias y así concede la misma atención á interpretar el natural que á darles á sus cuadros un sentido decorativo.

El alma encantada de los países vascos y asturianos vaga por estos lienzos del notable pintor polaco. Se le adivina lógicamente identificado con los mares bravíos, con las cumbres nevadas y los bosques de árboles centenarios. Habla con entusiasmo de Sevilla, del sol crudo de Andalucía y dudamos que su temperamento le permita interpretar aquellas exuberancias luminosas como estos cuadros de las tierras envueltas por la bruma.

Citemos como lienzos sobresalientes *Costa vascongada en Biarritz*, *El parador del bosque*, *Casas vascas*—muy interesante, además de técnica—, *Costa nevada* y *Paisaje del Retiro*.

ooo

Por último, el Barón de Myrbach expone en *Arte Moderno* numerosa colección de acuarelas en que ha reproducido tipos, costumbres y paisajes de la provincia de Alicante.

Son muy curiosas estas acuarelas, reveladoras de un temperamento minucioso y observador, tanto, que, á veces, la exactitud demasiado fotográfica de la reproducción, acaso dañe á la necesaria espontaneidad de este género de obras.

No obstante ese pequeño defecto, las acuarelas del Barón de Myrbach se contemplan con agrado y se las reconoce desde el primer momento su valor documental.

La exposición de las obras del Barón de Myrbach, como las de sus colegas, son dignas de sincero elogio, y lo obtendrán, sin duda.

SILVIO LAGO



## EDIFICIOS DE MADERA ○ STARKIRKE

EN los largos viajes hay siempre algo que nos defrauda. Quisiéramos hallar ó la civilización superior que nos admirase ó algo muy primitivo, muy ingenuo, muy pintoresco. Algo muy distinto de todo lo que conocemos, que rara vez se encuentra.

La nota típica que primero nos cautiva en Bergen, primera ciudad noruega que visitamos, consiste en las construcciones de madera. Aunque ya en muchas de sus calles las modernas casas de piedra van sustituyendo á los antiguos edificios; en su conjunto aún es Bergen una ciudad de madera. Parece que la madera abraza más y con más blandura. Da un carácter de hogar y al mismo tiempo nos deja más en comunicación con todo, más á la intemperie; el viento de fuera nos rodea más. La argamasa, la piedra, la cal, la fábrica de la obra, es algo que no logramos nunca influir; la madera da más familiaridad y más parentesco; no nos pesa ni nos encierra demasiado la casa. Tiene menos de cárcel fuerte, es una obra un poco frágil y un poco improvisada. Tiene algo de barraca de aldeano. Sin embargo, esta impresión llega á perderse cuando vemos tantas casas, de varios pisos, alineadas, formando las calles de una población y llega así á hacerse serio y definitivo lo que nos había parecido como un poco de juguete, de provisional.

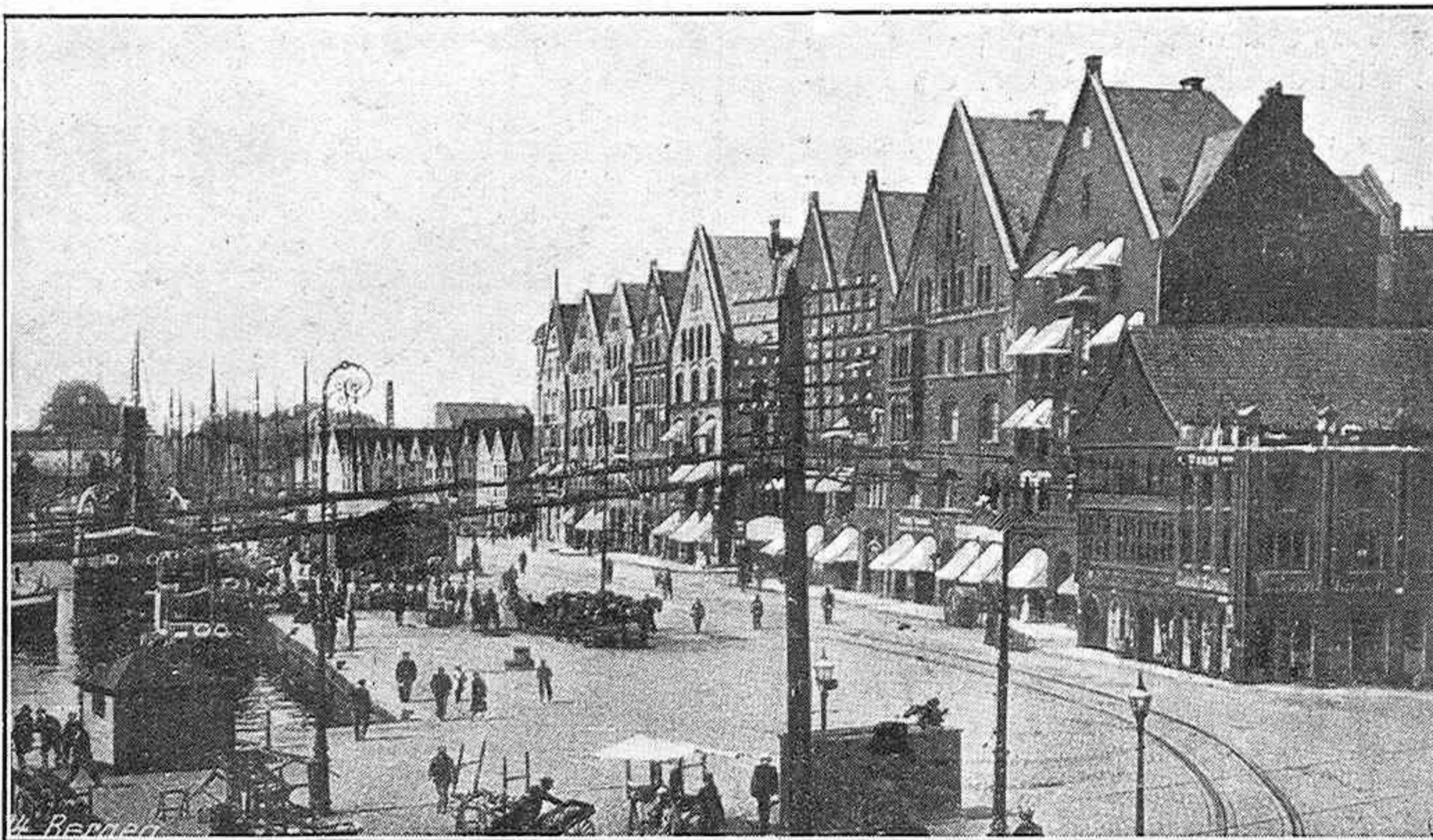
El conjunto de todo se encadena y á pesar de sus pintorescas paredes de tablazón, de sus tejados á piñón, puntiagudos, con esa gracia que ponen en la calle los tejados agudos, se va perdiendo poco á poco la idea de que esas casas son edificios de madera: se petrifican.

Muchas de ellas, cubiertas de cal y de pintura borran nuestra impresión por completo; los teatros pierden el carácter de barracón que la madera les da entre nosotros; y en las habitaciones de los hoteles, con su perfecto tapizado, apenas nos daríamos cuenta de habitar una casa de tablas á no ser por los ruidos que las paredes no apagan, por las jugarretas de algún ratón, y por el temor que despierta en nosotros ver cerca de los balcones el aparato de salvación de incendios, que hay en cada uno, recordando la fragilidad del edificio.

Pero en cambio subsiste y se acrecienta el entusiasmo á la vista de esas poéticas iglesias de madera «Starkirke» que son típicas del país.

Jamás podrá olvidarse la impresión que se recibe en una visita á la Starkirke de Fantopt, cerca de Bergen.

Esta iglesia es como un árbol, mas un árbol sagrado y extraño, que ha crecido en el bosque.



Una de las principales calles de Bergen

No tiene la forma de una ermita ó una casa de las que tenemos la costumbre de ver. No se ajusta tampoco á nada de lo que en Noruega hemos visto; no tiene semejanza alguna con el arte del Norte. Es una casa oriental, india, persa; buscando semejanzas en Europa sólo se hallan en Bizancio, en ese arte antiguo que influye á Rusia y del que de un modo algo inexplicable se descubren, cada vez más, vestigios en Escandinavia. Todo el recinto de la iglesia está rodeado de una verja, tiene el antiguo atrio y pórtico, que sirve de refugio á los fieles y toda la techumbre, que la cubre casi por entero, está formada por una especie de tejas ó escamas en cuyos remates sobresalen unas gárgolas que recuerdan la forma del timón y representan estilizadas esas cabezas de dragones y quimeras que se encuentran asimismo en las decoraciones de los barcos de Vikings y cuyo estudio hace pensar en antiguas relaciones entre Noruega y Bizancio.

El interior es sombrío y oscuro, pero tan chiquitito y acogedor que lo iluminan bien los cirios amarillos, la luz religiosa por excelencia. Es toda de madera; la nave central está sostenida por columnas lisas cuadradas y simples que forman arcos de medio punto. Hay algunos bancos sencillos, una lámpara de hierro, gótica, como esas coronas de reyes del museo del Louvre. A los dos lados del altar, sin más adorno que un mantelillo y dos candeleros ante un pequeño Cristo, hay dos santos tallados en madera, también góticos, toscos y severos y cerca de ellos un motivo más extraño, un toro alado, mezcla de asirio y de egipcio, de una gracia primitiva é ingenua.

Se siente una bien allí como si hubiese llegado á la hora de un buen pastor. Parece como si el pequeño santuario se impregnase más de las oraciones, queda más en ella el fervor apasio-

nado que se hace más humano. Es que contribuye sobre todo el lugar, aquel bosque silencioso que forma el Valle de Fantopt entre las colinas de montañas que dibujan sus extrañas formas en el horizonte. Esa calma melancólica, suave, envuelta en celajes; esa palidez mate y opaca del ambiente, esa melancolía noruega, de mar y de montaña, que se siente siempre hasta sin mar y sin montaña; melancolía de su cielo, de su luz, como un presentimiento ó una amenaza de la falta de sol.

Y cerca de la iglesita, que parece á veces como un barco enclavado en la tierra al retirarse la marea, quilla al sol, emociona aquel montón de tierra redondo, recubierto de musgo seco, sobre el que se alza una cruz de piedra blanquecina.

Es un cementerio, un cementerio sin epitafios, una fosa común donde la transformación de la materia debe hacerse más fácil y más grata. La tierra les será más breve. Esa forma de montecillo de tierra sobre la tumba obedece á la misma idea de perpetuar un recuerdo que alza las pirámides. Merced á esa tosca señal se encontraron en Suecia las *Colinas de Rey*, que encerraban tumbas y tesoros cerca de Upsala.

Ya no hay tumba segura de la investigación y apenas pensar en que se remueva esa tierra de paz colocada bajo la sombra piadosa de esa iglesia, que es más bien una pieza de museo digna de resguardarse y de cubrirse en vez de dejarla expuesta á los rigores del tiempo.

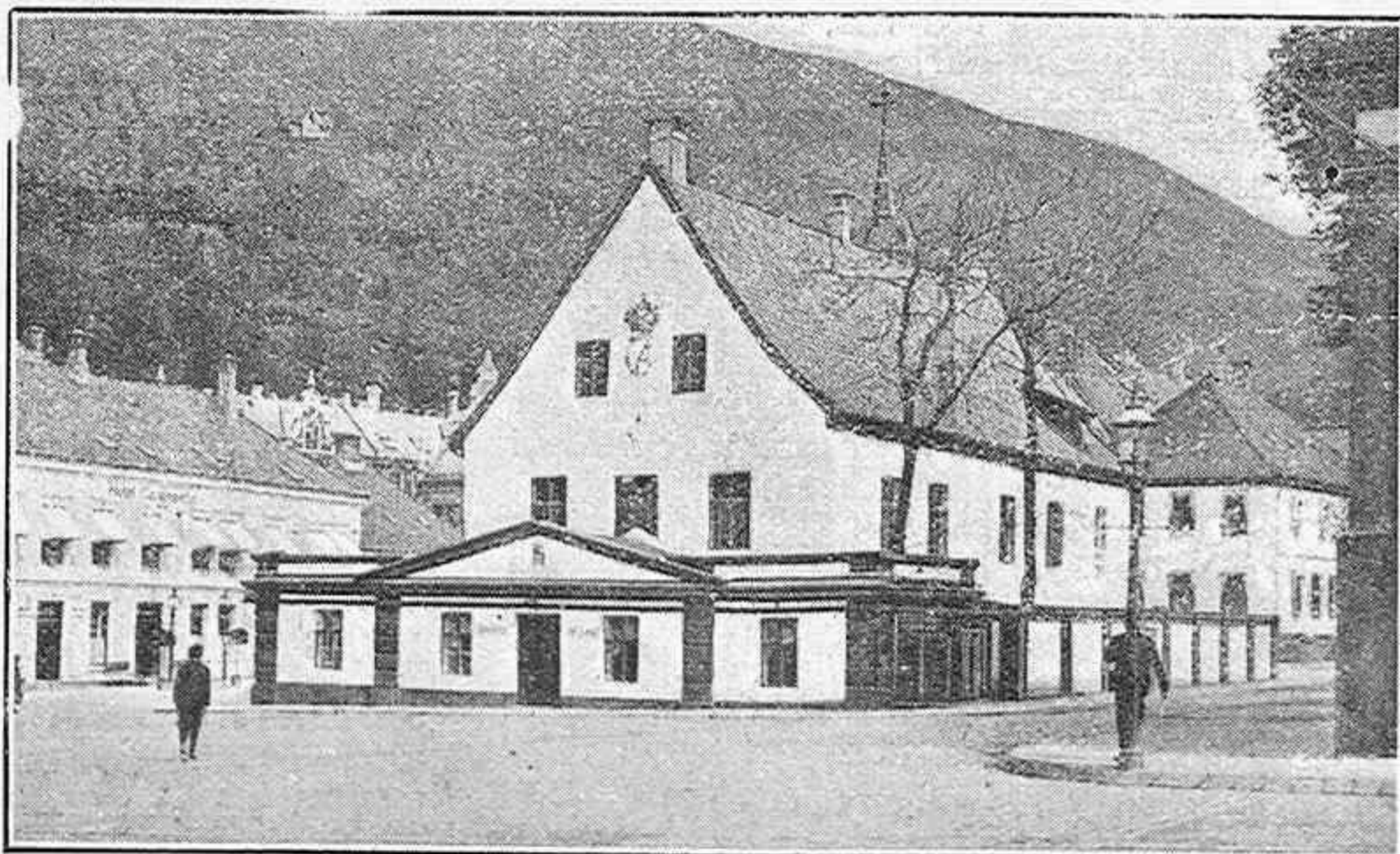
Son sólo 24 las iglesias de madera que quedan en Noruega; la más grande es la del Herdal, y la mejor conservada la de Borgund, aunque ninguna tan graciosa y original como esta.

En algunas se hallan caracteres rúnicos grabados á cuchillo. En la última citada se encuentra esta inscripción: «Thoner ha escrito estas letras á la gloria de S. Olaf».

En la que se ha trasladado de Silesia á Naug se encuentra esta otra inscripción: «Los hijos de Gose lo han erigido á la memoria de su sobrino Gunar».

Esas inscripciones dan una fecha de fabulosa antigüedad á estos edificios que nos parecen tan frágiles y que han resistido tantos siglos. Edificios que se transplantan de un lugar á otro como árboles y á los que por una extraña sugestión creemos que un día van á arraigar de nuevo en la tierra para retoñar una primavera, con ramas y con flores, cuando la vuelta de su sol derrita la cubierta de nieve que, durante los largos meses de noche, les sirve de sudario.

CARMEN DE BURGOS  
«Colombine.»



El Ayuntamiento de Bergen



La Iglesia de Madera de Fantopt





# GRANADA

¡Granada!, tú que fuiste mil veces decantada,  
escucha otra cantiga de un alma enamorada:  
cantiga que ha surgido de la pasión ardiente  
que este juglar amante por tu hermosura siente.

Yo sé que á ti llegaron eximios trovadores;  
yo sé que te cantaron, rendidos, sus amores;  
yo sé que se postraron igual que yo me postro  
besando hasta la tierra para ocultar el rostro:  
que la emoción intensa la faz nos desfigura  
y esa emoción se siente mirando tu hermosura.

¡Granada!, no desdeñes mi voz enamorada;  
escúchame piadosa, magnífica Granada;  
la del Generalife, que es sueño de poetas;  
la de la sierra ingente de níveas mesetas;  
la de inspiradas gestas; la de sublime historia  
de moros y cristianos, á quienes la victoria  
llevó desde Castilla la Reina veneranda  
cuyo valor los campos de Jesucristo agranda.

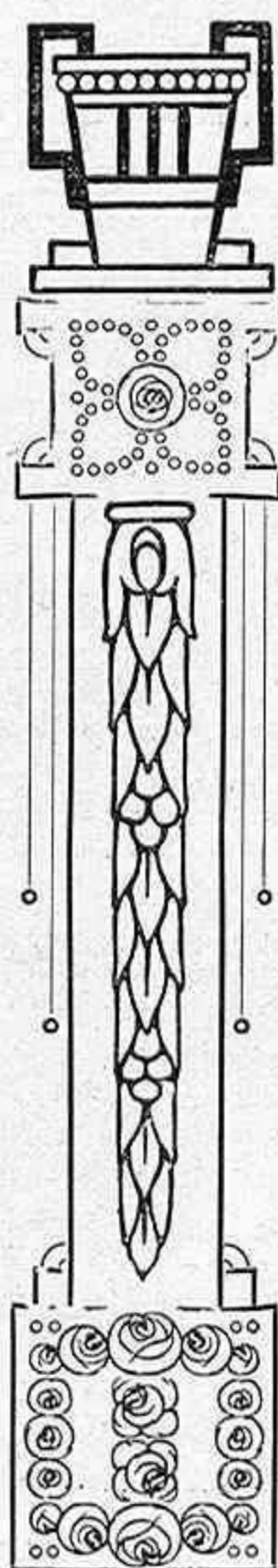
La de abundosos cauces; la de la fértil vega  
que el agua de las nieves delicuescentes riega;  
la de la Alhambra edénica que el universo admira,  
la memorosa Alhambra que por Alah suspira.

¡Alhambra!, en tu recinto me siento transformado,  
me olvido del presente, me acuerdo del pasado;  
tus viejos murallones me traen á la memoria  
recuerdos de mi patria, recuerdos de su gloria;  
recuerdos que se albergan ocultos en tus ruinas,  
ocultos como nidos de alegres golondrinas.

Alhambra cimentada sobre tan bello monte,  
Alhambra que infinito parece tu horizonte,  
Alhambra que sonrías al que venturas goza,  
Alhambra que atribulas al alma que solloza.

Polícromas estancias donde quedó el ambiente  
fragante y voluptuoso que vino del Oriente.

Graciosos ajimeces, tallados artesones



testigos seculares de idilios y traiciones;  
estanques en los cuales refléjanse invertidas  
las torres que se yerguen al cielo dirigidas;  
las torres que se apartan soberbias de la tierra  
batidas por los aires nortefios de la sierra.

Adarves y atalayas, almenas y bastiones,  
poternas y reductos y fuentes y balcones,  
la hiedra os acaricia, la hiedra os embellece,  
la hiedra trepadora que por los muros crece  
y abraza á lo vetusto ciñéndolo lo mismo  
que á un viejo una doncella rendida á su erotismo.

¿Y el agua cristalina que bulliciosa juega  
huyendo de la altura para buscar la vega...?

Murmurio deleitante cuya monotonía  
barbota los secretos ensueños de la umbría;  
murmurio que en la huída fugaz, el aliciente  
del monte memoroso nos canta dulcemente...

Regazos serpeantes, cascadas sonoras,  
remansos silenciosos, fontanas rumorosas...:  
seguid, seguid cantando, que es música divina  
la música que brota del agua cristalina,  
pues ella nos refleja lo azul del firmamento  
y vibra en sus murmurios un celestial acento...

El agua corre, salta por riscos y breñales  
fluyendo eternamente por cauces torrenciales;  
el agua cuyo embate no lo detiene nada,  
el agua que es la risa jocunda de Granada.

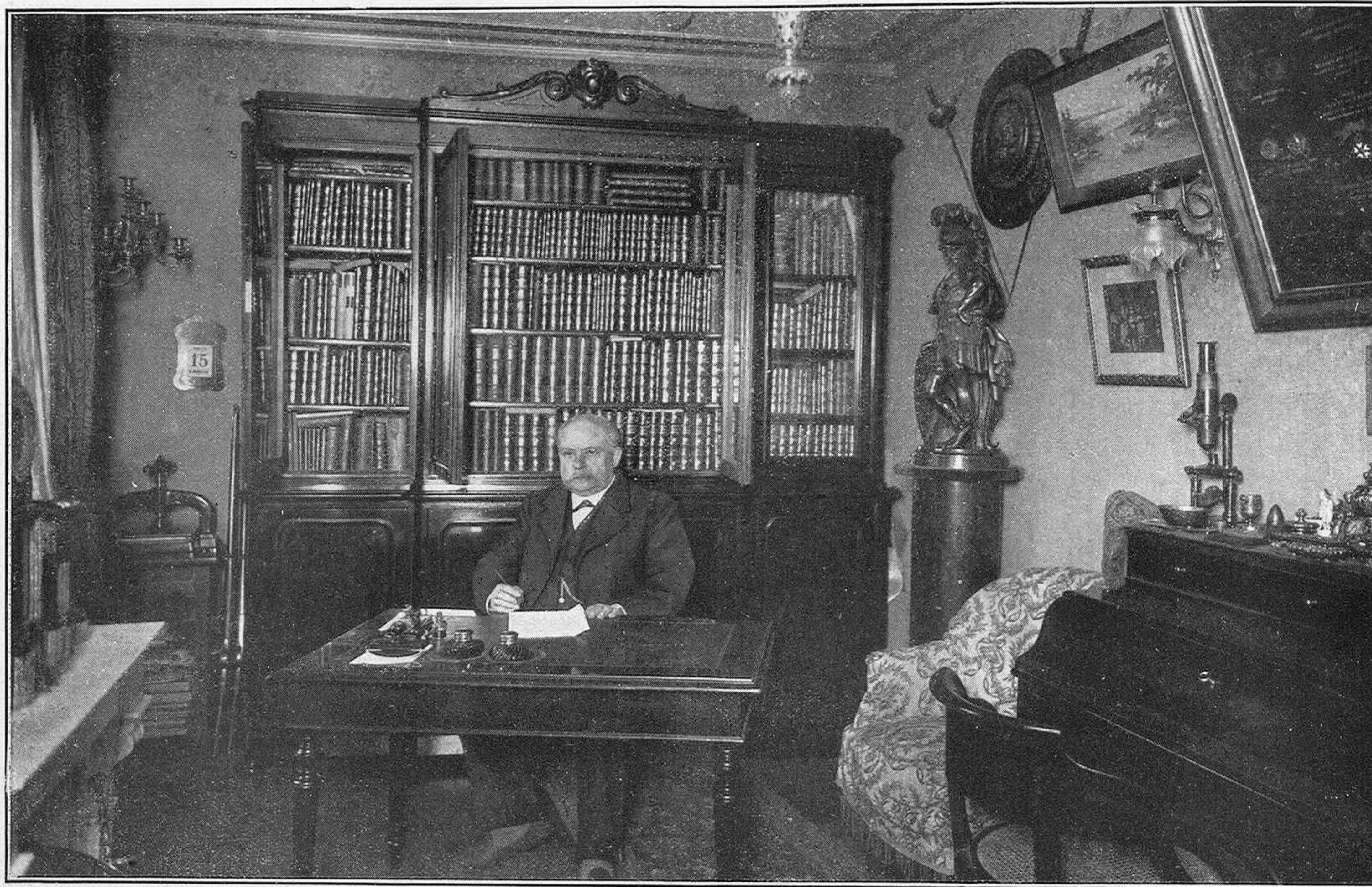
¡Oh campo fértil, campo de heroicas contiendas,  
de mágicos amores y de épicas leyendas;  
tú traes al alma mfa recuerdos del pasado  
por eso en tus florestas me siento transformado;  
y escucho la estridencia de la morisca zambra  
que aún vibra por los patios ecóicos de la Alhambra!

FOT. SOLLMANN

Luis CAMBRONERO



LA GUERRA CIENTÍFICA  
EL NUEVO GENIO DEL MAL



Mr. Turpin, el inventor de la melinita, en su gabinete de trabajo

EL Genio del Mal se ha hecho en nuestra edad sabio. Ya no es Moloch ni Luzbel, ya no es dios como Vichnú ni demonio como Satán. Es sencillamente ingeniero, químico, mecánico ó electricista; se llama Edison, Nobel, Turpin... Como los símbolos y mitos demoniacos antiguos ponían al servicio del mal todas las fuerzas sobrehumanas y sobrenaturales de que los dioses les dejaban disponer, estos sabios aportan á la guerra el concurso de sus inventos diabólicos. Nobel, al inventar la dinamita, abre en la ciencia el ciclo de los poderosos explosivos. Gracias á su fuerza la ingeniería ha podido acometer obras grandiosas que antaño necesitaban el esfuerzo de millares de hombres, arañando como insectos durante meses y meses en las duras rocas y en las profundidades de las minas. Turpin inventa la melinita y tras ellos, siguiendo y mejorando sus métodos, los químicos van produciendo tales explosivos que ya no hay defensa posible en las corazas de acero ni en los muros de granito. Y ahora, al perdurar la guerra, como si no muriesen bastantes hombres aún, como si no hubiera bastantes ciudades arrasadas, los pueblos combatientes piden á sus sabios que inventen más, que pongan en manos de los soldados los rayos de Júpiter, que descubran tal elemento destructor que compense todas las imprevisiones del pasado.

Así, Francia entera tiene la esperanza puesta en Turpin más que en los generales. La tendencia de los pueblos angustiados á confiar en lo inesperado, en lo maravilloso, en lo milagrero, hace que, aun entre las gentes de cierta cultura, se crea que un químico nos dará, no una nue-

va fórmula más detonante, más expansiva, más destructora, sino un sortilegio mágico que bastará para acabar la guerra, más que en días, en horas. Y acabar la guerra, venciendo, triturando, destrozando al enemigo... Se ha sabido en Francia que Turpin hace ensayos de una pólvora que podrá resistir más de 300 grados de ca-

lor. Ya esta cifra arrastra á las gentes al espanto, porque imaginativamente no hay modo de darse cuenta de esa temperatura, al lado de la cual la tórrida debe acariciar la piel como una suave brisa. Y la imaginación popular, que es andaluza ó tarasconense ó portuguesa en todas partes y propende á la exageración siempre, deduce de aquella cifra iguales proporcionalidades en poderío destructor.

Ningún inventor ha trabajado con tales apremios. La nación entera se pregunta cada día: «¿Aún no ha acabado Turpin? ¿Aún no está el invento concluído?» Y si tarda un mes, tres, cinco, un año, y la guerra concluye antes, ¿para qué querrá Francia entonces una pólvora que resista 300 grados?

Ni con tales apremios ni con tantas responsabilidades. Yo no sé si el sabio que inventa una pólvora para que las tropas se maten más y más pronto tendrá corazón, ni si la vanidad y la codicia, que son las dos grandes espoleadoras del saber, dejarán espacio para que la conciencia grite; pero si no despierto, en sueños, ese hombre que se pasa el día entre alambiques y retortas para dar la vida fugaz de la explosión á la materia inerte, tiene fatalmente, necesariamente que evocar, siquiera sea por un minuto, la visión tremenda del campo de batalla, donde los hombres caen en tierra, rugiendo, maldiciendo, heridos, despedazados... Y es su melinita, es su pólvora de 300 grados la que hierre, la que mata, la que incendia, la que siega las vidas y arrasa los campos...

¿No recordais aquella fundación del premio Nobel, con renta cuantiosísima, y no veis que la hermosa iniciativa es la obra de un tremendo remordimiento?

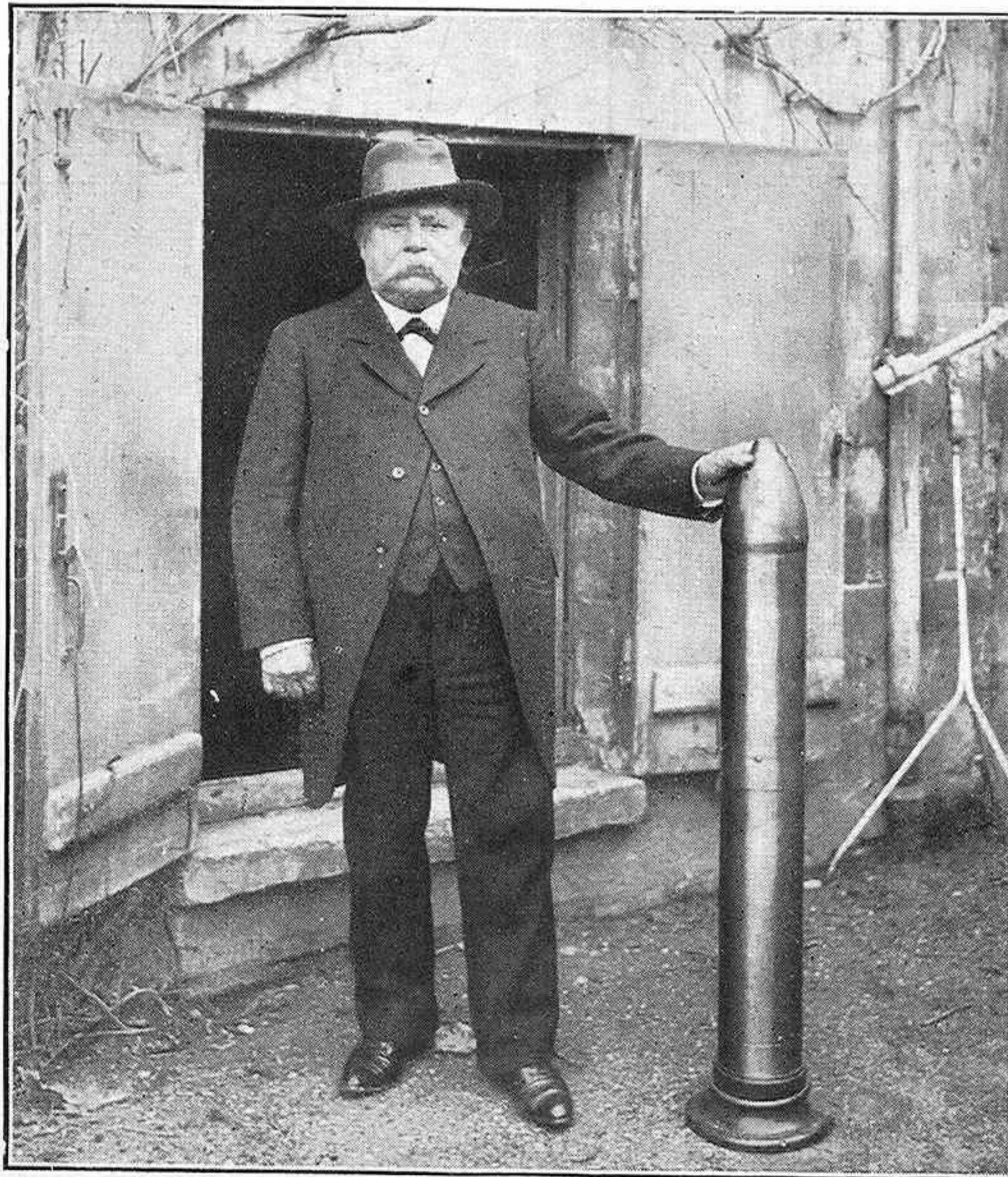


Mr. Turpin haciendo ensayos para su nueva pólvora, que ha de resistir una temperatura de más de 300 grados



El inventor de la dinamita acumuló en su vida capitales para crear con ellos una renta que vaya á parar á manos de los gobernantes que hagan mayores esfuerzos para conservar la paz, de los propagandistas que combatan más fieramente el militarismo y el imperialismo, de los novelistas que hagan una obra más humana, de los poetas que lleven á las muchedumbres más altas idealizaciones, de los médicos que encuentren el remedio cierto de una enfermedad, de los inventores que descubran algo que contribuya á la felicidad de los hombres...

Así, imagináis que también Turpin tendrá su hora de remordimiento. Le veis con su aspecto de bonachón burgués y os engañaría si no estuviera reflejada en sus ojos la obsesión á que está sometido su cerebro. Porque á él también le alcanza, sin duda, una remota esperanza en lo inesperado, en lo maravilloso, en lo milagrero, en una idea que surge de pronto, en una revelación luminosa que la Naturaleza os hace, en una inspiración como de poeta. Así se hicieron todos los grandes descubrimientos, desde el de Arquímedes al de Newton... Y Turpin confía no sólo en esa pólvora que poco á poco va respondiendo en la realidad á la fórmula química y algebraica que el inventor resolviera antes en un papel, sino en algo inmenso que nunca pudo ser imaginado sino en los delirios de un loco ó en las fantasías literarias de Julio Verne; algo que arrasara ejércitos enteros desde distancias enormes, algo que hiciera temblar todo el territorio enemigo, algo que cayera del cielo como en la tremenda noche de fuego que vió la mujer de Loth, algo contra lo que no hubiera defensa posible y que obligase al adversario á caer de rodillas, confesándose vencido y pidiendo la paz.



Mr. Turpin con el cohete auto-giroscópico de su invención

Mientras esa idea surge y la Providencia quiere hacer esa revelación, Turpin trabaja como un mago, como un astrólogo, como un alquimista de antaño.

La piedra filosofal de Francia puede surgir de sus manos. Como á Edison ya comienzan á llamarle *el brujo*, y es que en esta guerra científica, en la que el saber humano ha condensado todos sus progresos, comienza á perderse la fe en la Ciencia, que nunca da la solución definitiva, y el alma atribulada comienza á poner su fe en los secretos de la Magia.

Rodeado de misterio, vigilado por una policía que cuida de que nadie se acerque al laboratorio del sabio, Turpin se siente acompañado de la inquietud y de la esperanza quebradiza y temblorosa de toda Francia... ¡Y el invento tarda! Ningún hombre se vió sometido jamás á tormento semejante; de días y de meses ya, de más de un año. En las trincheras y en los hogares doloridos, cada mañana surge de todos los labios, como una oración, la misma pregunta: «¿Aún no ha acabado Turpin?» Y se teme que Francia esté padeciendo la hostilidad cruel de lo inesperado, de lo misterioso, de lo milagrero...

Turpin, con la obsesión en los ojos, pasea como un iluminado su preocupación por el minúsculo jardinillo de mesócrata, y ya al caer de la tarde, ó al amanecer después de la interminable velada en el laboratorio, busca refugio y esperanza en la corraliza donde unas gallinas picotean el grano vertido de sus propias manos, de aquellas manos que buscan insaciables el arcano de la muerte para los hombres y donde unas fogosas palomas arrullan insaciables el idilio de sus amores...

DIONISIO PÉREZ



Mr. Turpin, en el jardín de su casa, dando de comer á sus palomas y á sus gallinas

FOTS. HARLINGUE



## CUENTOS ESPAÑOLES



## LA DAMA DE LA ROSA

Aunque parece cuento no lo es, puesto que quien fué protagonista del suceso lo refería lleno de honda emoción, recordando la indudable realidad del hecho. Acaeció el suceso á un joven diplomático alemán que vivía en Madrid durante aquellos turbulentos días en que el conde de San Luis concitaba sobre él las iras liberales y se gestaba imponente un movimiento revolucionario que se esperaba de un momento á otro. Poco después, en efecto, salía O'Donnell de su escondite hacia Chamberí en el coche que guiaba el marqués de la Vega de Armijo; el general Dulce disponía el levantamiento en el Campo de Guardias y comenzaba la Vicalvarada. El preludio de la revolución de Julio, que había de acabar con la vuelta de Espartero y la marcha de la reina Cristina, tras unos días tremendos de anarquía y delirio popular.

Pero mientras mandaban los moderados era cuando la sociedad de Madrid se divertía á más y mejor, exhibiéndose en el Prado, llenando el hacía poco tiempo inaugurado teatro Real, y, sobre todo, viviendo de fiesta en fiesta en las más prósperas residencias de la corte.

La duquesa de Alba, hermana de la emperatriz de los franceses, era la primer elegante de Madrid y su coche aparecía en los paseos rodeado de aristocráticos jinetes. Su madre, la condesa del Montijo, daba á sus amistades el encanto de las reuniones de los domingos en su palacio de la plaza del Angel y de fiestas en su finca de Carabanchel, lugar que ella y la reina Cristina, con su posesión de Vista Alegre, habían hecho un sitio de moda, intentando arraigar el amor á

las casas de campo en las cercanías madrileñas. La propia reina madre organizaba también suntuosos regocijos en su palacio de la calle de las Rejas, que no había de tardar en perecer víctima del fuego revolucionario. Por aquellos días había animado también los salones la presencia del príncipe de Parma, un muchachote original y campechano que después ó antes de una comida saltaba sobre la mesa sin detrimento de vajilla y cristalería, pero con estupefacción de los presentes ante aquella manifestación tan poco principesca. Este príncipe Fernando Carlos III, murió asesinado poco tiempo después. Y no es, en fin, de este sitio enumerar todas las muchas y muy brillantes personalidades que eran gala de Madrid en los días interesantes y agitados del comienzo de 1854.

En esta sociedad, de una aristocracia y una distinción sin par, hallábase encantado el diplomático tudesco, bien recibido y agasajado en todas partes. Era amigo de las más espléndidas bellezas, la duquesa Angela de Medinaceli, la morena andaluza; de María Bushental, la del brioso ingenio, y de Carolina Coronado, la insigne poetisa. Osuna y Salamanca tenían para él un lugar en su mesa, en su coche y en su palco.

Una noche había bailes de máscaras en el Real. El diplomático, á quien al principio había divertido el espectáculo de la sala llena de varios, elegantes y lujosos disfraces, acabó por sentirse aburrido y acudió á refugiarse en el palco de Salamanca, donde se sentó junto á la puerta. Estaba solo, y no tardó en ver que la

puerta se abría y una máscara gentil levantaba la cortina. Era una linda figura vestida de negro. Negro era también el antifaz. Sólo sus guantes eran blancos. Blanca era también una rosa que llevaba en la mano.

Sin decirle palabra, hízole un ademán de mandato para que la acompañase. Colgose de su brazo, obedeció el caballero y juntos bajaron al salón. La máscara era muy bella, pero silenciosa. Lindas y breves eran sus manos, así como sus pies. Su figura, gracil y esbeltísima. Sus ojos, muy negros, brillaban bajo el antifaz.

Con orgullo galante harto justificado, sentíase satisfecho el caballero de llevar de su brazo á tan gentil muchacha, que había de pertenecer sin duda á una de las principales familias de la corte según la gracia aristocrática de su figura y la extraordinaria riqueza de su atavío. Mas le intrigaba el misterio de la bella desconocida, que no se había acercado á él con ninguna fórmula carnavalesca ni dirigía á nadie bromas ni frase alguna. Sólo de cuando en cuando clavaba en su acompañante la mirada de sus hermosos ojos negros.

Ninguna aventura podía complacer al caballero más que aquella, que tan poco se iba pareciendo á las que podía esperar en el baile. Picado en su curiosidad, decía de vez en cuando quien creía él que podía ser y repasando en su memoria los nombres de todas las bellezas aristocráticas de la edad y el talle de su misteriosa compañera. Pero á todos cuantos títulos citaba de duquesitas y marquesitas que acudían á su recuerdo, iba ella respondiendo que no. Y



no con la palabra, sino con un movimiento de cabeza que empezaba á desconcertar al afortunado galán.

Por fin habló la máscara:

—¿Serías capaz de venir conmigo á donde yo te lleve?

Por fin había oído la voz de la elegante incógnita y, por fortuna, dirigióse á él con tal invitación que le hacía feliz.

—¿Cómo no he de acompañarte?—contestó—Yo iré contigo donde quieras.

—¿De verdad?

—De verdad.

Salieron al vestíbulo, y la máscara arrastró á su compañero hacia la calle.

—No tenemos coche—advirtió él.

—A mí no me importa—replicó ella—. Mañana sí que tendré yo uno de los coches más bonitos de Madrid.

El caballero había salido á cuerpo porque la máscara no le había dejado llegar al guardarropa, y ella tampoco llevaba abigo alguno. Y como él la hiciese observar el frío que hacía, ella le contestó:

—Yo estoy más fría que la noche.

El caballero no quiso proseguir y conminó á la máscara, ya demasiado misteriosa, para que de una vez descubriese su nombre y calidad. Ella, sin embargo, no atendió á sus palabras y continuó arrastrándole á su lado.

Pasaron la calle del Arenal y desembocaron en la Puerta del Sol. Algunas máscaras se dirigían á otros bailes de inferior categoría y les rodeaban cantando y saltando. Ellos se abrían paso y los del corro se separaban para dejarles marchar.

—¡Que os divertais mucho!

—No lleveis tanta prisa, que para donde vais da lo mismo.

—Dejadlos, que van pensando en lo suyo.

—Vaya una pareja triste.

—No dirán que van de broma.

Y entre vayas á la pareja misteriosa y gritos y piruetas, torció la partida de máscaras alborotadoras hacia el Principal, mientras el intrigado galán y la dama negra de la rosa blanca seguían hacia donde ella sabía solamente.

Enfilaron la calle de Alcalá. A la puerta del teatro del Museo, que ocupaba el antiguo convento de las Vallecas, déjvoles otro tropel de gente que entraba al baile. Un demonio le invitaba á pasar.

—¡Eh! ¿Adónde vais por ahí abajo? Ya no son horas de ir al Prado.

Otras máscaras le hicieron callar. La distinción de la negra tapada, y el porte de su amigo, les inspiraba cierto respeto. Una beata les gritó:

—¡Andad, andad, que mejor vais á estar que nosotros!

Y se metió en el teatro.

La pareja misteriosa seguía. Al pasar por delante de las Cañavacas se oyó el toque de la campana conventual que llamaba para sus rezos á las comendadoras. Aquel tañido tenía algo de lúgubre, sonando en el ambiente de la alta noche, y el caballero sintió que el brazo de la desconocida apretaba convulsamente el suyo al oír las campanadas.

Era una de esas claras, frías y diáfanas noches del Febrero madrileño. El diplomático inquietábase cada vez más observando el camino que llevaban.

Pocas casas quedaban ya por aquel lado, aunque cierto que todas eran señoriales y cabía pensar que en alguna de ellas podía tener su

apuesto la tapada. Llegaban ya frente á la casa de los Heros y la hospedería de San Bruno. No era de sospechar que allí le condujese la dama del misterio. Luego la casa de los Alfileres, poco tiempo antes adquirida por Riera, y después la casa de Santamarca, la de Alcañices y el Prado. La cerca de Buenavista limitaba el extremo del camino que llevaban, y más allá el Pósito á un lado y la fronda del Retiro al otro. En el centro, á lo alto, la Puerta de Alcalá cerraba el cuadro, con la infinita elegancia de su traza.

Madrid se acababa. ¿A dónde irían? ¿Dónde estaba la casa de la dama, tan misteriosa como ella? ¿Tal se internarían á buscar algún palacio del barrio del Barquillo?

—¿Estamos lejos?—se atrevió por fin á interrogar él.

Y ella le contestó muy quedamente:

—No podemos estar más cerca.

Hallábanse en tal momento á la puerta de San

ba á través de un zaguán y de unas puertecillas hasta dar dentro del recinto sagrado.

La iglesia estaba colgada con paños negros, y en la parte central se alzaba un catafalco alumbrado por la tibia y vacilante luz de unos blandones.

—Esta mañana—dijo la joven misteriosa señalando al túmulo—me trajeron y me colocaron ahí. Mañana volverán otra vez y será preciso que me encuentren donde me dejaron.

Y dedicó al estupefacto galán una cumplida reverencia por su compañía, diciendo mientras se inclinaba graciosamente:

—Señor caballero...

Quitose el antifaz y dejó ver, ó más bien adivinar, un bellissimo rostro blanco, de blancura mortuoria. Los labios parecían en él como una gota de sangre que empezaba á secarse. Ella entonces le dió la rosa blanca que llevaba en la mano. Movieronse los largos paños que rodeaban el

alto catafalco; hubo un momento en que la luz muy escasa de los cirios pareció apagarse por completo, y la dama encantada, la muerta gentil, desapareció de ante la vista del caballero.

Febil y turbado, temiendo si acaso se había encontrado con una loca, apresurose el diplomático á buscar la salida de la iglesia. Anduvo al azar durante varias horas preocupado por su extraordinaria aventura, y cuando amanecía volvió sus pasos hacia el templo. Estaban tocando para la primera misa y entró.

Allí estaba el túmulo, y sobre él, sin género de duda, la inquietante y linda misteriosa que se le apareció en el palco de Salamanca. Con la claridad del día pudo reconocerla perfectamente. Era una linda condesita con la que él había bailado algunas veces en distintas casas. Estaba ciertamente muerta, y á su cabecera había una corona de rosas blancas. El caballero comparó con ellas la que llevaba en la mano y vió que eran iguales.

Preguntó al sacristán, quien le corroboró que era la tal damita la difunta.

—Y vea usted, señor —le dijo—, la llevan á enterrar con el mismo traje que se había hecho para ir á un baile, y no lo llegó á estrenar.

Siempre con la rosa blanca en la mano, salió del templo el diplomático, preso de una altísima fiebre. Tomó un coche, y en cuanto llegó á su casa, hizo avisar á un médico. Tres días de alarmante gravedad pasó el caballero, y cuando el doctor le encontró más sereno, refirióle el asunto. Precisamente aquel médico era el mismo que había asistido á la condesita en su postrer enfermedad, y cuya muerte había llegado por salir contra su consejo unos días antes á un baile, fiesta de la que era apasionadísima. Baile en el que por cierto la última persona con quien había bailado era con el joven extranjero á quien se apareció luego en el Real.

El médico, hombre que no quería aceptar nada fuera de la realidad sensible, esforzábale para dar una explicación al extraño caso de la muerta que se fué á las máscaras. Habló de mixtificaciones, refirió cómo la condesita tenía una hermana muy parecida á ella, que estaba loca, y pudo haberse escapado de su casa la noche aquella con un traje como el de su hermana para urdir aquella macabra escena.

Sin embargo, ¿por qué no había de ser la muerta misma? ¿Qué sabemos nosotros del reino ignorado del misterio? Nada hay quizá más cierto que lo que no se ve. Nada más verdadero que lo que no se sabe.

DIBUJOS DE VARELA DE SELAS PEDRO DE RÉPIDE



CAMARERA

=Varela de Selas=

José, y allí la dama negra de la rosa blanca se detuvo en firme.

—¿Vienes?—le preguntó, señalando á la iglesia.

El se estremeció ante aquel punto de lo que juzgaba extravagancia insigne, y la reconvino por su inoportunidad. A la luz de la luna se marcaba extrañamente, sobre la piedra de la fachada, la silueta de la negra tapada, y su vestido suntuoso cubierto de riquísimos encajes y de azabaches que brillaban con un raro fulgor de puntos fosforescentes.

Pero el caballero, aunque dominado por la confusión, no podía aparentar temores indignos de él. Por otra vez, la dama dijo:

—¿Vienes?

Y el hombre respondió:

—Vamos. Pero me parece muy raro querer entrar ahora en la iglesia.

La puerta principal estaba cerrada. Bajaron la gradería con cierto contento por parte del caballero; pero ella, asiéndose nuevamente de su brazo y dispuesta á guiarle, hízole torcer la esquina de la calle de las Torres y llegar á la puerta que á ella tienen las dependencias del templo.

Empujaron. El postigo estaba entornado. Cruzaron el patinillo y la turbación del caballero aumentaba viendo cómo la dama negra le guía-



# EL DEPORTE ALPINISTA

La afición á realizar excursiones por las montañas es muy antigua, y sería difícil precisar cuándo y dónde comenzó á manifestarse; pero el alpinismo, nombre con que actualmente se denomina esa afición, por ser la amplia cordillera de los Alpes el lugar preferido por los numerosos partidarios de este deporte, data de época relativamente reciente. En el año 1741 dos turistas ingleses hicieron una amplia y minuciosa exploración por el pintoresco valle de Chamonix, hasta entonces poco conocido, y se asegura que la primera ascensión á la cumbre del famoso Mont Blanc fué hecha en 1786 por el guía Santiago Balmat. De estas excursiones por las montañas inexploradas, y de las que anteriormente realizaron otros deportistas, derivase el desarrollo de la afición, que fué extendiéndose por efecto de la propaganda hecha por los que, siguiendo las huellas de los primeros exploradores, llegaron por primera vez á las más elevadas cumbres de otras grandes montañas. Merecen citarse entre estos denodados alpinistas Fitz Gerald, que subió al pico del Aconcagua, el más alto de los Andes, cuya elevación es de 7.130 metros; M. E. Whimper, que subió al Chimborazo, que alcanza una altura de 6.350; al duque de los Abruzos, que escaló la cresta del Ruvenzori, distante del llano 5 044 metros; el doctor Workman, que, en compañía de su esposa, subió al Himalaya, llegando á 6.324 metros, y muchos más cuya enumeración se haría interminable.

El entusiasmo que despertaron estas arriesgadas excursiones dieron motivo á la creación de las primeras sociedades de alpinistas que generalizaron rápidamente la afición, haciendo de ella uno de los deportes preferidos por cuantos gustan de la contemplación de la naturaleza en sus más bellos y grandiosos aspectos. Como este gusto cuenta con numerosos partidarios, y de él participa el bello sexo en proporción no escasa, el número de las agrupaciones fué aumentando de día en día, y hoy existen tantas en Europa que no sería fácil tarea enumerarlas.

En España, donde los deportes al aire libre no han contado con entusiastas partidarios hasta hace poco tiempo, existen también actualmente varias sociedades de excursionistas que, si no acuden á los Alpes para satisfacer su deseo de subir á las cumbres por impedirselo la distancia, conságranse á la práctica de ese sano ejercicio en las arriesgadas cordilleras que se elevan del suelo patrio y desde cuyos picos, donde también la nieve nos brinda su belleza y sus encantos, contéplanse panoramas tan es-



Una peligrosa ascensión al pico real de las montañas de Engelhorn, cerca de Meringen

pléndidos y sugestivos que nada tienen que envidiar á los más pintorescos y famosos de la propia Suiza.

Ha sido creencia general en España, hasta que los hechos han demostrado lo contrario, que el alpinismo constituía un deporte fatigoso y no exento de riesgos, poco recomendable para la salud y de muy escasos atractivos.

Con relación á lo primero, bien elocuentemente ha demostrado la experiencia que, practicado con moderación, y siempre que á las grandes ascensiones preceda una preparación prudente y un gradual entrenamiento, no solamente fortalece el cuerpo, sino que contribuye eficazmente al desarrollo físico é intelectual de los que lo practican. En cuanto á las satisfacciones de índole moral que proporciona, basta decir para formar idea de ellas que el espectáculo que se ofrece á los ojos desde las cumbres de las grandes montañas no puede ser más grandioso ni sorprendente ni menos semejante á cuantos pueden contéplarse desde limitadas alturas aun en los lugares más pintorescos, pues apenas se traspasa la zona de la

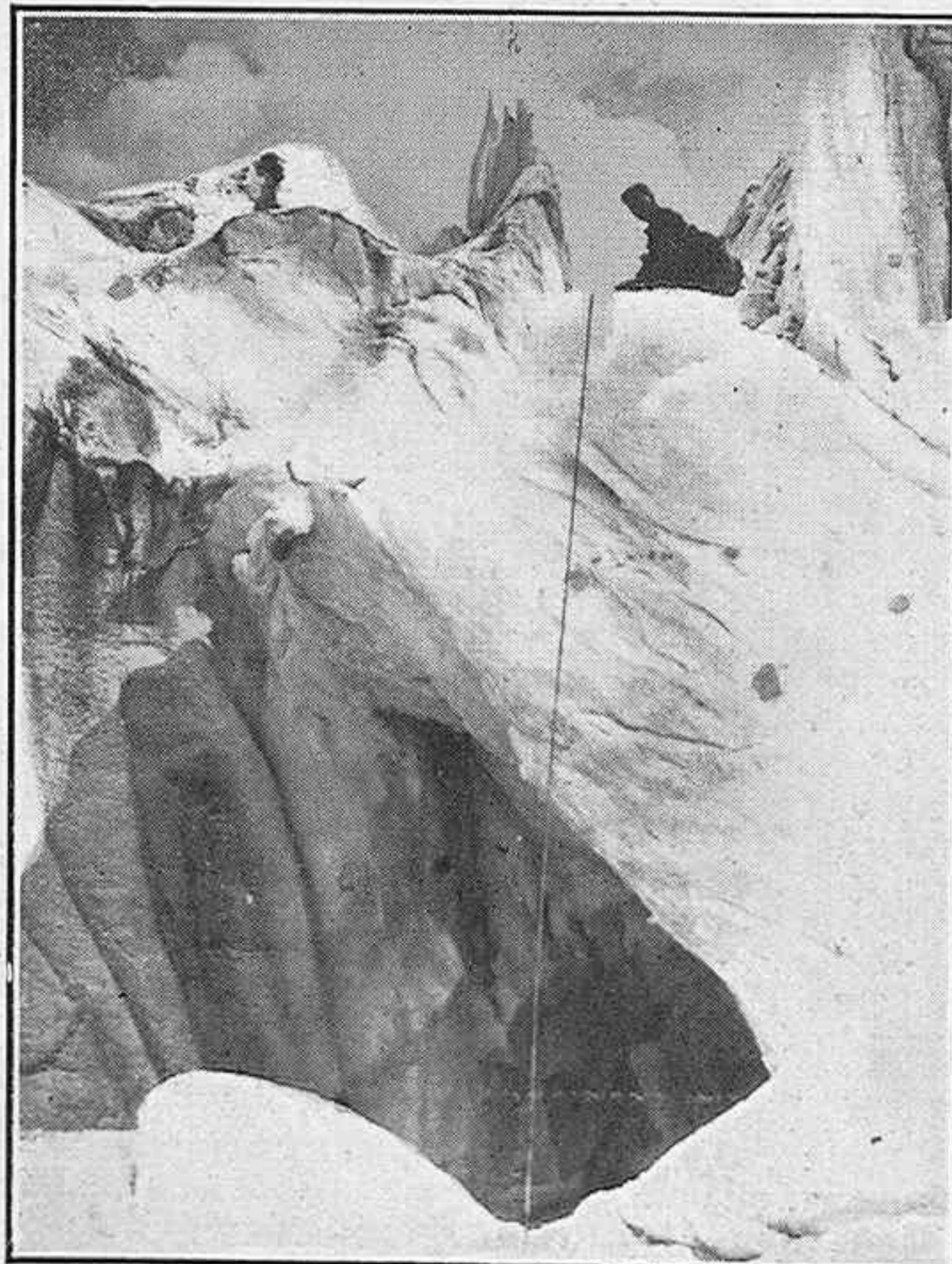
vegetación penétrase en un reino desconocido en el que la roca y el hielo, imperando exclusivamente, forman los más rudos contrastes y ofrecen los más asombrosos aspectos. Del maravilloso espectáculo, que únicamente puede gozarse en las altas cumbres alpinas, no es fácil dar idea, pues supera en agreste belleza á cuanto puede concebir la imaginación más exaltada.

Aquellas inmensas rocas que describen los más caprichosos dibujos, que se elevan formando picos gigantescos entre simas profundas, y en las que la nieve forma espesas capas y aglomeraciones incomprensibles, no ofrecen en su grandioso conjunto la menor semejanza con el paisaje campesino por abrupto, feraz y hermoso que sea.

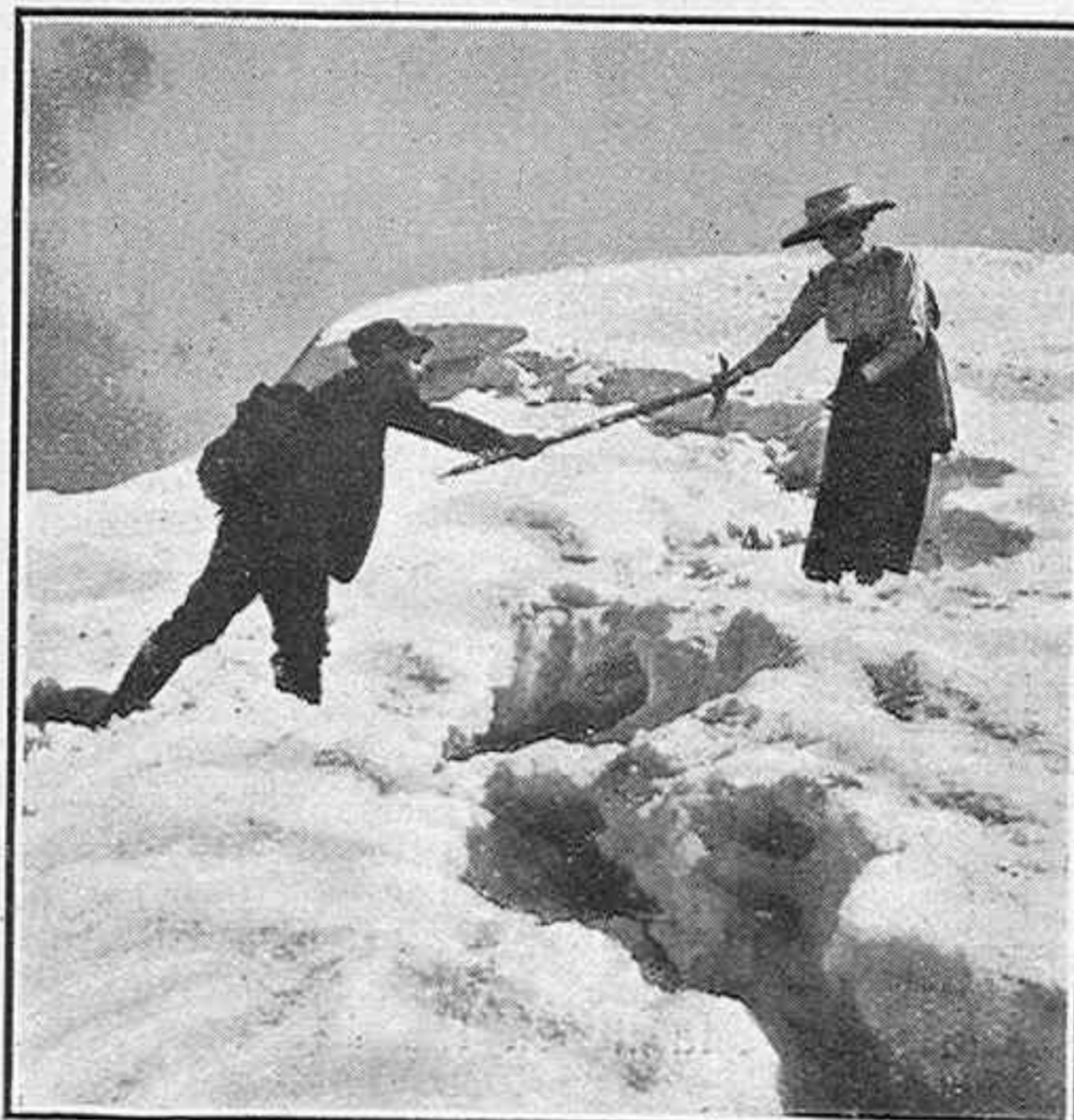
Esta afición á escalar los más arriesgados montes ha ocasionado muchas víctimas, porque la ascensión á esas cordilleras, desde cuya altura se pueden contemplar los más espléndidos panoramas, ofrece serios peligros que los alpinistas afrontan intrépidamente, sugestionados por los encantos que á cada instante va ofreciéndoles el ascenso. Contra esos accidentes, que en muchas ocasiones han tenido funestas consecuencias, hanse ideado distintos medios defensivos. Se considera el más eficaz, aparte de la indumentaria y de los instrumentos auxiliares de que la prudencia aconseja proveerse para estas peligrosas ascensiones, constituir grupos de seis personas que á lo largo de una gruesa maroma átanse distanciadas cinco ó seis metros una de otra. De este modo, cuando uno de los alpinistas resbala ó cae, los demás pueden evitar que se desplome; pero ha ocurrido algunas veces que, lejos de impedir la catástrofe de este modo, se aumentó en proporciones, porque el que cayó violentamente arrastró consigo á los demás y todos perdieron la vida en el abismo.

La situación anormal creada por la contienda europea ha restado considerables adeptos al alpinismo. Todo el elemento europeo que acudía á los Alpes, y muy especialmente á Suiza, para consagrarse á tan sugestivo deporte, ingleses, franceses y alemanes en su mayoría, reclamados por la defensa de la patria, emplean sus actividades en este sagrado deber, y los elevados montes alpinos encuéntranse casi desiertos en su majestuosa grandeza, como en aquellos lejanos días en que eran muy contados los turistas intrépidos que se arriesgaban á escalar sus cumbres.

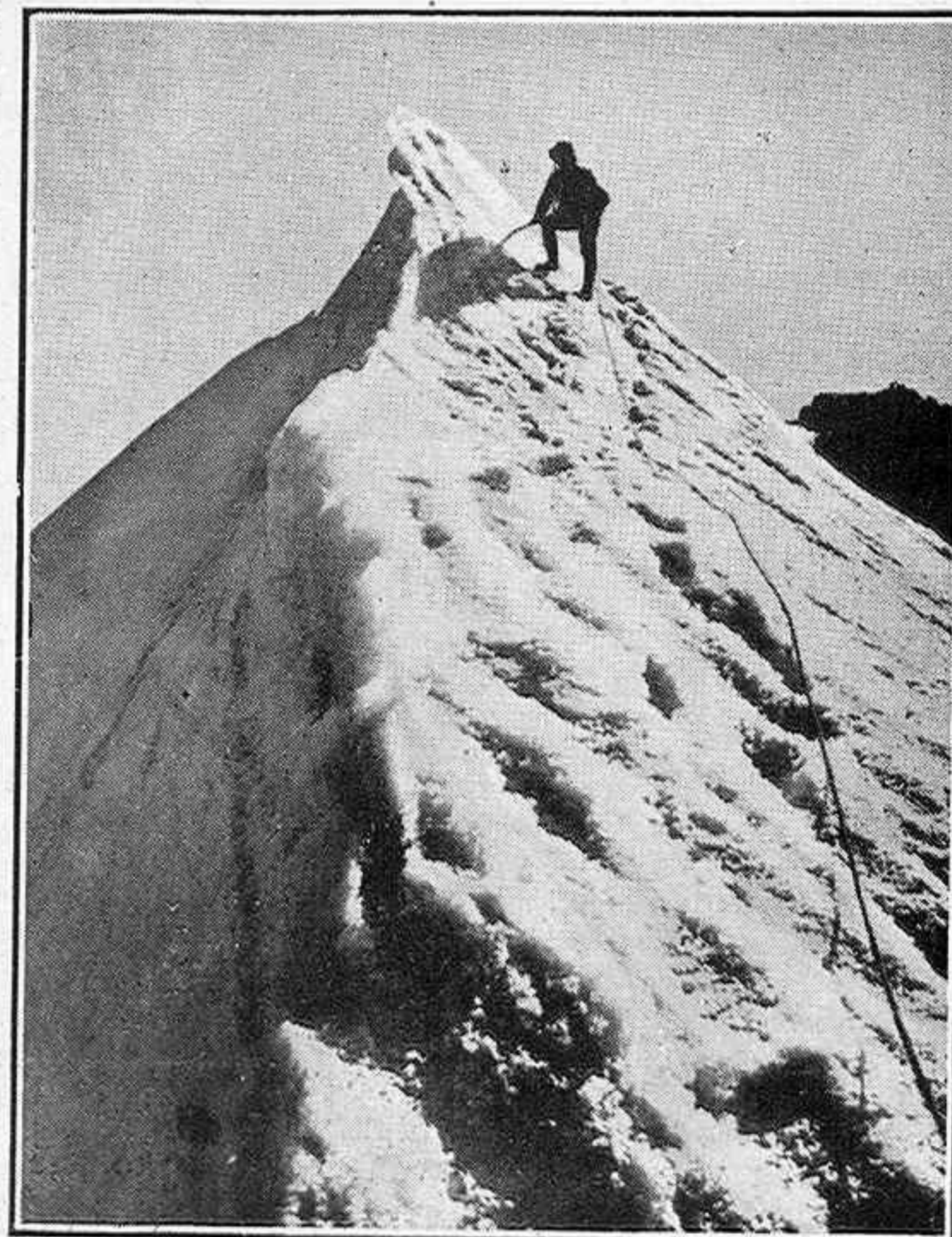
IUAN BALAGUER



Una bella perspectiva en la región de las nieves perpetuas



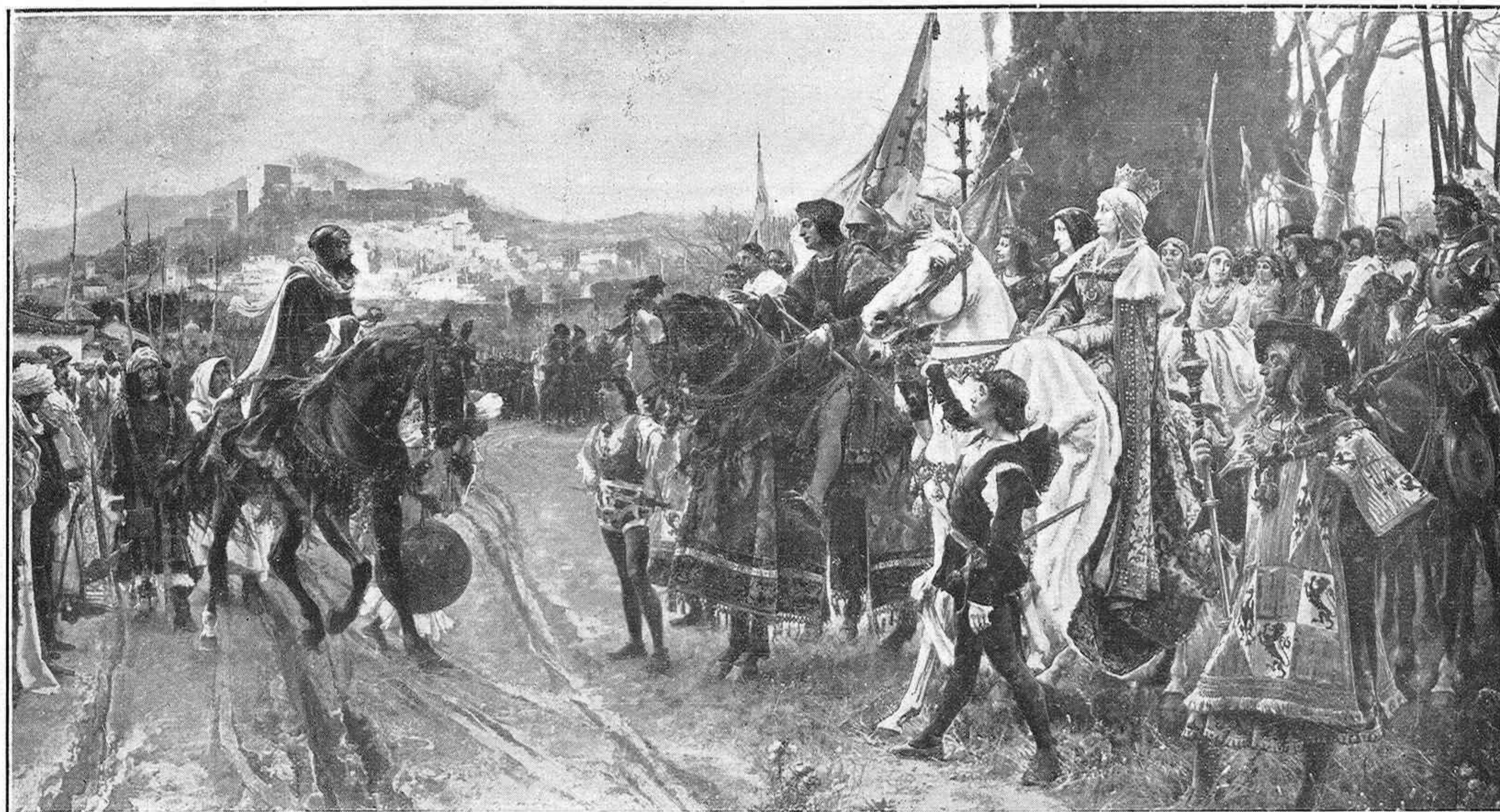
Alpinistas en un paso difícil de la montaña de Corwatsch



En la cima del monte Bellavista, en Bernina  
FOTS. TRAMPUS



MOMENTOS HISTÓRICOS  
LA RENDICIÓN DE GRANADA



El hermoso cuadro de Pradilla "La rendición de Granada"

«En la ciudad de Granada grandes alaridos dan: unos llaman á Mahoma y otros á la Trinidad. Por un cabo entran las armas de otro sale el Alcorán...»  
*Romance viejo.*

AQUEL notable poderío de la media luna, que durante tantos siglos fué plaga y quita sosiegos de los monarcas de Castilla, en el albor de año de 1492 hubo de encontrar su crepúsculo, y ya jamás de allí adelante tornó á lucir con el empuje y esplendor que solía.

No hubo otro medio ante el tesón y bravura de las católicas huestes, que arrancar de las torres de la Alhambra la enseña de Mahoma para que en su lugar triunfase la del Crucificado.

ooo

Las altas cumbres de Sierra Nevada, que plateó la nieve, tornábanse de oro intenso el 2 de Enero de 1492, y ya los fertilísimos y rientes campos de la incomparable vega granadina, veíanse cuajados por lo más florido de las gentes de Castilla en el orden militar y alcorniada. Todos iban vestidos de punta en blanco y según la diversidad y armonía de colores, no parecían sino gotas de agua enjocadas por los nacientes rayos de Febo, padre de la luz.

Ni un sólo peón faltaba á la gran parada en las huestes de Isabel y Fernando, que pesaba pena de muerte sobre el que faltara á filas.

Los mismos reyes vestían de gran ceremonia pues dejaron el luto que llevaban por la inesperada y sentida muerte de su yerno el infante Don Alfonso de Portugal, marido de la infanta Isabel, el cual acabó de mal fin á causa de caerse de un caballo.

De pronto el eco de tres cañonazos difunden por toda la vega y muere allá en los picos de las altas cresterías.

Es la señal concertada para que el ejército vencedor parta de los reales de la novísima ciudad de Santa Fe, á tomar por suya la magnífica perla del Islam que dicen Granada...

Delante de todos marcha el gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza asistido por D. Gutiérrez de Cárdenas, comendador mayor del reino de León, y otros preladados, caballeros é hidalgos con 3.000 infantes y algunos escuadrones de caballería.

La numerosa hueste cruza el Genil, y con arre-

glo al ceremonial que de antemano hubo de acordarse sube por la cuesta que llaman de los Molinos hacia la explanada de Abahul, al tiempo que el vencido Boabdil sale á pie por la puerta de los Siete Suelos, seguido por 50 nobles de su casa y servidumbre y va á rendir pleitesía al sacerdote cristiano.

No permitió éste la humillación, que fuele al encuentro, y apeándose del caballo saludóle con mucho respeto y después de conversar con él por breve espacio diz que le dijo desta suerte:

«Id, hermano en buen hora y el Dios único sea servido de daros resignación y fortaleza en vuestro infortunio.»

A lo que parece que respondió el Príncipe musulmán, con muy triste y dolorido acento:

«Id vos también en buen hora, señor, y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes vuestros amos, á quienes Alá, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.»

Y dicho esto montó á caballo y con mucha melancolía, despidióse de Su Eminencia.

ooo

A la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita (que de aquí adelante fué consagrada al culto de San Sebastián), esperaba el Rey vencedor con toda su comitiva al Rey domeñado.

Antes de que éste pudiera apearse del caballo para le hacer pleitesía y vasallaje, apresurose D. Fernando á evitarlo, que no es de bien nacidos quitar la humillación de aquel á quien la veleidosa fortuna torna el envés.

Entonces Boabdil, con la pena en el alma y las lágrimas en los ojos acercóse y presentóle las llaves de la ciudad.

En balbuciente voz plañía así más que hablaba:

«Rey poderoso y ensalzado, tuyos somos. Estas son, señor, las llaves deste paraíso; esta ciudad y reino te entregamos pues así Alá lo quiere y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia.»

Abrazóle el monarca cristiano y dióle consuelo con decirle que ganaría en su amistad lo que le había quitado la adversa suerte de las armas.

En esto el Rey Chico quitóse un valiosísimo anillo y ofreciéndoselo como presente al Conde de Tendilla le dijo:

«Con este sello se ha gobernado Granada. Tómale para que la gobiernes de nuevo y Alá quiera darte más ventura que á mí.» Y tras desto despidióse el infortunado príncipe.

En las inmediaciones de Armilla dió la triste comitiva con la Reina Católica, quien luego de recibir á Boabdil con toda benevolencia y exquisito afecto, volvióle un hijo que guardaba como paje y tenía en rehenes desde Octubre...

ooo

Desde una pequeña altura esperaba Isabel anhelante el ansiado momento de que la enseña cristiana triunfara en las torres de la Alhambra, y cada minuto que el fausto suceso se retardaba era para ella un siglo de impaciencia y de congoja.

Al cabo recreó la luz de sus ojos un grato resplandor más intenso para ella que los más candentes rayos solares. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando traía siempre delante de sí, incada en la torre que hoy dicen de la Vela. En seguida tremolaron juntos el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago. Los reyes de armas gritaron:

«Granada, Granada por D. Fernando y Doña Isabel.»

La alegría y el entusiasmo difundieronse por todo el ejército cristiano y toda la vega era un inmenso vocerío.

La Reina postróse de rodillas mirando á la cruz, y al loco entusiasmo sucedió en un sólo instante sepulcral silencio; el clero entonó el *Te Deum laudamos*.

Alzáronse los reyes y dieron á besar las manos á los nobles y capitanes que ayudáronles en tan alta empresa y luego subieron á posesionarse de la Alhambra donde ya esperaban el Cardenal Mendoza, el Comendador Cárdenas y el alcaide Aben Comixa.

Pasó Fernando las llaves de la ciudad á manos de la soberana, quien entrególas al príncipe D. Juan que á su vez diólas al Cardenal y éste al gobernador Conde de Tendilla... Y toda la corte y las huestes cristianas entraron en la maravillosa dama del Darro, sino fueron los reyes, que no lo hicieron hasta el día 6 en que la Iglesia celebra la fiesta de la Epifanía.

DIEGO SAN JOSÉ





Dramático incidente durante uno de los últimos combates en Flandes. Muerto el conductor de un coche de ambulancia, lleno de heridos, y desbocados los caballos, fueron á parar á una trinchera británica, en plena batalla

Dibujo de U. Matania





"Mi tesoro", cuadro de Magni

## LITERATURA INFANTIL

EL recuerdo tiene sus obligaciones á plazo fijo. En los pasados días, cuando el mundo cristiano celebró una fiesta de fraternidad mientras los hombres se acometían como fieras hambrientas, todos tuvimos un instante sentimental y pensamos en los niños. Los pobres niños abandonados, los que no nacieron en doradas cunas ni sobre finas holandas, fueron objeto de nuestra piedad. Para muchos llegaron también los Reyes Magos en su largo viaje sobre el suelo nevado, bajo un cielo intensamente azul, tachonado de estrellas. Y tuvieron juguetes...

Mejor fuera que todos los días acercásemos nuestro corazón á los niños, sin reparar en su condición, llevándoles con el pan para el cuerpo un poco de alimento espiritual. Así haríamos una obra de redención y acaso borraríamos de muchas frentes un pensamiento rencoroso y en muchos labios que pronuncian balbucientes una maldición, un anatema, brotarían palabras de cariño y de fraternidad. Cristo dijo: *Dejad que los niños se acerquen á mí*. Pero, ¡ya, ya! Los hombres, egoístas, pasamos junto á ellos con un gesto de indiferencia ó les miramos con cara de pocos amigos. Y, es claro, los niños no se acercan.

La infancia es feliz en la cuna ó en el regazo de las madres. Entonces las frentes infantiles tienen el misterio de lo ignoto y las miradas reflejan sensaciones desconocidas. Es lo más bello de la vida, lo que inspiró á Murillo y á Rubens las sagradas pinturas de la maternidad.

Después, la calle, la escuela y el taller brindan

á los niños frío, abandono, castigo y algunas veces crueldad.

Nada sustituye á las madres, á sus cuidados, á sus caricias, al suave encanto de sus manos, de sus ojos y de su boca. Nosotros, los hombres, que aspiramos á dirigirlo todo, no reparamos en los niños, como no reparamos en los pájaros, ni en las flores. ¡Es una cosa tan cursi!

En cambio, ponemos la atención y perdemos el tiempo cuidando de un perro ó de un caballo.

Por no tener, ni tenemos una literatura infantil. Nos hemos quedado en Andersen y en Perrault y no salimos de las aventuras de Caperucita.

Es decir, como salir si hemos hecho alguna salida y por eso han podido ser populares cuentos de una estúpida ingenuidad. Ahí están, para demostrarlo, *El pastor de las siete liebres*, *La rana sabia* y otras cosas absurdas que ni enseñan, ni distraen, ni deleitan.

Menos mal, cuando los cuentos diminutos hablan de la leyenda de Blanca Nieves, de la princesa de los cabellos de oro, de las riquezas de los gnomos y de la bondad de las hadas del bosque.

Entonces, las imaginaciones infantiles, avivadas con la lectura sueñan con un mundo de maravilla, que es el mejor de todos los mundos. Lo peor es que se escriben para los niños cuentos de brujas, trasgos, endemoniados y almas en pena, entes y cosas que les pone miedo en el ánimo, les eriza el cabello y les hace llorar á obscuras y meter la cabeza bajo las sábanas.

Por eso merecen protección los libros y revistas infantiles, que distraen con leyendas encantadoras y problemas ingenuos que vayan dejando lentamente en el corazón de los niños un poco de sabiduría y un poco de bondad.

Pasando sobre los viajes de Gulliver, uno de los eternos amigos de la infancia, el maestro Galdós compuso hace algunos años un libro para los niños, con escenas y sucesos de la primera serie de los *Episodios Nacionales*. Nos parece que D. Benito perdió el tiempo, porque á la evocación de nuestra epopeya nacional, á las aventuras de Inés y al ejemplo de constancia y de patriotismo de Gabriel Araceli, les ha ganado por la mano el brujo que metía en el saco á las tres hermanas. Benavente inició un teatro infantil con *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*.

Pues también perdió el tiempo, porque las idealidades del Príncipe Azul y las sutilezas de Tonino, el bufón, fueron vencidas por las simplezas del soldado que estuvo siete años sin cortarse las uñas y se cubría la roña con una piel de oso.

¡No hemos de pasar indiferentes ante los niños abandonados! Si no sabemos guiar sus inteligencias y modelar sus almas, menos hemos de abrirles nuestro corazón. Con acordarnos de ellos en Navidad, á plazo fijo, nos damos por contentos.

Si los niños ya pensarán cuando están en la cuna ó en el regazo de las madres, llorarían con la idea de tener que abandonarlos algún día...

José MONTERO



# LO QUE VIÓ LA REINA DE FRANCIA

Fué en aquella época docta y galante, enciclopedista y supersticiosa en el último tercio del siglo XVIII, cuando llegó a París el médico austriaco Antonio Mesmer.

A pesar de los fuertes y luminosos sarcasmos de Voltaire contra las prácticas supersticiosas, el pueblo amaba lo maravilloso, creía en vuelos de brujas sabáticas, en la ciencia misteriosa de los saludadores y en el poder de mal de ojo de los hechiceros. La Academia francesa era racionalista y atea, y mientras preparaba la formidable revolución ideológica, la muchedumbre acudía a la tumba del Diácono de París, muerto en olor de santidad, tomaba tierra de la fosa, la mezclaba con vino y se la bebía, hebedizo que tenía el poder de arrojar a los demonios del cuerpo.

A pesar del helenismo de país de abanico que triunfaba en los jardines de Versalles, todo el pueblo vivía espiritualmente en plena taumaturgia. Los clérigos no daban paz al hisopo y al exorcismo. Los embrujamientos de Carlos II de España habían pasado los Pirineos. Se encendían hogueras para las sortilegas, porque el Parlamento de París también gustaba de los torreznos de brujá, como nuestra Santa Inquisición.

En este estado de cosas llegó Antonio Mesmer a París con su nueva teoría del magnetismo animal. En realidad, Mesmer no aportaba nada nuevo. Agustín Paracelso, en el siglo XV, opinaba también que la fuerza de la vida proviene de los astros, y que existe una corriente fluidica entre las estrellas y los hombres. Creía en la eficacia de los talismanes y de los ungüentos magnéticos. Como se ve, esta teoría de relaciones interplanetarias no es más que una consecuencia de la astrología inventada por los caldeos, mística corriente que duró toda la edad media y hasta fines del siglo XVII en que algunos príncipes tenían astrólogos de cámara para que descifrasen su horóscopo y las influencias que tenían que temer de los cuartos de la Luna y del anillo de Saturno.

Mesmer fué un nuevo apóstol del fluido magnético que enlaza a los hombres con los astros. El se creía dotado de ese fluido imponderable y por su influjo curaba todas las enfermedades. Muy pronto consiguió hacer una gran fortuna. Todas las damas que componían pastorelas galantes en el Triángulo acudieron a la cubeta de Mesmer. Abates madrigalistas y caballeros almidonados de peluquín y de casaca se sintieron enfermos y fueron a la casa del médico brujo, a pesar de los informes contrarios a las prácticas magnéticas firmados por la Academia de Ciencias y por la Facultad de Medicina, que aseguraban que Mesmer era un loco o un embaucador.

ooo

Al atardecer de un día de Otoño una dorada carroza se detuvo a la puerta del médico misterioso. Una bellísima damita, seguida de otra dama y de un caballero se apearon de la carroza. Era la Venus austriaca, la reina María Antonieta de Francia.

En un gran salón esperaba la flor de la femina nobleza. La casa de Mesmer era otra fiesta en aquella época de fiestas, un entretenimiento exquisitamente misterioso y escalofriante. El calorío de lo supersticioso era una voluptuosidad para las gentiles figulinas de cabellera empolvada. Se entregaban al misterio como a un amante inefable que sabía hacer vibrar las cuerdas de su histerismo elegante y decadente.

La imprevista llegada de la reina dió una gran solemnidad a aquella tarde taumatúrgica. Hubo un amable crugir de sedas como en un ceremonioso paso de pavana; las risas desgranaron sus escalas de oro como en los simulacros mitológicos de los jardines versallescós. Una fugaz risa pagana volaba en aquella litúrgica capilla de la Magia donde todo era tenebrosamente teatral.

Mesmer besó la punta de los dedos de la divina y trágica reina de Francia.

María Antonieta presentó a Mesmer a sus acompañantes.

—La duquesa de Grammont. El señor conde Cagliostro—y agregó hablando con el caballero pálido y moreno con los ojos como dos llamas

de aucinación—. Vos seréis siempre Cagliostro, aunque en esta encarnación no lleveis este nombre. Vuestro antiguo nombre va muy bien en estos momentos—agregó con una sonrisa que en vano quería ser volteriana.

Mesmer contempló al mago Cagliostro, que se acordaba de tantas existencias anteriores. Sin embargo, no le causó asombro aquel extraño personaje, porque en aquel tiempo era de mal tono asombrarse de nada.

María Antonieta mostraba impaciencia por conocer el misterio de la cubeta de Mesmer. Se hizo un hondo silencio en el que todos sintieron una vaga inquietud; zumbaba el viento en las vidrieras como el aletazo de un pájaro de agorera.

Antonio Mesmer se sentó al clavicordio, porque la música atrae a los buenos espíritus del



MARIA ANTONIETA  
(De una estampa antigua)

espacio. Las resonancias hondas y litúrgicas esparcían una solemnidad religiosa en el ambiente. La cubeta estaba colocada en el centro del salón. Era una cubeta de madera negra, de gran tamaño. En el interior, a manera de radios convergentes, había muchas botellas de agua magnetizada por Mesmer en varias filas unas sobre otras. La cubeta estaba llena de agua de color glauco, preparada con unas limaduras de hierro, vidrio machacado, escorias de hulla y arena.

De la cubeta partían muchas varillas de metal, a cuyo remate había una cuerda que rodeaba la cubeta. Sobre la maroma extendían las manos los enfermos y los practicantes del ocultismo, poniendo en contacto los pulgares con las piernas y los pies unidos, formando la cadena magnética.

Al cabo de unos minutos Mesmer encargó a otro músico—un viejo organista de convento—que continuara el concierto, y él se acercó al grupo de los enfermos con una varita mágica en la mano. Era una varita imantada, de vidrio, que es el mejor conductor del fluido.

Apenas el médico brujo tocó la cubeta con la varita mágica, comenzaron las convulsiones. Cuatro madamas cayeron en una encantadora crisis, con los ojos en éxtasis, desgranando la locura de su risa perlada.

Cuando las contorsiones y los espasmos se acentuaban, y los lazos y las sedas caían, dejando ver zonas de deliciosa carnación, Mesmer atraía a las poseídas hacia el *Infierno de las convulsiones* por la virtud de sus pases magnéticos. Era este *Infierno* un gabinete guateado de raso negro para amortiguar el choque de los cuerpos convulsionados por los retorcimientos histéricos.

En aquel cuarto sólo penetraba Mesmer, que seguía las crisis con toques de la varita y envolviendo a las enfermas con el fluido de sus ojos de fascinación. Las señoras llamaban a aquel lugar, no se sabe por qué íntimos y misteriosos motivos, *La delicia de las damas*.

Cuando al cabo de un rato volvió Mesmer del delicioso *Infierno de las convulsiones*, había una gran excitación entre los que circundaban la misteriosa cubeta.

María Antonieta estaba pálida como los mármoles paganos de sus jardines reales. Exhalaba sollozos entrecortados y tenía los ojos espantados y fijos en el agua glauca que llenaba la cubeta. Sus manos engarfiadas se tendían hacia adelante.

—¿Qué veis, señora?—preguntó Mesmer triamente.

La reina respondió con una voz de suspiro que parecía un eco muy lejano:

—¡Del agua turbia surgen muchas caras que me amenazan! ¡Son mendigos, ladrones, y llevan picas en las manos! ¡Ahora los veo mejor! ¡Hay muchos, muchos; está llena la calle de gentes patibularias que se dirigen a Versalles!

—¡Seguid, Majestad!

—¡Una plaza muy grande! ¡El cielo está gris y torvo! ¡En una carreta van muchas mujeres casi desnudas con las manos atadas a la espalda! ¡Qué horror, Dios mío! ¿Qué hacen con la duquesa de Grammont? ¡Va llorando en esa trágica carreta!

La duquesa de Grammont era una dama racionalista y volteriana que no creía en alucinaciones.

—¿Decís, señora, que me llevan en una carreta? ¿Y con el pelo suelto? Rogad a esos sayones que me permitan aguardar a mi peluquero para que me empolve la cabellera.

La amable fanfarronería cayó en un silencio glacial.

—¡Vuestro peluquero será esta vez el verdugo, duquesa de Grammont!—sollozó María Antonieta.

Sobre el rostro pálido de la reina el mago Cagliostro clavaba sus pupilas de fascinación.

—¡La duquesa de Montmorency! ¡El señor Condorcet está muerto en una calle solitaria! Una muchedumbre feroz se apiña en la plaza. ¡Caen cabezas ensangrentadas, muchas cabezas espantables, con los ojos abiertos, que pronuncian palabras enigmáticas al caer en el lúgubre castillo! La muchedumbre, ebria de sangre, corre a las Tullerías... ¡Cuántos rostros conocidos: la flor de la nobleza francesa; todos los que ayer estaban en los salones de baile!

Estaba rígida y helada; parecía una Venus de mármol la rubia Venus austriaca. Súbitamente lanzó un alarido.

—¡El rey! También el rey! ¡Su cabeza rueda rebotando sobre el tablado! ¿Qué es esto? ¡Me veo yo misma! ¡Parece que voy flotando en un mar de sangre! ¡Veo mi garganta con una línea roja como una cinta de carmín! ¡Jesús! ¡Jesús! Y la reina de Francia cayó en una espantosa convulsión epiléptica.

—¿Qué habrá visto la señora?—exclamó la de Grammont. ¿De qué cinta roja hablaba?

Cagliostro sonreía enigmático.

—Ya lo habeis oído. Una preciosa corbata color de sangre que se ceñía a su cuello de diosa. La cubeta de Mesmer ha sido galante con la reina de Francia.

Aquel misterioso Cagliostro que se acordaba de las vidas anteriores y que sabía leer el futuro, quizás vió que la cinta roja que adornaba la garganta de la reina, era la corbata trágica y sangrienta de Maese Guillotin.

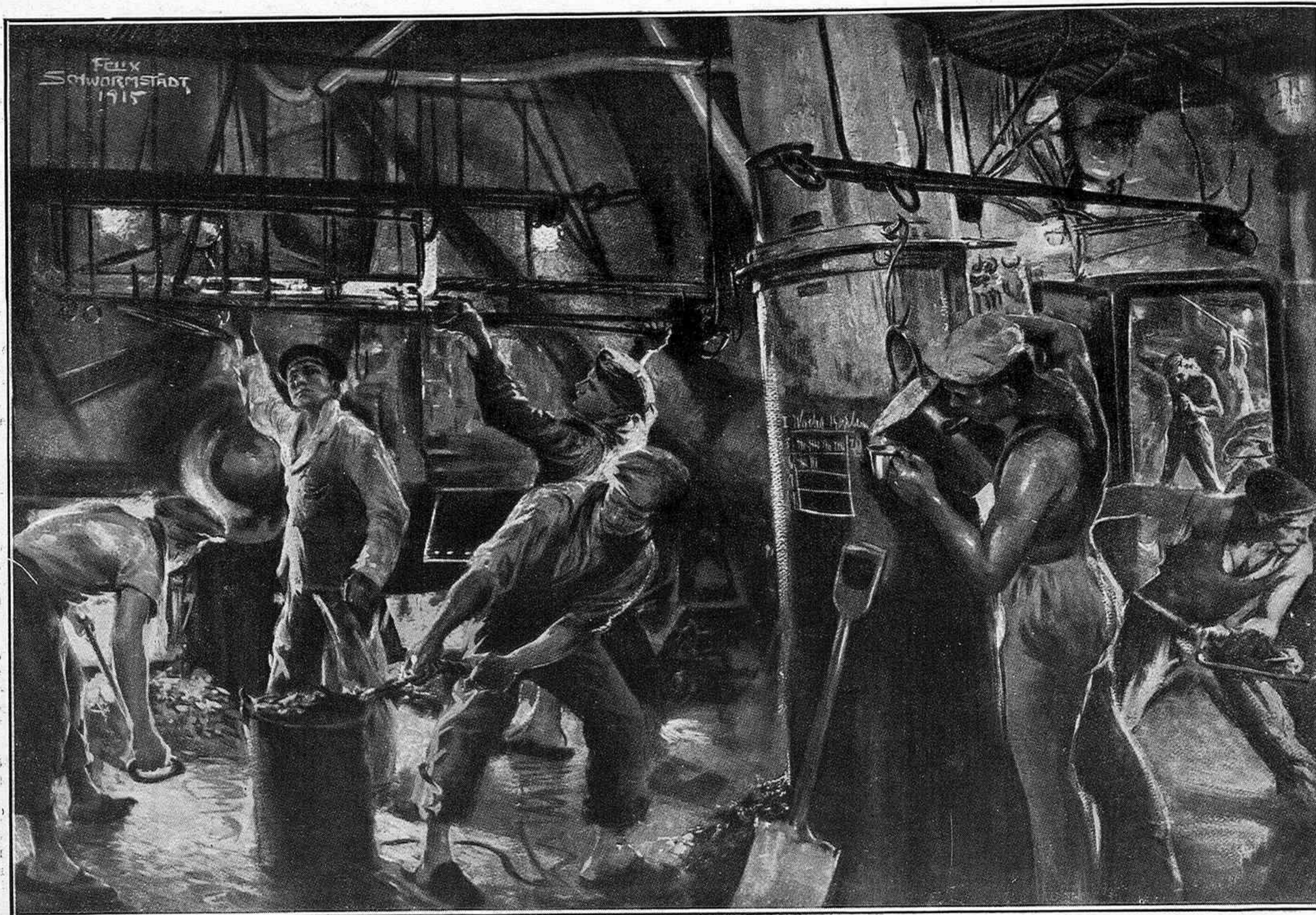
Era una galantería retórica del gusto de la época.

EMILIO CARRÉRE



## LOS GIGANTES DEL MAR

# LA ESCUADRA ALEMANA EN LA GUERRA



Departamento de calderas de un acorazado alemán, que va marchando á toda máquina DIBUJO DE F. SCHWORMSTADT

PRECISAN los pueblos guardar incólumes sus barcos de guerra, para que pesen como fuerza remanente en el momento, aún lejano, de la liquidación de la contienda. Cuando los ejércitos terrestres queden maltrechos y exhaustos de hombres; cuando en vencedores y vencidos, la dura inclemencia de los diversos agentes atmosféricos y el recio batallar continuado, resten brillo á los mortíferos aceros y deslustren arneses y pavones, en las ensenadas marciales y en las protegidas radas, aparecerá vibrante y retadora la potencia guerrera de esos enormes cetáceos de gruesa caparazón de acero, verdaderas fortificaciones ambulantes, reductos postreros de las naciones en lucha.

Esperaban desde los comienzos de la pelea los estrategas improvisados choques bélicos en los océanos, batallas navales en que se hundiesen en los abismos innúmeros acorazados y cruceros, luchas en plena mar como en Lepanto y Trafalgar, y sin embargo sus vaticinios demolidores, su sed de aventuras emocionantes quedó reducida á escaramuzas entre escuadrillas débiles que se alejaron de su base naval de operaciones, á encuentros parciales, á choques con traidoras minas ó á ligeros raids ofensivos ó protectores.

Las escuadras guardan su actividad y su celo, reservan su poderío indomable y sólo se aventuran á la liza los submarinos fantasmas que avizoran el cebo enemigo para hacerle sentir el dominio de su fuerza disolvente.

Desde que Germania con tenacidad férrea aprobó en 1900 su gran ley naval de automático efecto, que sin necesidad de nuevas discusiones parciales reforzaría progresiva y considerablemente su flota guerrera, su rival Albión desarrolló en aterradora progresión el armamento de

sus cuantiosos buques. Los dos colosos del mar se atalayan desde sus cercanos reductos navales y ni la poderosa y temida *Home fleet*, que gobierna desde el superdreadnought *Iron Duke* el almirante inglés Jellicoe, se lanza á bordear las costas germanas, ni los potentes acorazados alemanes que con calderas encendidas se guarecen en el militar canal de Kiel, dejan su escondrijo para buscar epopeyas gloriosas en el litoral del archipiélago británico.

Es mucho más complejo el papel de la flota alemana que el de la anglo-francesa; ésta domina sin contraste los mares, y aquella avizora desde Wilhelmshaven los movimientos de su rival. Gracias al canal de Kiel, Alemania puede transportar velozmente sus fuerzas navales desde el mar del Norte al mar Báltico, según convenga al desarrollo de los planes estratégicos á realizar.

Alemania domina en aguas del Báltico á las escuadras moscovitas; pero, á su vez es dominada en el mar del Norte por los buques prepotentes de la *Home fleet*, y aquí, en aguas de Bretaña, está para la flota germana el decisivo papel.

Docenas de esas inconmensurables concentraciones de energía ofensiva que constituyen el acorazado moderno se amenazan desde su albergue fortificado, y si llegase, lo que no es de creer, el choque de sus elementos, registraría la Historia de la humanidad en aquella fecha, la más espantosa de sus marciales tragedias.

El dominio del mar ha permitido á los anglo-franceses transportar fuerzas de uno á otro teatro de operaciones, convoyándolas con la centinela avizorante de sus poderosos navíos; mas no es ese dominio tan absoluto que permita á las escuadras aliadas mantener el anunciado blo-

queo, ni siquiera que tolere la libertad de navegación, ni la seguridad en las transacciones comerciales.

El submarino germano con su audacia arriesgada y su decisión fantasmagórica ha hecho inefectivo el bloqueo y ha puesto trabas sin cuento á la navegación de los buques mercantes de las naciones enemigas, que temen en todo momento hallar en su ruta la molesta sorpresa del tenaz sumergible alemán.

Marinos ilustres, y entre ellos el francés Laubeuf, siguiendo las predicciones sabias de Sir Percy Scoth, mantienen que desde la aparición del sumergible moderno, el dominio de los mares reducidos, y en particular de los mares de Europa, no pertenece ya á los acorazados.

El submarino está llamado á disminuir la importancia bélica de los acorazados, que desde la creación del dreadnought con toda su artillería de un único gran calibre habían llegado á reducir en un cincuenta por ciento su valor militar, porque sólo podían presentar en combate cuatro grandes cañones contra los diez que montaba el nuevo tipo. Por ello la escuadra de reserva alemana, que actúa en el Báltico, significa muy poco con relación á la moderna escuadra que tiene por base naval Wilhelmshaven, donde resguardada de las agresiones de su poderosa rival almacena energías para utilizarlas en la hora decisiva de la liquidación de cuentas, cuando el cañón, el fusil y la bayoneta hayan dicho sobre la tierra ensangrentada la última y rotunda palabra de esta lucha cruenta y tenaz.

El poder naval de vencedores y vencidos será sostén de victoriosos afanes, sí, pero también freno de ilimitadas ambiciones.

EL CAPITÁN FONTIBRE





# LOS REYES PASAN



**A**MANECE el día de hoy alegre y atractivo como una sonrisa. Los niños ansiaron el momento de despertar con las vehemencias de los afanes de los pocos años. Hablaron mucho de este momento. Apenas extinguido el rumor de los villancicos, cuando no quedó en el aire eco ninguno de sonajas, ni ronco sonido de zambombas se empezó a pensar en los Reyes Magos. Ya habían emprendido los monarcas orientales su viaje anual a lo largo de los caminos petrificados por el hielo. En las imaginaciones niñas las quiméricas figuras toman cuerpo de doradas realidades y la fantasía los viste de oro y brocado y los corona con diademas que refulgen como soles de pedrería y en el séquito, un séquito numeroso y pintoresco, abundan los esclavos negros y los camellos que transportan en sus jorobas todo un caudal de ilusiones.

Agrupados alrededor de la chimenea al amparo cariñoso de la madre oyen la vieja relación de los reyes generosos. Todos los chicos están como sugestionados. Mudos, anhelosos, impacientes siguen la narración con un extraordinario interés que absorbe por entero sus sentidos. Saltan las llamas sobre los troncos la danza del fuego, silba el aire como un quejido; una ráfaga golpea los cristales, como si fuese algún alma en pena que pidiera perdón de sus yerros pasados y asilo y defensa contra peligros inminentes; cae la lluvia monorítmica, penosa, cansadamente, sobre las sucias losas de la calle; exhala algún relámpago su siniestro resplandor de azufre como una herida de luz en bóveda sombría y la atención de los pequeños no se turba ni su espíritu se empavorece por el terrible espectáculo de la tormenta.

Atienden á las palabras de la madre que son como un hilo de oro donde van engarzándose las ilusiones niñas como un collar de ensueño. Conquistados por la magia del relato atraviesan los campos hostiles, desiertos y solitarios bajo el invierno inclemente. Se figuran á la caravana multicolor andando sin tregua hacia ellos. Y ven las caras paternas de Gaspar y Melchor y sienten la inquietud del miedo frente al gesto duro del negro Baltasar cuyos ojos nerviosos brillan en la obscuridad de sus mejillas con el mismo fulgor fosforescente que el de los gatos en medio de la noche.

Piensan que la nieve tendió alfombras mullidas y blancas para recoger las huellas de los viajeros augustos y que los árboles pelados y llorosos como

espíritus de condenados, sujetos al suelo en el martirio cruel que describió Dante, pusieron también para regocijo de los viajeros, sus ramas retorcidas y levantadas hacia lo alto en un perpetuo clamor de piedad, el adorno de las aguas heladas que al desmayado beso de la

luz vespertina parecían caprichos de cristal.

Y así en este afán que no se termina, van pasando los días y acercándose el soñado de la llegada. La víspera es de sobresalto y de locas impacencias. Las manecitas tiernas que aún no aprendieron á llevar ágilmente la pluma sobre el papel, agarrotan sus dedos sujetando el redondo palillo y bajo los rizos blondos nace la petición ingenua con el mismo comienzo acariciador: «Queridos Reyes Magos...»

Otra vez quisiera escuchar la descripción de los monarcas orientales y ponderar sus reales munificencias; pero las horas rodando en la esfera aceleran la visita silenciosa del sueño.

Es la última mirada para el balcón donde los pequeños zapatos aguardan la ofrenda real y cuando las atormentadas cabecitas reposan dormidas sobre la blandura de las almohadas los ojos del espíritu se abren allá en las honduras de la imaginación y frente á ellas pasa la comitiva mágica estelando resplandores y siguiendo incansables la brillante estrella que va dejando en la altura de los cielos un camino de felicidad.

Y pasan los reyes, para volver al año siguiente y á una aspiración otra mayor. Y seguimos queriendo y deseando, que en la vida nuestra va eternamente la estrella simbólica sirviéndonos de guía; siempre llevamos un deseo delante de nosotros, una ilusión que nos llama de la existencia!

DIBUJO DE GALVÁN

ROGELIO PÉREZ OLIVARES





# HOMO HOMINIS CANIS

**M**IRA, hemos venido á nudo tal de cosas que más se muestra el carácter en rehusarse que en darse á la acción y más se conoce la entereza en negarse que no en ofrecerse. Y así acaece que para estar con los buenos y servirlos es lo mejor estarse solo y aislado. Y el no hacer es muchas veces, no le des vueltas, hacer lo más que puede hacerse. Tal vez de una suprema y extrema huelga moral nos venga el remedio.»

Yo no te digo que eso no sea así; pero me agobia el sólo pensar que hayamos venido á parar á ello. Y quiero hablarte una vez más—una vez más ¿lo oyes?—y no será la última, de uno de mis argumentos favoritos, cual es el de la soledad. Pero el de la soledad eficiente y operativa.

No, ese de quien me dices no es, ni con mucho, un dchado de solitarios. No quiere estar solo ni cree estarlo. ¿Lo está realmente? No, sino acompañado, pero de un pelotón de fantasmas, de sombras de hombres que le miran á él su caudillo y guía, en vez de mirarse á sí mismos.

Ya sabes lo del Hijo del Hombre. Cuando para apacentar al pueblo multiplicó los panes y los peces las turbas quisieron arrebatárselo y hacerle rey (Juan, vi, 15) porque rey para las turbas y los vulgos todos, altos y bajos, no es sino el que multiplica panes y peces y da puestos y destinos y jefaturas; pero Jesús se retiró entonces al monte, sólo y señero. Y sólo subió al Calvario y sólo murió en él. Y por esa soledad nos acompaña.

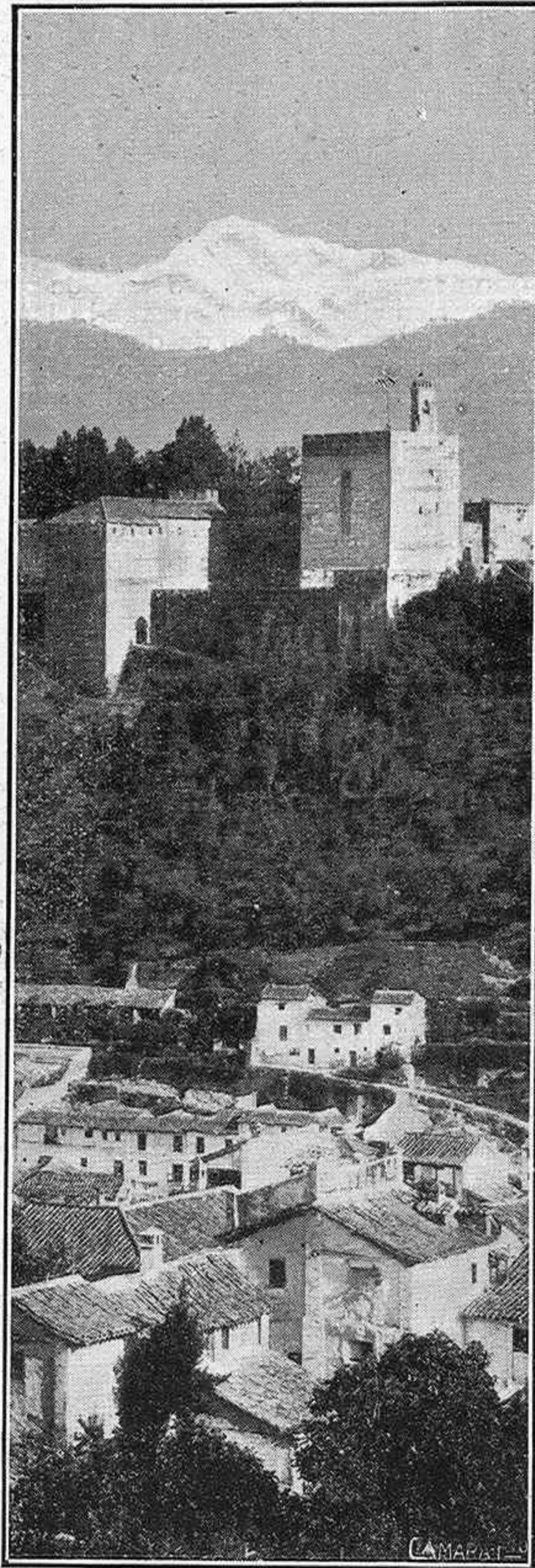
Tú conoces el valor y la fuerza de la palabra portuguesa *saudade*, que no es otra cosa que soledad. Y es á la vez el anhelo, la ansión. En asturiano hay una equivalente: *señaldá*—esto es, *singularitate*, como si en castellano dijésemos señeridad—que es también la morriña, el sentimiento de algo que á uno le falta. Y que no es, dígame lo que se quiera, la compañía. No es con la compañía de otros como nosotros que se llena esa soledad. El catalán, en cambio, *anyorar*, que primitivamente parece valer por *ad-ignorar* es no precisamente ignorar algo cuanto echarlo de menos. Ignorarlo, sí, pero como quien desea conocer, es decir poseer, aquello que ignora. Así muchos hombres añoran el cielo en la soledad de la tierra. Y el cielo ese que añoran está dentro de ellos.

Singular, solitario denominaron los franceses al jabalí: *sanglier*. Y él defiende, cuando le llega el trance, su soledad á colmilladas. Sabe que en el monte, en la espesura de los brezales y las helgueras, es algo noble y digno.

Y bien, ¿vamos á poder convivir estando solos? Sí, podemos y debemos convivir así y hasta conchabarnos para una obra común. Podemos anudar nuestras sendas soledades. Mirarnos primero á los ojos, pero para verse cada cual á sí mismo en los del prójimo, luego á las manos y poner después éstas á la obra común. ¿No sabes acaso lo que es un monasterio? Un monasterio es un lugar en que se reúnen á vivir juntos y en común algunos solitarios; es una especie de colmena de ermitaños. Y yo te digo que un monasterio de no más que una docena de solitarios, cuando éstos lo son de veras y además sienten lo que les hermana en la comunión de su soledad, acaba siempre por adueñarse del gran rebaño de los hombres de turba, de los que buscan el que se les medre el pan y el peje.

¡Gott mit uns! ¡Dios con nosotros! Dicen y repiten ahora, en la hora del peligro y la congoja, los alemanes. Lo que no sé que digan es: ¡Wir mit Gott! ¡Nosotros con Dios! Nuestro Fray Juan de los Angeles, más individualista al parecer—y no más que al parecer—dijo: «yo para Dios y Dios para mí y no más mundo», pero es que en el Dios de nuestro místico franciscano extremeño estaban sus criaturas todas espirituales y hasta la naturaleza en lo que de eterno y espiritual tiene. Dios era para él el infinito, eterno y luminoso monasterio último. No excluía á sus prójimos nuestro Fray Juan con aquel: «¡y no más mundo!», antes bien los incluía y apretaba á sí más estrechamente.

Es muy de temer que un grupo de hombres lleve á hacer su caudillo. Es que quieren re-



## La Campana de la Vela

¿Qué dice tu voz, campana de la Torre de la Vela cuando al reir la mañana tu sonido al cielo vuela?

De tus cuitas dolorosas comprendo el sentido triste. ¡Viste nacer tantas cosas que morir más tarde viste!

Yo tiemblo, campana mía, cada vez que te diviso. Tú lloraste en la agonía de una mujer que me quiso.

En mi corazón tu eco finge un rezo funerario como el del áura en el hueco de algún ciprés centenario.

Tan solo quedé en la tierra como tú, campana hermana, y aún más que tu voz me aterra la voz del mundo, campana.

No temas que de ti huya, que aún en mi duelo me alegras. Tu voz me trae la voz suya en estas horas tan negras.

Tu mal no tiene remedio, vivir sola es tu destino; tu tedio igual que mi tedio, ¡tu sino igual que mi sino!

Miguel DE CASTRO

ducirte á servidumbre. Lo de *servus servorum Dei* aplicado al supremo jerarca de la cristiandad católica no está mal. En rigor nadie manda menos que el que ocupa el puesto de mando. Y los hombres no quieren que se les mande, aunque parezca lo contrario.

Enseñaba Tucídides que no sometieron los más fuertes á los más débiles, sino que éstos se sometieron á aquéllos. Lo que vale decir que no es que el hombre prepotente, con instinto de dominación, busque á quien domeñar y servirse de él como de siervo, sino que el hombre abatido, con alma de esclavo, busca un amo á quien servir. Y la tiranía y con ella la servidumbre nació del instinto de abyección y no del de dominio. Fué el esclavo el que hizo al amo. Que si Maquiavelo dijo que el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar hay un viejo proverbio de que el mundo quiere ser engañado—*mundus vult decipi*—y no es por tanto que el engañador encuentre quien se deje engañar sino que el que quiere ser engañado encontrará siempre quien le engañe. Y al parigual los que quieren ser sometidos y domeñados y esclavizados acaban por encontrar quien los someta, domeñe y esclavice. Aquí lo de ¡vivan las cadenas! *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre, dijo Hobbes, pero podría muy bien cambiarse el aforismo y decir: *Homo hominis canis*, el hombre es un perro del hombre. Y hay más hombres caninos ó perrunos que no lupinos ó lobunos.

¿Y ello por qué? Por holgazanería. Viene muy ancho eso de sacudirse la responsabilidad de tener que dirigirse y guiarse uno por sí mismo. La obediencia suele ser una forma, la más refinada acaso de haraganería. Para hacer uno lo que le mandan no necesita quebrarse demasiado la cabeza. La moral de esclavos, que decía el otro, no es sino moral de haraganes. Un hombre libre se rinde y arregla más en un día de verdadero trabajo que no un siervo en toda una semana de labor. No parece que le fatiga mucho su tarea al caballo de noria.

Todos esos, pues, que te piden que les dirijas y acaudilles no son más que unos haraganes incapaces de dirigirse y gobernarse por sí mismos. Y tú lo que debes hacer no es trabajar para ellos sino azuzarles y hostigarles para que trabajen por sí y para sí mismos. Y por eso te digo que es una muestra de carácter y á la vez de respeto al prójimo el rehusarse á sus llamadas al caudillaje. Nada de sacarles tú las castañas del fuego; que se las saquen ellos.

De ese modo podrás llegar á ser director de almas que es algo más que ser caudillo de hombres. Que viéndote ir por tu camino aprendan ellos á ir por el suyo, y no que tú les vayas á llevar del ronzal ó á servirles siquiera de lazariño. Si son ciegos que se pongan á la vera del sendero á mirar con furia, á escudriñar las tinieblas, y acabarán por ver, y sino que avancen á gatas y á tientas pero que te dejen á ti. Porque tu oficio no debe ser lazarillear á los ciegos sino abrirles los ojos á la luz y á la sombra. Porque quien no ve la sombra tampoco ve la luz. Y quien no duda no cree.

Aquí, en nuestra patria, la roña apestosa de la haraganería espiritual, que nos carcome el meollo del corazón, nos lleva al espíritu de servidumbre y por no gobernarnos dejamos que nos desgobiernen y todo se vuelve decir que nos hace falta un hombre que es decir que nos hace falta un amo que como á perros nos diga adónde hemos de ir y nos dé el hueso que mondar. Pero tú no vayas á ser ese hombre que dicen que les hace falta los que no se sienten hombres. Que se las compongan como puedan, harto haces con dar el ejemplo de componértelas por ti mismo. Que aprendan á ser ellos.

Si quieres, pues, servir á tus compatriotas rehúsate á acaudillarlos en nada que sea. Esfanta de tu lado á los perros. No aceptes vasallaje de ninguna laya que se te brinde. Que aprendan de ti, libre, á ser libres. Y luego haréis un concordado monasterio de solitarios, en que todos sean priores.

MIGUEL DE UNAMUNO



LA ESFERA

# LOS REYES EN EL HIPÓDROMO



ATENEOD  
BIBLIOTECA  
\* MADRID

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN LAS CARRERAS DE CABALLOS,  
DE MADRID

Fot. Campúa



LA ESFERA  
BALADA DE LA MADRE



NO CRIO Á MI HIJO PARA SER SOLDADO

Sonríe el niño dormido  
sobre el materno regazo;  
tiene los ojos azules,  
tiene los bucles dorados.  
Parece el Ángel del Lirio  
de los místicos retablos;  
la vida irá su pureza  
poco á poco deshojando.  
¡Es un ángel, que mañana  
será soldado!

La madre escucha, medrosa,  
el piafar de los caballos,  
el estruendo de las armas,  
las rodelas y los cascos.  
Todas las madres del mundo  
acarician sollozando  
á los ángeles dormidos  
en la cuna de sus brazos.  
—¡Amor mío, yo no quiero  
que seas soldado!

La Muerte es la segadora,  
que recolecta estos años;  
la espiga que amor granó  
la guerra la está segando.  
Todas las madres del mundo  
pasan los días llorando,  
tristes Madres Dolorosas,  
con el pecho atravesado.  
—¡Mi hijo está en lejanas tierras,  
siendo soldado!

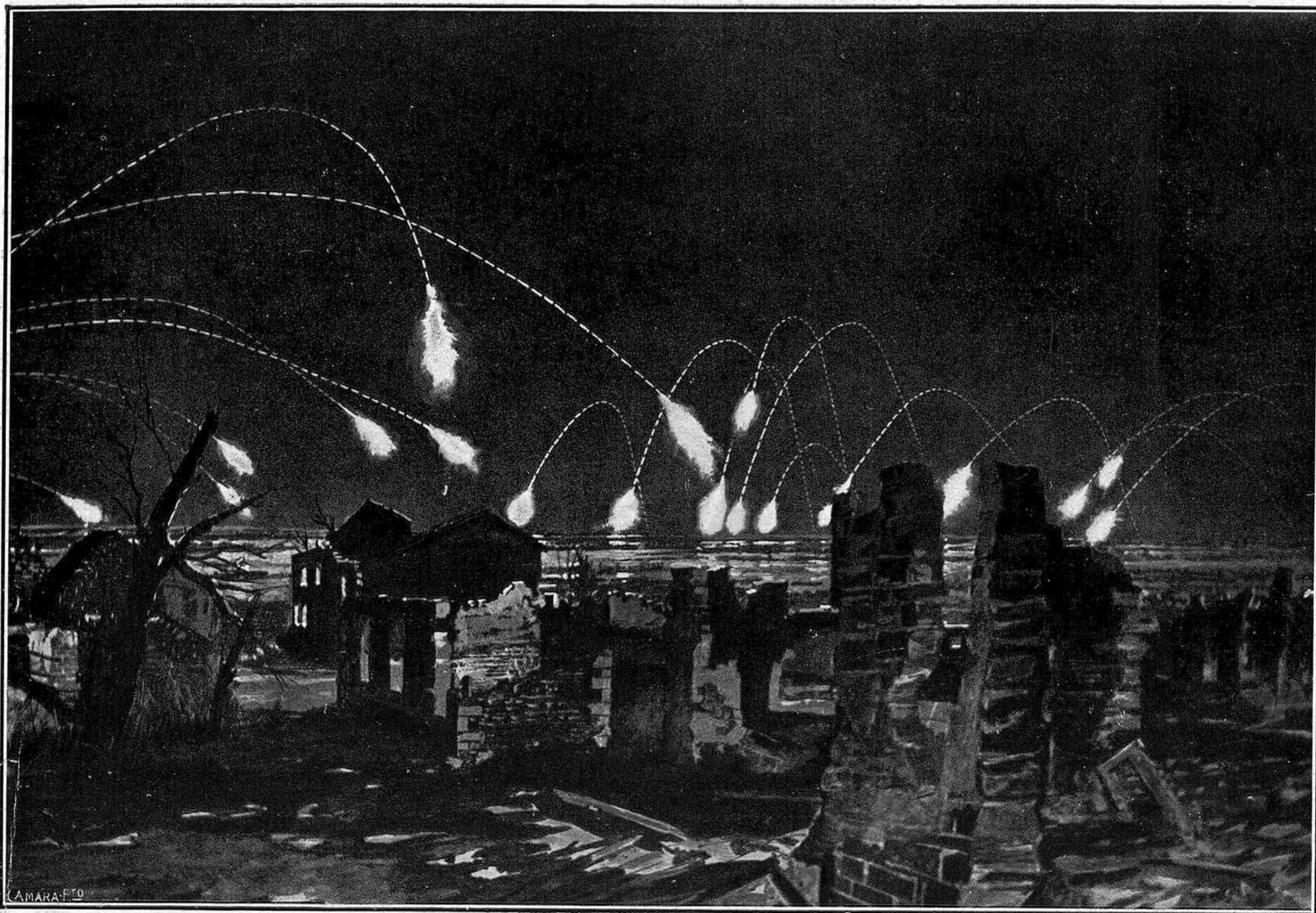
Todas las madres son santas;  
en sus rostros venerandos  
tienen la corona de oro  
de los místicos retablos.  
Y mientras ruge la Guerra,  
se oye el grito sobrehumano  
de su pecho, por los siete  
puñales atravesado:  
—¡Yo no amamanté á mi hijo  
para que fuese soldado!

EMILIO CARRÈRE





## LUCHA ENTRE SOMBRAS



## PROYECTILES LUMINOSOS

ANTAÑO la lucha sangrienta de los campos de batalla terminaba con las primeras sombras de la noche; en la densa oscuridad de las tinieblas sólo se realizaban sorpresas difíciles, porque los asaltantes corrían el grave riesgo de confundirse en el fragor de la pelea y de arremeter briosos contra sus mismas unidades combatientes.

La defensa, á su vez, requería para hacer fracasar estas sorpresas, soldados diestramente disciplinados y rudamente valientes, porque las sombras tintas de la noche, la infernal gritería que trae consigo una pelea en estas condiciones y el consiguiente desorden por la falta de dirección y de enlace, eran factores marginales de la derrota.

La oscuridad que cubre el terreno detiene la vista que trata, en vano, de escrutar el horizonte, rasgando el denso velo de las impenetrables tinieblas; actúa de un modo alarmante sobre la moral de las tropas que pelean; el tiro de la infantería es incierto y peligroso; las ametralladoras consumen municiones en balde, porque sólo les guía en la dirección de sus fuegos el rumor, que no puede siempre saberse si procede del enemigo ó de los propios elementos; no es posible apreciar las fuerzas que atacan, y, por tanto, las disposiciones que en su vista se adopten raramente serán las apropiadas al caso concreto de que se trata; la dirección misma del terreno, por mucho que se conozca, se hace difícil; la orientación es casi imposible y la transmisión de órdenes es desde luego completamente irrealizable.

En la guerra moderna son tan grandes los efectivos en lucha, que el combate no se da por

definitivamente terminado al cerrar el día, sino que sigue durante la noche con su tenacidad sangrienta, con su persistencia trágica; para auxiliar eficazmente la pelea se emplean proyectores que permiten al defensor iluminar el terreno para descubrir con tiempo el avance del enemigo, al mismo tiempo que para orientar á la artillería propia en sus ininterrumpidos disparos. Los grandes proyectores empleados alcanzan, cuando el tiempo es favorable, hasta dos y tres kilómetros, pero cuando hay la más ligera bruma pierden su valor y solamente actúan á muy reducidas distancias.

También se utilizan fuegos fijos, colocados, á ser posible y valiéndose para ello de cualquier medio audaz ó ingenioso, á la mitad de distancia entre las dos líneas de trincheras rivales; constituyen estos fuegos perennes una banda luminosa que el adversario no podrá franquear con facilidad, sin ser oportunamente advertido.

Cuando sean los proyectores los encargados de iluminar y atalayar el campo contrario, es preciso en buenos principios tácticos, que la red de los que se pueda disponer no se halle situada en las trincheras de primera línea, pues sería tanto como ofrecer voluntariamente puntos de referencia al fuego de las baterías enemigas.

Los asaltantes entonces avanzan agazapados, adaptándose en su marcha á las sinuosidades del suelo, buscando los puntos en los que por la frondosidad ó el cultivo no permita descubrir el haz lumínico la sorpresa, realizando este avance por saltos sucesivos. En la guerra actual se ha acudido más que á los proyectores á los cohetes y á los proyectiles luminosos; aquéllos se deshacen al estallar en el aire en varios paracaídas que se abren

al viento sosteniendo luces de bengala que iluminan profusamente el campo en los dos ó tres minutos que tardan en caer á tierra; los proyectiles flamígeros arrojan en toda su trayectoria, por unos orificios laterales, substancias incandescentes que por su continuidad hacen que la granada deje tras de sí una estela luminosa rápida y fugaz, muy parecida al arco que dejan por breves momentos en el firmamento las estrellas fugaces.

En estos obligados ataques nocturnos, generalmente en la actual contienda, exclusivos de las artillerías respectivas, multitud de proyectiles flamígeros iluminan la zona de lucha, complementando esta iluminación vertiginosa, los aeroplanos de exploración artillera, que si en la penumbra distinguen la posición de las baterías rivales, arrojan verticalmente señales ó bombas luminosas, que sean á los propios cañones referencia exacta de la situación de los contrarios.

En estas peleas nocturnas también son luminosas las granadas de mano arrojadas de trinchera á trinchera, más que nada con la finalidad de que en su trayectoria y en su caída sean focos de iluminación precisos para corregir con certeza la dirección y los efectos del fuego.

Pero con todos los adelantos y con todos los progresos del ingenio humano, la guerra entre sombras será siempre terrible en sus efectos morales sobre el espíritu en tensión de los beligerantes, y más débil, mucho más débil, en cuanto á sus efectos materiales, en relación con la pelea á la luz del día.

CAPITAN FONTIBRE

DIBUJO DE BRON



después del fallecimiento del duque de Arjona, ocurrido en el castillo de Peñafiel, donde estaba preso, regresaba de Astudillo el rey Juan II, deudo del finado, y hubo de detenerse en Amusco pensando, con buen acuerdo, que el palacio de los Manrique podría proporcionarle espléndido acomodo durante el tiempo que hubiese de pernoctar en la villa y la ermita de Nuestra Señora de las Fuentes adecuado lugar á la magnificencia de su corte para celebrar la Pascua del Cordero.

Cuando estaban verificándose las fiestas organizadas con tal motivo, llegó el conde de Cili, sobrino del soberano alemán Segismundo, cuyo aristócrata, sabedor de que Juan II se aposentaba en Amusco, había querido detenerse en este pueblo para rendir al monarca español el debido homenaje de respeto, imprescindible en aquellos tiempos de gentiles costumbres.

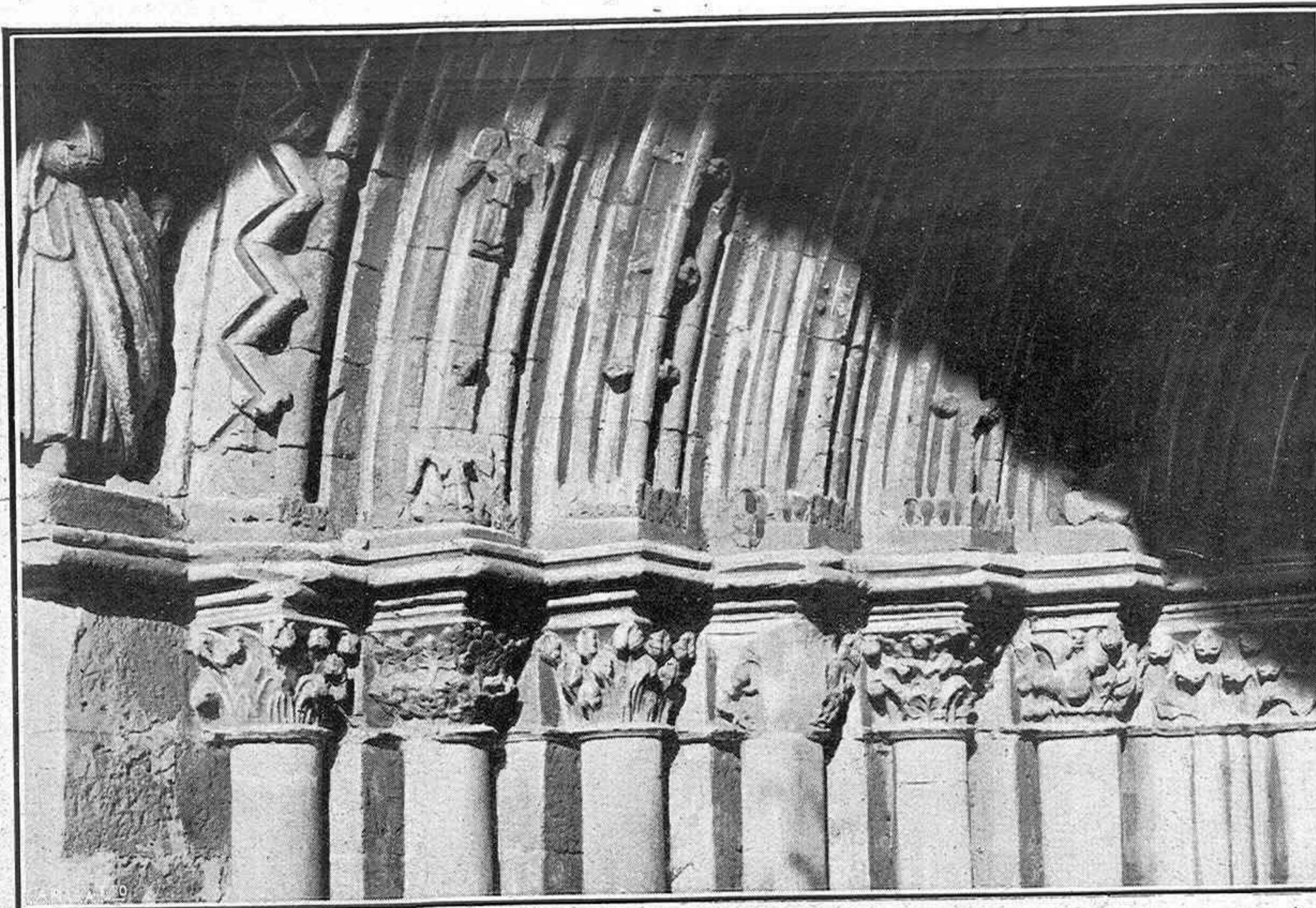
Sentóse el ilustre huésped á la mesa del rey, el cual, acompañado de todo su séquito, correspondió cumplidamente á la galantería del conde de Cili, quien permaneció en Amusco hasta veinte días, pasados los cuales

siguió su viaje, no sin antes suplicar á Juan II que le permitiese usar á él y á cuatro de los suyos, á modo de divisa, el collar de escamas que también servía de divisa al rey. Este le concedió de buen grado la licencia y le entregó cinco collares, que á tal objeto mandó construir rápidamente.

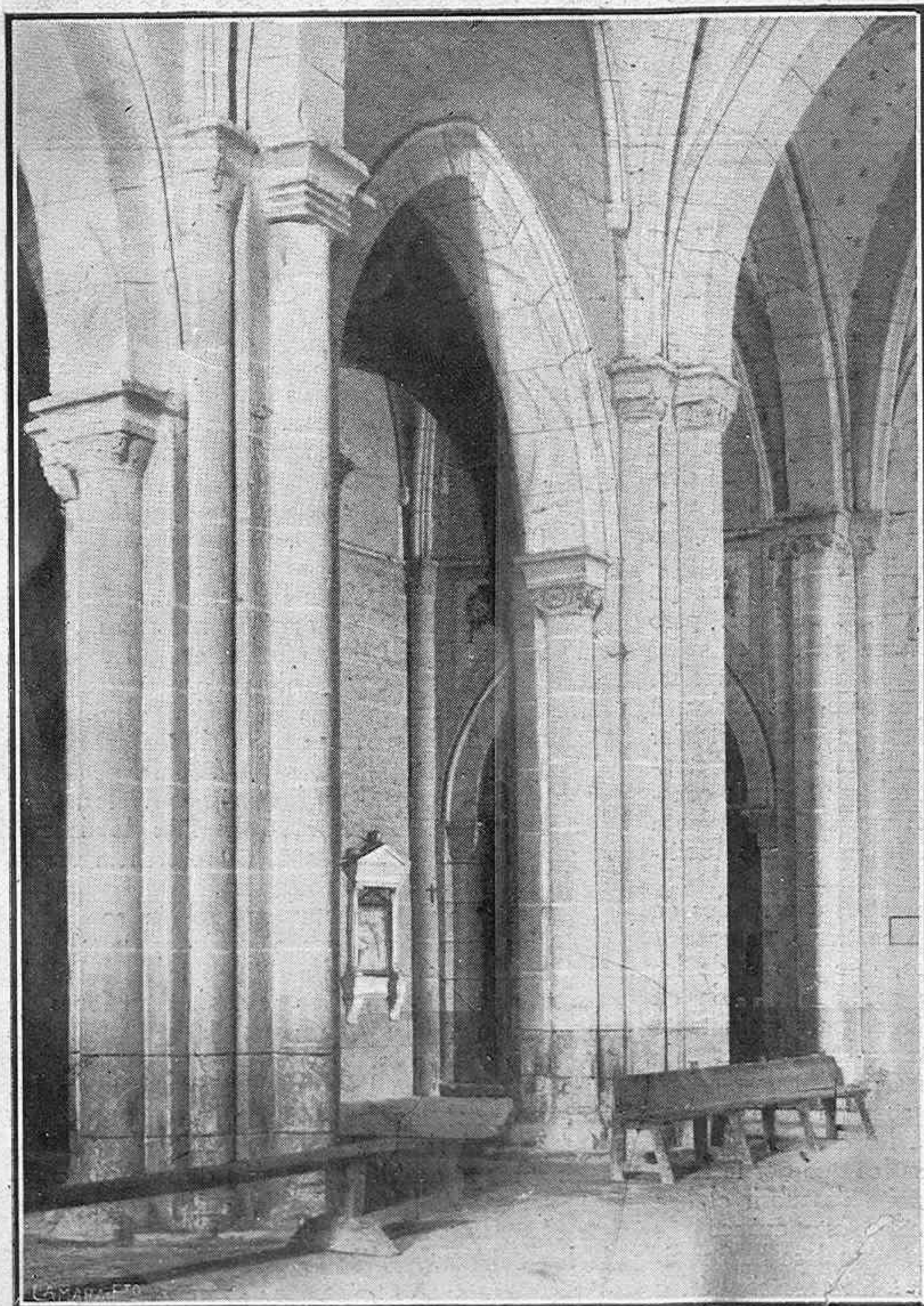
Aparte la que motiva este trabajo, existe en Amusco una iglesia parroquial construída en el siglo XVII sobre las ruinas de otra más antigua, de la que aún se conservan dos pórticos románicos, uno de los cuales está decorado con obscenas figuras, semejantes á las que ostentan otros muchos templos pertenecientes á esta época del arte.

Mas, sin embargo de ser muy notable esta iglesia, no reúne, en su conjunto, la austera y sobria belleza que domina en la famosa ermita de Nuestra Señora de las Fuentes, á la que sin temor de incurrir en exageración, puede considerarse como una de las más hermosas de cuantas existen diseminadas por las áridas estepas de Castilla.

L. G.



Detalle del pórtico de ingreso



Nave del Evangelio



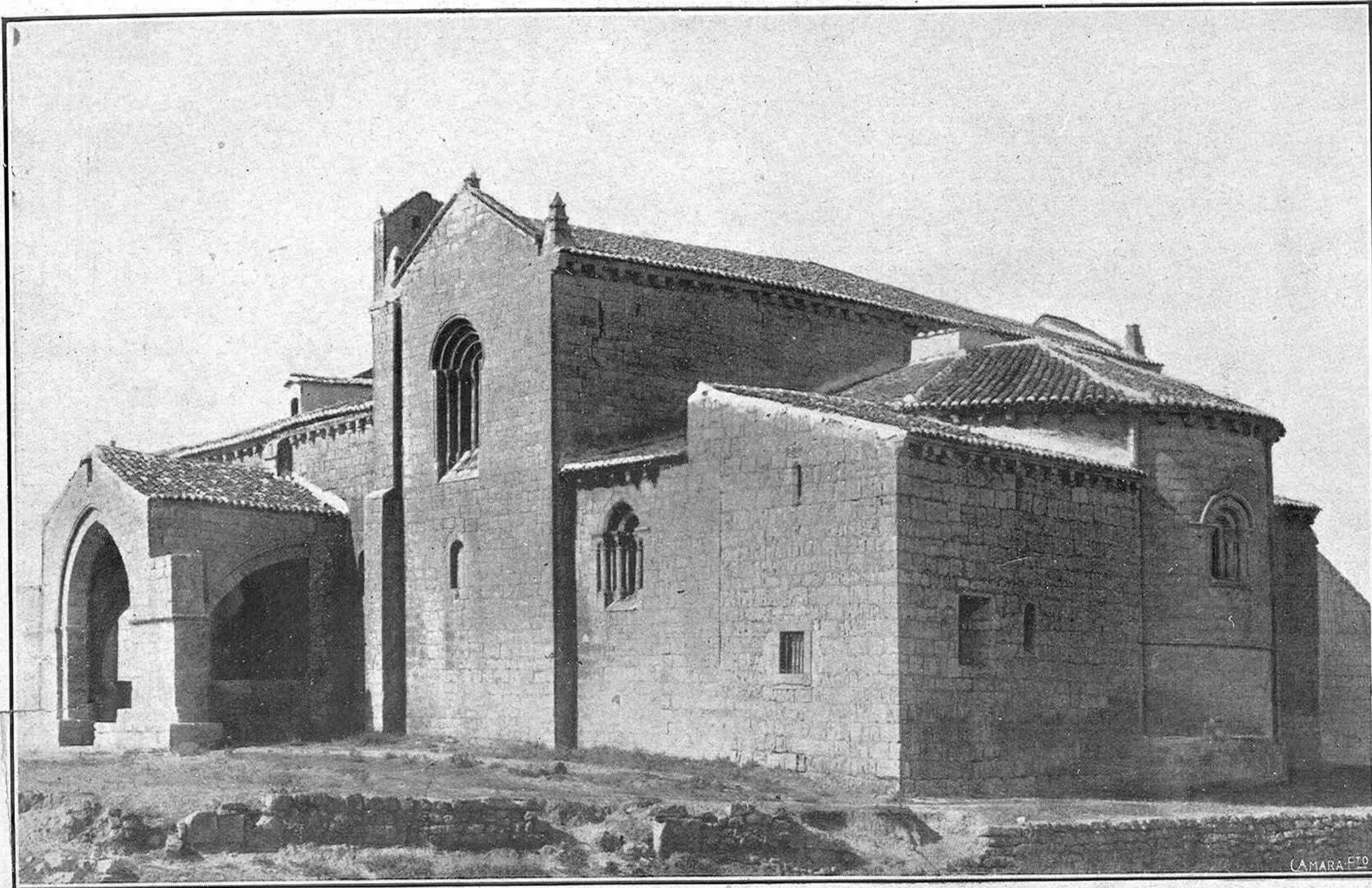
Típica ventana

FOTS. LUIS R. ALONSO

BIEN DE  
BIBLIOTECA



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL  
**LA HISTÓRICA ERMITA DE AMUSCO**



Fachada Sur y grupo absidal de la iglesia de Nuestra Señora de las Fuentes

La ermita de Nuestra Señora de las Fuentes, de que vamos á ocuparnos en este breve trabajo hecho con el sólo fin de dar á nuestros lectores algunos detalles acerca de su historial, es un edificio sobrio, sin grandes complicaciones de arquitectura, construido todo él en piedra labrada y cuyas gigantescas proporciones, verdaderamente desusadas en templos de tan austera sencillez, hacen pensar en que, tal vez, el primitivo proyecto de este templo, trazóse sobre la base de edificar una iglesia grandiosa y no una ermita humilde y modesta cuyo casi exclusivo mérito artístico, consiste en la pureza de los estilos de su ornamentación, que pertenecen al gusto gótico en su primera fase y al románico en la última.

A este último estilo pertenece el ábside de la ermita, cuya soberbia traza y espléndida elegancia de líneas, hacen de él uno de los más interesantes de cuantos hemos tenido ocasión de contemplar. Amplio, de forma cilíndrica, orlado de delgadas columnas, de impostas finamente jaqueladas, de ventanas con arcos de medio punto, y archivolta también jaquelada y numerosos canchillos admirablemente esculpidos, todo en él acusa que jamás hubo de sufrir la más ligera reforma. En efecto, ni el más leve detalle hace sospechar que mano alguna haya intentado modificar, ni siquiera ligeramente, la obra de sus primitivos constructores.

Pertenece este ábside, como asimismo el crucero del templo, á la segunda mitad del siglo XII, en cuya época parece ser que el resto del edificio hubo de sufrir alguna innovación, pues adviértese en él una completa transición, por virtud de la cual se peraltan los arcos, alcanzan mayor elevación las naves, agrúpanse las columnas, se aprecia más notablemente la iniciación de la crucería en las bóvedas, y en la parte baja de la iglesia anúnciase vagamente el estilo germánico, que descuella sobre un conjunto formado de tan

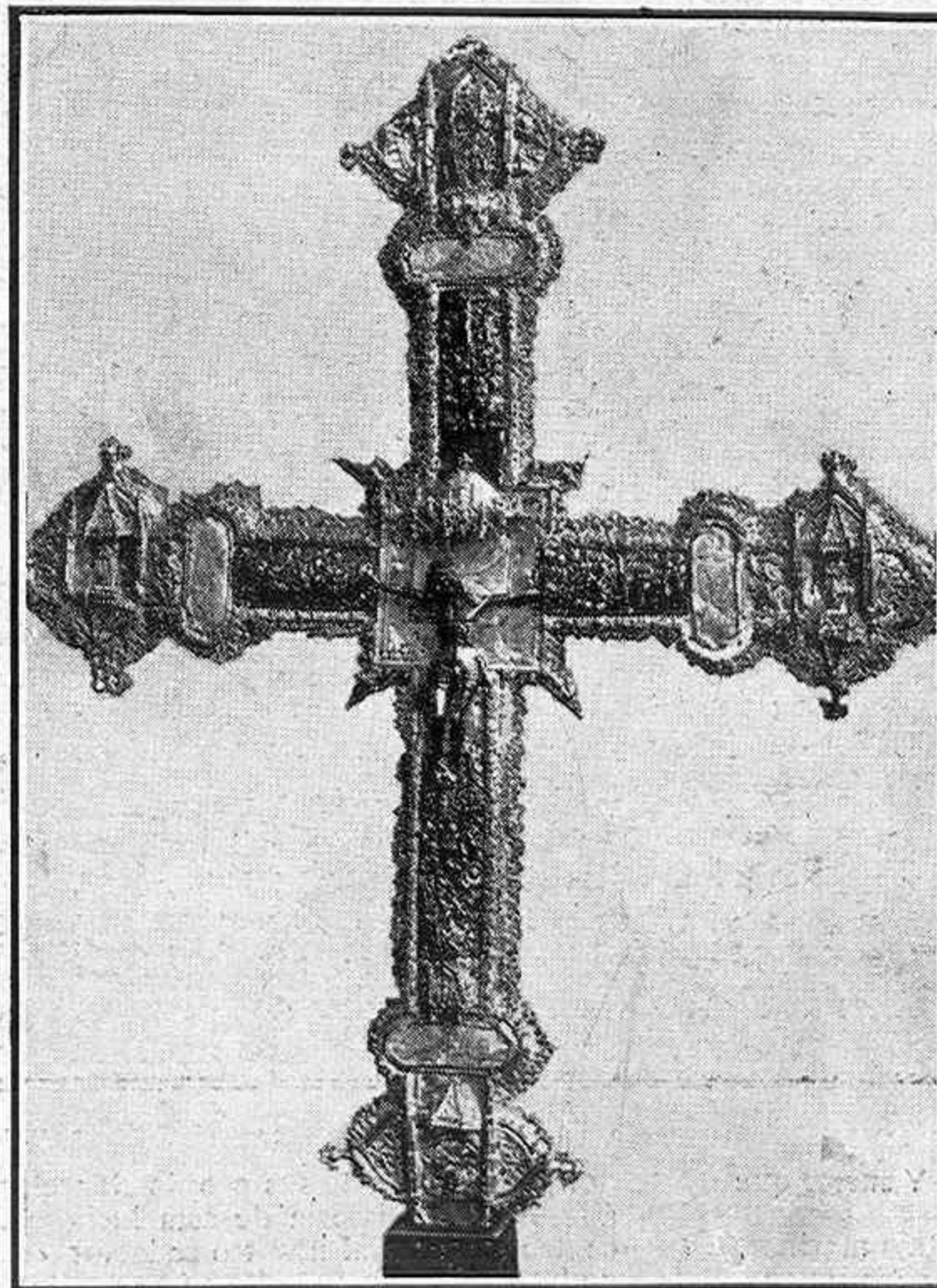
antagónicos propósitos y opuestas tendencias. Estas diversas orientaciones artísticas, lejos de restar belleza á la totalidad, contribuyen á formar un sugestivo núcleo de estilos lleno de armonía y extraordinaria originalidad.

De las reliquias venerandas que se conservan, es la más interesante una soberbia cruz parroquial construída en plata, que fué labrada con arreglo al gusto plateresco por Pedro de Vega, notabilísimo orfebre que en los comienzos del siglo XII hubo de alcanzar gran renombre.

Generoso donante de esta cruz, fué D. Pedro Manrique, Duque de Nájera, ilustre prócer que heredó de sus antepasados el señorío de la pintoresca villa de Amusco y que fué el último que le poseyó. Esta familia de los Manriques, cuya ilustre prosapia está patentizada en numerosos pergaminos que abonan lo rancio y noble de su estirpe, fué durante muchos lustros poseedora del dominio de la comarca donde está enclavado el pueblecillo en que se asienta la ermita de Nuestra Señora de las Fuentes, y hasta hace algún tiempo conservábanse en dicho templo los sepulcros de los ilustres varones que dieron honra y prez al lugar, con el prestigio de sus hazañas, realizadas todas en defensa de alguna causa noble y elevada.

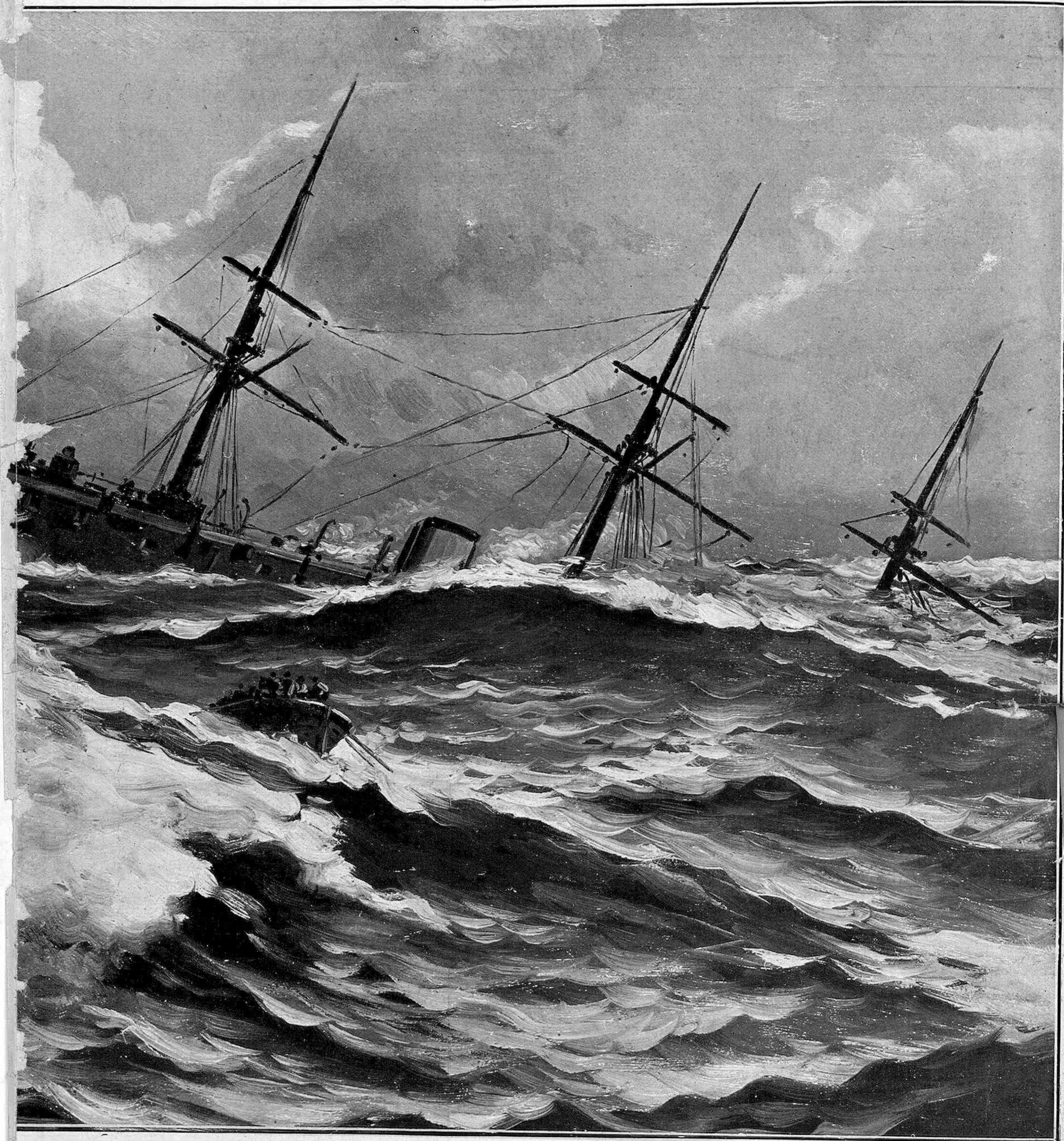
Hoy día, casi se ha extinguido en absoluto el recuerdo de la casa de los Manriques, hasta el punto de no quedar en la comarca más testimonio de su existencia, que las venerables ruinas del palacio señorial que fué casa solariega de la noble familia, y esta vetusta ermita de Amusco en la que aún quedan vestigios de la munificencia y fervor de los Manriques.

Aun cuando la falta de espacio nos obliga á ser concisos, no queremos poner fin á este trabajo sin reseñar, siquiera sea á grandes rasgos, un hecho que evoca esta ermita, y que tiene gran importancia para los anales históricos de Amusco. En la primavera del año 1430, y pocos días



Hermosa cruz parroquial (anverso), de estilo plateresco, donada por el duque de Nájera y correspondiente al siglo XVI





do ya la *Numancia*, rotas las amarras, se había ido contra las rocas de la costa. Y suerte que al menos se pudieron salvar sus treinta y dos tripulantes.

Triste sino el de este glorioso testimonio de la bravura y del honor de nuestros marinos, de este barco, el primer acorazado que dió la vuelta al mundo, el buque desde cuyo puente, el día 2 de Mayo de 1866, frente al Callao, Méndez Núñez realizaba una de las hazañas más altas que registra la historia; después de aportar tanta honra y tanta gloria á España, no es lo más triste que el Gobierno se haya deshecho de él como de un montón de hierros vulgares é inútiles, sino que ni aun en el Ministerio de Marina, que debía ser el más fiel guarda-

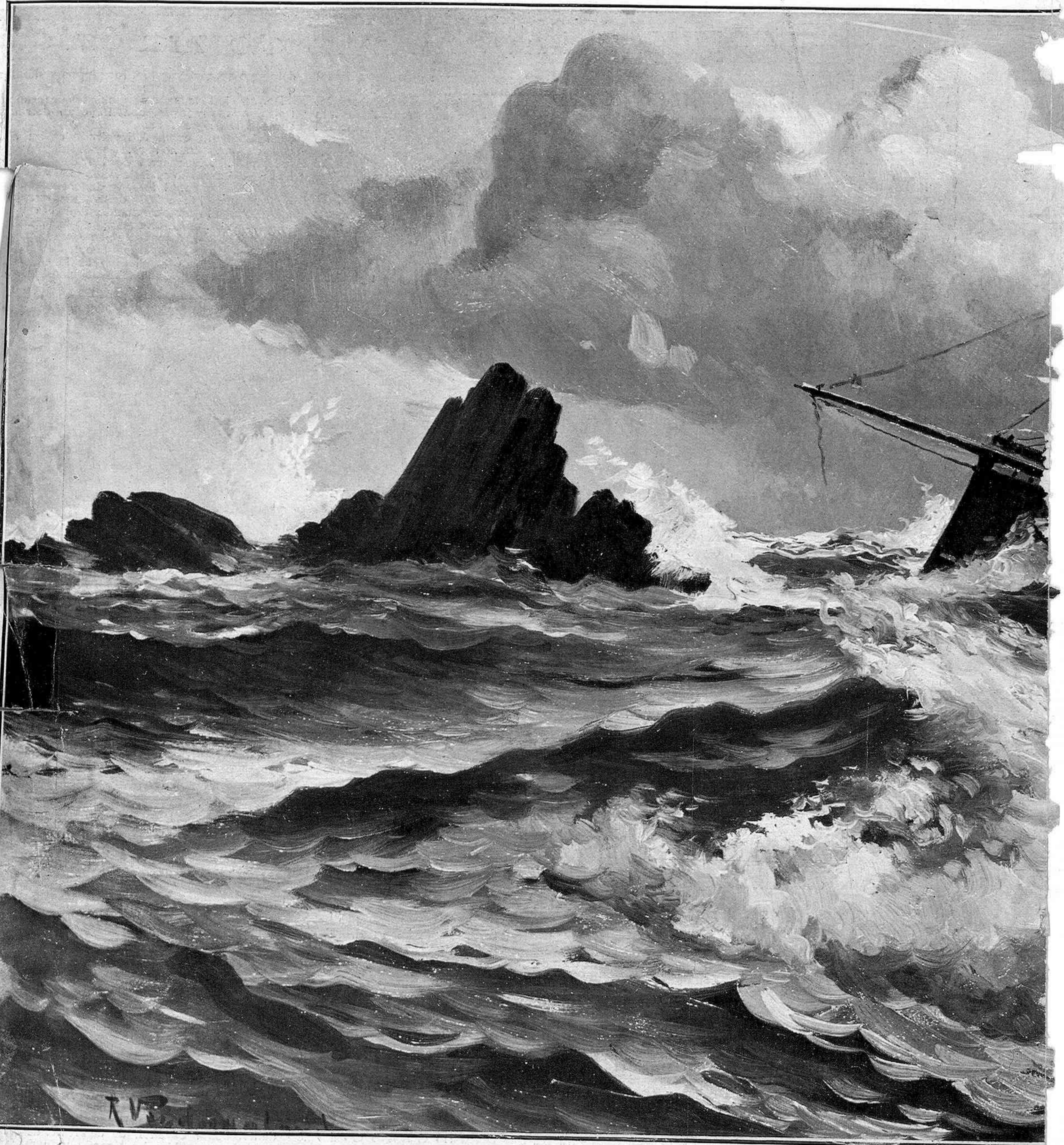
dor y expositor de sus propios laureles, no había, según parece, nada escrito que se refiriese á la dilatada historia de esta insigne nave. Tal tuvo el sentimiento de escuchar en aquel centro ministerial nuestro redactor «R. de Sarta» cuando por haberse anunciado la venta de la *Numancia* fué allá en busca de datos históricos poco conocidos, en la lógica creencia de que en ningún otro sitio hallaría mejores amadores y conocedores de las grandezas de nuestra armada.

Parece que el destino fatal de la *Numancia* era desaparecer tristemente, en el mismo abandono que muchos héroes españoles.

Dibujo de Verdugo Landi

BIENEO  
BIBLIOTECA





Este barco histórico, la fragata *Numancia*, que debió haber sido declarado monumento nacional, porque su vida resumía muchas páginas gloriosas de la historia de la Marina española, se ha estrellado contra las rocas en aguas extranjeras, en la playa de Zeimbra, Portugal.

Vendido hace poco por el Estado español en pública subasta como hierro viejo, no obstante las patrióticas excitaciones de la Prensa, que, con absoluta unanimidad, pedía que fuese guardado en nuestros arsenales como reliquia sagrada para que su casco, convertido en Museo Naval, hubiese evocado siempre el nombre de los héroes que sobre su puente defendie-

ron el honor de la patria, la famosa nave fué comprada por una casa naviera de Bilbao. Tres veces se intentó sacar de Cádiz el casco de la *Numancia* remolcado para conducirlo á Bilbao y en las dos primeras hubo de volver á aquel histórico solar para evitar el peligro de que naufragara. A la tercera, la nave insigne se ha estrellado á consecuencia del temporal, cerca de la desembocadura del Tajo; por no haber podido arribar al puerto de Setubal, fondeó al abrigo de la costa de Zeimbra. La fuerza del viento fué destrozando las defensas del buque y se pidió auxilio á Lisboa, solicitando el envío de remolcadores. Por no haberlos, el ministro de Marina portugués, á instancias de nuestro embajador, envió un barco que llegó cuan-



# La vida de Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América

DE todo el fecundo panorama de historia española, el capítulo más sublime es aquel en que Cristóbal Colón, bajo el amparo de los Reyes Católicos, descubre el Continente Americano. Nada existe en la historia del mundo que iguale a este hecho.

La nueva forma artística de la fotografía animada, de campo espacioso, donde no existen límites de un cuadro, de una estatua ó de una escena, penetra en la historia, reproduce fielmente todos sus detalles, su movimiento, y nos muestra con justeza admirable la reencarnación viva de los actos heroicos.

Siendo la vida de Cristóbal Colón una de las más interesantes por su grandeza en todos los aspectos, no es de extrañar que el cinematógrafo nos la enseñe en su totalidad de fases y aspec-

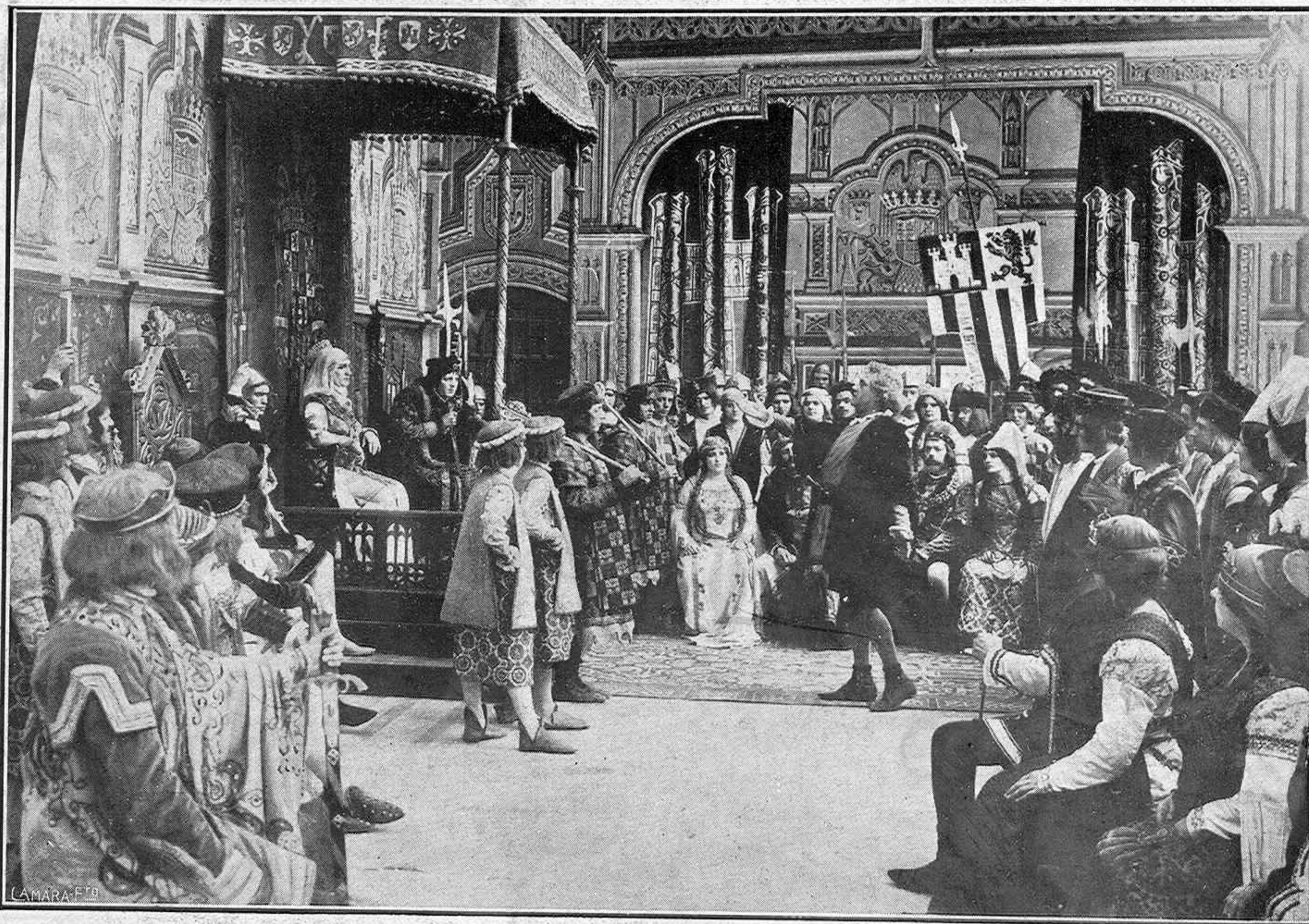
do por su valor con la gran cruz francesa del Mérito Militar. Tardó un año en curar de sus heridas y fué entonces en plena convalecencia, cuando tuvo el bello pensamiento de llevar á la escena mímica la historia del descubridor del Nuevo Mundo. Audazmente, sin titubeo, comenzó á poner en práctica su proyecto. Destinó su fortuna á la obra, buscó los elementos necesarios y se trasladó á España, donde acaba de realizar el trabajo más portentoso que hasta la fecha se llevó á cabo en el terreno del cinematógrafo.

Figuran en la interpretación de los más importantes papeles, el notable profesor de mímica del Conservatorio de París, Mr. Georges Wague, que caracteriza á Cristóbal Colón maravillosamente; la famosa actriz Leontine Massart, del Teatro Antoine de París, encarna la figura do-

delo para su construcción, los planos y dibujos que de aquéllas se conservan archivados.

Por otro lado la munificencia de los decorados, trajes, armas y joyas, constituye un derroche espléndido de grandeza.

El Gobierno español, inspirado en un alto concepto artístico, no regateó medio alguno para facilitar á Mr. Drossner, toda clase de elementos. Las regias coronas auténticas, ciñeron las calzas de los artistas. El rico y verdadero estandarte que presenció la rendición de la ciudad granadina, figura en la escena animada. Todo el valioso conjunto de armas, arreos, mantos y muebles de la época que se conservan en Museos y Catedrales, fueron puestos gentilmente á la disposición del autor y propietario de la «film». El Ministerio de la Guerra facilitó asimismo cientos



Colón ante los Reyes Católicos. El navegante genovés expone su proyecto de descubrimiento á los soberanos de España en presencia de toda la Corte

tos. Sin embargo para la realización de esta empresa, eran menester muchos elementos. Es tan variado y nutrido el cúmulo de circunstancias que rodean la vida de Colón; son tan distintos y opuestos los escenarios donde su obra se desarrolla, que se hacía imprescindible un supremo esfuerzo, un sacrificio gigantesco de valores.

Y esta es la sorpresa. La vida del gran genovés acaba de ser reproducida con grandiosidad inconcebible por la cinematografía.

Granada, Sevilla, Lisboa, acaban de hacer un alto en su vivir moderno para retroceder á la época inmortal del descubrimiento de las Américas, y sentir de nuevo en sus calles, y en sus iglesias, y en sus palacios, los pasos de Cristóbal Colón y de sus gentes.

Un ilustre ingeniero americano, nacido en San Francisco de California, es el autor del milagro. Llámase Charles Jean Drossner, es muy joven y concibió la idea de la película, en unas circunstancias excepcionales. Al declararse la guerra europea vino á Francia, incorporándose al ejército francés que peleaba en el frente. Tomó parte en la batalla de Arras, donde fué gravemente herido el día 9 de Mayo de 1915. Una bayoneta alemana le traspasó el pecho, perdiendo además el dedo índice de una mano, siendo recompensa-

liente y noble de la Reina Isabel con inimitable justeza; Marcel Verdier, del mismo teatro, la del Rey D. Fernando, y Mr. Carat, del Gymnase, tiene á su cargo el papel de Bartolomé, hermano de Colón.

Ha dirigido la obra el eminente autor Mr. Gerard Bourgeois, director artístico por espacio de muchos años, en las famosas casas de Pathé, Gaumont y otras.

Los puntos que sirvieron de escenario para el desarrollo de la «film», son los mismos donde Colón vivió, pensó y realizó su empresa. La Alhambra de Granada, la Rábida, el Alcázar de Sevilla, la Plaza de las Cortes de Barcelona, el Puerto de Palos, todos, en fin, aquellos lugares que fueron testigos de las auténticas escenas, volvieron en esta ocasión á presenciar la noble figura del que descubrió el Nuevo Continente hace cuatro centurias.

También figura en la cinta una visión magnífica de la Rendición de Granada, tomada del cuadro famoso de Pradilla.

Otro de los cuadros más soberbios de la obra, es la salida del Puerto de Palos de las tres carabelas inmortales. Fueron estas construídas expresamente para la película. Son una copia completa de las auténticas, habiendo servido de mo-

de soldados que tomaron parte en las escenas de más relieve y visualidad.

Y no obstante todos estos medios de relativa economía, la gran película cuesta muy cerca de dos millones y medio de pesetas.

Nada falta en ella. Todo lo más completo, lo más real y grandioso desfila por esta artística cinta que muy pronto será el asombro del mundo entero.

Mr. Drossner piensa lanzarla al mercado muy en breve, tan pronto sean ultimados algunos pequeños detalles que faltan, ganoso ya de ver premiado su esfuerzo con el aplauso clamoroso que muy justamente ha de prodigarle la humanidad.

Finalmente es oportuno señalar que en esta película es donde por primera vez figura un verdadero sabor español, de ambiente, de colorido y de expresión. La España monumental y artística ocupa en ella un lugar muy digno que realza visiblemente su valor, y es un placer que agradecer á este ilustre extranjero que viene á sentir una norma plausible en alto honor de la historia y de la nacionalidad hispana, tan rica y extensa en glorias y bellezas.

José SOBRADO DE ONEGA



DEL MUNDO FEMENINO  
**FIGURAS CONTEMPORÁNEAS**



Doña María Espinosa y Díaz, distinguida y cultísima dama a quien S. M. el Rey se ha dignado conceder la Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, a petición de varios Centros docentes y previo informe, por unanimidad, del Consejo Superior de Instrucción Pública



La señora Howard Gould, cuyo divorcio con el célebre millonario de mismo apellido fué comentadísimo en Nueva York, acompañada de su hermana la señora Wong Sun Yue, que contrajo matrimonio con un chino y ha introducido en Oriente el sistema pedagógico Montessori

La visita de la señora Pankhurst a las fábricas de municiones señaló algo más representativo de lo que, a primera vista, pudo parecer. Era casi un hecho simbólico. No están muy lejanas las fechorías, las audaces extravagancias de las sufragistas inglesas y norteamericanas para que signifique cierta transcendencia el cambio de conducta de la heroína de las redadas feministas.

La señora Pankhurst ha hecho un alto en sus enfurecidas campañas por conseguir el voto femenino. Ante las convulsiones mundiales, frente a la situación crítica que atraviesa su patria, la señora Pankhurst ha considerado, muy acertadamente, que cuando los hombres guerrean de verdad no eran oportunos sus juegos bélicos; y que sus mítines propagandistas de una mal entendida liberación de la mujer, serían imprecidentes al coincidir con las arengas de reclutamiento voluntario de Trafalgar Square.

La señora Pankhurst, que antes quería dislocar la ley, ahora está dentro de ella. Los policías que antes la perseguían, ahora sonrían bonachonamente a su paso, y los fotógrafos no la enfocan sus máquinas como en las ridículas procesiones del «Voto para la mujer» ó en el fondo de una cárcel, donde se obstinaba en dejarse morir de hambre, sino que la retratan durante una pacífica visita a las *Munition Factories*...

Esta nueva actitud de la señora Pankhurst revela un exacto conocimiento del alma femenina. Todas las mujeres inglesas nos disputan ahora los derechos del hombre; le sustituyen en sus obligaciones. Mientras ellos, al otro lado del horizonte, luchan por la libertad de las naciones, ellas ocupan los puestos que la guerra dejó vacantes. Y esto que sucede en Inglaterra se repite en Alemania, en Francia, en Rusia, en Italia...

Poco a poco las mujeres—incluso aquellas que no masculinizan sus aptitudes, como las damas de la Cruz Roja—van consiguiendo mayor número de positivos triunfos para el feminismo que en otro tiempo las luchadoras por algo tan ineficaz, tan bastardeado como el sufragio.

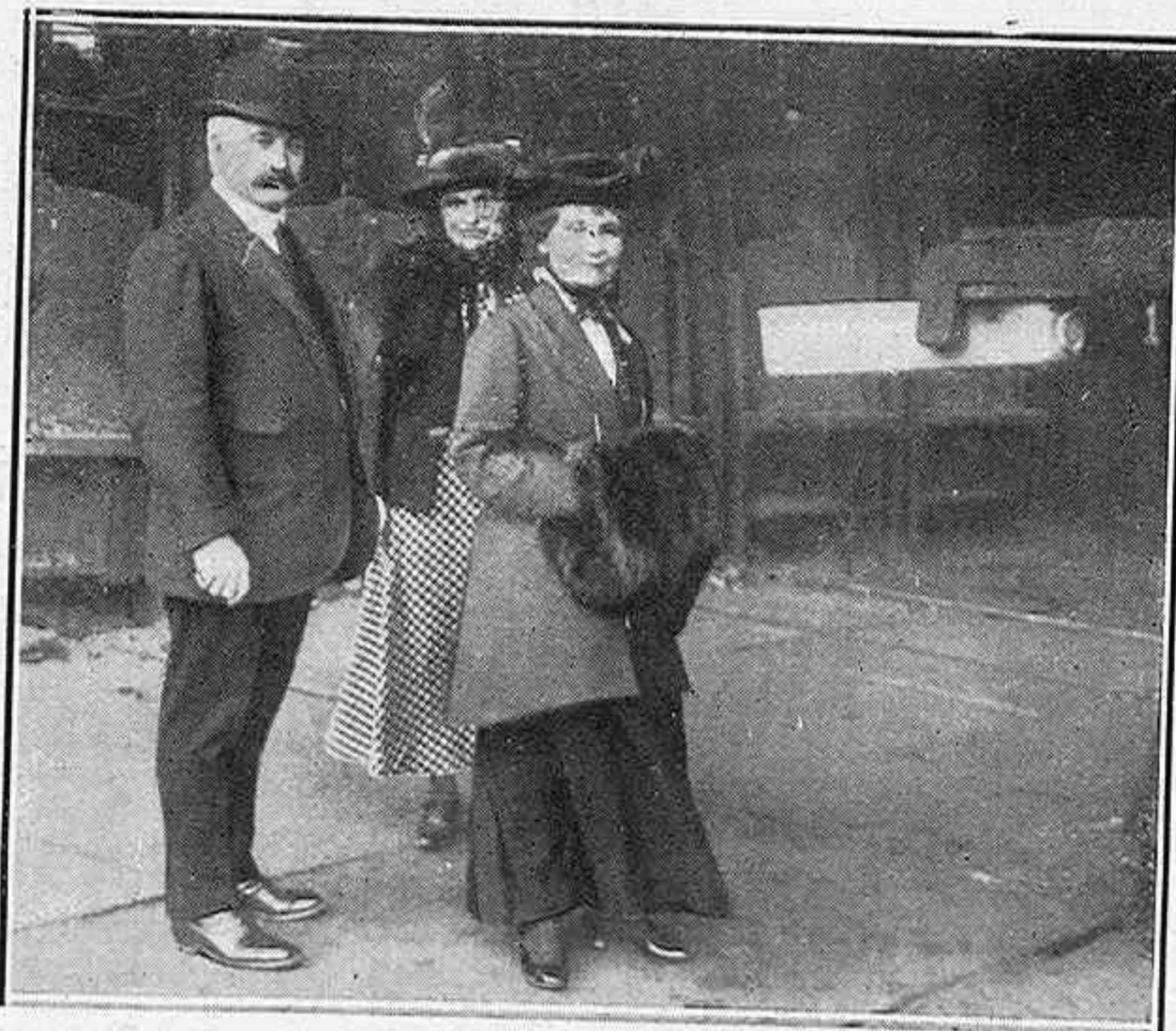
Si embargo, no todas las mujeres han necesitado la trágica actualidad de la Segadora de hombres para demostrar que eran capaces de servir a su patria de un modo más amplio y decisivo que cosiendo ropa ó dando hijos que luego la guerra ó la miseria empujará a la muerte.

Más interesantes que las sustitutas de hombres son las que supieron crearse un nombre y cumplir una misión de mayor ó menor importancia social sin esperar que los hombres desaparecieran, sino en noble competencia con ellos.

¿Acaso el ejemplo de la señora Wong-Sun-Yue, hermana de Mrs. Howard Gould,



Busto en bronce, obra del laureado artista D. Gabriel Borrás, restaurador del Museo de Arte Moderno, que ha sido ofrecido a Doña María Espinosa por el persona. de la Casa Yos, en España, cuya casa dirige hace diez y nueve años



Mrs. Pankhurst, la presidenta de las sufragistas inglesas, visitando una fábrica de municiones en Londres

la millonaria cuyo divorcio obtuvo tal resonancia en Nueva York, no es más digno de imitación que el de una sufragista destructora de bellezas artísticas ó de uniformes de *policemen*?

La señora Wong-Sun-Yue contrajo matrimonio con un chino, acaso no tanto por amor como impulsada por un generoso propósito educativo.

Gracias a ella se debe la implantación en el extremo Oriente del admirable sistema pedagógico Montessori. Incansable, entusiásticamente, en una plena abdicación de sí misma, la señora Yue va logrando sus propósitos y adquiriendo mayor número de prosélitos cada día.

Y no necesitamos tampoco salir de España para encontrar figuras femeninas de idéntico relieve. Recientes están casos tan elocuentes y tan dignos de ser popularizados como el de doña María Carbonell y Sánchez, Profesora de la Escuela Normal de Valencia, que ha sido nombrada hija predilecta de la ciudad, de cuyas obras pedagógicas se ha hecho una edición especial y en cuyo honor se organizó un homenaje al que asistieron las autoridades y todos los elementos intelectuales valencianos; el de la Excelentísima Señora Doña Carmen Abela, condecorada con la Cruz del Mérito militar, blanca, por haber costado la construcción de un cuartel en Ronda; el de Doña María Espinosa y Díaz...

Doña María Espinosa y Díaz es un bello ejemplo de lo que significa la voluntad inquebrantable puesta al servicio de una inteligencia privilegiada. Todo cuanto es a sí misma se lo debe. Su envidiable posición social, su prestigio en el alto mundo financiero, han sido adquiridos a fuerza de trabajo, de honradez y de esfuerzos en pro de un feminismo práctico.

Figura al frente de la casa *Yos* en España desde hace diez y nueve años. Durante ese tiempo han desfilado bajo sus órdenes y aprovechando sus enseñanzas millares de muchachas que hoy día viven de sus propios esfuerzos. Téngase en cuenta que la mecanografía ha significado en España el primer paso de la emancipación femenina.

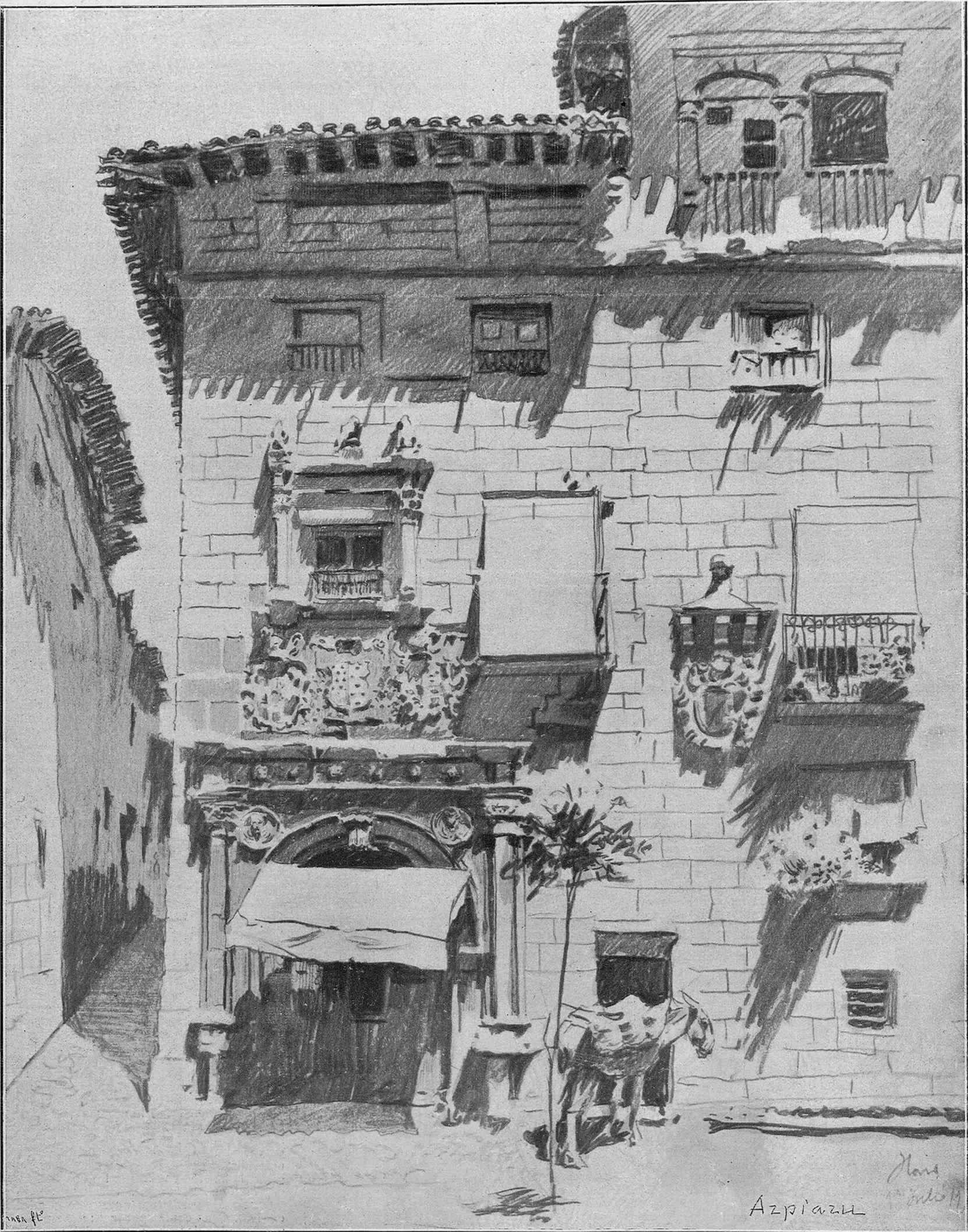
Gracias a la señora Espinosa y Díaz la mujer española ha logrado entrar en oficinas del Estado y particulares, en las que hasta ahora estaba injustamente excluido el bello sexo. No podía faltar la recompensa oficial, la sanción definitiva de la obra realizada por Doña María Espinosa y Díaz. A petición de varios centros docentes y previo informe por unanimidad del Consejo de Instrucción pública, le ha sido concedida la cruz de la Orden civil de Alfonso XII.

He aquí la verdadera norma de conducta del feminismo contemporáneo; los senderos sombreados de laureles que quisiéramos ver seguir a las mujeres españolas.

JULIO FALCONIER



RINCONES PINTORESCOS DE ESPAÑA



UNA CASA SEÑORIAL EN LA CIUDAD DE HARO

DIBUJO DE AZPIAZU



## GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES OSMAN Ó EL "QUEBRANTAHUESOS"

TENÍA un aspecto imponente. Los brazos le llegaban casi hasta los tobillos...

Así debió de ser, á juzgar por su fortuna en las batallas y en la gobernación de sus estados, tanto que le fué dado fundar bajo su reino el imperio turco.

Por el color de sus cabellos, de sus cejas, de sus barbas y de sus ojos se le llamaba también el *Negro*, mote con el que los turcos solían hacer el mejor elogio. Finalmente, que yo recuerde, se le llamó asimismo el *Ghazi*, esto es, el *victorioso*. Le su nobleza de carácter son testimonios su agradecimiento á Al-Eddin, Sultán de Iconio, su bienhechor, y la fidelidad que le guardó siempre, no obstante habersele podido alzar con una gran parte de sus dominios.

Envidiosos los señores vecinos de las prosperidades y del valimiento que le distinguía Alá Eddin, urdieron un complot para asesinarle. Iba á casarse el señor de Biledjik con la hija del gobernador de Yar Hisar, é invitó á Osman á las bodas con intención de asesinarle. Lo hubiesen logrado si no hubiesen cometido la imprudencia de exponer sus planes á Miguel, apodado Kienccé, esto es, *barbas de macho cabrío*. Este príncipe griego, como amigo íntimo y compañero de armas que era, avisó á Osman.

tradición otomana—su padre vió en sueños un manantial puro brotar impetuosamente de su casa y convertirse—con la rapidez de los sueños—en un torrente que cubría con sus aguas todo el planeta. Un viejo jeque, intérprete de sueños, le explicó así el suyo:

—Tranquilízate. Tu descendencia es bendecida del Señor y tendrás un hijo fundador de una monarquía que se extenderá en poco tiempo por todo el mundo.

El propio Osman tuvo otro sueño de tan buen agüero para su grandeza y la de su estirpe como el de su padre. Estaba enamorado de la hermosa Malun-Khatun, esto es, *mujer tesoro*, y *Kameriie, luna de belleza*, y lo más triste para él era amarla sin esperanza, porque el padre de la doncella se oponía á la boda.

Cierta noche, después de unas horas de lágrimas y de meditaciones, se postró Osman cara al suelo y oró con todo su fervor. Quedose profundamente dormido y en sueños vió un resplandor tan vivo como el de una llama salir del lado del jeque Edebaly, pararse en el ombligo de Osman y salir de pronto un árbol inmenso.

«La copa del árbol—dice la tradición—se perdía en las nubes; de su frondoso ramaje que cubría el universo, pendían frutos deliciosos. Una



El sultán Osman



Recibimiento de un embajador de Venecia en Constantinopla. (De una estampa antigua)

man grande en todo, porque era un gran visionario y tenía fe en sí, en sus ilusiones y sus sueños, señaló su exaltación al trono con una brutalidad de más de marca. Es verdad que fué la única, y que en los reinados de sus sucesores se registran muchas más y más horrendas.

A su tío Dundar, nonagenario varón que quiso darle algunos consejos para disuadirle de una parte de sus sueños de conquista, le dió por toda respuesta un flechazo que le partió el corazón. Quiso con ello advertir á todos que en adelante recibiría el mismo castigo todo aquel que quisiera cortar la alas de su ambición. La necesitaba toda entera para la misión de que se creía investido por Alah. Mataba en su tío el pesimismo, el enemigo peor de todos los ideales... Por algo se le había dado el nombre de Osman, es decir el *Quebrantahuesos*, nombre que indicaba que su estirpe aniquilaría á todos los infieles.

Y sabido es la fe que á los musulmanes inspira el nombre. *Los nombres vienen del cielo*, dice el Corán.

Cuando murió no dejó ni oro ni plata ni joyas. Sus liberalidades para con los soldados habían agotado su tesoro.

Sólo dejó caballos de alto precio y numerosos rebaños cuya casta se ha perpetuado hasta el día en Frigia y Bitinia.

Pero si no dejó oro ni plata ni alhajas ni ricas telas, dejó algo más preciado á su descendientes: les legó un imperio y les legó un gran ideal, lo más preciado que puede legarse á un hijo, aunque haya padres que no lo crean así... ¡Un ideal!... ¡Un ideal puede valer un mundo!...

E. GONZÁLEZ FIOL

Osman aceptó la invitación mostrando tanta complacencia y agrado como tranquilidad. Para confiar más á sus enemigos de paso que les aparentaba mayor confianza en su hospitalidad, rogó al traidor que le permitiese trasladar consigo al castillo de Biledjik su harém con todos sus tesoros para asegurarlos contra una sorpresa durante su ausencia. No hay que decir si su petición fué concedida y escuchada con más agrado que había sido formulada. El día de la fiesta nupcial se presentó acompañado de cuarenta mujeres que escoltaban los carros que debían conducir sus riquezas. Penetró en el castillo tranquilamente, y, de pronto, tiró de alfange, y á un alarido suyo las cuarenta mujeres se alzaron las faldas, sacaron las armas con que venían prevenidas y entre todos asesinaron al traidor gobernador y á sus criados, y Osman se apoderó de la hermosa novia y la guardó para esposa de su propio hijo Orkan, entonces de doce años de edad. ¡Había sido todo una estratagemma! Las mujeres no tenían de femenino sino la indumentaria. Sus ropas disfrazaban á cuarenta jóvenes y animosos guerreros que le ayudaron en su hazaña. El nombre de la infeliz novia, Niloufer, se dió luego, no se sabe si en memoria de esta arriesgada aventura, al río que cruza la rica llanura de Brusa, donde luego había de ser enterrado el valiente raptor, y en cuyas orillas abundan los nenúfares.

Ya antes de nacer Osman—según cuenta la

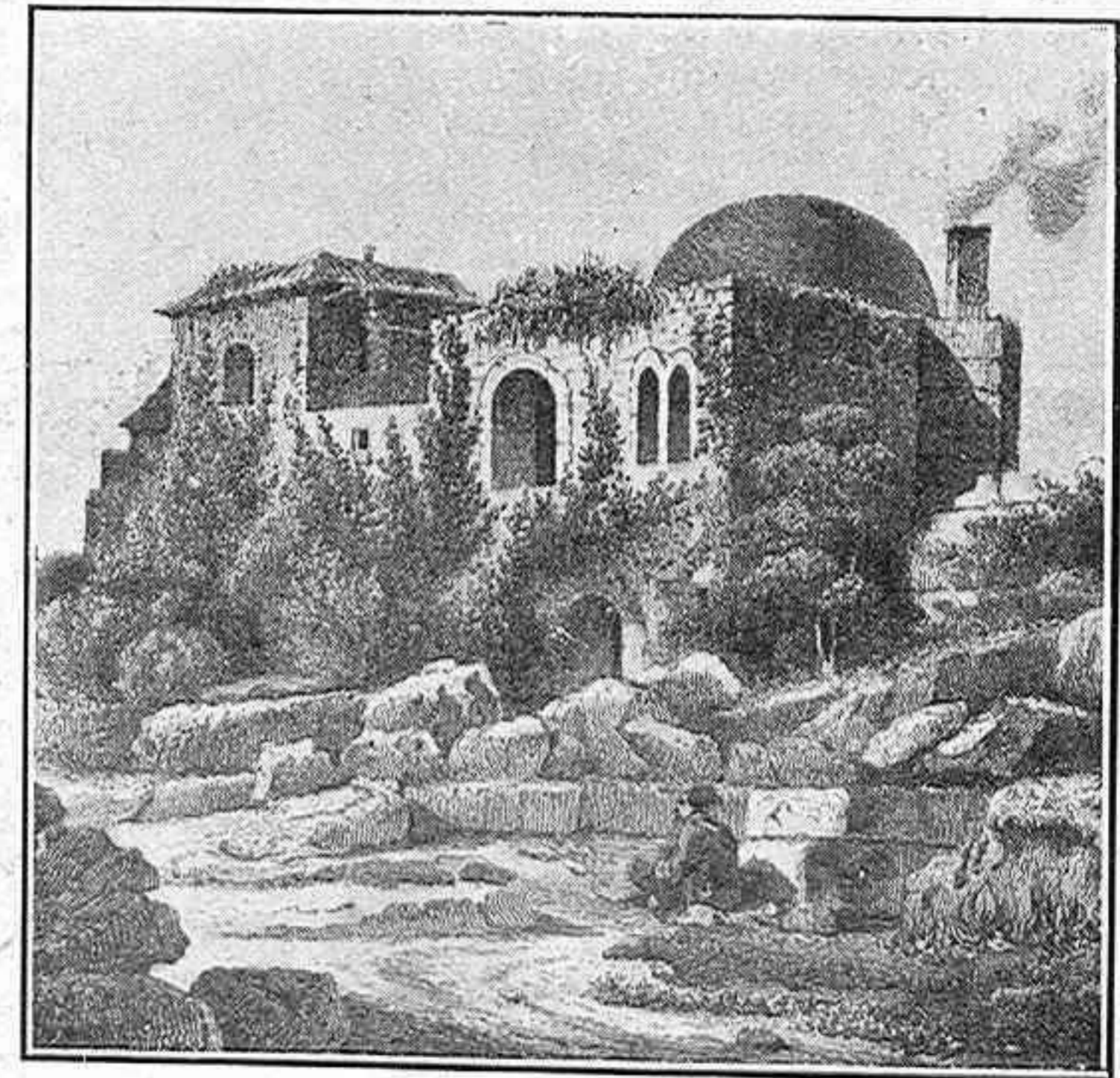
de sus ramas, de un verde más intenso y brillante que las demás, doblegada bajo el peso de un alfange, colgaba hacia Occidente por la parte de Constantinopla. Ríos majestuosos, arroyos cristalinos regaban prados y vergeles bajo aquella sombra misteriosa. Ciudades con sus cúpulas brillantes, con sus altísimos minaretes se alzaban en las vastas llanuras, donde cien pueblos, llegados de todas las partes contemplaban maravillados el espectáculo.»

El sueño mereció del jeque Edebaly esta interpretación:

—El árbol es el maravilloso *Thuba*, una de las maravillas del paraíso. Su belleza, sus frutos exquisitos de vigorosa vegetación, indican la prosperidad de la casa de Osman; las ciudades, las llanuras, los vegetales y los ríos, designan la extensión de la monarquía; los numerosos pueblos llegados de todos los ámbitos del mundo para cobijarse á la sombra del nuevo *thuba*, representaban la diferentes naciones que se someterían á su imperio; el ramo colgado hacia la parte de Constantinopla anunciaba la conquista de esta ciudad por un príncipe de su familia, y el brillante resplandor que salía de la persona del jeque, era el emblema de su hija Malun-Khatun cuya alianza con Osman debía realizar todas las promesas de la visión.

El buen jeque no vaciló ya en consentir el casamiento de su hija con Osman.

Sin embargo, este hombre valeroso, este Os-



El Castillo de Brusa, donde se enterró á Osman



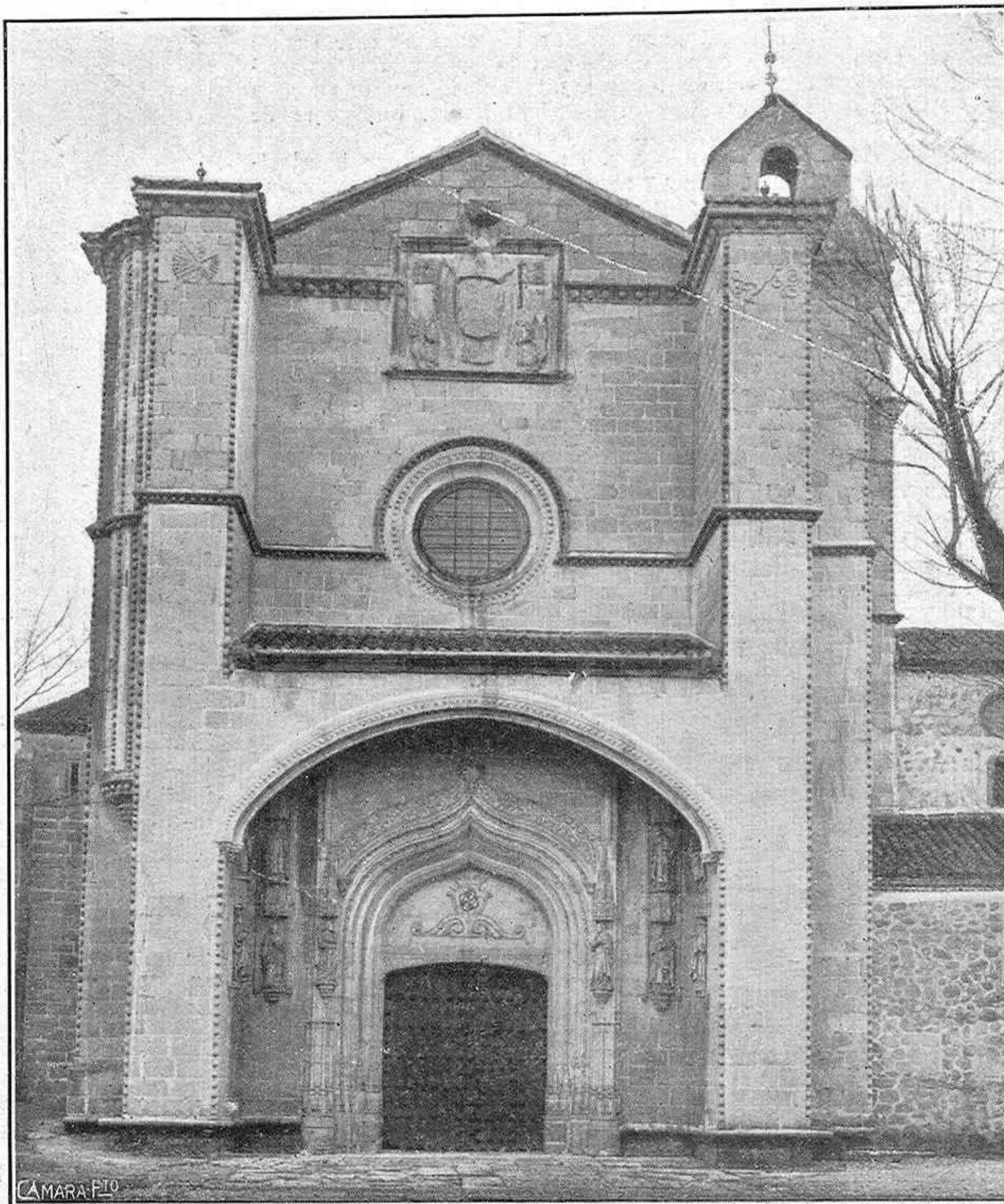
MONUMENTOS ESPAÑOLES  
EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS DE ÁVILA

SEMIOculto en una hondonada, fuera del recinto murado y lejos de la población—en la relativa lejanía de una ciudad pequeña, donde no hay distancias—el convento de Santo Tomás pasa casi por completo inadvertido para el turista que, ganoso de emociones, recorre la patria de Santa Teresa. ¿Quién no busca el convento de Santa Teresa, enclavado en el solar donde se alzaba la casa en que nació la fundadora? Preciso es internarse en él, y, habituada la vista á la semiobscuridad reinante, admirar la amplitud de sus naves, la belleza del retablo y del púlpito, las primorosas filigranas de la sillería del coro—de estilo gótico florido, casi idéntica á la de la Cartuja burgalesa, y probablemente como ésta, tallada por Martín Sánchez—y la ingeniosa disposición del altar mayor situado sobre una bóveda, á la altura del coro, para que el espectáculo de las ceremonias religiosas no sea ocultado por el sepulcro de Don Juan, que ocupa el centro de la nave... Y esto es para mí lo que constituye el mayor atractivo de Santo Tomás. El sepulcro de D. Juan, no ya por lo admirable de su labor escultórica, sino por el encanto de la leyenda que á manera de nimbo lo circunda...

Era este D. Juan inhumado en el sepulcro alabastrino del templo abulense de Santo Tomás, el Príncipe de Asturias, hijo predilecto de los Reyes Católicos, el más amado de los vástagos reales por el pueblo español. Llegado que fué á la edad viril, hubo que pensar en darle esposa, con la premura que exige la razón de Estado en determinadas circunstancias, y se pensó en adjudicarle la mano de Doña Catalina de Navarra, ó bien la de la duquesa de Bretaña, no menos linajuda que aquélla. Mas los últimos acaecimientos políticos, favorables al prestigio creciente de la doble monarquía, hicieron pensar á Fernando el Católico—gran diplomático, antes que nada—en la mayor conveniencia que á su trono reportaría la unión de sus hijos con las principales familias reinantes en Europa. Quedaron, pues, entrambas princesas descartadas, y concertóse el matrimonio con Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano, coincidiendo con este proyecto de enlace el de la Infanta Doña Juana con el Archiduque D. Felipe, soberano de los Países Bajos.

Aparejóse una flota para conducir á la novia hispana en busca del prometido flamenco, y traer á la esposa austriaca á los brazos del Príncipe D. Juan.

De Laredo hasta donde fué Doña Isabel I para despedir á su hija Doña Juana, zarparon las nupciales carabelas al mando del almirante D. Fadrique Enríquez. ¡Mal viento hinchó las velas de las naves! En ellas iba una Infanta que debía perder la razón á impulsos de pesares amorosos; en ellas regresaría una princesa



Fachada principal del Convento de Santo Tomás

FOTS. LÓPEZ BEAUBE

destinada á hacer morir de amor á un príncipe heredero.

Desencadenados los elementos, pusieron mil veces en peligro la flotilla: dijérase que la Naturaleza, piadosa, trataba de oponerse á futuros desmanes. Mas al fin llegó á su destino, y en Lila fué Doña Juana desposada con D. Fe-

lipe, recibiendo del arzobispo de Cambray la bendición nupcial. Nuevas tempestades y peligros pusieron en más de un duro trance en su retorno, á las carabelas, portadoras de la Princesa Margarita; pero, al cabo, arribaron á Santander, y desde allí, con séquito brillante de caballeros y tropas, marchó al encuentro de su prometido.

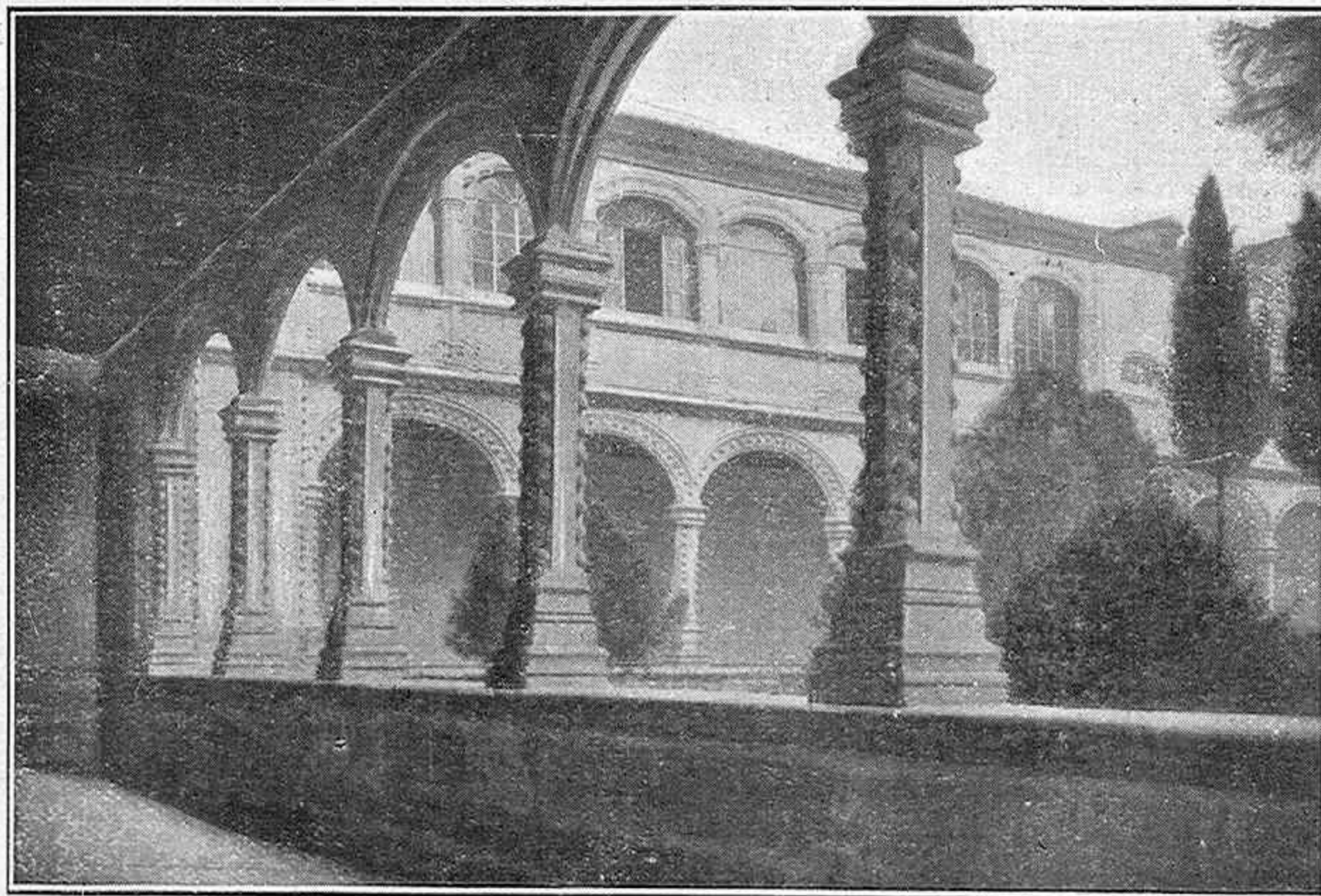
Harto impaciente aguardaba D. Juan el momento de unirse con su esposa: su sangre juvenil añoraba el encuentro con la amada. Avido de conocerla, salió en su busca y en el Valle de Toranzo encontráronse entrambas comitivas, marchando unidas á Burgos, donde con toda pompa unió á los contrayentes el arzobispo de Toledo. Fiestas de imborrable recordación celebráronse entonces, con inusitada pompa y boato singular: embajadores de las cortes europeas, grandes personajes de todos los órdenes, sabios y guerreros famosos, contribuyeron, con su presencia á la mayor solemnidad del suceso, que sólo tuvo una nota triste en el accidente que hubo de acaecerle, cayendo del caballo, á D. Alonso de Cárdenas, hijo del comendador mayor D. Gutierre.

Desde el primer momento, D. Juan adoró á su esposa: si bella se la pintara la imaginación, más bella y más amante mostrósele la realidad. Era, pues, un hombre totalmente dichoso. Mas poco hubo de durarle la dicha.

Quando sus padres contentos al ver feliz al hijo más amado, disponíanse á celebrar la unión de la Infanta Isabel con el Rey D. Manuel de Portugal, el Príncipe D. Juan cayó enfermo en Salamanca gravemente. No bien lo supo, la Reina voló á su lado, desde Valencia de Alcántara, donde la citada unión celebrábase. ¿Qué mal aquejaba al adorado hijo? Poco mal, pero transcendente en grado sumo: delicada contextura y exceso de amor. Ya antes los físicos de la corte hubieron de aconsejar á Doña Isabel la conveniencia de que, por algún tiempo, el Príncipe D. Juan se apartase de su joven esposa; pero él se opuso, y la Reina, anteponiendo á su amor maternal los escrúpulos de su conciencia cristiana, tampoco se avino á la separación corporal, recordando la máxima evangélica: *Quos Deus conjunxit, homo non separet...*

Y la llama de amor en que ardía el Príncipe sin ventura le consumió, cumpliendo la profética afirmación de los hombres de ciencia. Así murió el Príncipe D. Juan, á los veinte años de su vida, feliz en su desgracia, ya que ésta no tuvo más origen que el mismo exceso de ventura...

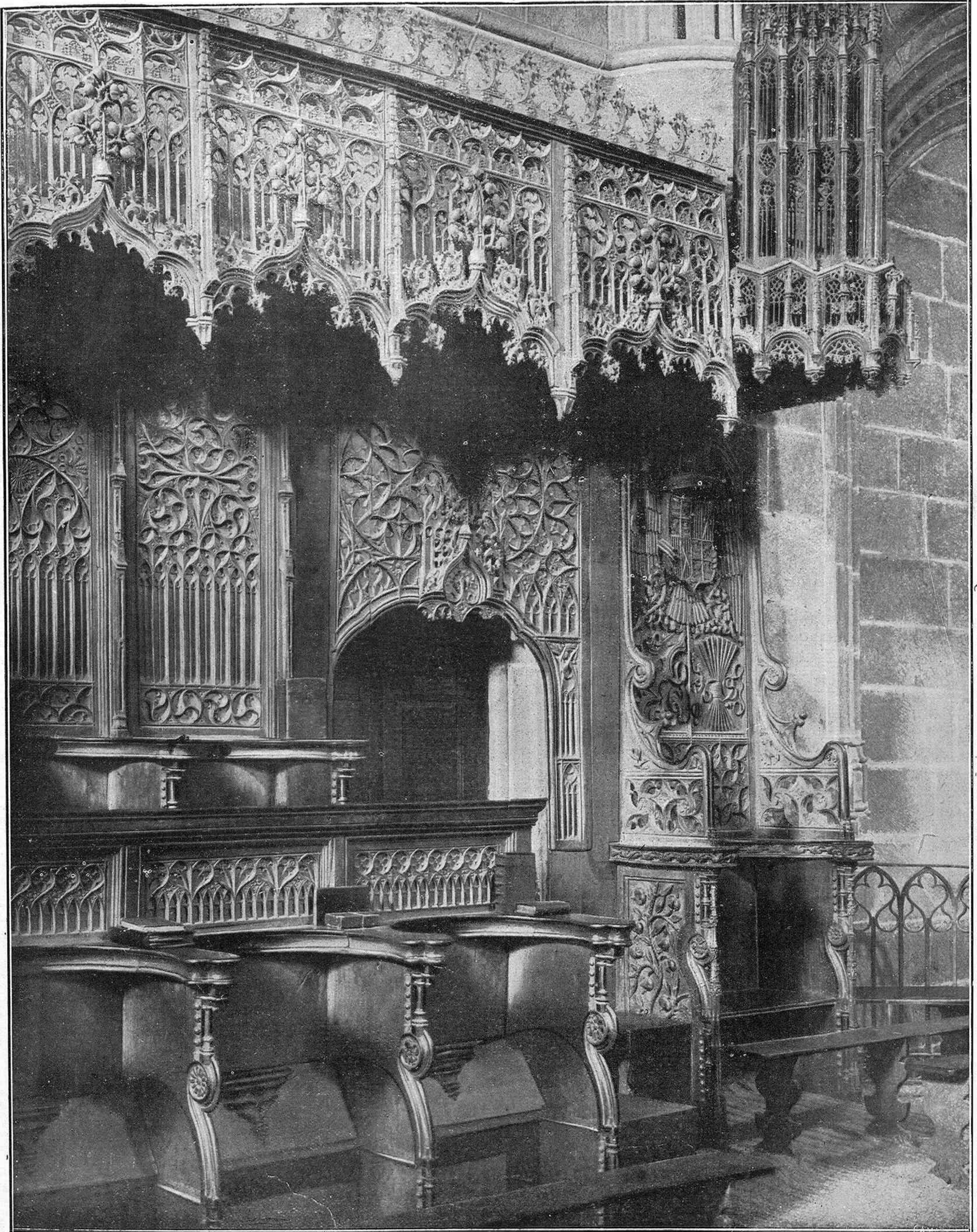
Augusto MARTÍNEZ OLMEDILLA



Claustro y patio de los Reyes en el Convento de Santo Tomás de Ávila



# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA

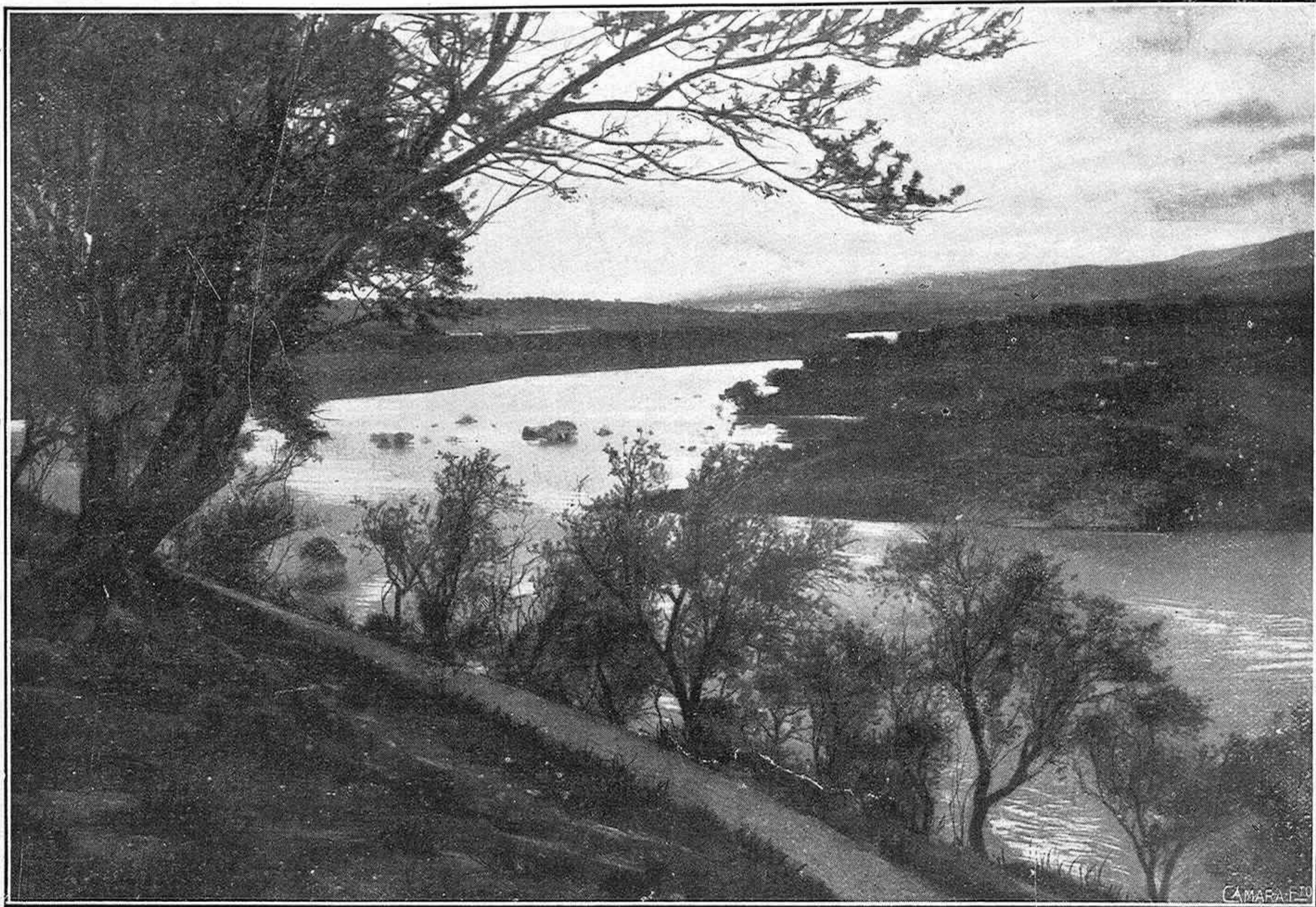


DETALLE DEL CORO DE SANTO TOMÁS (AVILA).—SITIAL DE LA REINA ISABEL LA CATÓLICA, DE ESTILO GÓTICO FLORIDO

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ



# PAISAJE DE EL PARDO



Bello paisaje de El Pardo

MADRID será vulgar por el ensanche urbano de Salamanca ó Fuencarral. Será abominable, fúnebre, estercolario, por los desbordes del puente de Toledo y de la puente segoviana. Pero tiene junto á las tapias de la Moncloa y el parque del Oeste, los montes de El Pardo. Ellos bastarían para redimir á cualquier gran ciudad y para darla un reposo aristocrático que no lograrán jamás las opulentas villas advenedizas.

El Pardo es como el fondo de la casa solariega; como las arcas talladas en que duermen, entre los pergaminos familiares, las ejecutorias. Pueden ser destruídos en días de miseria ó de locura; pero no se pueden improvisar. Tú, español de cualquier rincón de España, de Madrid ó de las provincias, sentirás una de las emociones plenas del suelo y el cielo de tu patria sólo con andar cuatro pasos más allá de la puerta de Hierro. Si no te hiera la severidad castellana, demasiado hurañá, demasiado fría, alejarás de tu pensamiento lo que hay en Madrid de postizo, de cosmopolita y enlazarás el pasado con el porvenir, viendo cómo caracteriza lo que fué España y lo que será esta tierra sobria decorada de encinas, robles y chaparros. No tendrás más remedio que pensar en Velázquez y en Goya, y tanto como en ellos en el amparo del poder real que ha librado los montes del hacha y de la profanación. Y por ningún indicio podrías suponer que tenías cerca de ti el tráfico de una gran ciudad si no te lo advirtieran tus cuidados y tus preocupaciones. Porque el encanto de El Pardo está en la

soledad. Quien no lo viera no podría imaginarse que hay á pocos kilómetros de Madrid aquel pueblecito serrano con su plaza de soportales, tan humilde, á la sombra del palacio real. Un pueblecillo que aun viviendo cerca de la corte pugna por volver á la sierra y se resiste á la mudanza, desafiando los siglos. ¡No! No es Versailles ciertamente; ni Compiègne; ni Montmorency. No tienen sus callejuelas coquetería, ni siquiera otra urbanización que la rudimentaria de cualquier aldea. No vemos la huella de la industria y el comercio ciudadano, ni tampoco ha procurado el interés particular hacer amable la estancia del viajero. Es simplemente una puerta tan tosca como lo requiere el monte

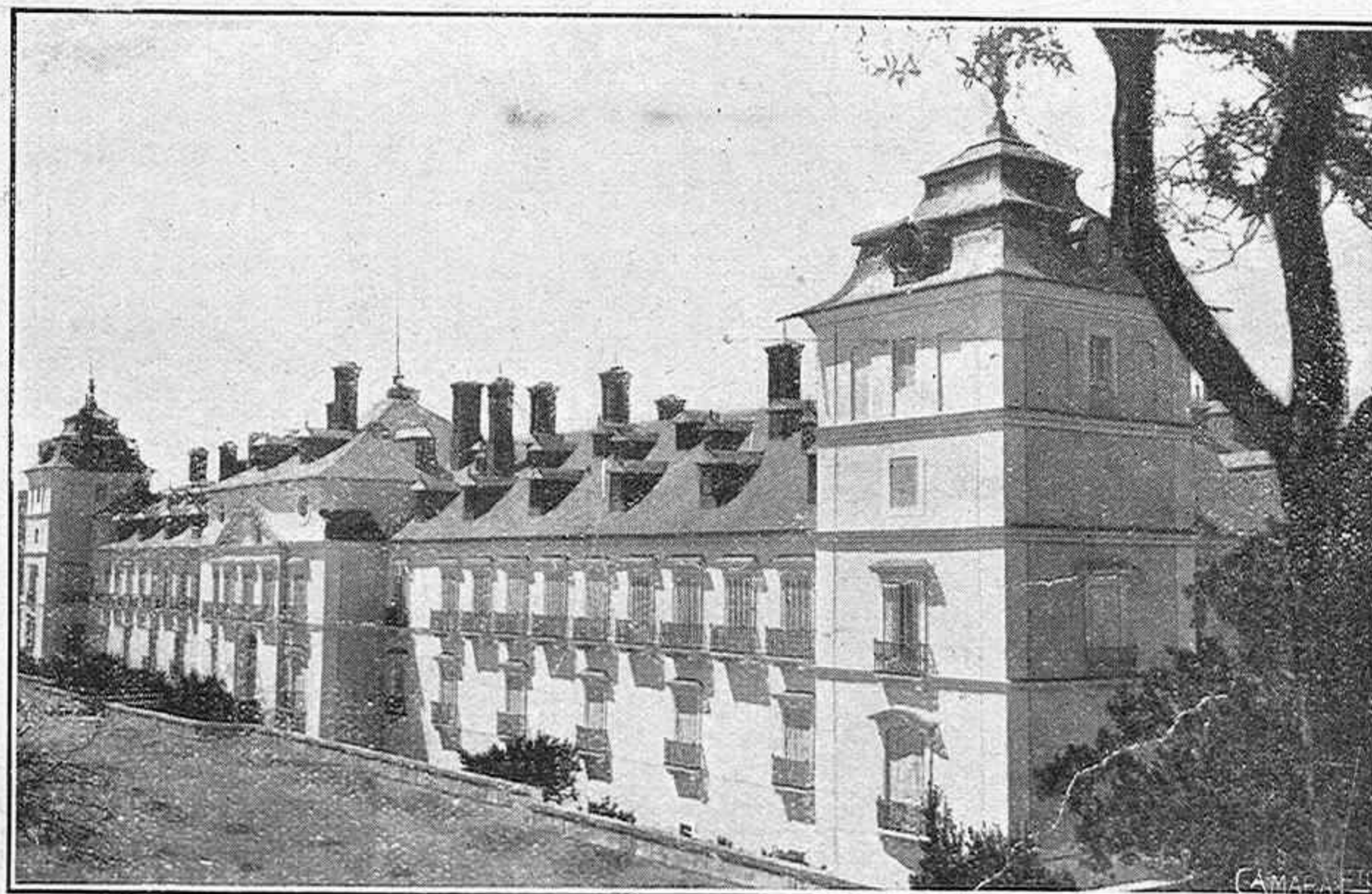
á que da acceso. Y es también una prueba del temple de la sierra, refractaria á la civilización improvisada y dura como el pedernal.

Del río, que baja en lenta curva, de los árboles ribereños, de las colinas circundantes brota un viento de melancolía. Ahora ruedan las nubes cargadas de nieve. La tierra se empapa de humedad y brilla tenuemente la claridad del sol. Los árboles se alzan como fantasmas que volverían de su conjuro alrededor del palacio de El Pardo y se reflejan turbiamente en el agua roja del Manzanares. Juegan los chiquillos, descalzos de pie y pierna, en la ribera. Sube, despacio, camino adelante, una pareja de la guardia civil con su capotón cerrado. Y viene del pueblo un cortejo

de gente campesina que se detiene al llegar al puente. El cura con su sobrepelliz, los monaguillos delante de una cajita blanca que llevan otros niños.

¡Dolor! ¡Dolor y lágrimas en todas partes! ¿Vamos á recorrer aquellas solitarias estancias por donde cruza la sombra de Don Alfonso XII? ¿O será mejor entrarse monte adentro y descansar el alma en la serenidad del amplio cielo ó entretenerla prosiguiendo la vida que huye entre matas y jaras y que se esconde á nuestro paso? Desde lo alto de la ermita las colinas parecen darse la mano con la sierra. Líneas largas, tortuosas, van marcando el nivel. Desde cualquier atalaya de la sierra de Córdoba ó de la vega valenciana, tiene el campo variedad de líneas y de matices. Aquí, los árboles espaciados repiten majestuosamente la misma nota de severidad y de agreste ímpetu.

Luis BELLO



El Palacio Real

F. TS. CAMPÚA